

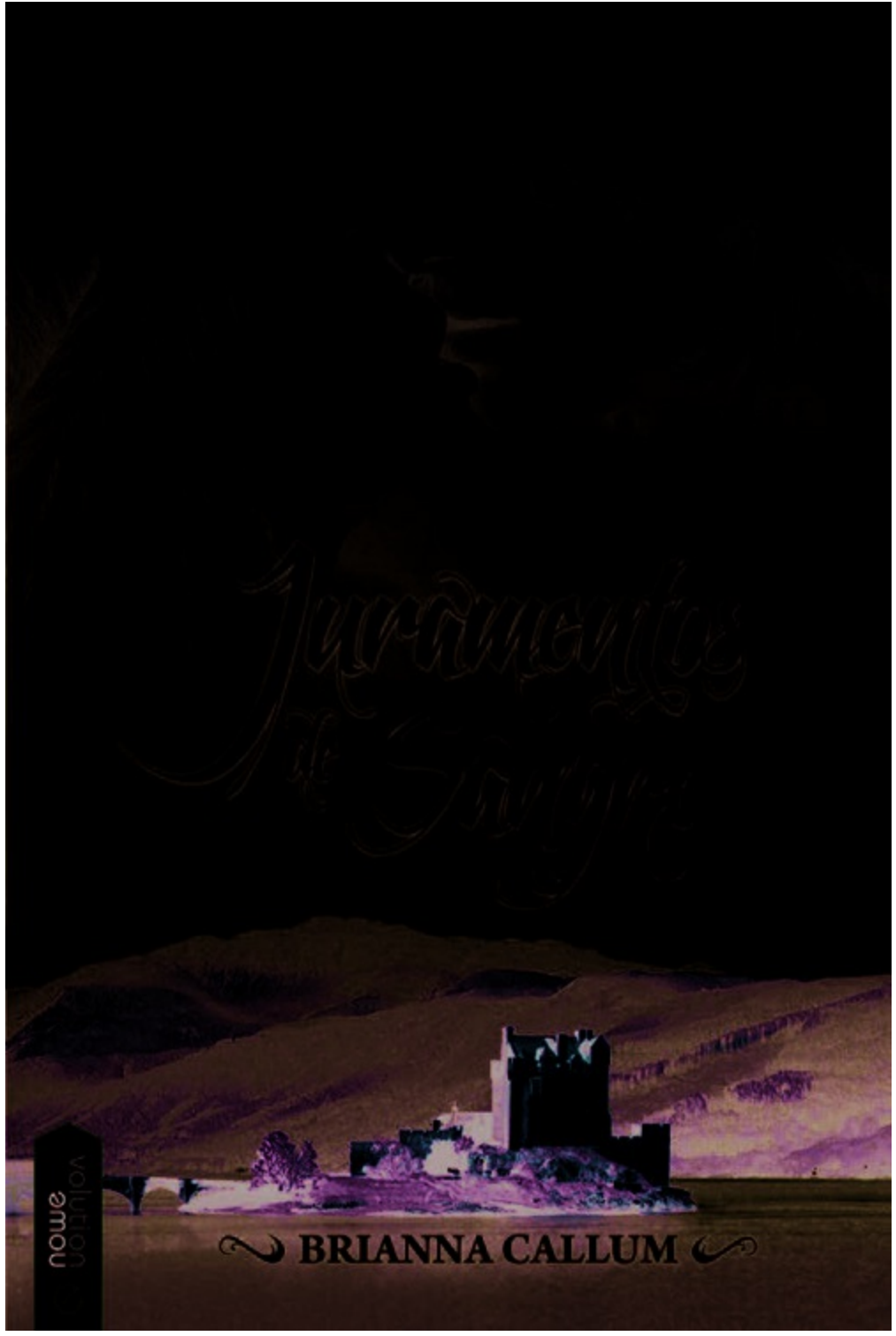


Juramentos de Sangre

evolution
net
emou



❧ BRIANNA CALLUM ❧



.nowevolution.

EDITORIAL

Título: Juramentos de Sangre.

© 2012 Brianna Callum (Karina Costa Ferreyra)

© Diseño Gráfico: nowevolution

Colección: Volution.

Primera Edición Noviembre 2013.

Derechos exclusivos de la edición.

© nowevolution 2013.

ISBN: 978-84-941570-5-9

Depósito Legal: GU-142-2013

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / Web

info@nowevolution.net / Correo

nowevolution.blogspot.com / Blog

[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / Twitter

[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolution) / Facebook

*Para Nadi, la mejor ahijada del mundo,
confidente y amiga.*

*Para David. Gracias, mi pequeño guerrero,
por ayudarme a coreografiar las luchas de espadas.*

*Para Fernando y Brian, que con David,
son los tres hombres de mi vida.*

*Y para vos, Rita, que amás, disfrutás y
sufrís esta historia tanto como yo.*

*También quiero dedicar este libro a mis padres, hermanos,
sobrinos... a mi enorme familia. A mi madrina Teresita.*

*A mis lectores y a mis amigas, esas que siempre están ahí,
con un mensaje, con una palabra cariñosa y de aliento.*

Los quiero con todo mi corazón.

Nowevolution editorial.

Estimado lector:

*Ante todo, quiero darte sinceramente las gracias, y de
corazón, por haber elegido esta novela. Mi mayor deseo es
que cuando te sumerjas en sus páginas, te sientas dentro
de la aventura. Que acompañes a Alexander, Evangeline,
Duncan y Megan, los cuatro protagonistas de estas dos
historias de amor. Que sueñes, te enamores y rías y, por
qué no, también te emociones con ellos, igual que lo he*

hecho yo al escribir cada palabra.

La que encontrarás en este libro, es una historia atípica. Juramentos de sangre habla del amor eterno, de la búsqueda y del reconocimiento de las almas gemelas o destinadas, del honor, de promesas y de reencarnaciones. Puedes creer o no en el tema, pero en esta historia, todo es posible.

Te invito a conocer las salvajes Tierras Altas escocesas del siglo xviii, el Londres de la Regencia, y también a viajar por Montana y Los Ángeles, en Estados Unidos e Inverness, Escocia, en la actualidad... Permíteme mostrarte estos paisajes y contarte las aventuras de estas cuatro almas signadas por una promesa de amor eterno y por un juramento de honor.

Brianna.

7

Ganadora concurso Ali Nigro

Cuando el amor y un juramento son más fuertes que las propias leyes de la naturaleza, tan poderosos como para

vencer las barreras de la vida y de la muerte, entonces ocurren los milagros y los hechos inexplicables...

8

Nowevolution editorial.

•Prólogo•

Highlands, Escocia

Año de nuestro Señor de 1720

Duncan McGraeme cabalgaba como un poseso por las praderas de las Highlands¹. Sus fuertes muslos desnudos, revelados bajo el plaid² azul y negro que ondeaba sobre ellos, se apretaban a ambos flancos del caballo y cada uno de los músculos de sus brazos y de su torso se contraía cada vez que agitaba las riendas del animal.

Tenía un mal presentimiento. Sabía que algo malo estaba por ocurrir y debía llegar a tiempo para impedirlo.

Espoleó a su caballo haciendo que se esforzara hasta el límite; de eso dependía la vida de su hermano menor y él no podía permitir que Sawny sufriera algún daño.

Hacía un tiempo que Alexander le había confiado sus sentimientos hacia Evangeline y le había hablado de los encuentros furtivos que tenían a diario en el bosque para verse.

Alexander estaba perdidamente enamorado de Evangeline.

— *En cuanto Evy y yo nos vimos, nos reconocimos, Duncan* —le había confesado Sawny—. *La atracción instantánea, el amor... más poderoso que cualquier otra fuerza... Pude sentirlo aquí* —había explicado con pasión, con una mano sobre el pecho—, *justo en mi corazón de manera inequívoca. Evy y yo somos almas destinadas a estar juntas. Somos almas gemelas.*

Evy y Sawny se amaban, no obstante debían ocultar al resto del mundo el amor que se profesaban, pues el laird³ Randolph McGraeme, el padre de Sawny y Duncan, estaba obsesionado con Evangeline.

1 - Tierras Altas.

2 - El plaid o manta de tartán. Vestimenta típica de los highlanders. Consistía en una larga tira de tela que los hombres usaban alrededor del cuerpo sujetando el restante sobre el hombro, ajustado con un broche. La colocación del tartán se consideraba un arte, en el que los pliegues quedaban perfectamente colocados.

3 - Jefe de clan.

9

Ganadora concurso Ali Nigro

Ese era el motivo por el cual Duncan ahora cabalgaba desesperadamente. El laird, de alguna manera que Duncan ignoraba, había

descubierto los encuentros de la pareja en el bosque y había partido enfurecido en su busca. Duncan sabía perfectamente bien que el

hecho de que Alexander fuera su hijo menor no significaría nada

para el cruel laird. Si era necesario, el maldito desafiaría al muchacho con tal de conseguir a Evangeline y Sawny se enfrentaría a él sin dudarlo con tal de defender el honor de su mujer. Ellos corrían un

gravísimo peligro... ¡Y el maldito caballo parecía estar siempre en el mismo lugar!

Duncan se sentía desesperado.

Había estado enseñando a luchar a su hermano menor desde que

este cumplió los siete años. Sawny era muy bueno con la espada. Era

ágil, inteligente, incansable, aun así, todavía no estaba a la altura del laird. Años de verdaderos combates habían curtido al viejo, además

superaba a su hijo, si bien no en altura, sí en tamaño y fuerza y, para rematarlo, tenía la peor de las cualidades: era despiadado como el

mismísimo demonio.

El laird había salido del castillo bastante antes que Duncan, y eso

a él lo preocupaba mucho. Una pequeña ventaja podía costar una

vida, la vida que más significaba para él: la de su adorado hermano, la única persona a la que él quería más que a su propia existencia. Si algo le sucedía a Alexander, eso sería algo con lo que Duncan jamás

podría dejar de cargar en su conciencia.

Nowevolution editorial.

•Primera parte•

Alexander y Evangeline

11

Nowevolution editorial.

1

Evangeline Jesper

Cerró los ojos y pudo verse. Era un puntito diminuto entre tanta inmensidad. Sintió que el viento constante la mecía como si de una frágil brizna de hierba se tratase y le trajo consigo el olor del hielo que aún cubría los picos más altos de las montañas.

Estaban allí, elevándose imponentes, como centinelas vigilantes. Un contraste fascinante de zonas rocosas y escarpadas; salvajes... y, en medio, sus valles. Extensas praderas. Matices de verdes y de púrpuras con pinceladas de rojos y amarillos, aquí y allá.

Inspiró hondo y el perfume de la vegetación inundó sus sentidos. Era el olor del musgo, del brezo y del serbal.

Se abrió camino entre los pastizales, apartó con sus manos ramas de robles y esquivó los álamos plateados. Estaba en la profundidad de un bosque exuberante. Con sus pasos crujían las hojas. Iba descalza y podía sentir la tierra bajo sus pies.

El sonido de la corriente la atrajo. Su arrullo le resultó la más bella canción. Se sentó en la orilla y dejó que su mirada se perdiera en ese espejo plateado en movimiento. Millares de rocas se aferraban al fondo; le daban

batalla a las aguas, no se dejaban mover. Acercó su mano, interrumpiendo el flujo natural de su recorrido, que se abrió paso entre sus dedos para continuar. Su helada caricia le provocó una sucesión de escalofríos, como mil agujas clavándose en su piel.

El grito de un ave atrajo su atención y levantó los ojos hacia el cielo, de un diáfano azul. Se deleitó en el vuelo esplendoroso del águila real, con sus alas extendidas, cruzando el firmamento y totalmente indiferente a su mirada absorta.

El sonido solitario de una gaita le llegó desde lejos.

Los acordes de la herida melodía se colaron en cada fibra de su ser.

13

Ganadora concurso Ali Nigro

La emocionaron, la conmovieron. Sintió la música reverberar en su corazón, y este latió más fuerte; desbocado.

El hombre de los ojos verdes volvió a mirarla, y estiró la mano.

—Te estoy esperando, Evy... ven a mí... —le rogó.

Él comenzó a alejarse. Evangeline estiró la mano para alcanzarlo, pero una bruma espesa cubrió los contornos de la imagen, hasta desdi-bujarla por completo.

—Espera... No te vayas... —le gritó ella—. ¡Espera!

En las afueras de Los Ángeles

Sábado, 5 de julio del año 2003

—¡Sawny, espera! —gritó una vez más Evangeline, con voz desgarradora, antes de despertarse por completo—. ¿Dónde estás? —sollozó.

Temblorosa, se sentó en la cama y miró a su alrededor. Estaba sola, en el cuarto del pequeño apartamento donde vivía de alquiler en Los Ángeles. Fuera se oía el constante ir y venir de los automóviles y algún bocinazo de vez en cuando.

Miró el parpadear del radio-despertador, marcaba las siete y veinte. Ya casi era la hora de levantarse y dar comienzo a la jornada.

Volver a su trabajo, a la rutina diaria. Ese era el momento del día que más le costaba: el traspaso abrupto, casi cruel, de sus sueños a la realidad. Mientras que cada noche de su vida él se sentía amada, acompañada por Sawny, cada día debía soportar su ausencia, la falta absoluta de él.

Evangeline aún podía ver sus profundos ojos verdes. Todavía podía oír su voz, como siempre hacía, llamándola y pidiéndole que lo buscara. Seguían resonando en sus oídos aquellos «Te amo» que él había pronunciado.

Evangeline se rodeó la cintura con sus brazos, abrazándose a sí misma en un intento de reconfortarse. Era tan grande su pena, por-

Nowevolution editorial.

que todavía sentía en el corazón el dolor que le producía cuando el sueño acababa; cuando Sawny se esfumaba poco a poco, gritando con voz desesperada su nombre.

Había crecido viéndolo cada noche. En cierta forma era como haber crecido juntos; como haber compartido su vida con él. Sabía qué aspecto había tenido Sawny cada día de su vida, cómo había cambiado, cómo se había desarrollado año tras año hasta transformarse en el hombre adulto, de aproximadamente treinta y tres años, que acudía a él a cada noche.

—Sawny —volvió a repetir suavemente. Con los brazos rodeó sus piernas y descansó la cabeza en las rodillas—. ¿Quién eres? ¿Eres real o solo producto de mi imaginación? —preguntó en voz alta. Una pregunta que se había formulado desde que era pequeña. A sus treinta años, nunca se había enamorado ni había tenido relación alguna. En realidad sí estaba enamorada, desde que tenía uso de razón, pero del hombre de sus sueños. Se sentía tonta al pensarlo; sin embargo, interiormente, ella tenía la esperanza de que él fuera real, de que cada palabra que Sawny le decía fuera verdad. Por esa razón había preferido esperarlo.

Sawny siempre le había pedido que lo buscara, que lo encontrara y así, juntos, podrían volver a casa, solo que su «casa» era Escocia y el a nunca había estado allí.

¿Cómo es que puedo llamar hogar a un país desconocido?

Evangeline no sabía por qué, pero lo sentía. Lo sentía en su sangre, en su interior, aunque no pudiese hallar una explicación.

Una fuerza poderosa, nacida desde lo más profundo de su ser, desde pequeña la había atraído hacia esa cultura y hacia esos paisajes de ensueño. Siempre se había quedado pasmada en cada ocasión que había observado fotografías de las Highlands; también había sentido su piel erizarse y había derramado lágrimas de emoción al oír el desgarrador sonar de una gaita. Le resultaba imposible, pero se sentía parte de ese lugar y deseaba con fuerza sobrenatural poner sus pies sobre aquel a tierra.

Otra de las cosas extrañas de sus sueños era que siempre ha-

bía visto a Sawny vestido de vaquero. *¡Así no visten los escoceses!*, había pensado mil veces y esa mañana no era la excepción.

15

Ganadora concurso Ali Nigro

Él siempre había llevado pantalones tejanos, camisa, botas y

sombrero. Cada noche lo veía cabalgando a través de hermosas praderas verdes rodeadas de una cadena montañosa y arreando una enorme cantidad de cabezas de ganado y de caballos. Era un lugar bellissimo, pero ella no tenía idea de en qué lugar del planeta podía encontrarse.

Evangeline nunca había visto el cartel que pendía a la entrada del rancho ganadero en el que siempre estaba Sawny... Hasta hacía poco tiempo. Desde entonces, al menos conocía la leyenda que rezaba en aquella madera: *The Little Highlands*, decía el grabado y pendía de un travesaño apoyado en dos postes de más de tres metros de altura sobre la enorme puerta por la que se accedía a la propiedad.

The little Highlands... Las pequeñas Tierras Altas. El nombre era muy apropiado, pero Evangeline seguía sin tener idea de dónde podía estar ubicado.

Jamás había sabido por dónde empezar a buscar. Después de meditarlo durante un largo rato, y ya con el corazón henchido de esperanza, llegó a la conclusión de que tal vez aquel cartel fuese un buen comienzo.

—¡Te buscaré, Sawny! —exclamó decidida, como nunca antes lo había estado—. Te buscaré... ¡Y más te vale que seas real!

Nowevolution editorial.

2

Alexander McKenna

Rancho The Little Highlands

Sábado, 5 de julio del año 2003

Alexander McKenna se sentía extenuado y estaba cubierto de polvo. Montado sobre su caballo negro, hizo cruzar la entrada del corral a dos animales más. Jack, uno de sus empleados, corrió sin perder tiempo a cerrar la puerta de madera.

—¡Esas eran las últimas, Alex! —gritó el hombre, complacido, y recostó la espalda contra la cerca para descansar.

—¡Hoy se han hecho las difíciles esas condenadas! —replicó Tom, el otro peón, mientras sacudía el polvo que cubría sus pantalones.

—¿Vamos por unas cervezas? —sugirió Jack—. Yo realmente necesito algo fresco. ¡Siento que la garganta me quema como un demonio! —bufó, tocándose el cuello.

Tom asintió rápidamente, pero no Alexander.

—Vayan ustedes, muchachos. Se merecen ese descanso. ¡Sí que nos han hecho trabajar hoy! —Dirigió una mirada al ganado, ahora

encerrado en el corral—. Yo iré a cabalgar un poco. Quiero revisar los perímetros y verificar si están en buen estado las alambradas.

Más tarde me reuniré con ustedes.

—¡Alex, tú también necesitas un descanso! —replicó el hombre mayor, con cara de disgusto—. Estás en pie desde mucho antes que nosotros. ¡Deja esa bendita cerca para mañana! ¿Quieres, muchacho?

El espléndido vaquero de ojos verdes, desde la altura de su montura, negó con la cabeza y sonrió como lo haría un hijo a un padre.

17

Ganadora concurso Ali Nigro

—Tom, no te preocupes por mí — le contestó —. Deberías dejar de tratarme como si fuera un niño —añadió, permitiendo entrever

un matiz cariñoso a pesar del reproche—. Además, quiero cabalgar

un rato.

—¿Cabalgar? ¿Has estado todo el día sobre ese animal y aun así deseas cabalgar? —Tom revoleaba sus cabellos cubiertos de hilos plateados en gesto reprobatorio.

—Ya lo conoces, Tom —agregó Jack, el trabajador más joven

pero de rostro igual de curtido por el viento y por el sol—. Pierdes el tiempo

insistiendo —acotó.

—Jack tiene razón, Tom —confirmó Alex—. Agradezco tu preocupación, viejo amigo, pero pierdes el tiempo insistiendo.

—¡Eres un maldito testarudo! Desde niño lo has sido y no hay quien te haga cambiar de opinión cuando te empeñas en lanzarte

como un loco por la pradera. —El viejo refunfuñaba, pero al final de la frase ya parecía resignado—. ¡Pero, al menos, prométeme que te

cuidarás, muchacho! —agregó, apuntándolo con el dedo.

Alex asintió a las palabras de Tom inclinando la cabeza a modo de saludo y tocándose el ala del sombrero.

—Siempre lo hago.

El viejo Thomas, o Tom, como lo llamaban cariñosamente, no era tan viejo tampoco; ese solo era un apodo que le había quedado

por las gruesas arrugas que le surcaban la cara rústica. Tendría unos cincuenta y cinco años, no más, y era empleado del rancho McKenna desde hacía treinta y cinco. Había sido el mejor amigo del padre

de Alexander y quería al muchacho como a un hijo. Esa era la razón

por la cual Tom se preocupaba de manera personal por el bienestar

de su jefe quien, desde su punto de vista, no hacía más que trabajar duramente desde el alba hasta la caída del sol.

—¡Nos vemos luego! —Alex saludó a sus empleados, y también

únicos amigos, tocándose otra vez el ala del sombrero vaquero, des-

pués hizo virar el caballo a su derecha, lo espoleó y lo hizo galopar a través de la extensa pradera.

18

Nowevolution editorial.

Alexander adoraba sentir el viento golpearle la cara y despeinarle el largo cabel o negro. Galopaba a gran velocidad y se llenaba las fosas nasales con el olor de la hierba fresca y húmeda, y con el aro-ma de las montañas y del hielo que aún permanecía en los picos más altos y que el viento traía consigo. Entonces cerraba los ojos, y se dejaba llevar...

Las montañas le hacían pensar en Escocia; en las zonas escarpadas, en los lagos... En ese instante, para él era como estar allí.

Como si mágicamente se transportara a ese lugar.

Alexander McKenna podía sentir el perfume del brezo, el olor del musgo y de los helechos; podía ver el serbal, el roble, los alerces, y podía maravillarse con el águila real volando sobre él.

Alexander llevó la cabeza hacia atrás y cuando sacó el aire desde lo más profundo de sus pulmones, lo hizo con un fuerte grito. Un grito de guerra; un grito de desahogo.

—¡Evangeline! —su voz poderosa, pero herida, retumbó en el

páramo salvaje e hizo eco en las laderas de las montañas.

Alexander McKenna, en ese momento único, podía verse en otro tiempo y en otro lugar. Cabalgaba sobre su semental negro. Llevaba el cabello suelto y le caía sobre los hombros. Iba vestido con una camisa rústica color azafrán y con un plaid confeccionado con el

tartán⁴ azul y negro característico de su clan. Calzaba botas de piel de ciervo amarradas a sus pantorrillas con tiras de cuero. Llevaba un morral de piel de tejón y su espada en la cintura.

En ese instante, volvía a ser Sawny. Volvía a ser Alexander McGraeme, el hijo menor de un poderoso y cruel laird escocés.

4 - El tartán es un tejido típico escocés. Los colores de los tartanes representaban los colores del clan al que pertenecían.

19

Ganadora concurso Ali Nigro

3

Evangeline estaba en el consultorio veterinario de los doctores William y Kate Smith, donde trabajaba desde poco después de graduarse de médica veterinaria. Atendía a un caniche que, tras sufrir un accidente, había quedado con su pata derecha fracturada.

Evangeline y Kate eran las mejores amigas desde pequeñas.

Habían acudido a la misma escuela; años después, ellas y William

habían asistido a la Universidad de Medicina Veterinaria juntos.

Habían cursado toda la carrera y, con el transcurso de los años, se

habían fortalecido y afianzado sus lazos de amistad. Al graduarse en la universidad, William y Kate se habían desposado y trazado una

larga lista de proyectos, y el más importante de todos esos planes

había sido abrir una clínica para animales. Después de buscar el

lugar adecuado en las afueras de Los Ángeles y montar las instala-

ciones, le habían propuesto a Evangeline que trabajara con ellos, y

desde luego que ella había aceptado la propuesta, sin dudar.

Evangeline se destacaba en cirugía y eso es lo que hacía en ese

momento. El animalito había sido golpeado por un automóvil y

abandonado, casi muerto, en la calle. Un par de jovencitos, que se

habían apiadado de él, lo habían llevado hasta la clínica.

Las doctoras le habían realizado al perrito algunas radiografías.

Lo habían examinado minuciosamente y ya habían descartado la

presencia de hemorragias internas; aunque sí habían encontrado en

el paciente varios golpes sin demasiada gravedad y una fractura ex-

puesta. A Evangeline le tocaba el trabajo de recolocar el hueso en su lugar y reparar el tejido.

Aquel a fue una operación extenuante, por lo minuciosa y deli-

cada. Al finalizar, Evangeline se veía agotada y con grandes círculos oscuros debajo de los hermosos ojos color miel. Kate aguardó a que

20

Nowevolution editorial.

el perrito ya estuviese suturado y descansando en un moisés espe-

cial fuera del quirófano para acercarse a la cirujana con una taza de café.—
¡Has hecho un magnífico trabajo, Evy! —expuso Kate. Le palmeó el hombro a su amiga y le alcanzó el jarrito de cerámica que

humeaba invitadoramente—. Bébetelo y descansa, que te ves

terrible.

Evy sonrió. Su amiga nunca podía estarse callada.

—Gracias, eres un ángel, Kate. —Evy agradeció la taza que

su amiga le alcanzaba y se sentó junto al caniche para poder estar

atenta a su evolución. Bebió unos tragos de la reconfortante bebi-

da. Cada sorbo le calentaba la garganta y le devolvía la temperatura perdida a su cuerpo. Fuera hacía calor, pero dentro del edificio la

temperatura se mantenía fresca. Poco a poco, la tensión provocada

por la cirugía anterior abandonaba su organismo y daba paso a un

bienvenido estado de relajación.

—¿Has vuelto a soñar con él? —preguntó Kate, con la misma

naturalidad con la que alguien preguntaría por el bienestar de algún pariente y

no por un personaje, tal vez inexistente.

A Evy no le sorprendió la pregunta. Kate era la única persona

que conocía *su historia con el hombre de los ojos verdes* y Evangeline sabía que con el a podía expresarse con libertad, sin miedo a que se burlara o a que la creyera desquiciada como cualquier otra persona

hubiese hecho. ¡Si hasta a el a misma, muchas veces, le parecía una

locura que una mujer de treinta años; una mujer culta, con estudios

universitarios, estuviese enamorada de un hombre que solo había

visto en sus sueños!

—Ajá... Como cada noche —le respondió, mientras retorció

el dobladillo de su uniforme—. Siempre está allí, esperándome...

Kate, he decidido buscarlo —anunció de repente, y alzó los ojos

hacia su amiga—. No sé por dónde comenzar a buscar, pero lo haré.

Kate abrió mucho los ojos. El anuncio la había tomado por sor-

presa, sin embargo, no le parecía descabellado que su amiga quisiera averiguar, definitivamente, si el hombre de sus sueños era real o no.

Asintió con la cabeza.

21

Ganadora concurso Ali Nigro

—Creo que esa es una muy buena decisión, Evy —dijo al final

Kate, mientras estrechaba una de las manos de su amiga pelirroja, antes de que esa mano, deshiciera el ruedo del guardapolvo.

—No quiero verlo envejecer solo en mis sueños —siguió declarando Evangeline—. Siento una conexión especial con ese hombre y si es real, sé que voy a encontrarlo. Quiero tener una vida de verdad, Kate. Lo quiero a mi lado, lo quiero en mi vida; no solo por

las noches, en mis sueños. —Inspiró hondo antes de proseguir—:

¡Dios! Deseo despertar y que él siga conmigo —dijo apasionadamente, y a la vez, en cada palabra, podía percibirse impresa su vena más soñadora.

—Sabes que yo te apoyo, amiga, y voy a ayudarte en lo que sea —prometió Kate, aferrando las manos de Evy con más fuerza, mientras le sonreía—. ¡El tuyo sí que es un caso especial, eh! —exclamó, ahora con una sonrisa abierta.

—Mmm, ya lo creo. ¡Debo parecer un fenómeno! —expuso, riéndose de sí misma—. Tengo treinta años y me he mantenido virgen para un hombre que tal vez solo sea producto de mi muy florida imaginación. ¡Al parecer, a la extraña Evangeline Jesper le gustan los desafíos! —dijo divertida y Kate le siguió el juego.

—Y en tu gran reto, el objetivo, señoras y señores es...

—¡Sawny! —completó—. Buscarlo y descubrir si es real o no.

—Se alzó de hombros en gesto resignado.

—¿Por dónde empezarás? —Cuando Kate formuló aquella pregunta, su tono era serio.

—Si me guío por lo que he visto en mis sueños, debo buscar un rancho ganadero en cuya entrada haya un cartel que diga: *The Little Highlands*. Sé que la propiedad tiene extensas praderas y montañas que en invierno se ven nevadas, y... ¡Y busco al hombre más guapo que pisa la tierra! —Su voz reflejaba su completo embelesamiento por Sawny.

—¡Anda, dime cómo es... otra vez! —Su complicidad era explícita en su tono de voz—. ¡Sé que adoras pensar en su aspecto!

—Revoleó los ojos al techo, en fingido fastidio—. Y Dios sabe que puedo soportar su descripción por... ¿millonésima vez?

22

Nowevolution editorial.

—¡Me conoces, Kate, cuánto me conoces! Y creo que, en todos estos años, te lo habré descrito un par de veces más de eso que tú dices —dijo, con una sonrisa preciosa dibujada en sus generosos labios.

—Te conozco desde la preparatoria y hemos sido las mejores amigas desde los trece. ¡Si en diecisiete años no hubiese llegado a

conocerte, tendría que decir que nuestra amistad ha sido un fracaso! —declaró Kate—. Y tú también me conoces a mí, Evy, y tú también has estado conmigo cada vez que te he necesitado. ¿O acaso te has olvidado de las veces que te he arrastrado a cuanto lugar averiguaba que William iría? ¡Antes, incluso, de que siquiera él me diera la hora!

—¡Uff! Recuerdo esas salidas. Él, muy seriecito, se sentaba con sus apuntes a estudiar en aquellos cafés y tú revoloteando a su alrededor, buscando cualquier excusa para hablarle —recordó Evy, con genuina diversión, esos años de su juventud junto a su querida amiga.

—¡Bueno, tanto empeño ha dado resultado! —exclamó conforme, quien al fin y al cabo, había terminado atrayendo la atención del *seriecito* William Smith.

—¡Tenía que ser que él en algún momento levantara los ojos de sus carpetas! Lo recuerdo como si hubiese sido ayer... —Le sonrió a su amiga—. Cuando William, por fin, levantó sus ojos y te vio, el pobrecito ya no pudo centrar su atención en otra cosa. ¡Creo que lo de ustedes ha sido amor a primera vista!

—Yo al menos me enamoré de él desde el primer momento

en el que mis ojos lo descubrieron. Caminaba por el corredor de la universidad, vestido con una camisa a rayas, impecablemente planchada, y los cabellos rubios le caían sobre la frente... —Ahora era Kate quien tenía mirada soñadora—. ¡Nunca olvidaré ese momento!

—¡Ni yo! —exclamó Evy, riendo a carcajadas—. Desde ese día, las próximas dos semanas me las pasé corriendo detrás de William Smith por toda la ciudad. ¡Bendito el día que levantó sus ojos de los apuntes y se enamoró de ti, porque ya no hubo forma de apartarlo

23

Ganadora concurso Ali Nigro

de tu lado y yo pude tomarme un descanso! —exclamó, entonces las dos mujeres rieron juntas.

—Eso te lo debo, querida amiga. —Kate apretó la mano de Evy entre las suyas—. Sin tu apoyo, no hubiese sido tan valiente como para perseguir a William. Siempre me has acompañado, Evy... — Kate se había emocionado y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no derramar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

Evy notó que, últimamente, Kate estaba mucho más sensible que de costumbre. Le palmeó la mano para reconfortarla, mientras

que para sí formulaba algunos interrogantes; sin embargo, no los mencionó en ese momento y continuó con la conversación que tenían en curso.

—Yo también me he sentido siempre muy acompañada contigo, Kate. ¡Además, eres la única persona que conoce mi secreto!

—¿Tus padres no lo saben, verdad? —Las amigas habían vuelto la conversación al tema de los sueños.

—¡Claro que no! ¡Jamás se lo he dicho ni lo han sospechado!

Ya sabes que la relación con mis padres es bastante especial. —Es-

bozó un gesto de disgusto—. Nunca he tenido la ocasión de hablar mucho con ellos. —Su voz traslucía un poco de desilusión—. ¡Ima-

gínate una de nuestras conversaciones! —dijo, entonces Evangeline

comenzó a parodiar una charla imitando con sus dedos el auricular

de un teléfono—: *Hola. ¡Ah, sí! Ya que ustedes son mis padres, —*

torció la boca en un gesto sarcástico—, me gustaría confesarles que estoy perdidamente enamorada... ¿Qué? Ah, no, no, no; él no está

aquí conmigo, es más, no tengo ni idea de dónde encontrarlo. ¡Hasta puede que ese hombre ni siquiera exista!

—Bueno, no creo que sea un buen planteamiento —sonrió Kate.

—Mis padres creerían que soy rara; además, tampoco les im-

porta un comino lo que a mí me suceda. —Desvió la vista hacia el

moisés con el perrito y prosiguió con la voz tenue, casi en un murmullo—. Ellos solo viven en su círculo dorado, de viaje en viaje y de fiesta en fiesta... ¿Qué podría importarles un caso como el mío? Un caso que para ellos sería digno para asistir a terapia. ¿Qué podría importarles cualquier cosa que tuviera que ver conmigo? —

24

Nowevolution editorial.

Negó con la cabeza y una punzada de dolor se le instaló detrás de los ojos—. Si a ellos no les interesa lo que me sucede, ¿para qué contárselo? —Terminó alzándose de hombros y perdiendo cualquier

chispa de diversión que podía haber tenido minutos atrás.

—Sí, lo sé —dijo con compasión.

Kate palmeó la rodilla de su amiga. Sentía repulsión por Mía y John Jesper. El matrimonio jamás había demostrado cariño o interés por su hija Evangeline. Ahora seguramente estarían en Grecia o Chipre, daba igual. Kate sabía que los padres de Evy solo recordaban que tenían una hija cuando su secretaria les recordaba que era la fecha de su cumpleaños.

—¡Ya, basta de lástima! —exclamó Evy. Inspiró profundamente, y se irguió como una reina—. Sobreviví sin ellos, y gracias a mis niñeras, y llegué a los treinta, ¿no?

—¡Y lo has hecho de maravilla, querida!

—Eso creo.

—Bien, ahora vamos, olvidemos a tus padres. —Sugirió, y descartó el tema haciendo un gesto con la mano—. ¡Estoy esperando esa descripción! ¿Cómo aparecía Sawny en el sueño de anoche?

Evangeline recuperó la sonrisa, aunque sus ojos seguían conteniendo el brillo de la tristeza... La mirada de Evy siempre se veía así: con un tinte melancólico y vidrioso.

—¡Si lo hubieras visto, Kate!, estaba tan guapo... —Suspiró profundamente y los ojitos color miel se le iluminaron ahora con ilusión. Hizo una pausa y sonrió de lado, entonces empezó la descripción de Sawny, contándole a Kate cómo lo había visto la noche anterior, igual que tantas veces había hecho para su amiga. Además, Evy conocía a Sawny de memoria. Cada rasgo, cada detalle lo llevaba grabado en su mente y también en lo profundo de su corazón. Hablar de Sawny la hacía sentir más cerca de él—. Se veía alto, muy alto... —comenzó a decir.

—¡Bueno, a tu lado, un metro setenta ya es alto! —interrumpió su amiga, en tono gracioso.

—¡Kate! ¡Deja de burlarte de mi estatura! ¡Lo has hecho durante más de quince años! —Evangeline quería sonar ofendida, pero

era imposible.

25

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Oh, bueno! ¿Y tú, señorita, acaso nunca me has dicho eso de piernas largas o *jirafón*?

Era una broma que tenían entre el as desde niñas con respecto a sus alturas algo desiguales y las dos sabían que ninguna tenía intención de herir a la otra.

—Solo envidiaba tu metro setenta y ocho. Debo reconocerlo — confesó Evy, sonrojándose.

Kate soltó una carcajada.

—¡Y yo que quería ser más baja! —Ahora había sido el turno de Kate de confesar su «secreto»—. Además, tu metro sesenta y seis es bastante normal. ¡Tampoco eres una enana, Evy! —Las dos reían a carcajadas y fue entre risas que intentaron continuar con el relato.

—Bueno, él, ya sabes, es muy, pero muy alto... —Echó una ojeada a su amiga, advirtiéndole sin palabras que no volviera a soltar su broma—. Calculo que tendrá más de un metro noventa y ocho, tal vez hasta llegue a los dos metros de estatura. —Evy entornó los ojos. Kate estaba reprimiendo una carcajada que le inflaba las me-

jillas—. ¡Ni se te ocurra reír!

—¡Lo siento, lo siento! —Inspiró hondo para tranquilizarse, entonces, Evy prosiguió con su descripción.

—Sawny debe tener como treinta y tres años. Es de hombros amplios y brazos musculosos. Ya sabes que algunas veces lo he visto sin camisa y tiene los músculos del torso y abdominales muy marcados, pero ayer vestía una camisa vaquera de color azul claro que le quedaba de muerte.

—¡Santo cielo! ¡Eso no es un hombre, es un dios! —exclamó Kate, fingiendo un desmayo digno de una obra teatral.

—¡Ni que lo digas! —Se abanicó con la mano—. Me gusta su piel morena bronceada por el sol y siempre usa esos pantalones tejanos que se ajustan a sus piernas fuertes... ¿Mmm? —Se detuvo a meditar en algo, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate, volviendo a sentarse erguida.

—Ahora que lo pienso... ¡No sé qué aspecto tiene su trasero!

—¿Qué? —gritó Kate alarmada, y las dos miraron en dirección al moisés para comprobar que el caniche no se hubiese despertado

a su alrededor.

—¿En treinta años nunca lo has visto de espaldas? ¿Jamás le has visto el trasero a ese hombre? —dijo en voz más baja.

—Sí, lo he visto de espaldas, pero en esas ocasiones estaba alejándose en su caballo. —Se encogió de hombros—. Bueno, pero si el trasero es como el resto... ¡Entonces debe ser un trasero de esos que dan ganas de darle un mordisco! —imaginó.

—¡Cuando lo veas, me lo cuentas! ¡Ah, y quiero una fotografía!

—le advirtió Kate a su amiga.

—¡Hecho! —acordó Evy. Ambas sonrieron cómplices.

Evy entrecerró un instante los ojos y el rostro de Sawny, maravillosamente masculino, se reprodujo en su mente. ¡Él era tan guapo!

Con su cabello largo, negro como el ébano flotando al viento; con su barbil a fuerte y su boca tan sensual... Y con esa nariz que podría haber sido recta de no haber tenido esa suave protuberancia sobre el puente que lo hacía más sexy aún. Pero los ojos de Sawny... Los ojos de Sawny eran la mayor obsesión de Evy: grandes, de un verde profundo; oscuros y penetrantes... Al verlos, siempre le recordaban el color de una pradera a la sombra. Borneados de largas y oscuras pestañas, él siempre había sentido su fuerza sobre sí misma cuando a través de los sueños él parecía mirarla.

—Es un hombre digno de una portada de revista —acotó la doctora Smith buscando nuevamente la atención de su amiga, pues ella se veía dispersa.

Evy asintió y su rostro, hasta poco antes con expresión soñadora, adoptó, ahora sí, un claro aspecto abatido.

—Algunas veces creo que alguien tan perfecto no puede ser real.

—Se hizo el silencio durante un momento, antes de añadir—: Creo que por esa razón no me he decidido a buscarlo antes. Tal vez sí estoy un poco loca, después de todo.

—¡Tú no estás loca, Evy!

—No lo sé. En muchas ocasiones me he preguntado si realmente no he inventado a Sawny inconscientemente para no sentirme tan sola... por lo de mis padres, ya sabes.

27

Ganadora concurso Ali Nigro

—No creo que sea eso, amiga —dijo en tono de consuelo.

—Al menos él acude a mí cada noche, aunque solo en mis sueños, y me dice que me ama. Para Sawny siempre he sido importante y siempre me ha necesitado. Es en sus ojos tristes donde noche tras

noche puedo ver que me necesita. En cambio mis padres... —Con gesto triste, Evy negó con la cabeza—. Bueno, la verdad es que nunca he existido para ellos. ¿No es irónico?

—¡Muy irónico! Tus padres, y tendrás que disculparme por lo que diré, son unos malditos desgraciados que no merecen la hija que han tenido. Pero con respecto a Sawny, yo estoy convencida de que él es real y que en verdad te está esperando. Evy, no me preguntes por qué ni cómo, porque no encuentro una explicación a la conexión que tienes con él. Puede que algún día tú lo descubras. ¡Búscalo, Evangeline! ¡Confía en lo que te dice tu corazón y no te rindas! Yo te prometo que voy a ayudarte.

—¿Por dónde empiezo la búsqueda, Kate? Ranchos ganaderos, con montañas nevadas... ¡Puede haber cientos!

—¡Pero solamente uno con ese letrero en particular! —exclamó con énfasis—. Y piensa en lugares que puedan tener esa geografía.

—¡Mmm! Podría ser Wyoming o Montana.

—¡Esas son muy buenas opciones!

—¿Y si no lo encuentro nunca? ¿Y si él no existe? —Evy sentía que todo su interior bullía de ansiedad y también con un poco de miedo.

—¡Al menos lo habrás intentado, Evangeline! —le respondió su amiga. Y Evangeline supo que Kate tenía razón.

28

Nowevolution editorial.

4

Alexander sabía que él había tenido otras vidas. Como muchas otras almas, la suya volvía a la Tierra una y otra vez; sin embargo, por alguna razón inexplicable, en él se daba un caso en particular.

Mientras que otras personas normalmente no recuerdan nada de sus vidas anteriores, él podía recordar cada detalle de cada una de sus dos vidas pasadas.

Alexander había vivido en Escocia, en las Highlands, en las primeras décadas del siglo xviii. Bautizado con el nombre de Alexander McGraeme; había nacido en el año 1703, hijo de un poderoso y cruel laird.

Alexander McGraeme había tenido dos hermanos mayores: Randolph McGraeme, trece años mayor que él, heredero del clan y casi tan despiadado como su padre; y su querido hermano Duncan, quien le había llevado una diferencia de ocho años y que había sido tan bondadoso y honorable como el más legendario de los caballe-

ros del rey Arturo.

Alexander había habitado en las zonas cercanas al Glen⁵ Affric⁶.

Había cabalgado y también recorrido a pie aquellos páramos y profundos bosques caledonios; había pescado y se había bañado en las aguas cristalinas del *loch*⁷ Glen y en numerosos ríos.

Y allí se había enamorado por primera vez y para siempre.

Había sido en Escocia en donde Alexander había encontrado a

su alma gemela, a su único y verdadero amor. Él solo la había besado una vez, pero eso le había bastado para recordarla y amarla por toda la eternidad.

5 - Valle Profundo.

6 - Es uno de los valles más hermosos de las Highlands escocesas.

7 - Lago.

29

Ganadora concurso Ali Nigro

Evangeline... su Evangeline. Aquel a mujercita pequeñita y del-

gada que no le llegaba a él ni siquiera hasta los hombros, de largos rizos rojizos y enormes ojos del color de la miel, con la nariz graciosamente respingona y el rostro de un ángel. La adoraba, y el amor

que sentía por el a era más poderoso que cualquier otra fuerza en el universo; tan poderoso como para obrar algunos milagros...

En aquella época tan lejana, ellos se habían encontrado cada

día en secreto y solo Duncan había sabido de esa relación. Sawny había compartido con su hermano la profundidad de sus sentimientos por Evangeline, le había contado acerca de las sensaciones que esa mujer era capaz de despertar en él; del impulso irrefrenable de besarla, de hacerla suya que lo había invadido cada vez que estaba cerca de ella y del vacío desolador que había sentido cada vez que se habían despedido hasta el día siguiente.

Alexander aún recordaba aquella conversación que había tenido con su hermano cientos de años atrás, en una vida distinta...

Duncan, ocho años mayor que él, había sido uno de los mejores espadachines que él había conocido, y Alexander había tenido el honor y el privilegio de que su hermano le enseñara desde pequeño a manejar la espada. Cada amanecer, ellos dos habían entrenado duramente en la liza del castillo McGraeme. En cierta ocasión, Alexander había estado un poco distraído y Duncan lo había percibido.

—*¡Presta atención, Sawny!*— le advirtió su hermano con la voz firme.

Alexander lo recordaba con la misma nitidez que si hubiese sucedido el día anterior, y eso le provocaba escalofríos en el cuerpo.

—*Lo siento, Duncan*— respondió él, algo avergonzado. No

quería fallarle a su hermano. Quería estar a su altura en el combate, pero no lograba mantener su atención en el ataque ni en la defensa.

Su mente ni siquiera estaba allí.

—*¡Sawny, te conozco, algo te sucede!*—En la cabeza, aún le resonaban aquellas palabras de Duncan. También su imagen estaba tan nítida en sus retinas como si la viera en ese mismo momento.

Duncan era un hombre imponente de casi dos metros de altura,

30

Nowevolution editorial.

cabello castaño larguísimo que le llegaba hasta mitad de la espalda y ojos verdes claro de mirada amable. Dejó la espada clavada en el suelo y apoyó las manos sobre la empuñadura, mientras escrutaba su rostro todavía de muchacho.

—*¡Habla!*—le exigió en tono firme.

Alexander fue a sentarse bajo un árbol. Dejó su propia espada cruzada a sus pies. Duncan lo siguió, y permaneció de pie frente a él.

—*Te contaré lo que me sucede, Duncan, pero debes prometerme que mantendrás el secreto. Nadie debe averiguarlo nunca, ¿comprendes?*— advirtió él, finalmente.

—*Lo comprenderé en cuanto me lo cuentes todo, Sawny.*

—*Bien, confío en ti.*—Alexander se sonrojó aún antes de comenzar a hablar, pero soltó las palabras. Una vez que salió de su boca la primera oración, ya no pudo parar y, como un torrente, fluyó toda la historia—. *He encontrado a la mujer destinada para mí*—le confesó.

—*¡Eso está muy bien, hermano!* —Duncan le palmeó la espalda

con fuerza, acompañando sus palabras—. *¿Por qué estás tan abatido, entonces?* —le preguntó. Su mirada escrutadora permanecía a fuego grabada en su memoria.

—*¡Déjame terminar, Duncan, y lo entenderás!*

—*De acuerdo, habla muchacho.* —Duncan se sentó frente a él y dejó su mirada verde clara posada en su rostro, estudiándolo.

—*Estoy enamorado de ella... Cuando estoy a su lado, debo hacer*

acopio de toda mi fuerza de voluntad para no besarla, para no tumbarla sobre la hierba y hacerla mía —le confesó—. *Y cuando estoy lejos de ella, no puedo hacer otra cosa que tenerla en mi mente, como ahora. Ella ocupa cada uno de mis pensamientos. ¡Demonios! ¡Me siento un potro salvaje, inquieto, queriendo ir a su encuentro!* —bufó al decir esas palabras.

—*¡Ouch! ¡Sí que estás loco por ella!, ¿no?*

—*¡Más que eso! No imagino mi vida alejado de ella. La amo con*

todo mi corazón, Duncan, y no es un capricho de muchacho —clamó con ardor—. *En cuanto la tuve cerca, supe que ella era para mí y para ningún otro hombre.*

—*¿No te parece un poco arrogante de tu parte, Sawny?*

31

Ganadora concurso Ali Nigro

—*No, Duncan, no es arrogancia. ¡Ella es mi alma destinada, mi*

otra mitad! —le explicó—. *Estoy convencido de que ha nacido para ser mía, así como sé que yo estoy en este mundo solo para ser suyo y de ninguna otra*

mujer.

—*Veo que el asunto va en serio* —respondió Duncan, pensati-

vo—. *¿Y quién es la afortunada?* —añadió en tono de broma—. *¿La conozco?*

—*No sé si debo decirte su nombre...* —Alexander recordaba que

en aquel entonces había dudado—. *Creo que a ella no le gustaría que alguien supiera de esto...* —Arrancó un trocito de hierba y lo arrojó lejos, después tomó un tallo y lo llevó a su boca para mordisquearlo.

—*Escucha, Sawny, te he prometido que el secreto está a salvo conmigo. ¡Confía en mí, muchacho! Y ahora respóndeme una sola pregunta:*

¿Ella siente lo mismo por ti?

—*Sí, ella también me ama* —dijo él, sin dudarlo—. *El problema es que nuestra relación es un poco... eh... complicada...*

—*¿No irás a decirme que ella es casada, verdad?*

—*¡Por supuesto que no!*

Al cabo de un rato, él le había contado a Duncan cada detalle de su relación con Evy y su hermano lo había comprendido y apoyado.

Debido a que el laird McGraeme, su padre, de ninguna manera de-

bía descubrir que Evangeline y él se veían a escondidas en el bosque, Duncan, a partir de ese día, los había ayudado a mantener el secreto y a él a buscar una coartada para sus escapadas diarias del castillo.

Sus otros recuerdos eran del período que abarcaba desde 1784

hasta principios del siglo xix, en Inglaterra. En esa otra vida él había sido Alexander Carroway, lord Sinclair; y como común denominador,

allí también había encontrado a Evangeline. La atracción, el magnetismo y un amor imparable, había fluido entre ellos al instante.

En aquel Londres del siglo xix, ellos se habían entregado por completo su amor. Se habían amado con una fuerza insuperable; con una pasión que solo puede haber sido guiada por el corazón. El

32

Nowevolution editorial.

amor había perdurado de una vida a la otra, sin embargo, se habían reencontrado únicamente para volverse a perder.

Y ahora, Alexander estaba en el año 2003; en aquel rancho en donde le había tocado nacer en esa nueva vida. En la actualidad, él era Alexander McKenna, un vaquero americano que jamás, a pesar del tiempo transcurrido, había podido olvidar ni su amor por Escocia ni por su adorada Evangeline; y aunque a Alexander le gustaba ese lugar, añoraba desesperadamente regresar a «casa», pero no volvería solo.

Alexander percibía que Evangeline estaba cerca. Él sabía que el a también había vuelto en esta época.

Al cumplir tres años de edad, Alexander había empezado a ver a

Evy en sus sueños. Había visto a la niña poco a poco transformarse en mujer, tan hermosa como la recordaba de aquellas épocas anteriores. Evy era su único amor. Jamás lo había dejado de ser a pesar del paso del tiempo.

Alexander cada día rogaba a Dios para que Evy lo encontrara, para que regresara a él; porque él no tenía ninguna pista para poder hallarla. Cada noche la buscaba a través de sus sueños, y allí la veía.

En algún punto del planeta estaba el a; sin embargo, aquellos sueños no le mostraban ninguna señal que indicara dónde era. Aunque buscara y buscara alguna pista, nada; solo la veía a él.

Ellos tenían una conexión especial, un don que nadie más tenía.

Algo que, tal vez, nadie más podría comprender, y a través de aquella conexión había sido que él había percibido que el a había tenido una vida de soledad. Veía la tristeza alojada en esos hermosos y enormes ojos del color de la miel y creía morir cada vez que Evangeline estiraba su mano, intentando alcanzarlo. Se le desgarraba el corazón cuando el a le pedía que no la dejara, pero él se encontraba impotente, sin poder hacer nada, y eso lo enfurecía.

¿Dónde estás, Evy? Dime dónde estás y correré hacia ti.

Deseaba tanto estrecharla entre sus brazos, cubrirla de besos, consolarla; llenar cada espacio vacío de su alma... Se juró que algún

día lo haría, y el a ya nunca sabría lo que era la tristeza o la soledad.

Él se encargaría de ello. ¡Lo juraba por su alma!

33

Ganadora concurso Ali Nigro

Alexander tenía la certeza de que ellos tenían que estar juntos.

Estaba convencido de que eran almas gemelas, almas destinadas.

Sabía que la vida y el universo, les brindaban una nueva oportunidad para, por fin, poder amarse. Era un milagro, una nueva oportunidad, y no estaba entre sus planes desperdiciarla.

34

Nowevolution editorial.

5

Los Ángeles

Noche del sábado, 5 de julio de 2003

Evangeline estaba sentada en su cama, con las piernas extendidas y el torso reclinado sobre varias almohadas. Tenía su ordenador portátil

apoyado sobre las piernas y buscaba en internet información acerca

de ranchos ganaderos. En ningún registro había podido encontrar

algún rancho que tuviera el nombre «The Little Highlands», por lo tanto buscaba fotos de paisajes que concordaran con el que el a

tenía grabado en su memoria, pero aún no había tenido éxito.

Ese día se había levantado muy temprano por la mañana. Generalmente solía irse a dormir a eso de las diez, pero como al día siguiente no tenía que acudir al trabajo, había decidido quedarse investigando hasta tarde, y ya eran más de las dos. Se sentía extenuada. Su jornada laboral había sido de lo más exigida y agitada, puesto que había tenido varias urgencias de último momento y una cantidad de trabajo mayor al que tenía cotidianamente, y ahora el cansancio, implacable, se hacía sentir en todo su cuerpo.

Sus ojos se cerraron en varias ocasiones, y él a volvió a abrirlos.

Le pesaban los párpados. Tenía tanto sueño...

Su cuarto y las fotografías en su ordenador empezaron a volverse borrosas y lejanas. Sus ojos volvieron a cerrarse y aunque hizo el intento, esta vez fracasó y ya no pudo volverlos a abrir. Se sentía adormecida, y poco a poco la consciencia la fue abandonando...

Sintió los músculos de su cuerpo tornarse laxos y, tanto la respiración como el ritmo cardíaco se fueron aletargando, hasta que se quedó dormida.

Evangeline se fue sumergiendo en su mundo de sueños, solo que esta vez todo era diferente. Podía verse a ella misma tal como

Ganadora concurso Ali Nigro

estaba ahora, pero con el cabello más largo, hasta la cadera en vez de a mitad de la espalda. Vestía ropas extrañas: llevaba un vestido largo y tosco, de lanilla marrón, con una camisa rústica debajo.

Eran ropas sencillas y de otra época.

Esta vez el sueño era distinto.

Al ver las imágenes formándose en su mente, Evangeline com-

prendió que eso era más bien un *déjà vu*. Supo, instantáneamente, que ya había estado allí. Todo le resultaba conocido y familiar: Los olores de la hierba que la alcanzaban directamente, el paisaje, la mú-

sica lejana llegando hasta el a en los acordes heridos de una gaita...

Su cuerpo entero se agitó con escalofríos y la piel se le erizó al escuchar la melodía. Evy comprendió que eso no era solo un sueño,

sino que era un recuerdo y supo que ya había vivido todo aquello

tiempo atrás. Un par de siglos atrás...

Escocia, Highlands

Año de nuestro Señor de 1720

—¡Señorita Evangeline! ¡Señorita Evangeline! —gritaba el

hombre. Era robusto y de cara rechoncha. Corría por el sendero de piedras rumbo a la humilde cabaña de adobe y techo de paja enclavada en un claro y rodeada por algunos serbales.

La mujer pelirroja, alertada por el bullicio que el hombre hacía fuera de la vivienda, salió a su encuentro.

—Pero ¿qué os sucede, Rupert? ¿Por qué tanto escándalo?

El hombre se detuvo. Lucía agitado.

—A mí nada, señorita. —Aclaró. Con una de sus manos se sostuvo el pecho, que subía y bajaba en cada profunda inspiración—.

Es mi hermano. El muy tonto se ha caído del caballo. No sé si se ha roto algo, pero no despierta. Hemos intentado todo, pero no despierta —volvió a repetir de manera ansiosa, secando su frente con el dorso de su enorme mano velluda.

8 - Es la extraña sensación de haber vivido antes una determinada situación.

En francés, *déjà vu* quiere decir «ya visto».

36

Nowevolution editorial.

—¿Y dónde está vuestro hermano? —preguntó Evangeline, mirando a su alrededor para ver si alguien cargaba al herido.

—En el bosque —dijo él, aún con la respiración descontrola-

da—. Ronald... Ronald, mi otro hermano, se ha quedado con él para evitar que se le acerquen animales y lo hieran.

—Bueno, Rupert, tendrá que esperarme un instante aquí. Iré por las medicinas y por mi caballo y en un momento marcharemos al encuentro de su hermano. No debe preocuparse, verá que todo saldrá bien —lo tranquilizó. Deseaba no estar equivocada.

Evangeline ingresó en la humilde cabaña que compartía con su padre, el herrero James, como toda la aldea lo llamaba, y con su madre, la dulce Adeline, quien tenía el don de preparar los platos más sabrosos con unos pocos ingredientes.

Evangeline fue directamente al sector de la vivienda que, separado por una cortina del resto de la estancia, le servía de cuarto, y tomó la bolsa con las medicinas que ella misma preparaba.

La vieja curandera del pueblo le había enseñado a Evy, desde que ella era muy joven, todo acerca de las hierbas y de su poder para sanar. Ahora que la antigua sanadora estaba bastante entrada en años y además achacada con diferentes dolencias, era ella la encargada de acudir cada vez que había una emergencia o si el herido o enfermo no podía trasladarse hasta la choza de Moira.

Adeline asomó la cabeza dentro del cuarto. Su rostro era muy parecido al de su hija, aunque ya con varias arrugas alrededor de los ojos y el cabello, que una vez también había sido del color del fuego, salpicado ya por hilos de plata.

—¿Qué ha sido todo ese lío, Evy? —preguntó.

—Es Rupert, que ha venido a buscarme. Parece que su hermano Malcolm, ha caído de un caballo y está inconsciente —respondió sin dejar de buscar sus pertrechos.

—¡Oh, santísimo Señor!, ¡pobre muchacho! —La señora mayor se persignó elevando una plegaria para que el hombre, a quien todos en la aldea apreciaban, se recuperara pronto.

—Debo irme, mamá —dijo Evy. Besó a su madre en la frente y caminó hacia lo que servía de cocina, salón y también cuarto de sus padres en la noche, para luego dirigirse a la puerta de la casa.

37

Ganadora concurso Ali Nigro

—Sí, mi niña, no pierdas tiempo —asintió la madre mientras salía al patio detrás de su hija. Limpiaba sus manos en el delantal desgastado que llevaba sobre la falda sencilla y remendada, aunque impecablemente limpia.

Con la bolsa cruzada a su espalda, Evangeline montó con la destreza de una valquiria sobre su fiel yegua blanca, saludó a su madre con la cabeza y, segundos después, junto con Rupert, partió a todo galope y se internó en el bosque en busca del accidentado.

Evy rogaba por que no fuese demasiado tarde ya. Esas caídas desde un caballo solían ser muy peligrosas. Sabía de algunas personas que habían dejado de caminar a causa de caídas similares y de otras que se habían partido el cuello y habían muerto. Esperaba, sinceramente, que ninguno de esos fuese el caso de Malcolm, el joven ebanista de la aldea.

Cuando llegaron al lugar, encontraron a Malcolm sobre un improvisado jergón de hojas secas. Estaba blanco como el hielo de los picos de las montañas y aún no había recuperado el conocimiento.

Con suavidad la mujer tanteó con sus manos el cuerpo del hombre. Buscaba en él señales de huesos rotos. Al terminar la inspección, únicamente había podido hallar un horrible bulto en el lado izquierdo de la cabeza.

Evangeline pidió a uno de los hermanos del herido que buscara un poco de agua. Cuando él volvió con la vasija llena, ella se apresuró a preparar un unguento frío, mezclando en el líquido algunas hierbas machacadas. Una vez que lo tuvo listo, lo aplicó sobre la contusión. Esperaba que la medicina ayudara a bajar la inflamación. Después, con un trozo de tela húmeda, le limpió el rostro raspado y sucio.

Malcom seguía sin despertar.

—¡Alcánceme su whisky, Rupert! —ordenó Evy.

El hombre robusto hizo una mueca. No muy convencido rebuscó dentro de su morral y, aún con reticencia, entregó a Evy la pequeña botella que llevaba. La sanadora puso su brazo bajo la cabeza de Malcolm para incorporarlo un poco y acercó la botella destapada a su nariz.

38

Nowevolution editorial.

Después de que los efluvios del alcohol se colaran por sus fosas nasales, el herido finalmente alzó sus párpados. Pestañeó. Aún veía de manera borrosa, pero había alcanzado a distinguir a la mujer a su lado. Sus ojos del color del acero la miraron con adoración.

—Señorita Evangeline —pronunció con voz cansina, pero feliz de ver a la mujer pelirroja.

—Tranquilo, Malcolm. Se pondrá bien. —Ella quiso tranquilizarlo al ver que él quería incorporarse abruptamente.

—Evangeline... usted es un ángel —susurró con devoción. Deseaba acariciar el bello rostro femenino, aunque sabía que eso a él le disgustaría; entonces, se obligó a reprimir sus deseos.

—¡Shhh! Debe descansar —le dijo dulcemente y luego se di-

rigió a los dos hombres que aguardaban en pie junto a ellos—.

Tendrán que cargarlo y será mejor que Malcom permanezca en la cama el resto del día. Deberán hacerle beber este brebaje —le ofreció una botellita a Rupert— dos veces más durante la tarde.

Esto servirá para calmarle el dolor de cabeza. Deberán vigilar que no sufra de vómitos o mareos. Si algo de eso sucede, envíen por mí de inmediato; de lo contrario, yo iré mañana a ver cómo sigue.

—Gracias, señorita Evangeline. Es usted muy buena y mi hermano le estará muy agradecido por atenderlo.

—No es nada, Rupert. —Echó una mirada al herido—. Ocúpese de él, por favor.

Una vez hecha su tarea, Evy volvió a montar sobre su yegua y regresó a su cabaña. Estaba ansiosa por llegar. Ese día, su madre le había prometido que haría cranachan⁹ con unas frambuesas que el a había recogido esa mañana del huerto. ¡Ya podía imaginar el delicioso sabor de la nata, mezclada con la harina de avena y la fruta roja, al fundirse en su lengua y en su paladar!

Evangeline pertenecía al clan de los McGraeme. Igual que muchos otros miembros de esa comunidad, su familia había adoptado ese apellido, aunque no guardaba parentesco directo con el actual

9 - Postre típico de la cocina escocesa.

39

Ganadora concurso Ali Nigro

laird Randolph y su familia, compuesta principalmente por sus tres hijos y por su hermana lady Dora.

El laird hacía ya muchos años que había enviudado y no había vuelto a contraer matrimonio. Evy hacía más de quince años que evitaba acercarse al castillo, aun así había escuchado los rumores que decían que, a pesar de que lady Dora se había desposado con un MacDonald, la mujer seguía pasando gran parte del año en la fortaleza McGraeme. De esa manera el a podía velar por el bienestar de sus sobrinos y podía frenar, un poco, la impulsividad y el carácter agresivo de su hermano. El laird era un hombre cruel y despiadado con quien Evy prefería no cruzarse. Solo lady Dora era capaz de contenerlo, y ninguna otra persona más sobre la extensión de Escocia.

La de Evy era una de las tantas familias humildes que vivía en la aldea, en las afueras del castillo del laird McGraeme, y que sobrevivió gracias al trabajo duro de cada día. Los padres de Evy se habían asentado en ese lugar muchos años antes de que naciera la niña y ya

nunca quisieron trasladarse a otra tierra. Aunque era humilde, ese

pedacito de suelo era como si les perteneciera. Era todo lo que ellos conocían como hogar.

A Evangeline le gustaba cuidar de su huerto, recoger hierbas y preparar medicinas, y se dedicaba a atender a los enfermos y heridos cada vez que era necesario. También adoraba dar largas cabalgadas o caminatas por entre las montañas y por el bosque. Disfrutaba del aire libre, del agua de los ríos y de la pesca. Cada día salía sola y se internaba en la naturaleza. Amaba su tierra, amaba Escocia; pero no amaba a ningún hombre.

Ella era una mujer de belleza desbordante, de carácter dulce y amable, y dispuesta a ayudar a quien lo necesitara sin siquiera dudar. Demasiado sensible e inocente a pesar de su edad. A sus treinta años, para la época Evy podría haber sido considerada una mujer vieja, de no haber sido por su aspecto que conservaba la lozanía y jovialidad de cualquier jovencita de veinte años.

Evangeline contaba, sin quererlo, con una interminable lista de pretendientes. Le habían propuesto matrimonio en una incontable cantidad de ocasiones y ella siempre había dicho que no. No acep-

40

Nowevolution editorial.

taba los cortejos ni las galanterías de ningún hombre. Simplemen-

te, el a esperaba. ¿Qué esperaba? Ella esperaba el amor. Esperaba al hombre capaz de hacerla estremecer. Evy esperaba a su alma gemela.

Evangeline estaba convencida de que cuando se cruzara con él, que cuando lo tuviese enfrente, el a sabría reconocerlo; pero él aún no había llegado a su vida, por eso aguardaba. Esperaba a su otra mitad y no se uniría jamás a nadie más que no fuera él, el hombre para el cual el a estaba destinada, el hombre para el cual el a había nacido.

Malcolm era uno de sus pretendientes. Un guapo hombre robusto de treinta y cinco años, perteneciente al clan, de ojos grises y cabello color castaño claro.

Malcolm la había cortejado desde que el a podía recordar. Le regalaba flores, la visitaba cada vez que podía y, a pesar de sus negativas, él no desistía. Cualquiera mujer se hubiese sentido halagada por las atenciones de un hombre como él, pero no Evangeline. Ella no podía negar que fuera guapísimo, sin embargo, no era su alma gemela, no era él su destino. Simplemente, no era él.

Cuando por la mañana Evangeline visitó a su paciente para ver cómo seguía, él ya estaba levantado y la esperaba con un obsequio.

En sus manos tenía una bonita caja de madera tallada con dibujos de flores en la tapa. Evangeline no quería aceptar el regalo, pero él insistió y el a tuvo que llevarse lo.

—Señorita Evangeline, estoy muy agradecido por lo que ha hecho por mí. Por favor, acepte este pequeño regalo —le rogó él.

—Malcolm, no necesita agradecerme. Lo que he hecho por usted, lo hubiese hecho por cualquiera que lo necesitara. —Quiso quitarle importancia al asunto, darle a entender que no lo había hecho porque tuviese algún interés especial en él.

—Lo sé —al asentar, sus ojos grises mostraron un poco de tristeza—, pero eso no le quita mérito... Es suya. —Le puso el objeto en sus manos—. Yo mismo tallé las flores aquí, para usted. —Señaló el grabado y ella siguió el contorno de las figuras con el dedo.

—No debería haberlo hecho —lo reprendió Evely.

—Quería hacerlo —le dijo él, apesadumbrado.

41

Ganadora concurso Ali Nigro

Malcolm hubiese vuelto a declararle su amor, pero sabía que era en vano, entonces, simplemente guardó sus palabras y sus sentimientos en un rincón profundo de su corazón.

—Veo que ya está usted bien —dijo Evely con intenciones de cambiar de tema—. Puede seguir con el brebaje uno o dos días, por si persiste el dolor, pero ya no habrá más complicaciones. También puede aplicar un poco más de unguento sobre el golpe. —Le tendió un bote con un poquito de crema espesa y olorosa.

—¡Esto huele horrible! —exclamó él, tras destapar el tarrito y oler el contenido.

—¡Pero resulta de lo más efectivo! —le dijo ella con una sonrisa—. Ahora debo irme, Malcolm. Procure no caerse más de los caballos, ¿quiere? —Intentó bromear, pero él respondió con seriedad.

—Por un instante de su atención, soy capaz de rodar abajo por una ladera, Evangeline. —La voz le había salido cargada de pasión.

—¡Más le vale no hacerlo, hombre! La próxima vez, puede que no llegue a tiempo —advirtió Evy, luego salió de la cabaña de adobe y techo de brezo.

Malcolm siguió a Evangeline y la ayudó a subir a su montura, aunque ella era una experta amazona y él lo sabía. Retuvo las riendas un momento y la miró a los ojos. Deseo y amor podía ver en esa mirada. Malcolm no le dijo nada, sabía que no tenía sentido que lo hiciera. Le entregó las riendas y seguidamente, palmeó la grupa de la yegua.

—¡Arre! —gritó Malcolm, entonces *Sorcha* emprendió la marcha, y animal y jinete se alejaron. Se internaron en el bosque y pronto desaparecieron de su vista en la frondosidad de los árboles.

La visión del cabello de Evy, del color del fuego, mucho rato después todavía permanecía en sus retinas, quemándole a él los ojos.

42

Nowevolution editorial.

6

Varios días después del episodio con Malcolm, Evangeline trabajaba en su huerto. Retiraba las malas hierbas y recogía algo de verdura fresca para llevar a su madre. Adeline aguardaba en la cocina para preparar el almuerzo.

Era media mañana. El sol pegaba fuerte y grandes gotas de sudor ya habían empezado a rodar por su rostro. Estaba tan concentrada en su tarea que no notó que alguien se había acercado hasta que la silueta estuvo frente a él.

Evy alzó los ojos. Encandilada, no distinguió más que una figura, pues el sol a espaldas del recién llegado dejaba el rostro en sombras. Entornó los ojos con intenciones de enfocar mejor la vista, y frunció el ceño, sorprendida, al ver que se trataba de una sierva del castillo. Justo en ese momento, la mujer empezó a hablar de prisa, como si no pudiera perder tiempo.

—Sanadora, debes acompañarme al castillo.

—¿Al castillo? —inquirió Evy con voz ahogada. El terror invadió cada pulgada de su cuerpo y la recorrió por dentro. Apretujó el delantal que vestía; notaba que las manos le temblaban. Todo su cuerpo temblaba en su interior.

—Mi señora, lady Dora McGraeme MacDonald, te necesita con urgencia —le explicó la mujer.

Evy ahogó un gemido.

—¿Lady Dora? ¿Ella es quién me necesita? —indagó Evy con intenciones de corroborar lo que la mujer había dicho. Temía que la respuesta fuera afirmativa. Si era así, entonces ella no podría negarse.

—Milady se encuentra a punto de dar a luz. Primero me envió en busca de la vieja Moira, pero ella está con uno de sus fuertes

43

Ganadora concurso Ali Nigro

achaques y no puede ni levantarse de su jergón. Milady se negaba a amarla a usted, pero no hay nadie más que pueda atenderla.

—Entiendo —susurró.

Evangeline sentía que las fuerzas la abandonaban. Hacía más de

quince años que evitaba acercarse al castillo, puesto que el laird McGraeme estaba obsesionado con obtener sus favores sexuales y el a

no estaba en lo más mínimo interesada. Él la había perseguido desde que Evy había cumplido catorce años y en más de una ocasión había intentado forzarla, aunque en cada una de esas oportunidades, gracias a la buena fortuna, había podido escabullirse; hasta ahora...

Una visita a ese lugar le desagradaba totalmente, pero la conciencia le impedía a Evy abandonar a la pobre lady Dora. No podía dejarla sola cuando iba a dar a luz. No a esa mujer, quien había sido siempre muy amable con el a.

Cerró los ojos un instante, y su rostro se tornó ceniciento. Debía a lady Dora el conservar aún su virtud, pues había sido la hermana del laird quien había evitado que él abusara de el a hacía un tiempo. Cinco años atrás, tal como había hecho cada tarde por aquel a época, Evangeline estaba en la choza de la vieja Moira tomando sus lecciones, cuando el laird apareció buscando a la anciana.

Al advertir la presencia del hombre, Evy se escondió detrás de un cortinado desteñido. Aguardó un momento hasta que el laird se distrajo en una conversación con la curandera, entonces con sigilo se escabulló por la ventana trasera de la vivienda.

Al poco rato se hizo evidente que no había sido ni suficiente-

mente sigilosa ni rápida. Ese día Evy no había llevado a *Sorcha*, y el hombre gigantesco le dio alcance en el camino del bosque mucho

antes de que el a pudiese acercarse a su humilde cabaña.

—*¿Adónde vas tan deprisa, muchacha?* —La voz grave del laird McGraeme retumbó en sus oídos y en su corazón, que primero pareció detenerse, pero solo para arrancar su marcha con mayor fuerza

dentro de su pecho a causa del temor.

El laird era un hombre enorme y poderoso, que no estaba acos-

tumbrado a que le llevaran la contraria. ¿Pues quién iba a atreverse, cuando todos sabían que quien tenía el valor de hacerlo terminaba

con la cabeza separada del cuerpo?

44

Nowevolution editorial.

—*Yo, lo siento... debo regresar a casa* —quiso excusarse, teme-

rosa. —*¡Aún no!* —ordenó el hombre con tono autoritario. Avanzó hacia el a y la tomó de los brazos con demasiada fuerza.

—*Me hace daño* —gimió Evy. Los dedos vigorosos se clavaban

en su piel. Seguramente le quedarían moretones allí en donde él

tenía sus manos.

El laird ni se inmutó ante el gesto de dolor de la muchacha, en

cambio la recorrió con una mirada lasciva que abarcó cada pulgada

de su cuerpo.

—*Vamos a divertirnos ahora* —sentenció con voz pastosa, mientras hacía que se internase en el bosque casi a rastras.

—*No, por favor, mi señor, déjeme ir...* —rogó Evangeline al borde de las lágrimas. Tenía una idea escueta de lo que ese hombre consideraba diversión.

—*¡Cállate, mujer!* —gritó la orden y la arrojó sobre la hierba. Sin darle tiempo a incorporarse, se tumbó sobre el a.

Evy forcejeó para quitárselo de encima, pero cualquier intento era vano.

Con violencia, McGraeme intentó levantarle la falda.

Evy se ahogaba en sus propias lágrimas. Lanzó puñetazos hasta que él la sujetó por las muñecas con una sola de sus enormes y poderosas manos.

El laird carcajeó ante los vanos intentos de evadirlo de la mucha-

cha. —*¡Ya no vas a resistirte a mí, pequeña ramera! ¡Yo soy tu laird y tú obedeces!* —le advirtió él con la furia que el deseo negado había acumulado en su cuerpo insatisfecho y restregó una de sus palmas

por los pechos de su víctima.

—*¡Ayuda!* —gritó Evy, aún a sabiendas de que era en vano. Nadie sería capaz de enfrentarse al laird McGraeme, mucho menos

para defender a una simple mujer de la aldea —. *Por favor, déjeme...*

—rogó. Luego, al comprender que los ruegos no funcionaban, gritó con fuerza —: *¡Suélteme!*

—*¡Cierra la boca y quédate quieta!* —le gritó él, y le plantó una dolorosa

bofetada.

45

Ganadora concurso Ali Nigro

Evy sintió el regusto metálico de la sangre llenarle la boca. El muy bastardo le había partido el labio con el golpe.

No del todo satisfecho con haberla lastimado ya, la tomó por los hombros y continuó golpeándola con violencia contra el suelo.

Detuvo los golpes solo para levantarle la falda un poco más, pero

Evy no estaba dispuesta a rendirse y pataleó con desesperación.

Evangeline creía que todo estaba perdido. Ya no podría resistir durante mucho más. El estómago se le revolvió en una arcada.

Sintió la mano del laird en su muslo.

—*¡No! ¡No!*—gritó, y pataleó una vez más.

Oyó un golpe seco, pero el a no lo había recibido. No entendió en un principio qué sucedía. El cuerpo del hombre se aflojó sobre el a. Parecía inmóvil.

Advirtió que alguien intentaba quitárselo de encima. Empujó al

hombre y, gracias a el a y a su salvador, pudieron apartarlo. Una vez que se vio liberada, Evangeline rodó de lado y se incorporó. Entonces reconoció a su salvador. No había sido otro que lady Dora, la

hermana del laird y única persona capaz de hacerle frente. Él nunca tomaría medidas en contra de aquella mujer. Era la única que contaba con ese privilegio.

—*Ven, muchacha. ¿Estás bien? ¿Llegó a hacerte daño?* —quiso saber lady Dora. Intentaba acomodarle el cabello mientras le hablaba.

—*No, no, solo me ha golpeado* —respondió. Todavía se sentía conmocionada. Las lágrimas empapaban la delantera de su vestido y el cuerpo entero temblaba en su interior con nerviosismo—.

Muchas gracias, milady, usted ha llegado justo a tiempo... —No sabía cómo agradecersele a esa mujer que en ese instante había sido su ángel guardián.

—*Hablaré con mi hermano y te doy mi palabra de que no volverá a molestarte* —le prometió lady Dora—. *Ahora, si estás bien, es mejor que huyas de aquí antes de que despierte.*

—*¡Oh, sí, milady!* —asintió Evy. Tomó las manos de la mujer entre las suyas y las besó con devoción. Después salió a la carrera hacia su casa.

Habían pasado cinco años desde ese incidente. Desde ese en-

No sabía qué era lo que le había dicho lady Dora al laird, pero había dado resultado. Él no había vuelto a intentar forzarla, aunque sí la había acosado cuanta vez se había cruzado con el a, pero sin tocarle un pelo.

Evangeline suspiró hondamente. Debía enfrentarse a su mayor temor para retribuirle el favor a lady Dora McGraeme MacDonald.

Debía internarse en la guarida del lobo.

Apartó sus dolorosos recuerdos y se armó de coraje.

—Regreso en un momento —comunicó a la sierva.

Entró en la cabaña, quitándose el viejo delantal que llevaba so-

bre su vestido de lanil a gris y la cofia con la que había cubierto su cabello, y los dejó sobre una de las sillas de la cocina. Una vez en su cuarto, recogió su bolsa y su capa para el frío.

El calor que había sentido unos minutos atrás en el huerto la ha-

bía abandonado, dando paso a un frío que la hacía tiritar y que nada tenía que ver con la temperatura. Se reunió con la criada de lady

Dora en el patio, después, resignada, montó a *Sorcha*, su yegua fiel, para encaminarse al último lugar de la Tierra en el que le gustaría

estar.

Evyn cruzó los portones e ingresó al patio del castillo McGraeme.

Sentía la garganta cerrada y le costaba respirar. A su alrededor oía el bullicio de la gente yendo y viniendo, de los niños que correteaban

detrás de un par de gallinas y, un poco más lejos, el entrecocar de espadas de los guerreros en pleno entrenamiento.

Un joven de las caballerizas acudió a ella y se llevó a su yegua al establo. Después, la sierva que había ido a su casa la condujo a través de los fríos pasillos de piedra gris hasta la habitación de Dora.

Una vez que estuvo en el cuarto de la parturienta, Evy se sintió un poco más tranquila y pronto se vio dedicada a su tarea. Ordenó a las criadas que le trajeran agua hirviendo y trapos limpios y que se quedaran cerca para asistirle.

47

Ganadora concurso Ali Nigro

El parto resultó rápido y sin inconvenientes.

Una vez que hubo aseado y envuelto en una sábana limpia a la criatura, Evangeline le acercó a lady Dora al pequeño recién nacido.

Era un varón. Un bebé rozagante y robusto, clara herencia de los McGraeme. La madre tomó al niño entre sus brazos y se lo colocó en el pecho, después aferró las manos de Evy con evidente emoción.

—Gracias, Evangeline. Sé que debe haber sido difícil para ti tomar la decisión de venir y te lo agradezco —dijo la mujer.

—No debe agradecerme nada, milady. Soy yo quien está en deuda con usted. —Las palabras de Evy eran sinceras. Ella sentía que hasta el final de sus días le debería lealtad a esa mujer.

—Enviaré a una escolta de mi marido para que te acompañe hasta tu cabaña. Nadie te hará daño, es una promesa. —La mujer no le había soltado las manos mientras le hablaba.

—Gracias, milady. No sabe cuánto se lo agradezco —le dijo Evy con humildad. Se inclinó hacia la mujer y le besó las manos con devoción.

Lady Dora envió a su doncel a en busca de dos de los hombres de su esposo y les ordenó que acompañaran a Evy hasta su hogar. Recalcó que no debían permitir que se le acercara ninguna persona, no importaba quién fuera esta, de lo contrario deberían responder ante él y su marido por la desobediencia, y una orden de MacDonald o de su esposa no era algo que esos hombres tomaran a la ligera.

Los guardias obedecieron los mandatos de su señora y custodiaron a la partera a lo largo de los corredores del castillo. Aguardaron junto a ella mientras le traían a *Sorcha* y después, montando a poca distancia de Evangeline, la escoltaron hasta la cabaña como si ellos fuesen su propia sombra.

Evy se sentía tan nerviosa, tan asustada... Aunque también distinguía una sensación nueva, diferente. Era una sensación inexplicable cuyo epicentro se encontraba en el interior de su pecho.

No sabía a qué se debía, pero percibía una presencia a su alrededor que la inquietaba de una manera muy diferente al temor. Aun así, Evangeline dejó los altos muros del castillo sin mirar atrás.

48

Nowevolution editorial.

Dos miradas atentas siguieron la delgada figura de Evangeline, con su cabello rojo largo y bril ante ondeando al viento y montada a horcajadas sobre su yegua, hasta que esta no fue más que un puntito diminuto a la distancia y desapareció por completo de su vista.

Una de las miradas provenía de la torre y era la del laird.

La otra, de lo alto del parapeto, y era de unos ojos verdes profundos, hermosos, que no se habían quitado de encima de él desde que la habían descubierto.

49

Ganadora concurso Ali Nigro

7

Habían transcurrido veinte días desde que Evangeline había asistido a lady Dora, y se alegraba de no haber tenido que regresar después de ese acontecimiento a la enorme fortaleza que tanto la aterraba.

Aunque debía reconocer que algo extraño había sucedido desde su visita al castillo.

Cada vez que salía a dar sus largas caminatas, Evangeline notaba que alguien la seguía. No podía descubrir quién era, pero sentía con pasmosa claridad su presencia a su alrededor. Aun así no había dejado de dar sus paseos.

Era extraño, pero Evy no sentía miedo. Al contrario, esa sensación de estar vigilada, de estar acompañada, la tranquilizaba. Lo sentía a su espalda. Él caminaba siempre a una distancia prudente y se ocultaba para no ser visto. Pero él sabía que allí estaba.

Esa tarde, Evy había decidido salir a pie, sin su caballo. Se había internado profundamente en el bosque en busca de una hierba especial que solo crecía allí, oculta de los rayos directos del sol. Llevaba su canasta cargada de otras hojas, tallos, raíces y flores. Había llegado a un claro, cuando un repentino retumbar en el suelo rasgó el silencio. Una ola de pánico se apoderó de inmediato de su cuerpo y la inmovilizó.

Todo sucedió demasiado rápido, sin que ella tuviera tiempo de reaccionar. No tuvo tiempo siquiera de darse cuenta qué era lo que sucedía a su espalda...

Estaba conmocionada.

Oyó un fuerte estruendo parecido a una estampida. Cerró los ojos, e inspiró.

Un silbido afilado y rápido cortó el aire. Un chillido feroz y el golpe sordo que provoca un cuerpo al caer sobre la tierra.

50

Nowevolution editorial.

Evy alzó los párpados cuando la estampida se detuvo.

Un poco más repuesta, volteó sobre sus talones.

Sus ojos se abrieron de par en par al ver un enorme jabalí tendido a menos de dos pasos de sus pies. El animal exhalaba sus últimas bocanadas de aire. Una flecha estaba clavada en su cuerpo. Había sido un tiro certero, mortal.

Evy alzó la mirada. A pocos metros de distancia estaba quien había disparado esa flecha. Quien le había salvado la vida.

Al principio, Evangeline únicamente reparó en un par de ojos verdes, oscuros y de mirada penetrante. Eran los ojos más hermosos que ella había visto en su vida, bordeados de espesas y largas pesta-

ñas oscuras... *Sus ojos son del color que tiene la hierba de una pradera a la sombra*, pensó.

Evangeline sintió como si una mano poderosa le estrujara el corazón. Y una sensación de reconocimiento la golpeó directa-

mente en el alma, haciéndola estremecer con una fuerza nunca antes experimentada.

¡Es él! Cerró los ojos un instante. Es él...

Evy reconoció sin siquiera dudarlo, que él era el hombre que el a había estado esperando durante treinta años. Su otra mitad, su alma gemela. Y se sintió plenamente feliz. Feliz como jamás en sus treinta años se había sentido.

Amplió su campo de visión. Él era magnífico.

Alto y con la piel morena por el sol. Su cabello, negro y largo hasta mitad de la espalda, destelaba bajo los escasos rayos de sol que se filtraban entre las copas de los árboles. Sus piernas eran fuertes.

Calzado con botas de piel de ciervo y vestido con un plaid, se veía imponente. Y sus ojos... Ella no podía dejar de mirar sus ojos...

Un crujido de ramas a lo lejos la sacó de su ensoñación, aunque permanecía con los ojos fijos en él. Frunció el ceño, confundida.

Negó con la cabeza. ¡No podía ser! Sintió que se quedaba sin aire, y que el estómago le daba un vuelco.

Fue entonces cuando comprendió, con dolor, que la única persona que el a podía ser capaz de amar, y quien la hacía experimentar sensaciones únicas e impensadas, era solo un muchacho.

Ganadora concurso Ali Nigro

No puede ser... Evy cerró los ojos. Se sentía enfadada con esa broma que le jugaba el destino. Siempre había esperado por su

hombre destinado y ahora que lo encontraba, ese «hombre», estaba prohibido para el a.

Una súbita histeria se desató.

Evy nunca había reaccionado así, pero la situación, en esta ocasión, la desbordaba. Sentía una gran angustia. Se dejó caer de rodi-

las en el suelo y rompió a llorar sin consuelo, y es que acababa de comprender que había encontrado y perdido, en una insignificante

fracción de tiempo, a su alma destinada.

El muchacho se acercó a Evy, se acuclilló junto a el a, y le rodeó

los hombros con uno de sus brazos.

Evangeline sintió la extraña necesidad de abrazarlo y de aferrarse

a él, pero no lo hizo, en cambio lo empujó con delicadeza para apartarlo de su lado.

Él no se lo permitió. La atrajo aún más hacia su cuerpo, hasta

recostar la cabeza de el a en su pecho. Él olía a hierba, a serbal y a musgo.

Evy sollozó.

—¡Shhh! Tranquila. Ya ha pasado todo —la tranquilizó el joven

con voz melodiosa, mientras le acariciaba el largo cabello del color del fuego —. Ese jabalí ya no podrá hacerte daño, muchacha.

Esa última palabra pronunciada por él, a Evangeline le causó gracia. ¡Ella no podía creer que él la llamara «muchacha» cuando era evidente que él podía ser su madre! *¡Señor!*, pensó, reprimiendo el impulso de reír histéricamente.

—Déjame, ya estoy bien —dijo un poco bruscamente. Apoyó

las manos sobre el torso masculino y volvió a intentar alejarlo de su lado. El muchacho no le hizo caso. Apartó las manos femeninas, luego

la rodeó con un fuerte brazo por la cintura y la ayudó a ponerse en

pie. Una vez que lo había hecho, no aflojó su agarre y la mantuvo

cerca de su cuerpo, tal como había soñado tenerla desde que la ha-

bía visto por primera vez. Ella ni siquiera le llegaba al hombro.

Él era muy alto, de huesos grandes y fuertes brazos, notó Evy.

52

Nowevolution editorial.

En unos años seguramente sería un hombre increíblemente mus-

culoso, aunque ahora conservaba un aspecto fornido pero con la

complexión aún de un muchacho.

Sin pronunciar palabra y ante la atónita mirada de Evy, quien

parecía estar bajo el embrujo de sus ojos verdes, él la guió hasta el arroyo y la ayudó a arrodilarse junto a la orilla.

Evy no podía comprender lo que le sucedía. Solo fue capaz de

quedarse allí, inmóvil, mientras él le refrescaba el rostro. Podía sentir esa mano húmeda deslizarse por su cara. Era una caricia suave y algo temblorosa.

El muchacho ahuecó su mano y, cargada con agua fresca, la acercó a los labios de Evangeline para que ella bebiera. Evy empezó a calmarse o, al menos, a parecer más tranquila. Entonces él le habló.

—Mi nombre es Alexander, pero si quieres puedes llamarme Sawny —dijo él, rompiendo el silencio en el que hasta ese momento solo se había oído el retumbar de sus propios corazones.

—Evangeline —le dijo él simplemente.

—Evangeline —repitió él con dulzura y degustando cada letra—. Es el nombre apropiado para una belleza como tú.

Evy frunció el ceño.

—Prefiero que no me digas esas cosas, Alexander —replicó, aunque secretamente cada una de las fibras de su cuerpo había reaccionado al oírlo llamarla «belleza». Se reprendió mentalmente, y se repitió que él, aunque galante, no era más que un muchachito.

—Sawny —pronunció él.

—¿Eh? —Preguntó ella y alzó una ceja en gesto inquisitivo. Pero también cometió el terrible error de mirarlo. Y era un error porque, cada vez que sus ojos se posaban sobre él, Evangeline se moría por

él, al tiempo que esa imagen le recordaba que era demasiado joven para el a.

Él sonrió de manera dulce, y esa sonrisa logró que se viera más guapo aún, si es que algo así era posible.

—Sawny. Me gustaría que me llamas así —le pidió.

—Está bien... Sawny —consintió ella, y se alzó de hombros.

Luego se percató de que no le había agradecido—. Aún no te he

53

Ganadora concurso Ali Nigro

dado las gracias por salvarme. Pero dime, ¿qué hacías aquí? ¿Me estabas siguiendo? —interrogó. Si él le confirmaba que la había estado siguiendo, entonces ella vería justificada su percepción de una presencia siempre a su espalda durante los últimos veinte días.

—Yo, eh... —Titubeó él un poco avergonzado, denotando con ello su alarmante juventud.

Evy procuró no reparar demasiado en ello, de lo contrario, sabía que podría volver a romper a llorar, en cambio, formuló la pregunta que rondaba por su mente.

—¿Has sido tú quién me ha estado persiguiendo todo este

tiempo cada vez que he salido a dar un paseo?

Alexander desvió la mirada durante una brevísima fracción de tiempo.

—Yo, eh... — dudó una vez más. Estaba jodido, el a lo había descubierto —. ¡Ouch! ¿Lo sabías? ¡Pensé que me había ocultado bien!

—exclamó finalmente, al comprobar que no tenía ningún sentido ocultar la verdad. Sonrió inocentemente y el a se derritió de amor.

—Te has ocultado bien — respondió Evy con dulzura —. Nunca había logrado verte ni oírte, pero no sé... aun así he percibido tu

presencia a mi espalda — explicó Evy, cometiendo el error de poner en palabras sus pensamientos —. Pero ¿por qué lo has hecho?

—Te lo diré — acordó Alexander —. Cuando hace unos veinte días fuiste al castillo para asistir a mi tía en el parto, yo también te

«percibí» y acudí a verte —le confesó—. Desde ese día, he sentido la necesidad de estar donde tú estás.

Evy había dejado de oír lo que Alexander le explicaba. Una sola palabra resonaba en sus oídos. Volvió a enfocar la mirada en el rostro de él.

—¿Tú estabas en el castillo? —preguntó alarmada, con intenciones de confirmar que no había oído mal.

—¡Claro, si vivo allí! —exclamó él, como si ese dato fuese de conocimiento público y el a hubiese tenido que saberlo.

Ante esas palabras, Evy se puso rígida y una corriente de repul-

sión, que nada tenía que ver con el chico, le recorrió la espina.

—¿Quién eres, Sawny? —preguntó con miedo.

—Alexander McGraeme. Soy el hijo menor del laird.

54

Nowevolution editorial.

Evy sintió que se le helaba toda la sangre del cuerpo. Se sintió mareada, con el estómago revuelto y a punto de vomitar. Empezó a retroceder, presa del pánico.

Alexander notó que a Evy se le había ido todo color del rostro y que parecía que caería al suelo en cualquier momento. Se acercó a ella y la tomó de los hombros, mirándola fijamente. Evy quiso alejarse, él se lo impidió.

—¿Algo va mal, Evangeline? ¿Qué sucede? —le preguntó

Alexander, escrutando atentamente su rostro.

Evy desvió la mirada.

—Na... nada —respondió ella.

—¡Me mientes y no eres buena haciéndolo! —declaró con voz firme—. Te has puesto así cuando te he dicho quién soy. No me lo niegues, mi amor —le suplicó.

Evy se tensó más aún. Él no podía ser su alma gemela, ella no

debía sentir absolutamente nada por él, y mucho menos correcto aún era que él la llamara «mi amor».

—Alexander, será mejor que te vayas... y, por favor, te ruego que no vuelvas a seguirme —se forzó a decir. Los ojos se le llenaban de lágrimas mientras se obligaba a excluirlo de su vida, pero eso era lo correcto.

—No he querido importunarte — se disculpó Alexander, contrariado por la reacción de la mujer —. Pero, por favor... —Le tomó la mano fuertemente y se arrodilló frente a ella. Entonces le rogó en forma desesperada —. Por favor, no me alejes de tu lado. Tal vez no alcances a creerlo, pero yo te necesito, Evy.

—Es lo mejor, Alexander. Yo... yo, lo siento —susurró, mientras intentaba apartarse, sin embargo él aún retenía su mano con fuerza y con desesperación.

Alexander negó con la cabeza, tragó saliva y en ese instante cambió de actitud. Había empujado la desesperación a algún lugar recóndito de su ser y la reemplazó por determinación. Se puso en pie y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Quiero que me digas la verdad, Evangeline — exigió. En ese momento, firme y con voz autoritaria, no parecía un muchacho.

Ganadora concurso Ali Nigro

Parecía mucho mayor —. ¿Por qué te has puesto mal al saber quién soy yo? Y no quiero una mentira. No lo acepto —declamó y ella

comprendió que él no toleraría una evasiva.

No le quedaba más opción que contarle todo. Asintió con gesto resignado.

—Me he mantenido alejada del laird, de tu padre, durante años

y no pretendo que él venga a mí. —Su voz sonaba triste y a la vez

aterrada. Se abrazaba a sí misma, intentando aplacar el tiritar de su cuerpo. Ese intento le resultaba inútil.

—¿Mi padre? ¿Él es la causa de tu rechazo? ¡Él nada tiene que

ver con esto! —refutó el muchacho—. Aquí solo importamos tú y

yo.—¡Lamentablemente el laird tiene que ver con todo! —clamó

exasperada. Sus ojos destilaban odio —. Con todo... — susurró ahora.

Sawny tomó el rostro femenino desde la barbilla y lo alzó con

suavidad para mirarla a los ojos. Luego le habló con voz igual de

suave.

—¿Qué es lo que sucede con mi padre? ¿Qué te ha hecho él, Evy,

para ser capaz de despertar semejante odio en ti?

Evy tragó saliva para infundirse valor.

—¡Sawny, tu padre ha querido tenerme desde que cumplí los

catorce años! —confesó con rabia y dolor entremezclados—. ¡Ha intentado violarme!, y de no ser por tu tía, lady Dora, lo hubiese logrado hace cinco años.

Sawny cerró los ojos durante un breve instante. Un instante en el que experimentó muchísima furia. Un sentimiento de odio, tan poderoso como jamás había sentido antes, se instaló en cada célula del cuerpo de Alexander McGraeme.

—Bastardo hijo de puta — masculló con los dientes apretados y en una exhalación de aire que no había notado estaba reteniendo en sus pulmones. Se sentía indignado. Muy indignado—. ¡Pagará por ello!

Evy sintió la fuerza de un mal presagio recorrer su espina. Lo tomó del brazo y buscó su mirada con desesperación.

56

Nowevolution editorial.

—¡No! No, Sawny — le rogó —. No te lo he contado para que corras a vengar mi honor, solo lo he hecho para que comprendas

las razones que tengo para sentir... — Odio, sí era odio lo que él sentía, pero no se lo diría a Sawny, no cuando él parecía dispuesto

a cualquier cosa —, para sentir este rechazo hacia el laird — dijo en cambio — y los motivos que tengo para evitarlo.

—¡Te juro que no permitiré que se acerque a ti! Te lo juro, Evangeline —le prometió en tono firme y decidido.

—¡No quiero que hagas absolutamente nada! — repitió Evy.

Temía por él. No podía permitir que algo le sucediera a Alexander

por su culpa —. Además, ¿qué harías? Por si no te has dado cuenta, tú eres un niño —dijo. No quería herirlo, pero se sentía aterrada

y las palabras habían salido de su boca casi sin que ella se hubiese detenido a pensar en las consecuencias.

—¿Niño? ¡No soy un niño y por ti me enfrentaré a quien sea!

—clamó Alexander con furia. Después bufó mientras daba largas zancadas de un lado a otro con ansiedad.

—Un muchacho, entonces — concedió Evy —. ¿Cuántos tienes?, ¿quince años?

Él se detuvo abruptamente y la miró, alzando una ceja. Le parecía absurdo lo que el a acaba de decir.

—Diecisiete. ¡Soy un hombre, Evangeline!

—Diecisiete... ¡Todo esto es una broma! —dijo el a, haciendo

un gesto negativo con la cabeza —. ¡Quince! ¡Diecisiete! ¡Sigues siendo solo un muchacho!

Alexander negó. Había decidido ya no prestar más atención a

los comentarios que Evy hiciera acerca de su edad. Se acercó nuevamente a su lado, la observaba de perfil.

—Escúchame, Evy, no temas por su causa. No permitiré que te haga daño.

—¡Es el maldito laird! —clamó el a, y se puso frente a él—.

¿Qué no le tema, me dices? Cuando me buscaron para atender a tu

tía, yo sabía que no hacía bien yendo al castillo, pero se lo debía a ella... — Inspiró profundamente y cuando volvió a hablar, sus palabras salieron en un susurro —. Siempre es igual. Mientras no me ve, 57

Ganadora concurso Ali Nigro

se mantiene alejado; pero cuando por alguna razón se cruza en mi camino, después no tarda en aparecer y presionarme. Hasta ahora he podido salirme con la mía, pero también, cada vez él se torna más violento... Temo que ahora no aceptará una negativa y yo prefiero morir que entregarme a él... y para colmo, ahora apareces tú, y yo... yo no puedo siquiera pensar en que él te haga daño... —Se sentía abrumada y había vuelto a decir más de lo que en realidad hubiese deseado.

Alexander la sujetó de los hombros y la miró a los ojos. En esa mirada se adivinaba que había tomado una decisión. La decisión más importante de toda su existencia.

—Podríamos casarnos, Evangeline.

—¿Qué? —Negó con la cabeza. No sabía si reír o llorar—. ¡Debo haber oído mal!

—¡He dicho lo que oíste! —expuso firmemente.

—¡Escúchame, Alexander McGraeme! —le respondió el a, en

ese punto ya exasperada. Enumeró con los dedos las razones por las

cuales ellos no podían desposarse—. Eres el hijo del laird, ni siquiera nos conocemos, además... ¡Solo eres un muchacho! ¡No puedo

casarme contigo! ¡Soy una vieja para ti, tengo treinta años! ¡Si hasta podría ser tu madre! ¡Cielos! —Se giró pretendiendo darle la espalda, pero Alexander la sujetó por los brazos y volvió a ponerla frente a él, con su rostro a menos de diez centímetros del de el a.

—¡Ahora escúchame tú, Evangeline! Mi condenado padre puede irse al mismísimo infierno y freírse allí hasta el puñetero tuétano.

No soy un maldito muchacho y no te había conocido hasta hace veinte días, pero te había estado esperando desde siempre. Al verte te he reconocido, la atracción ha sido inconfundible... ¡Eres mi otra mitad y no voy a perderte! Además no eres vieja, eres hermosa y te amo con todo mi corazón desde el primer momento en que te he visto. ¡Y no eres mi condenada madre! ¡Maldición!

—¡Deja de maldecir! ¿Quieres? —lo reprendió. Se sentía cansada, muy cansada.

—Bien. Lo siento —se disculpó Alexander, un poco avergon-

zado, aunque seguía manteniendo su postura firme y todo aquello que pensaba. Nada lo haría cambiar de opinión.

58

Nowevolution editorial.

Evy respiró hondo e intentó calmarse.

—Alexander, no habrá nada entre tú y yo. Lo siento —le dijo, hablándole con sinceridad—. Me halagas con lo que me dices, pero no puedo. ¡Lo siento, pero es casi pecaminoso! —exclamó horrorizada.

Él aguardó un momento. No le quitaba las manos ni los ojos de encima. La observaba detenidamente.

—Tú también lo sientes... —No era una pregunta, era una afirmación la que había pronunciado Alexander, y él sabía a qué se refería.

—¿Qué dices? —preguntó, fingiendo que no entendía lo que él le estaba diciendo. Apartó la mirada. Si lo miraba a los ojos, le resultaba imposible mentirle.

—Que tú también lo percibes. Al vernos... La atracción es tan fuerte... Y el amor... ¡El amor, Evangeline, es demasiado poderoso para no sentirlo! Nunca me habías visto antes, sin embargo me amas, ¿no es verdad? Nuestras almas se complementan, y lo sabes.

Sí, el a lo sabía. Aquel a situación era tan extraña, pero el a siempre supo que cuando estuviese frente al hombre destinado a el a,

podría reconocerlo, y que lo amaría desde ese mismo instante... Sí,

lo sabía... sin embargo, no dijo nada.

—Somos almas destinadas a estar juntas — continuó Alexander, ante el silencio desesperante que había adoptado Evy —. ¡Acéptalo!

¡No me lo niegues! No a mí, por favor —le rogó—. ¡Contéstame,

Evangeline! —le exigió ahora. Él tenía sus ojos fijos en los de el a —.

¿Tú también lo percibes?

Evy se sentía mareada.

—¡Sí! ¡Maldita sea, sí! —dijo al fin, sintiéndose derrotada—.

Pero no tiene ningún sentido. Lo nuestro es un amor imposible, un amor prohibido y nunca lo podremos concretar, Sawny, nunca. —

Se tapó el rostro con las manos y se echó a llorar de manera desconsolada.

Alexander la abrazó con pasión.

—¡Despósate conmigo! —propuso una vez más—. Por favor,

Evy, sé mi mujer. Cásate conmigo, porque no permitiré que seas de

otro hombre. ¡Eres mía, Evangeline, únicamente mía! —gruñó con posesividad.

—No, no me desposaré contigo —sentenció el a, aún con los ojos cargados de lágrimas. Antes de que él protestara, añadió—: Pero te prometo que tampoco me uniré a otro hombre. Tienes razón, nuestras almas están destinadas a permanecer juntas, pero...

—Se detuvo un instante y respiró profundamente—. Mi corazón y mi alma te pertenecerán solo a ti, Alexander. Este es el juramento que puedo hacerte, pero también debes saber que eso es todo lo que voy a entregarte, nada más...

Esas palabras en él tuvieron el mismo efecto que un rayo de sol después de un día helado. Le tomó el rostro entre las enormes manos y le secó las últimas lágrimas con los pulgares. Alexander deseaba besarla, pero sabía que ella no lo aceptaría, entonces se forzó a reprimir ese deseo profundo que le estrujaba el pecho. Permanecieron unos instantes así, contemplándose con intensidad a los ojos.

—Evangeline, por favor, piénsalo —rogó él poco después, pero ella estaba decidida. Con el corazón desgarrado, pero decidida y muy triste.

—Ya he dicho mi última palabra con respecto a eso —replicó

el a—. Yo también he esperado durante treinta años a mi otra mitad y ahora resulta que eres tú...

—¡Déjame decirte que eso no suena muy halagador! —exclamó él. Fingió estar ofendido, pero se delató con una sonrisa de lado.

Con su humor, procuraba distender un poco el ambiente.

—Lo siento —se disculpó Evy, sonrojándose—. Tú no estás para nada mal, Sawny. El único problema aquí soy yo.

—Evy...

—Yo, que soy demasiado vieja para ti —continuó sin dejarlo hablar—. No me casaré contigo. ¡No puedo ni pensar en casarme con un muchacho! Sawny, de verdad, no puedo.

—No seas tonta, tú eres perfecta para mí, y yo te amo, Evy. Así, tal como eres, *eudaillo* —le declaró con devoción.

10 - «Cariño», en gaélico escocés.

60

Nowevolution editorial.

—Yo... —murmuró con voz muy tenue. Era una locura. Era como si su alma gritara a los cuatro vientos que lo amaba; sin embargo, no sería eso lo que le diría, decidió—. Alexander, como ya te he dicho, te juro que mi corazón te pertenecerá siempre, pero no me acostaré contigo.

Ella quiso apartarse de él, pero Alexander la retuvo contra su pecho con fuerza. Evy podía escuchar los frenéticos latidos de su corazón y sentir el aliento tibio de él acariciándole los cabellos.

—Si esa es tu voluntad, así será. Pero eres mía, Evangeline, y yo soy tuyo —sentenció con un tono grave—. Y aunque nunca aceptes entregarte a mí o desposarte conmigo, yo te consideraré mi mujer a partir de este momento.

El muchacho la soltó durante un instante. Se acuclilló y sacó una daga que guardaba dentro de su bota. Sin dejar de mirarla a los ojos volvió a ponerse de pie, entonces pasó, con ligereza y ejerciendo una firme presión, el filo del puñal por el centro de la palma de su mano. No tardó en brotar un grueso hilo de color carmesí.

—¡Sawny, por Dios! ¿Qué haces? —gritó Evy, alarmada.

—Yo, Alexander McGraeme, te doy mi palabra y te juro por mi sangre, Evangeline, que te amaré y te protegeré siempre. Con mi vida, si es necesario —le prometió, mientras el líquido tibio se escurría de su puño cerrado y caía a borbotones sobre la tierra—. A partir de ahora eres mía y eres mi responsabilidad, como cualquier esposa lo es de su esposo.

—¡Tú estás loco! —le dijo el a negando con la cabeza. No pudo evitar que una sonrisa tonta se le dibujara en los labios—. No puedo creer que todo esto esté pasando de verdad. ¡Me siento aturdida!

—declaró. Alzó el borde de su falda y rasgó un trozo de la camisa de franela que llevaba bajo el vestido—. ¡Dame esa mano, muchacho desquiciado!

Sawny extendió el brazo con el puño cerrado hacia arriba y dejó que ella le abriera los dedos, para revelar la herida profunda de la que no dejaba de manar su sangre. La palma le dolía como un demonio, pero él no prestaba atención a aquello. Cada uno de sus sentidos estaba concentrado en las manos delicadas de Evy rozan-

Ganadora concurso Ali Nigro

do la suya y en el perfume dulce que se desprendía de sus cabellos

rojos y que llegaba hasta sus fosas nasales mientras ella, muy cerca de él, le curaba el corte.

—¿Cómo se te ocurre hacerte esto? —lo reprendió.

—Es mi juramento de sangre hacia ti, mi amor.

—¡Todo esto es una tremenda locura y lo sabes! —inquirió el a, todavía perturbada.

—¿Quieres caminar? —le preguntó Sawny dulcemente cuando el a ya había terminado su tarea.

—¿Caminar? ¡Dios! —Elevó los ojos al cielo—. ¡Quiero morir-me, Sawny! Si pudiera elegir, esa sería la opción en este momento.

—¡Ouch! ¡Nunca había causado ese efecto!

Ella lo miró sin poder creer que él bromeara, pero cuando se hundió en esos lagos verdes que eran sus hermosos ojos, su mirada le transmitió paz... Lo amaba tanto. Toda su alma desbordaba de amor por él. Si tan solo hubiese sido algunos años mayor...

Sawny le sonrió y la guió hasta la orilla del arroyo. Permanecieron allí, sentados uno junto al otro, muy cerca, pero sin tocarse.

Oían el arrullo del agua deslizarse colina abajo sobre un lecho de piedras redondeadas.

No se hablaron. Ni siquiera se miraron. No era necesario, porque sus almas, que eran sabias, se comunicaban por ellos.

62

Nowevolution editorial.

8

Evangeline y Alexander volvieron a encontrarse en el bosque cada día. Habían empezado a conocerse. En cada encuentro pasaban largo tiempo en conversaciones en las que se contaban todo uno al otro, hasta el punto de desarrollar una complicidad y camaradería tal como si estuvieran unidos por los lazos del matrimonio. Se acompañaban cuando uno de ellos se sentía triste, y disfrutaban juntos de las alegrías.

Con el transcurso del tiempo descubrieron cuán parecidos eran. Compartían los mismos intereses, la misma devoción por el aire, la tierra y el agua. Mantenían conversaciones entretenidas sobre cualquier tema que surgiera. También con el paso del tiempo, irremediabilmente crecía el amor que se profesaban.

Alexander conversaba con su hermano. Habían interrumpido

una práctica de espadas porque Sawny se veía distraído y, bajo la insistencia de Duncan, él no había tenido más remedio que contarle qué era lo que le sucedía.

—¡Cuéntame, Sawny! Si el a no es casada, si los dos se aman tan profundamente como tú dices, ¿cuál es el problema entonces?

—Mira, Duncan, esto supone un problema para el a, no para mí

—le aclaró él—. A mí realmente no me importa. ¡Le he propuesto matrimonio pero no me acepta! Si nos amamos, ¿no crees que el a debería aceptarme?

Duncan esbozó una sonrisa ladeada.

—Muchacho, ¿cómo quieres que opine si aún no me has dicho quién es el a ni cuál es el inconveniente que impide que esa muchacha te acepte?

63

Ganadora concurso Ali Nigro

—Es verdad, lo siento — transigió Alexander. Ella lo tenía tan alterado, que ni pensar claramente podía —. Su nombre es Evangeline y la única excusa que el a ha puesto entre nosotros... ¡Demonios!

¡Ni siquiera me ha dejado que la bese! —gruñó y golpeó la tierra del suelo con un puño—. Es su condenada edad. ¡Ella dice que es

demasiado vieja para mí! Sin embargo, a mí me parece perfecta.

—¿La edad? ¿Vieja? —Duncan enarcó una ceja—. Sawny,
¿cuántos años tiene esa tal Evangeline que te tiene tan trastornado?
—inquirió con mucha curiosidad.

—Treinta.

Duncan casi se atraganta con su propia saliva.

—¡Ouch! —bufó—. Digamos que sí, el a es un poco mayor.
¡Hasta podría ser tu madre! —soltó abruptamente, con lo que se
ganó un gesto de disgusto de su hermano menor—. ¡Nuestra pro-
pia madre parió a Randolph cuando no tenía más de trece o catorce
años!

—¡Duncan! ¿Tú también me vendrás ahora con esa estupidez?
—refunfuñó Alexander con rabia—. ¡Evangeline no es mi conde-
nada madre! Ya se lo he dicho a el a y ahora a ti. ¿Es que siempre
tendré que ir declarando eso?

—¡Tampoco te has buscado a una niña, querido hermano!

—¡Me importa un rábano lo que piensen todos! —bramó—.
¡No es vieja y no es mi madre! Y yo soy un hombre y la amo como
nunca he amado a nadie. ¿Es tan difícil entenderlo? —preguntó a su
hermano, y clavó con desafío sus ojos en los de él—. ¿Por qué sim-

plemente el a no puede mandar al demonio al resto de las personas y aceptar ser mi esposa?

Duncan se puso en pie, se acercó a Sawny y le palmeó el hombro en señal de apoyo. Era cierto; su hermano ya era un hombre, y él debería dejar de verlo como a un muchachito. Sonrió con melancolía y ternura.

—Debe estar asustada y tú tienes que comprenderla. Sawny, sabes que nadie os lo pondría fácil, sobre todo a ella.

—¡Es una completa idiotez! Los hombres suelen superar en veinte o treinta años a sus esposas. ¿Por qué tiene que resultar tan extraño que el a sea un poco mayor que yo?

64

Nowevolution editorial.

—No lo sé, Sawny —meditó Duncan. Luego añadió—: Pero si te sirve de algo, yo os apoyaré, hermano. No importa cuántos años tenga el a mientras a ti te haga feliz. Puedes contar conmigo para lo que sea.

—No puedes decirle nada a nadie sobre esto, Duncan —le advirtió—. El otro inconveniente de esta relación es que el laird desea a Evangeline y ha intentado tenerla por la fuerza. Si él llegara a saber que el a está conmigo podría resultar peligroso.

Duncan reprimió un gruñido de rabia hacia su padre. Forzar a

una mujer, sería para Randolph McGraeme algo propio de su naturaleza endemoniada. ¡Maldito padre les había tocado en suerte! —No te preocupes, ni nuestro padre ni nadie oirá tu secreto salir de mis labios. Te lo juro, hermano —prometió, y Duncan McGraeme no hacía nunca ningún juramento a la ligera.

Duncan era un hombre de honor y de palabra, y cuando él prometía algo, lo cumplía; incluso aunque para lograrlo tuviese que poner en riesgo su propia vida. Alexander lo sabía. Podía confiar plenamente en su hermano Duncan, porque él jamás lo defraudaría. Nunca.

Días después

Sawny y Evangeline aprovechaban sus encuentros diarios, entre otras cosas, para dar largas cabalgadas por el páramo.

Alexander sobre su semental y Evangeline montando a *Sorcha*,

su yegua del color del hielo, galopaban contra el viento. El frío aire les calaba los huesos y la nariz se les llenaba del olor de la hierba que los cascos de los animales pisoteaban.

Alexander volteó el rostro hacia atrás para hacerse oír, y gritó:

—¡Oh, vamos! ¡Tú puedes hacerlo mejor, Evangeline! —Carcajeó, luego añadió con desafío—: ¡Vamos, *eudail*, alcánzame! —

Apartó de un manotazo los cabellos que el viento había lanzado sobre sus magníficos ojos, miró otra vez hacia delante y espoleó a su montura.

65

Ganadora concurso Ali Nigro

Evy espoleó a *Sorcha*.

Reían a carcajadas mientras se retaban en una carrera a todo galope, uno de sus pasatiempos favoritos. Desafiarse mutuamente les hacía bullir la sangre dentro de las venas.

—¡Voy a ganarte, Sawny! —gritó Evangeline al viento—. ¡Hoy voy a hacerlo! —Gracias a un gran esfuerzo de *Sorcha*, Evy pudo ponerse a la par de él.

—¡Oh, aquí estás tú! ¿Así que hoy piensas ganarme? —gritó para hacerse oír. Sonrió con picardía y negó con la cabeza—. ¡No lo creo, *eudail!* ¡No lo creo! ¡Arre! —gritó, y ahora fue él quien volvió a adelantarse—. ¡Arre, *Dubh!* Buen muchacho —se oyó a lo lejos.

—¡Sawny! ¡Maldito desgraciado, lo has vuelto a hacer! —protestó Evy, entre risas—. ¡Vamos, *Sorcha*, arre! —gritó Evy a su bonita yegua que hacía lo que podía.

Aunque Evy y *Sorcha* se esforzaban, el hermoso semental negro de Sawny era insuperable. Ya le había sacado una ventaja que era

imposible remontar. Evy lo sabía.

—¡Soo! ¡Alto, *Sorcha!* —La palmeó en el cuello cariñosamente—. Has hecho lo posible, querida, pero nos han vuelto a ganar —dijo con divertida resignación, alzándose de hombros—. Desmontó y dejó que el animal se alejara hacia el río.

Evy se quedó a mitad del camino, observando a Sawny disfrutar de su victoria. Él lanzaba algunos alaridos al viento, que Evy no podía descifrar si eran gritos de guerra o sonidos de animales. Él seguía festejando y él no pudo evitar contagiarse de su alegría y se encontró en mitad de la pradera sonriendo también.

Alexander detuvo a *Dubh* para luego hacerlo cambiar de rumbo.

Volvía hacia Evangeline.

Se acercaba a ella a todo galope, con su cabello suelto y su plaid azul y negro ondeando alrededor de sus musculosos muslos, y desternillándose salvajemente de la risa.

Alexander llegó hasta donde se encontraba Evangeline, pasó a su lado y dio una vuelta a su alrededor, apenas haciendo que *Dubh* disminuyera el ritmo.

Ella lo siguió con la mirada. Se sentía hipnotizada. Él se veía

maravillosamente desalineado, con el cabello revuelto y cubierto del polvo del camino hasta las orejas.

Alexander inclinó el torso hacia Evy y, sin ningún esfuerzo, como si el a no pesara más que una pluma, con un brazo la tomó de la cintura y la subió, haciendo que se sentara sobre su montura, justo delante de él. Después espoleó a *Dubh* para que retomara el paso veloz que había llevado instantes antes.

Evy se aferró con fuerza al brazo de hierro que la rodeaba. Única barrera que impedía que saliera despedida.

—¡Sawny! ¿Qué haces? —gritó sin poder salir de su estupor.

—¡Así podrás apreciar qué es lo que se siente cabalgar en un caballo veloz, *mo gràdh!* —clamó él, y llevó la cabeza hacia atrás para reír a carcajadas.

—¡Arrogante! —espetó el a, y le propinó un suave codazo, sin mucho énfasis, en las costillas. Evy intentó parecer enfadada, pero esas palabras en gaélico escocés aún le acariciaban los oídos. «Mi amor», le había dicho él.

—¡Disfruta del paseo! Yo te juro que lo estoy haciendo —dijo con voz sensual y significativa mientras la atraía más hacia su cuerpo.— ¡Mejor bájame! —ordenó removiéndose inquieta. Evangeline sentía el brazo de Sawny alrededor de su cintura, el pecho de él

pegado a su espalda y ciertas partes de Alexander, en las que prefería no pensar, que estaban cambiando de tamaño debajo de su plaid.

Dedujo que lo mejor sería bajarse de ese caballo y separarse de ese joven, de inmediato—. ¡Quiero bajar, Sawny!

—¡Shhh!, solo un momento, Evy. Tranquilízate —intentó calmarla—. No estamos haciendo nada inadecuado. Tan solo es un paseo, *eudail*.

Ella podía sentir en cada una de las fibras de su cuerpo que eso no era solo «un paseo». Era mucho más...

—Cierra los ojos, Evangeline —le pidió él—. Vamos, confía en mí. ¡Hazlo! —le pidió en tono grave y profundo. Casi un ronquido que había reverberado dentro de su pecho.

—¡Confío en ti, Sawny! —declaró con sinceridad. Entonces

67

Ganadora concurso Ali Nigro

hizo lo que él le pedía. Cerró los ojos e inspiró en profundidad, exhaló el aire con lentitud y se permitió relajarse. Sus manos permanecían aferradas al brazo de Alexander.

—Cierra los ojos, Evangeline —volvió a repetir. Le hablaba junto al oído, esta vez con voz melodiosa, y ella sentía el calor de su aliento

acariciarle la piel—. No abras los ojos... ¡Siente! —Sus palabras salían como un murmullo que se iba colando directamente en el corazón de Evangeline—. Somos parte de esta tierra, Evy. Imagina las montañas a nuestro alrededor. Imponentes. Majestuosas. Inspira hondo y huele el hielo que aún permanece en sus picos... —Su voz sonaba pausada, lenta—. Deja que ese olor impregne tu nariz, que quemé tu garganta con su frío seco.

»Piensa en el brezo. En las extensas praderas color púrpura de brezo, de helechos, de musgo... Si te concentras, puedes oír el vuelo del águila real. ¡No lo hagas ahora!, pero si levantarás tus ojos al cielo podrías verla allí. Altiiva, con sus alas extendidas sobre nosotros.

»Escucha el crujir de la hierba al ser pisada por los cascos del caballo. ¡Concéntrate! ¡Escucha! Siente el galope de *Dubh* bajo tu cuerpo. Siente sus bufidos, el movimiento de sus músculos, el retumbar de la tierra bajo sus patas... Siente el bullir de nuestra sangre. El latir de tu corazón y el mío juntos, Evangeline, y verás que el ritmo es el mismo... —Alexander aguardó un momento antes de proseguir.

»Este es nuestro hogar, Evy, nuestra casa. Tú y yo somos parte de esta tierra... somos parte de Escocia. Nunca lo olvides. Tampoco olvides que yo soy parte de ti, así como tú eres parte de mí.

Evy se dejó guiar por él y grabó a fuego en su alma cada imagen, cada olor, cada palabra; cada uno de aquellos sonidos y cada una de aquellas sensaciones.

—Nunca voy a olvidarlo, Sawny, te lo prometo —clamó con la voz cargada de emoción—. Todo esto será siempre parte de mí, como también te juro que tú siempre serás parte de mí y yo de ti. Alexander apartó el cabello de Evy con su nariz y le depositó un dulce beso en el cuello, muy cerca de la clavícula. Evangeline sintió

68

Nowevolution editorial.

un fuego abrasador sobre su piel helada cuando él posó allí sus labios cálidos y un escalofrío le recorrió la espalda, haciéndola estremecer.

—Te amo, Evangeline —le susurró, abrazándola con más fuerza.

Evangeline no le respondió, pero entrelazó sus dedos con los de él. Alzó los párpados, pero no vio el paisaje pues sus ojos estaban empañados de lágrimas.

Ella no le dijo a él que lo amaba, pero no era necesario. Alexander lo sabía.

69

Ganadora concurso Ali Nigro

9

El día amaneció inestable, nada que no fuera común en las Highlands en esa época del año. Pero a esa hora del día el cielo se veía despejado y el sol calentaba, aunque corría una brisa fresca que traía consigo olor a tierra húmeda y perfumada.

Alexander y Evangeline se encontraron en el claro del bosque en el que se habían visto por primera vez. No habían llevado los caballos pues los planes consistían en pasar el día en el río y dedicarse a la pesca.

Para la ocasión, Alexander había preparado por anticipado unas cañas a las que les había agregado el sedal y el anzuelo y que había cargado hasta la ribera.

Se acercó a la orilla y escrutó el interior del agua, luego echó una ojeada a toda la extensión del río. Donde ellos estaban, cerca de la orilla, no había gran profundidad.

—Evy, mira aquel a gran roca en el centro del río. —Señaló con la cabeza—. Si llegamos hasta allí, donde debe de ser más profundo, estoy seguro de que obtendríamos mejores peces. ¿Te animas?

—¡Claro que me animo! —exclamó decidida—. Si tú crees que allí estará mejor, entonces vamos —dijo, alzándose de hombros.

—¡Uy, mi chica valiente! —le dijo él con una sonrisa.

—Tu chica valiente puede que se congele al poner el primer pie en el agua, pero se arriesgará —exclamó resuelta. Tampoco iba a amedrentarse por un poco de agua fría.

Evy se quitó las sandalias y recogió su falda sobre los muslos para no mojarla. Sawny echó una furtiva mirada de deseo a las piernas de la muchacha, pero pronto apartó los ojos. Se sacó las botas y el puñal que llevaba amarrado a la pantorrilla y volvió a cargar las cañas de pescar.

70

Nowevolution editorial.

—Tómame de mi mano, Evy —le sugirió, intentando apartar de su cabeza la imagen de la piel cremosa de esas piernas que lo estaban atormentando sobremanera.

—Ya cargas demasiadas cosas como para que también tengas que tomarme de la mano —replicó Evy, ajena a las emociones del muchacho.

—La corriente es bastante fuerte y no quisiera tener que nadar río abajo para buscarte —insistió él en tono divertido.

—¡Siempre podrías dejarme a mi suerte! —le respondió el a para seguirle el juego. Aceptó la mano que él le ofrecía y juntos se internaron en el agua.

El agua estaba más fría de lo que ellos habían pensado. Podían sentir como si millones de agujas estuviesen clavándoseles en los pies. Intentaron ignorarlo y siguieron conversando mientras avanzaban.

—¿Y quedarme viudo tan joven? ¡Ni hablar!

—Sawny, técnicamente no serías viudo. No estamos casados, ni siquiera... bueno, eh... ya sabes, eso... —dijo y se sonrojó.

—Pues «eso» —se detuvo a mitad de camino para mirarla, desafiante — podríamos solucionarlo en cualquier momento, Evy. Únicamente depende de ti.

—Ya hablamos de «eso» y no he cambiado de opinión —sentenció, aunque ya no con la misma firmeza con la que había hablado en ocasiones anteriores al referirse a ese mismo tema.

—¡Bueno, testaruda! No quiero ser viudo de todas formas, así que aférrate a mí... Y menos enviudar sin siquiera haber probado la mercancía —masculló y le echó una ojeada por demás devoradora.

—¡Sawny! Deja de decir esas cosas —gritó avergonzada.

Ella tenía los pies tan helados que casi no le respondían. Quiso dar un paso y llegar a una roca pequeña, pero falló. De no ser por Alexander, que la tenía sujeta por la cintura, hubiese caído al agua.

—Evy, ¿qué ha sucedido? —le preguntó, alzando una ceja al notar que algo andaba mal con el a, y no eran solo los nervios por la conversación que acababan de mantener.

—No siento los pies. ¡El agua está helada! —refunfuñó—.

71

Ganadora concurso Ali Nigro

Sawny, recuérdame, la próxima vez que decida entrar al río, que sea época de calor, ¿sí?

Sawny sonrió con alivio.

—De acuerdo, la próxima vez me aseguraré de que así sea. ¡Y ahora ven aquí, llorica, que yo te cargaré! —expuso con diversión.

—¡No! —clamó ella, pero su voz se ahogó cuando él la alzó entre sus brazos.

—Aférrate fuerte a mi cuello, Evy —le dijo.

Alexander avanzó un par de pasos, pero se detuvo.

Evy se removía entre los brazos del joven. Intentaba desatar el nudo que había hecho a la falda. Cuando por fin lo consiguió, cubrió con ella sus piernas. Miró a Sawny, pues él no avanzaba, y en su rostro leyó diversión; también otras emociones que prefirió no

descifrar.

—¿Qué?

—¿Sabes? Justo en este momento podría chantajearte —dijo él con pasmosa tranquilidad. Detenido en medio de la corriente, la miraba de una forma muy seductora. Una sonrisa de lado se le dibujó en los labios.

—¿Qué... qué quieres decir? No te entiendo —preguntó el a con inocencia. Él tenía su rostro muy cerca del suyo. Demasiado cerca para su tranquilidad. Sentía que su pecho se había saltado ya un par de latidos en el camino.

—¡Que en este momento puedo pedirte un beso! —aclaró con salvaje satisfacción y con los ojos bril antes de entusiasmo.

—¡Olvidalo!

—¡Un beso o te deajo caer al agua! ¿Recuerdas que está helada? ¡Muy fría! ¡Brrrr! —Imitó un escalofrío.

—¡Bájame, Sawny, y déjate de bromas! —lo reprendió.

—No es una broma, Evangeline. Si tú me das un beso, yo te cargaré hasta la roca y llegarás seca. —Se alzó de hombros—. Si no me besas, te arrojó al agua.

—¡Tú no harías eso! —Lo miró entornando los ojos—. ¿O sí?

—¿Quieres apostar? —preguntó él, aguantando las tremendas ganas de reír.

72

Nowevolution editorial.

—¡Eso no es justo! Y no es para nada un comportamiento caballeroso, Alexander McGraeme —clamó ofendida.

Sawny soltó al aire una estruendosa carcajada.

—¡En este momento, el frío del agua ha hecho que me olvide de cómo se comporta un caballero! —exclamó.

—¡Sawny, déjate de juegos! Te congelarás los pies. ¡Vamos a la roca! —ordenó Evy. No había sido hasta ese instante que él reparó en que él se estaría helando.

—Solo un beso, Evy —suplicó.

—Ya lo hablamos, no es correcto... Por favor. —Ahora era él quien suplicaba, aunque todo su ser ansiaba besarlo. Pero eso no se lo diría a él.

—¡Bien! —aceptó resignado—. Te lo dejaré pasar solamente por ahora, ¿de acuerdo? Me debe un beso, señorita, y voy a cobrar-melo —advirtió. Posó un casto beso sobre la nariz femenina, luego, sonriente, se encaminó hacia la roca.

La corriente era bastante fuerte y allí el río era mucho más hondo. Después de unos minutos de gran esfuerzo, por fin llegaron a la gran roca. Alexander dejó a Evy sobre la superficie seca y, después de dejar las pocas cosas que llevaban y las cañas, se apresuró a trepar también hasta allí.

—¡Demonios! ¡El agua sí que estaba fría! —maldijo Sawny.

Tiritaba de frío. Se sentó en la roca y empezó a frotarse los pies para hacerlos entrar en calor.

—¡Ay, cielos! ¡De verdad tienes cada ocurrencia, Sawny! —

Evy reía mientras lo contemplaba con dulzura. *Te amo tanto*, le hubiese querido decir, sin embargo lo dejó siendo solo un pensamiento guardado en su mente y un sentimiento arraigado con

fuerza en lo más profundo de su corazón.

—Pero podría haberme salido bien, ¿no lo crees? —se justificó

él, ajeno a lo que despertaba en la mujer que estaba a su lado—. Y el sacrificio de unos pies helados bien valía la pena. Pero tú, mujer...

—Negó con la cabeza—. ¡Ouch, sí que eres testaruda!

Testaruda la había llamado él, pero Evy había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no aceptar la tentación que le resultaba la idea de un beso de Sawny.

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Vamos a pescar, mujer terca! —sugirió Sawny por fin, quien para alivio de Evy había dejado de mencionar el asunto del beso.

—Sí, y recuerda que prometiste que comeríamos aquí lo que pescáramos y que tú cocinarías —le recordó el a—. ¡Espero ver eso! —dijo sin poder contener la risa.

— No lo he olvidado —declaró, aunque se quedó pensativo.

—¿Sabes cocinar, verdad?

—*Aye!!!* — contestó indignado. Y el a dudó bastante de las aptitudes de él en la cocina.

En realidad, Alexander únicamente tenía una vaga idea de cómo cocinar. Pero se consoló a sí mismo diciéndose que ya habría tiempo para preocuparse por ese detalle insignificante, puesto que aún tenían que pescar algo.

Tiraron las líneas al agua y esperaron que algún pez picara. Mientras aguardaban, hablaron de todo un poco y se soltaron bromas, tal como siempre hacían gracias a la excelente conexión que se había gestado entre ellos. Hasta que en un momento dado la mirada de Evy se detuvo sobre la funda de cuero que contenía la espada de Alexander y que él había dejado apoyada sobre la superficie de la roca. Ella la recorrió con los dedos.

—Sawny, estuve pensando en algo... —le anunció, luego alzó los ojos hacia él y formuló la pregunta que rondaba en su cabeza—. ¿Tú podrías enseñarme a luchar con la espada? —preguntó temerosa de que él se negara—. Por favor. Me gustaría mucho aprender y que tú fueras mi maestro.

Alexander la miró detenidamente.

—¿De verdad te gustaría que yo te enseñara?

—Me gustaría muchísimo. Por favor —volvió a suplicar.

Alexander no lo diría, pero que Evy confiara en él para que la instruyera en el arte de la lucha de espadas lo hacía sentir importante... Muy importante, tuvo que reconocer. Un sentimiento de orgullo y de plena satisfacción burbujeó en su pecho.

Observó a Evy y al arma con detenimiento. Tomó la funda de cuero entre sus manos y retiró la espada. Era un arma bel ísima. En

11- Expresión utilizada para afirmar.

74

Nowevolution editorial.

la empuñadura se había hecho un trabajo fino con intrincados grabados en bajorrelieve. En cuanto Sawny tuvo el arma en sus manos, la hoja afilada refulgió con destellos de plata, cegadores, al ser reflejada por el sol. Alexander se la entregó a Evy con sumo cuidado y

confirmó de inmediato que a él le costaba levantarla.

—¡Lo que suponía! Esta espada es muy pesada para ti, Evy —le dijo él. Volvió a guardar el arma dentro de la envoltura—. Dame un par de días y veré si puedo conseguir alguna espada más liviana. Te prometo que empezaremos con las lecciones cuanto antes.

—¡Oh, Sawny, eso será magnífico! —exclamó Evy con entusiasmo. Había estado a punto de lanzarse a su cuello y cubrirlo de besos en agradecimiento, pero su conciencia la frenó a tiempo, antes de que realizara el más mínimo movimiento.

—¡Te informo que soy un maestro muy exigente! —bromeó él, dándose aires de importancia—. Aunque no creo que lo sea tanto como Duncan —agregó luego, en una fingida protesta y elevando los ojos al cielo.

—¿Él es quien te ha enseñado a ti, verdad?

—Sí. Duncan empezó a aleccionarme cuando yo tenía siete años

—comenzó a contarle—. ¡No me dejaba descansar! ¿Puedes imaginarlo? ¡Mi hermano es un tirano! —bromeó.

Evy lo escuchaba embelesada. Cada vez que Sawny hablaba de su hermano Duncan, era como si estuviese hablando del mayor de los héroes.

—Aun hoy entrenamos cada amanecer hasta que los brazos nos

tiemblan del cansancio. Pero hablando en serio, le debo a él todo lo que sé, y no solo te estoy hablando de combatir. Mi hermano Duncan es el mejor hombre que conozco, es mi hermano, pero también

es mi amigo... Él es la única persona que sabe de lo nuestro —le confesó.

—¡Santísimo Señor! ¿Se lo has contado? —preguntó alarmada.

—No te preocupes, él guardará nuestro secreto. Además es quien me ayuda con las excusas para desaparecer cada día del castillo... Y si te interesa saberlo, él opina que deberías aceptarme como esposo —dijo con una sonrisa pícaro.

75

Ganadora concurso Ali Nigro

—Entonces tu hermano está tan chiflado como tú —respondió el a con cariño—. ¿Nunca dejarás de insistir, Alexander?

—No mientras siga respirando, *eudail* — le declaró con ardor —.

Y eso ya deberías saberlo. —Sawny sintió un tirón en la línea y tuvo que cambiar radicalmente de tema—. ¡Mira, Evy, algo ha picado!

¡Alabado sea!, pensó Evy al tener una nueva excusa para dejar de hablar de matrimonio. Aunque la verdad sea dicha, Evangeline

deseaba poder olvidar los prejuicios y amar a Sawny con libertad.

Cada día luchaba para ser fuerte y no ceder ante él y cada día, tam-

bién, se le tornaba más difícil. Pero se repetía, una y otra vez, que el a tenía treinta años y él diecisiete y una unión entre ellos era algo que Evangeline no era capaz siquiera de imaginar... Bueno, puede que

en sus pensamientos más secretos sí se imaginara amándolo, pero solo en sus pensamientos, y aun así le resultaban casi pecaminosos.

Al promediar la tarde habían pescado dos truchas grandes que para ellos dos era una cantidad más que suficiente. Alexander sacó el puñal que solía llevar atado a su pantorrilla con una banda de cuero, y los limpió. Con algunas ramas que había cargado desde la orilla, prendió un fuego sobre un sector apartado de la superficie de la roca, y allí asaron los pescados.

El fuego no era muy bueno pues las ramas estaban húmedas y, distraídos en la conversación, habían dejado las truchas demasiado cerca de las llamas. El resultado fue desastroso, pues la comida se había arrebatado. Por fuera los pescados lucían quemados, y por dentro habían quedado crudos.

—¡Cielos, no pudimos encontrar un punto medio! —exclamó

Sawny observando lo que había quedado de las dos truchas—. No podremos comerlos, Evy, y como toda cena tendremos que conformarnos con un trozo de queso que llevo en el morral.

—Vamos a probarlo. Tal vez el sabor no sea malo —sugirió el a.
Mirando con desconfianza, cada uno se metió un bocado de pescado en la boca. El muchacho parecía a punto de vomitar. Escupió

76

Nowevolution editorial.

al agua el pedazo que masticaba, y que por nada del mundo había podido tragar.

—¡Esto está asqueroso! —gruñó con repugnancia—. Dame eso, *eudail*, vamos a tirarlo al río. ¡Ningún ser humano debe pasar por esta tortura!

Evy asintió, entonces arrojaron los trozos de pescado al agua.

—¡Creo que ni los pobres peces se atreverán a comer semejante porquería! —exclamó Sawny. Escudriñaba el agua para ver si su profecía se cumplía.

—Coincido contigo. Eso estaba incomible para cualquier especie —acotó Evy.

Entre bromas y charla permanecieron un rato más en la roca.

Evy estaba sentada con sus piernas flexionadas y Sawny recostado delante de el a, apoyado en un codo y perdido en su rostro.

Sin que se percataran, la tarde había empezado a caer y ya se acercaba el momento de regresar; además, unos oscuros nubarro-

nes habían empezado a cubrir el cielo y la brisa se había hecho más intensa y fría.

—Vamos a tener que irnos, Sawny. Ya pronto va a oscurecer.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde —dijo él con tristeza—. Cuando estoy a tu lado, el resto para mí deja de tener importancia. Nada más existe. Ni el sol, ni la luna. Nada... solo tú.

Ella sintió el impulso de acariciarlo en la mejilla y por primera vez no se detuvo. Deslizó su mano por el pómulo derecho de Sawny con ternura. La brisa le había revuelto a él el cabello y unas hebras caían sobre uno de sus ojos. Evy le retiró el cabello del rostro. No se había dado cuenta de que su pulso temblaba un poco, pero Alexander sí lo notó. Él se inclinó hacia ella con intención de besarla, pero Evy se puso en pie con rapidez, cortando así la atmósfera romántica.

—Vamos, creo que va a llover —dijo él. Aún temblaba.

Él comprendió su actitud esquiva, sin embargo no le dijo nada, solo sonrió de lado y luego cerró los ojos para saborear un instante más las sensaciones que aún permanecían sobre su mejilla. La suavidad de los dedos temblorosos de él la acariciándolo... Esa caricia trémula que a él le habían provocado cosquillas hasta en el alma.

77

Ganadora concurso Ali Nigro

—¿No irás a quedarte dormido ahora, no es cierto? —le preguntó

el a en tono de broma al descubrirlo con los ojos cerrados.

—Solo estaba concentrado en... eh... en sentir la tormenta —
mintió. Había dicho la primera idiotez que se le había cruzado por
la cabeza.

—¿Sentir la tormenta? —interrogó el a, alzando las cejas.

—Un viejo truco... —Se detuvo a pensar en algo interesante
que decir, pero no se le ocurría nada—. No tiene importancia —
finalmente descartó el asunto con rapidez y agradeció al cielo el
que ella no le hiciera más preguntas acerca del «truco para sentir
la tormenta».

Evy parecía bastante distraída cuando escudriñaba el agua que
corría colina abajo con más fuerza ahora.

—Espera, dame un momento para recoger las cosas y te cargaré.

—Puedo ir sola, de verdad. —Ella se sentía un poco inquieta.

Hasta ese día, siempre había podido reprimir sus emociones con él,
pero ahora se le hacía demasiado difícil. *Será mejor que me mantenga
alejada*, pensaba, mientras se inclinaba para quitarse las sandalias.

Alexander notó que mantenía una lucha interna y decidió que no

se lo pondría fácil. Tenía una leve idea de cuál podía ser el motivo de esos
conflictos. Puede que Evy dijera que él era un muchacho, pero a pesar de todo
notaba que el a sentía algo por él. No era inmune a esa atracción física,
además de espiritual; los dos lo sentían. También

sabía que no debía aprovecharse de la perturbación de Evy, pero si tenía tan solo una mínima posibilidad de avanzar con el a, había decidido que ni loco la dejaría pasar.

—¡Ahora el agua estará más fría que antes y le recuerdo, según usted me pidió que lo hiciera, señorita, que aún no es época de calor! —intentó él, haciendo una tremenda representación y hasta manteniendo un fingido aire formal.

—¡Ouch! —Protestó. Echó una ojeada al río y esbozó una mueca—. Bueno... Creo que dejaré que me cargues —aceptó, no muy convencida—. ¡Pero nada de chantajes a mitad de camino, eh! —le advirtió, entornando los ojos y con los brazos en jarra.

—¡Lo prometo, *mo gràdh!* —le respondió él, con una mano sobre su corazón en gesto solemne y con ojos inocentes.

78

Nowevolution editorial.

—¡Dame tus botas!

—¿Qué?

—Yo las llevaré y, si te atreves a intentar algo —le tocó el pecho con su dedo índice, puntualizando cada palabra—, las arrojaré a la corriente.

—¡Uy! ¡Qué brava eres! —exclamó riendo a carcajadas, mientras le entregaba su preciado par de botas al duendecillo pelirrojo. Alexander cargó a Evangeline. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y tomó las botas con una mano. Las nubes ya cubrían todo el cielo y la corriente se había embravecido. Sawny tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener el equilibrio y no habían llegado ni a la mitad del río cuando una torrencial lluvia comenzó a caer.

—¡Bájame si quieres, Sawny!, ¡si me mojaré de todos modos!

—¡Ya casi llegamos! ¡Además me gusta cargarte! —gritaban

para oírse a través de la tormenta. *¿Soltarte y perderme la oportunidad de sentirte tan cerca? ¡Ni muerto!*, pensó Sawny.

Solo cuando estuvieron en la orilla, Sawny bajó a Evy al suelo.

Se tomaron de la mano y corrieron a refugiarse bajo las frondosas ramas de un árbol. Allí la lluvia se filtraba un poco y no resultaba ser tan abundante como a cielo abierto. Se sentaron uno junto al otro.

Sawny se quitó el plaid y lo extendió sobre ellos dos para cubrirlos.

Evangeline flexionó las rodillas, y las rodeó con sus brazos. Sus ropas estaban empapadas y tiritaba de frío. Sawny la miró de reojo y notó que había empalidecido y que sus labios se estaban tornando de un tono levemente azulado. No lo pensó dos veces. La tomó por la cintura, sin darle tiempo a negarse, y la atrajo hacia él, hasta sentarla sobre su regazo. La rodeó con sus brazos lo más fuerte que

pudo para brindarle calor y aspiró el adorable perfume que se desprendía de sus cabellos... Se sentía en el paraíso.

Ella se aferró al torso de Sawny, tratando de absorber el calor que emanaba de su imponente anatomía. No podía dejar de temblar a causa del frío y de las sensaciones que en su cuerpo despertaban, provocadas por la peligrosa cercanía que mantenían. Entre ellos no podía pasar ni un suspiro. Los pechos de Evy se aplastaban contra el torso musculoso del muchacho, confundiendo el retumbar de los

79

Ganadora concurso Ali Nigro

latidos desbocados de ambos corazones. Tenían el rostro muy cerca

uno del otro, tanto que podían sentir el aire caliente de sus respiraciones sobre la piel helada y los violentos estremecimientos que los recorrían a ambos. Alexander bajó su rostro hacia el de ella.

—Voy a cobrarme ese beso que me debes, Evangeline —le susurró y su voz estaba cargada de excitación.

—Sawny, por favor, no —le rogó con un gemido y entrecerrando los ojos. Aunque no había nada en el mundo que deseara más que un beso de Alexander.

—Permítemelo, Evy. Te prometo que no volveré a pedirte

otro... Si alguna vez volvemos a besarnos, será porque tú así lo quieras. También te juro que será solamente un beso, no será más que eso. Pero, por favor, Evangeline, permítemelo. Déjame besarte, *mo gràdh* —suplicó.

Ella aguardó un momento. Sabía que no era correcto, pero ya era incapaz de negarse. Inspiró profundamente antes de responder. —Solamente un beso, Sawny... solo uno, por favor.

Alexander exhaló despacio el aire que había estado conteniendo en sus pulmones mientras aguardaba por su respuesta. Tomó el rostro de Evy entre sus grandes manos, pero no la besó enseguida.

La miró a los ojos y él a lo miró a él, y esa mirada fue tan intensa y poderosa que logró estrujarles a ambos el corazón.

Sawny siguió con sus dedos los rasgos de Evangeline. Observó cada detalle y los guardó en su memoria. Se acercó más a él, y respiró su aroma dulce.

Los corazones de los dos palpitaban acelerados. Frenéticos.

Él le recorrió con su dedo índice el filo de la nariz, pequeña y respingona, adornada por un par de pecas diminutas, y con el pulgar, de un extremo al otro, repasó los labios llenos. Se aproximó un poco más. Sus narices se rozaban. Respiraban el mismo aire, pero Alexander aún no la besó, sino que le habló con voz grave y

sensual. Una voz apasionada y cargada de sentimiento. Le habló con el corazón, con el alma misma.

—Evangeline, voy a guardar en mi alma este beso y te juro que lo recordaré por toda la eternidad. Te amo, Evangeline. Te amo...

80

Nowevolution editorial.

nunca lo olvides —le pidió, y a continuación posó sus labios sobre los de el a y Evangeline le correspondió.

Alexander tomó los labios de Evy entre los suyos, y los acarició con reverencia y sensualidad. Con la punta de su lengua recorrió su interior. Tomó el labio inferior de el a entre sus dientes, con suavidad, y luego capturó su boca por completo. Se exploraron, primero con timidez. Conocieron sus formas, su temperatura. El sabor de uno, embriagaba al otro, en un beso que ya se había tornado cargado de pasión.

Ninguno quería poner fin al momento.

Ninguno deseaba apartarse del otro.

Sawny deslizó una de sus manos a lo largo de la espalda de Evy sobre la tela húmeda del vestido. Segundos después alargó esa mano hasta el tobillo de el a y fue subiendo lentamente. Deslizó la palma por la pantorril a, por debajo de la falda. Su otro brazo la adhería más a su cuerpo, si

es que más era posible. Sentía los pechos de Evy firmes y apretados contra él. *¡Oh, Dios!*, pensó ante el desesperado deseo de acariciarlos. Él quería hacerle el amor, pero sabía que el a no accedería.

Sin embargo, el cuerpo de Evangeline estaba reaccionando ante Sawny. El beso la estaba enloqueciendo, y con sus caricias estaba a punto de perder la razón. Sabía que debía detenerlo, pero ella también deseaba ser acariciada de esa manera. Sawny volvió a besarla una vez más, profunda y apasionadamente, y entre besos desenfundados le declaró cuánto la amaba.

—Te amo, Evangeline, te amo.

Evy se estaba dejando llevar por el deseo. La mano de él ya había dejado atrás la rodilla y seguía un camino ascendente por el interior de sus muslos. Evy luchó contra las deliciosas sensaciones de su cuerpo y se forzó a sí misma a ponerle fin a esa hermosa locura. Detuvo la mano de Sawny y la apartó de su pierna. Con movimientos torpes volvió a bajarse la falda.

—Lo siento —le susurró el a con la voz entrecortada. En su piel todavía percibía el sendero ardiente que la palma de Sawny había dejado.

Ganadora concurso Ali Nigro

Él asintió. Permanecieron abrazados, con las frentes tocándose, hasta recuperarse de esa experiencia sublime. Nada podía compararse con lo que habían sentido.

Debieron permanecer así unos instantes hasta que sus cuerpos volvieron a funcionar a un ritmo normal. Sus respiraciones agitadas se fueron acompasando y sus corazones se desaceleraron. Sin embargo, una hoguera dormía en ellos. Cualquier roce, aun el más débil o sutil, hubiese sido capaz de avivar el fuego y ninguno de los dos hubiese tenido la fuerza de voluntad suficiente para detenerse.

Aun cuando los dos morían por hacerse el amor. Aun cuando Alexander ardía de deseo por tocarla, cumplió con su palabra y nunca más le pidió otro beso.

82

Nowevolution editorial.

10

—Para ti, *mo adhar*¹² — le dijo Alexander a Evy varios días después del encuentro en el río y puso sobre sus manos un paquete

envuelto en un fino paño color crema.

Evy frunció el ceño, y él sonrió.

—¿Y esto?

—Quiero que aceptes este regalo como muestra de mi inmenso amor por ti. —Sus palabras fueron pronunciadas con solemnidad.

Evangeline, un poco renuente, aceptó el obsequio y desató las cintas azules. Dentro del lienzo de color claro encontró una funda de cuero que el a no tardó en averiguar que contenía una espada

bel ísima. Era una réplica casi exacta de la de Sawny, aunque mucho

más pequeña y liviana. Y si bien tenía el mismo diseño en bajorrelieve que la de él, se diferenciaba por un labrado especial. Esa espada en la empuñadura tenía grabadas dos letras: la «E» arriba y unos

centímetros más abajo y hacia la derecha, una «S».

—¿Sawny, la has hecho forjar para mí especialmente? —preguntó el a, al ver las letras iniciales cinceladas.

—¡Sí! ¿Te gusta? —le preguntó ansioso—. Es una réplica de la mía, solo que adaptada a tu tamaño y con nuestras letras aquí —dijo con orgullo, señalando las primeras letras de sus nombres.

—Es hermosa y por supuesto que me encanta. Pero... no tienes que hacerme regalos, Sawny.

— *Mo bean* debe tener su propia espada. *Mo bean* —esas dos palabras fueron pronunciadas con énfasis— no ha de utilizar un

arma que no esté diseñada especialmente para el a.

—Sawny... —Ella podría haber replicado que no era su mujer,

12 - «Mi cielo», en gaélico escocés.

13 - «Mi mujer.»

83

Ganadora concurso Ali Nigro

pero, al fin y al cabo y en cierta forma, a su manera, lo era. Y él, definitivamente, era su hombre. El único hombre que habría de tener en su vida.

—Evy —prosiguió él—, las espadas generalmente son muy pesadas y podrías lastimarte el brazo o la espalda —le explicó—. Esta tiene el peso justo para ti... Además, ya te he dicho que me gustaría que lo consideraras como un símbolo material de mi profundo amor hacia ti.

Evy asintió.

—Es bel ísima, Sawny... —Sus palabras fueron pronunciadas con dulzura, mientras seguía con el dedo la letra «E» de Evangeline y la letra «S» de Sawny. Alzó los ojos hacia él, y le sonrió—. Gracias —le dijo, y lo besó en la mejil a en sincero agradecimiento, aunque deseaba besarlo en los labios, pero eso no era correcto.

Sawny sintió su pecho burbujear.

—¿Comenzamos con las clases? —preguntó él con ansiedad.

Sentía aún el calor de la boca de ella en su mejilla.

—¡Cuando el maestro se encuentre listo! —asintió.

Alexander, con su mano derecha, tomó la empuñadura de su propia espada y la retiró de la funda de cuero que pendía de su cintura; lo hizo con un movimiento elegante y florido, luego adoptó una majestuosa posición en guardia.

Evangeline sostuvo con ambas manos su espada, e imitó cada uno de los movimientos que él hacía. Cada paso, cada golpe, cada defensa y cada ataque. Chocaron espadas golpeando de un lado y luego del otro y, mientras lo hacían, avanzaban y retrocedían.

A partir de ese día, cada tarde, él le impartió a ella sus lecciones.

Evy aprendió un golpe desde abajo hacia arriba y otro a la inversa que podía partir a un hombre desde la clavícula hasta su ingle.

Aprendió giros e incluso a defenderse si caía al suelo durante un ataque.

Alexander era un buen maestro y ella era una alumna con muchas ganas de aprender. Con el correr de los días, cada práctica se había convertido en uno más de sus constantes desafíos. Se retaban y provocaban entre bromas, en cada enfrentamiento. Eso les hacía

arder la sangre.

84

Nowevolution editorial.

—Muy bien, *mo gràdh*, pero cuida tu guardia. No bajes tanto el brazo o en un combate real podrían cortarte la cabeza y... sería una

verdadera pena —le dijo él, mientras combatían—. ¡Imagínate si te cortan la cabeza, querida!, y yo aquí, sin haber podido... eh... tú ya sabes qué... —Le guiñó un ojo, junto con una mirada descarada a sus pechos.

—Deja de hablar, Sawny. —Lo reprendió, y avanzó dos pasos, dando dos golpes agresivos—. ¡De lo contrario, serás tú quien pierda la cabeza!

—¡Ouch! ¡Sí que aprendes rápido! —dijo él, al tiempo que detenía el segundo golpe con un movimiento de izquierda a derecha con la espada.

Alexander giró con rapidez sobre la pierna derecha hacia su lado izquierdo, y quedó a espaldas de Evy. Sin darle posibilidad de reaccionar, la tomó por la cintura con el brazo libre, la levantó varios centímetros del suelo y le posó un sonoro beso sobre la oreja.

—¡Eres un tramposo, Alexander McGraeme! —refunfuñó. Intentó parecer ofendida y pataleó para que él la bajara.

Alexander se desternillaba de la risa cuando la volvió a dejar de pie sobre el suelo, pero cambió su actitud divertida por una melosa y sensual. La atrajo más hacia él, hasta pegarla a su cuerpo. Ella podía sentir en su espalda el calor que se desprendía de él y la humedad de la camisa sudada. Su propio cuerpo la estaba traicionando y aunque su cabeza le repetía que se apartara, no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para hacerlo.

—¡Todo vale, mi amor! —le susurró él junto al oído. Dejó caer la espada al suelo, que retumbó con un sonido sordo al chocar contra la tierra. Con la mano ahora liberada, le apartó el cabello, para dejar libre su cuello. Alexander acercó sus labios al punto en donde latía el pulso de Evangeline y él ya no fue capaz de huir.

—Sawny —susurró Evy, entrecerrando los ojos.

—Evy yo...

—¿Así que aquí es dónde vienes cada tarde, Alexander? ¿Y con esta zorra? —La grave voz resonó a través de la pradera, y heló la sangre de la pareja.

—¡Por favor, apúrate, maldito animal! —gritó Duncan, des-
aforado. Su largo cabello castaño oscuro se ondulaba y flotaba a
su espalda. Sus enormes ojos verde claro, bordeados por espesas
pestañas, le escocían al pegarle con tanta fuerza el viento y por
momentos le parecía no ver absolutamente nada—. ¡Demonios,
Sawny! ¿Cómo puede ser que te guste tanto esta porquería de ca-
balgar contra el viento? —volvió a gritar Duncan, al recordar lo
que su hermano le había dicho más de una vez. Restregó sus ojos
con el dorso de la mano.

El muchacho adoraba sentir en su cara y en su cuerpo ese viento
helado hasta calarle los huesos. Según le había contado Sawny, él
sentía que el viento le traía consigo el olor del hielo de los picos nevados, el
olor del brezo y de la hierba y un montón de tonterías
más. A él, esa ráfaga constante no hacía más que ahogarlo y la estaba odiando
con cada fibra de su cuerpo.

En sus oídos embotados sentía el retumbar de la tierra bajo los
cascos del caballo, sus bufidos de cansancio y hasta su propia respiración
agitada. Y estaba tan concentrado intentando que el animal
galopara a mayor velocidad, que no fue consciente de lo que le su-
cedió hasta que estuvo tirado en el suelo.

Fueron unos pocos segundos, pero suficientes para aturdirlo.

En un momento, el caballo galopaba desenfrenado, y al siguiente, era Duncan quien pasaba desenfrenado, pero volando sobre el animal. Era evidente que una cueva de conejo había ocasionado todo el desastre.

Duncan abrió los ojos. Estaba de espaldas sobre la tierra. Le dolían todos los músculos y hasta los huesos, si eso era posible. Fue moviendo cada miembro para comprobar que no estuviese roto y

86

Nowevolution editorial.

lo que sí comprobó fue que no se había matado de milagro. Junto a su oreja había una piedra enorme; si se hubiese dado contra ella, su cabeza se habría partido como un melón.

Duncan se arrastró por la hierba y se obligó a ponerse de pie. Ya no podría montar; el alazán yacía a pocos metros de él, e intentaba en vano levantarse del suelo. Duncan le echó una ojeada y supuso que el animal tal vez tendría una torcedura (desde luego que en el mejor de los casos, la otra opción era una fractura), pero él no tenía tiempo de corroborarlo. Su caballo debería esperar a su regreso. Él debía salvar a su hermano primero.

Ahora no le quedaba más que correr, hacer el trayecto a pie y

elevant una plegaria para no llegar demasiado tarde.

87

Ganadora concurso Ali Nigro

12

—¿Así que aquí es dónde vienes cada tarde, Alexander? ¿Y con esta zorra?

Alexander y Evangeline no habían notado que eran observados hasta que el hombre habló. Esas palabras, esa voz, que aún tronaba en sus oídos, los sacó abruptamente de su atmósfera sensual y los devolvió a la realidad.

Se volvieron hacia el lugar desde donde había provenído la voz.

Alexander bramando de furia. Evangeline, aterrada.

—¡No vuelvas a dirigirte de esa manera a mi mujer! —exigió

Alexander, recalcando las últimas palabras. En ese momento, Evangeline sintió que estaba realmente frente a un hombre y no frente a un muchacho.

—¿Tu mujer? —inquirió el hombre con una ceja en alto—. ¿Esa ramera? —Preguntó con desprecio y señaló con su rústica mano a

Evy. Soltó una carcajada burlona.

Sawny levantó su espada, que hasta entonces yacía sobre el suelo. Evy, con movimientos temblorosos, envainó la suya, la cual ahora pendía de su cintura.

—¡Cuida tus palabras! —gritó el muchacho. Se irguió en toda su extensión y apartó a su mujer hasta cubrirla con su cuerpo.

—¿Así que por eso me has rechazado? —Escrutó el hombre dirigiéndose a Evy—. ¿Acaso no te gustan los hombres de verdad y prefieres a mocosos recién salidos de la cuna, mujerzuela?

—¡Desenvaina, padre! —gritó Alexander, ya sin poder soportar las injurias en contra de Evy. Aferró su espada con mayor firmeza y dio un paso al frente—. Borraré cada una de tus ofensas con mi espada. Ya te he dicho que el a es mi mujer y merece todo tu respeto.

—Alexander sonaba duro. Agresivo.

88

Nowevolution editorial.

El laird soltó otra carcajada estruendosa.

—Vete a jugar a otra parte, muchacho. ¿Acaso no te has dado

cuenta de que el a casi te dobla en edad? ¡Es vieja para ti! ¡Compárrtela con tu padre, niño! —No se cansaba de humil arlo.

Evangeline se aferró desesperadamente al plaid que Alexander

tenía cruzado sobre la espalda y el pecho. Ella temía por él, temía por su vida. Un oscuro presentimiento la abrumaba.

—Vamos, Sawny. Vayámonos de aquí, por favor —le susurró suavemente con la voz suplicante. Únicamente quería que él se alejara, que no corriera ningún peligro.

—¡Vete a casa, Evangeline! —le ordenó Alexander—. Yo tengo un asunto aquí. —Sus ojos ardían de odio hacia el laird mientras hablaba, pero se endulzaron cuando la miró a él para añadir—: Después iré a verte, *eudail*.

Evy negó con la cabeza.

—¡Patético niño! ¡Tú y esa maldita ramera! —escupió el viejo.

—¡Basta ya, padre! ¡Te desafío! Has ofendido el honor de Evangeline, y es mi deber repararlo —gritó.

—No —le imploró el a.

Alexander giró hacia Evy, y la miró una vez más. Necesitaba, imperiosamente, retener el rostro de él en sus retinas.

—¡Vete de aquí, Evangeline! —La empujó hacia atrás, instándola a que se retirara—. ¡Corre!

—¡No, Sawny! —clamó aterrada. Volvió a acercarse a su lado y se aferró con fuerza a la camisa de él—. Por favor, no lo enfrentes.

No es necesario —le suplicó entre sollozos desesperados, pero él ya lo había decidido.

Sawny negó con la cabeza. Sus ojos contenían una nota de tristeza.—Lo siento, Evy. Debo hacerlo.

Desprendió las manos de ella de su ropa, y las mantuvo un instante con fuerza entre las suyas. Después la soltó. Se giró hasta darle la espalda y avanzó con paso decidido hacia el laird McGraeme, su padre... el hombre que aunque pareciera detestarlo, le había dado la vida.

89

Ganadora concurso Ali Nigro

El laird estaba apoyado de manera indiferente contra un árbol y observaba a su hijo menor con gesto burlón. El joven le parecía patético. El único de sus tres hijos que no lo había defraudado era el mayor: Randolph hijo; los otros dos, eran su mayor vergüenza. Débiles y patéticos, desde su punto de vista, carecían del fuego que sí los recorría a Randolph hijo y a él mismo por las venas. Un verdadero McGraeme no debía pedir permiso para obtener lo que quisiera. A fuerza de espada y de sangre, de ser necesario, podían obtener cuanto desearan. En cambio Duncan y Alexander iban por

la vida pidiendo permiso y respetaban hasta a las míseras gallinas. ¡Estúpidos! Jamás llegarían a nada. De todas formas, el laird no se preocupaba, pues el clan tenía asegurado un verdadero heredero; un verdadero McGraeme.

Evangeline retrocedió unos pasos. Sin embargo no obedeció la orden de Alexander, quien le había dicho que se fuera; en cambio prefirió permanecer en el lugar. El aire empezó a resultarle escaso y los árboles parecían cernirse sobre él. Se dejó caer sobre el suelo, sus piernas no eran capaces de sostenerla en pie.

—Sawny... —volvió a pronunciar el nombre de él con la angustia oprimiéndole el pecho. Estaba muy cerca de ellos, pero el pánico le había anulado los sentidos. Las voces parecían llegarle desde lejos.

—¡Desenvaina! —Volvió a gritar Alexander.

—Si es lo que quieres... —Se encogió de hombros—, entonces lo tendrás, mocoso —gruñó con desprecio, y desenvainó su espada.

—¡No, Sawny! —lo volvió a intentar el a—. No lo hagas, por favor... —La voz se le había ido apagando. No fue él quien respondió, sino el laird.

—¡Tú espera, mujer! Cuando termine con este niño atrevido seguiré contigo y sabrás lo que es un verdadero hombre —espetó, e

hizo un gesto obsceno al tocarse sus partes íntimas.

—¡Voy a matarte! —bramó Alexander. Evy sintió que se le helaba la sangre mientras Sawny avanzaba lanzando rápidos golpes con su espada—. ¡Hijo de puta! ¡No pondrás tus asquerosas manos sobre mi mujer!

90

Nowevolution editorial.

Sawny era muy bueno en el combate. El duro entrenamiento le había hecho adquirir una técnica estupenda que se sumaba a la agilidad asombrosa propia de su juventud.

El laird era un hombre de cincuenta y cinco años que, si bien tenía la misma altura que su hijo, lo doblaba en tamaño y fuerza, y acumulaba años de experiencia en peligrosos combates reales que habían perfeccionado su destreza.

Alexander se esforzaba al máximo para presentarle batalla al laird McGraeme y estar a su altura, pero por momentos era evidente que le resultaba casi imposible superarlo.

Todo parecía ocurrir tremendamente despacio para Evangeline.

Los dos chocaban espadas. Atacaban y se defendían.

Tras varios cruces, el muchacho logró tocarle el brazo al hombre

mayor con la punta de su arma, sin embargo no fue más que un rasguño y no sirvió sino para obtener más burlas de parte de su padre, quien de una patada lo hizo caer de espaldas.

—¡No es suficiente, mocoso! —Rió a carcajadas—. ¡Ríndete, niño! —El viejo disfrutaba humil ando a su hijo que, a pesar de todo, no se daba por vencido.

Sawny se puso en pie y durante el siguiente par de minutos el enfrentamiento fue parejo. El muchacho atacaba con pericia y contrarrestaba los ataques con exactitud.

Duncan se internó en el bosque. Corría apartando las ramas de serbal, de robles y de cuanto árbol se le pusiera delante. Cada tanto tropezaba con alguna raíz y hasta tuvo que volver a ponerse en pie en dos oportunidades. Llevaba su ropa completamente sudada y cubierta de tierra. Su cabello largo, hasta mitad de la espalda, estaba enredado y con hojas adheridas. Las manos le sangraban y tenía la cara y los brazos rasguñados. La camisa rústica que llevaba debajo de su plaid se había desgarrado, y dejaba entrever parte de sus musculosos brazos y de su piel dorada, sin embargo, no se detenía. No lo haría.

Con un salvaje golpe de su espada, el laird desarmó a Alexander, enviando su arma a por lo menos dos metros de distancia. Con un

ágil salto hacia atrás, el joven esquivó, por poco, la poderosa hoja 91

Ganadora concurso Ali Nigro

que iba dirigida a su pierna. Rodó por el suelo y, cuando volvió a ponerse en pie, nuevamente su espada estaba en su mano.

Evy observaba la escena muerta de pánico.

Alexander retomó el ataque de manera frenética.

Duncan oyó el entrecocar de las espadas, y él pánico le golpeó

de lleno en el pecho. Corrió más aprisa, pero todavía se encontraba

demasiado lejos. Solo le llegaban los sonidos, traídos hasta él gracias al viento que soplabá en esa dirección. Llegaría y detendría aquel a locura. El corazón en su pecho parecía a punto de estallar en cualquier momento. La cuesta arriba se le hacía interminable.

Sawny intentó un golpe a las costillas, pero el laird fue más rápido

y, con un movimiento descendente, absolutamente imparáble,

le cruzó al muchacho el torso de izquierda a derecha con el filo de

la hoja.

—¡Nooo! —El grito desgarrador de Evangeline, nacido desde lo más profundo de su alma, retumbó en todo el páramo.

Duncan se paralizó en el lugar. Su cuerpo por completo dejó de

responderle. Ninguno de sus músculos se movió por una fracción de

tiempo, solamente su pecho, que subía y bajaba con la respiración.

La sangre se agolpaba en sus oídos. No podía ser... No podía ser...

No veía nada. Se encontraba lejos y los árboles le obstaculizaban la visión. Retomó la marcha con la esperanza de que el grito de la muchacha nada tuviera que ver con Alexander... Alexander no podía

haber sido herido.

Sawny miró a su padre, una última mirada cargada de odio y de horror. Se llevó una mano al pecho lacerado, y la sangre brotó incontenible entre sus dedos. Su otra mano se abrió impotente, y dejó caer la espada. Ya no tenía fuerza para sostenerla.

Evy se levantó torpemente. Temblaba como una hoja. Corrió desesperada al encuentro de Alexander. Tropezó con raíces y con su propia falda en el camino. Mientras avanzaba, vio a Alexander desplomarse: primero hincó las rodillas y luego cayó hacia atrás.

Evy llegó hasta Sawny y se derrumbó a su lado. Él yacía de espaldas sobre el suelo, respiraba con dificultad y rítmicas convulsiones recorrían todo su cuerpo.

92

Nowevolution editorial.

—¡Maldito idiota! ¡Mira lo que has obtenido! —gruñó el laird

Randolph McGraeme. Se alejó un poco, sin tan siquiera ver el esta-

do en el que se hallaba su hijo menor.

Por fin la espantosa escena apareció ante los ojos de Duncan, aunque él seguía demasiado lejos como para poder intervenir.

Sawny estaba en el suelo.

Duncan quería gritar, desahogarse. Quería llamar a su hermano y que el muchacho se levantara del suelo sin tener más que un insignificante rasguño. En cambio, ni una sola palabra salía de su garganta... y su hermano tampoco se ponía en pie. Corrió, corrió rápido...

Evangeline, de rodillas en el suelo junto a Alexander, intentaba con sus dos manos detener la sangre que manaba a raudales de la herida abierta sobre su corazón. Una tarea imposible, puesto que ni todos los conocimientos que él tenía sobre hierbas alcanzarían para poder curar esa herida. Era inútil, ambos lo sabían.

Desde lejos, como en una bruma, le llegaron a Duncan las voces de Sawny y Evangeline. Nunca, en toda su vida, había percibido tanto amor verdadero y puro entre dos seres como lo estaba percibiendo ahora.

Evangeline lloraba desconsoladamente.

—Lo siento, Evy... —se disculpó Alexander.

—Sawny, por favor, no te mueras. Yo te necesito, mi amor —le rogó el a. Se ahogaba con sus propias lágrimas.

—Evy... —A él le costaba hablar. La sangre comenzó a manar también por su boca, aun así, intentó pronunciar algunas palabras que le surgieron entrecortadas. Con el máximo esfuerzo, Alexander levantó su palma manchada de sangre hacia la mejil a de Evy. Casi no le quedaba fuerza, entonces Evangeline sostuvo su mano trémula con su propia mano sobre su rostro.

—Te amo, Sawny —le declaró abiertamente Evy—. Recuérdalo, mi amor. Voy a amarte siempre... —Ella pronunció esas palabras sin poder controlar su llanto, después besó la palma que aún permanecía acunando su mejil a.

—Evy, te juro que... —La sangre, agolpándose en su garganta,

93

Ganadora concurso Ali Nigro

lo ahogaba y le dificultaba hablar—. Vamos a enc...contrarnos en otra vida. Te buscaré, y voy a encont...trarte... Voy a reconocerte, te lo juro. —El esfuerzo sobrehumano que hacía por pronunciar las palabras le estaba quitando el último aliento que le restaba a su cuerpo moribundo—. Tú no me olvides... —suplicó en un susurro.

—Nunca te olvidaré, Sawny —le prometió el a.

Él cerró los ojos... Se alejaba.

—¡Mi amor, no me dejes! ¡Quédate conmigo! —gritó con desesperación.

Alexander hizo un último esfuerzo, y volvió a levantar los párpados. Sus ojos se encontraron una vez más.

—Te amo, Ev...Evangeline.

Ella lo besó en los labios antes de que él cerrara los ojos y sintió cómo su cuerpo se aflojaba en una última convulsión violenta.

—¡Sawny, nooo! —gritó Evangeline.

Y Duncan sintió cómo su propio corazón se detenía. Dolía.

Dolía demasiado.

Evangeline se inclinó sobre el torso de Alexander para abrazarlo. Lo aferró por los hombros y lo sacudió con fiereza, intentando traerlo de vuelta.

—¡Vuelve, Sawny, vuelve a mí, por favor! ¡Sawny!

El cuerpo seguía inmóvil, inerte entre sus brazos. Ella no podía resignarse a perderlo. No podía ni quería.

—Sawny... —volvió a susurrar Evy. Se ahogaba en un torrente de lágrimas que se mezclaba con la sangre de él.

—¿Qué te daba él que no podía darte yo? —preguntó brusca-

mente el laird McGraeme a su espalda.

Evy no lograba entender cómo a aquel maldito, que acababa de asesinar violentamente a su propio hijo después de haberlo humillado, lo único que le preocupara fuera saber qué le había dado él a él. Pronto la ira invadió cada fibra del cuerpo de Evy. Volvió a posar sus labios sobre los de Sawny, que todavía conservaban su calor. Le acarició el cabello alborotado, donde algunos mechones rebeldes se le habían adherido al rostro. Lo miró una vez más, entonces le habló desde lo más profundo de su alma.

94

Nowevolution editorial.

—Volveremos a encontrarnos, mi amor, y yo también te reconoceré a ti —le prometió, después se irguió, se puso en pie y, sin apartar su mirada de los ojos fríos del laird, le respondió al hombre con repulsión—: Él me daba algo que usted nunca podría comprender. Me daba amor...

Impulsada por la ira y por el dolor que le laceraba el alma, Evangeline corrió hacia el laird, y desenvainó la espada que Sawny le había obsequiado.

Era un suicidio y Evangeline seguro lo sabía.

—¡Evy, no! —gritó Duncan con desesperación, pero ni Evan-

geline ni el laird lo oyeron. El viento se llevó sus palabras lejos y en otra dirección, colina abajo, a su espalda.

Si Alexander no había tenido posibilidades de salir victorioso, menos aún las tenía el a. No pudo siquiera intentar dar un golpe y la espada del laird McGraeme se hundió en su abdomen.

Evy sintió la hoja cortar primero la piel, después la carne. Un ardor intenso le quemó las entrañas y, cuando el laird retiró la hoja, un río de sangre brotó fuera de su cuerpo. Sintió el líquido caliente derramarse sobre su falda, y sobre sus piernas. Antes de caer, Evangeline levantó sus ojos al cielo y gritó con la poca fuerza que le quedaba.

—¡Sawny, búscame!

Luego se derrumbó sobre un colchón de hojas secas.

Duncan por fin llegó a las lindes del claro sobre la lomada, y se odió profundamente por no haber llegado unos segundos antes; de haberlo hecho, hubiera podido salvar a la mujer de su hermano, pero no...

Cerró los ojos durante un momento, y apretó los puños y las muelas con fuerza. Se sentía tan impotente... Sentía tanta rabia...

Cuando Duncan McGraeme alzó sus párpados, estaba decidido a tomar venganza por la muerte de su hermano y de Evangeline.

El laird tenía que morir en ese instante. Pensó en enfrentarlo, pero corría el riesgo de terminar como su hermano. A Duncan no le importaba morir, lo que no podía hacer era permitirle la más mínima

posibilidad de vivir a su padre.

95

Ganadora concurso Ali Nigro

Al pensar en aquel desgraciado como su padre, escupió sobre la tierra y juró que nunca más volvería a llamarlo así.

Actuaría como el más grande de los cobardes, pero asesinaría al laird.

Oculto detrás de los árboles, Duncan sacó la daga que llevaba dentro de su bota y, con sigilo, caminó hacia el laird. Debía ser silencioso, pues cualquier sonido alertaría al hombre. A Duncan hasta le parecía ir aguantando la respiración, porque los pulmones le ardían terriblemente. Grandes gotas de sudor le surcaban la frente, pero su mano permanecía firme, aferrada al puñal. Era un cazador detrás de su presa, y también era un ser vengativo buscando aplacar su culpa con aquel acto.

El laird ni siquiera se había acercado al cuerpo de Alexander. Se comportaba con desinterés, tal como si hubiese asesinado a una

persona cualquiera, a un rival, a un enemigo, en vez de a su propio hijo de diecisiete años.

Limpiaba con despreocupación la hoja de su espada. Aquella poderosa arma de guerra que ese día había acabado deliberadamente con dos vidas. Las vidas de dos personas que no le causaban mal a nadie, cuyo único «pecado», si es que algún idiota pudiese amarlo así, había sido amarse.

Duncan actuó con rapidez y sin mediar palabra entre sus acciones. El viejo ni siquiera notó al hombre a su espalda.

El joven de veinticinco años aprisionó el cabello con una mano, y tiró la cabeza de su padre hacia atrás con rapidez para dejar el cuello robusto en tensión; se distinguían con claridad los tendones bajo la piel y el lugar en donde el pulso latía con más fuerza. Sin remordimiento, deslizó el filo del arma por la garganta del hombre. De inmediato, la hoja y el pecho de Randolph McGraeme, se tiñeron de rojo. No emitió sonido alguno, no tuvo tiempo. Su muerte fue instantánea y Duncan lo dejó caer.

Duncan permanecía en apariencia imperturbable mientras veía el cuerpo ya sin vida del viejo desangrarse a sus pies. Se pasó una de sus enormes manos por las mejillas sucias y se apretó el puente de la nariz recta. De pronto, se le había instalado un agudo dolor en el

Nowevolution editorial.

entrecejo. Se lamió los labios llenos y perfectamente cincelados, los sentía secos a causa del viento y también de la rabia. Respiró hondo y volvió a echar una mirada al laird, a ese ser despreciable, capaz de violar a una mujer y capaz de matar a su propio hijo sin un míni-mo de remordimiento. Ese había sido su padre, y ahora él le había

puesto un final a tantos años de crueldad.

Duncan solo lamentaba no haberlo hecho antes; entonces

Sawny aún viviría.

Ganadora concurso Ali Nigro

Los Ángeles

Domingo, 6 de julio del año 2003

07:12 a. m.

—¡Sawny, nooo! —Evangeline se despertó gritando desesperada. Se incorporó en la cama. Tenía el rostro bañado de lágrimas—.

¡Sawny, por Dios! —susurró.

Eso no había sido un sueño. Eso había sido otra vida, por fin el a

lo comprendía. Alexander, Sawny, era su alma destinada y la estaba

buscando... *Él no me ha olvidado. Todavía me ama, como yo lo amo*

a él. Al pensar en lo que había sucedido, una miríada de escalofríos le recorrió el cuerpo. Todo aquello había ocurrido en 1720, sin embargo, el a lo sentía presente, como si desde aquello no hubiesen

transcurrido más de dos minutos.

Se rodeó con sus propios brazos sin poder dejar de tiritar. Aún podía oír su voz. Escuchaba a Sawny diciéndole que la amaba. Sentía a Sawny besándola. Ese muchacho de diecisiete años que había hecho reaccionar cada célula de su cuerpo, que había conseguido que el a lo amara como a nadie, que la había hecho reír y llorar...

Todavía permanecía sobre su piel la sensación tibia de la última bocanada de aire que él había exhalado y en su boca conservaba el sabor metálico de su sangre. Se llevó los dedos a los labios, únicamente para comprobar que no los tenía cubiertos con el líquido carmesí. Podía ver a Sawny prometiéndole que la encontraría y ahora el a sabía que él había cumplido. Él acudía a el a cada noche.

No podía desterrar el dolor y la pena que le causaba haberlo visto morir. Recordar su propia muerte, la última imagen que había visto de aquel a vida pasada, no le afectaba tanto. Pero haber sentido

entre sus brazos el cuerpo de él convulsionando, la desesperación de no poder evitar que él perdiera sangre, de no poder retenerlo, de presenciar cómo se había apagado, extinguido su luz... Eso le desgarraba el corazón.

Quería abrazarlo. Necesitaba desesperadamente sentir otra vez el calor de su cuerpo junto al suyo, y más que nunca se decidió a buscarlo. Ahora tenía la certeza de que lo encontraría. Ahora él ya no era un muchacho. Alexander era un hombre y la estaba esperando. Correría a él, pues lo necesitaba tanto como al aire.

Ahora Evy por fin comprendía el significado de su obsesión por Escocia. Ella añoraba esa tierra porque ya había estado allí. Sawny le había hecho grabar en su alma cada imagen, cada sonido, cada olor y sensación. Sawny le había pedido que no olvidara. Le había dicho que Escocia era su hogar. Ahora, siglos después y en una vida distinta, ella aún los tenía presentes y los sentía como propios.

—¡Sawny... espérame! —pronunció las palabras desde lo profundo de su ser, desde su alma misma, con la esperanza de que él percibiera que él a había emprendido su búsqueda. Ellos estaban de alguna forma conectados, se dijo entonces que él lo tendría que saber.

Rancho The Little Highlands

Domingo, 6 de julio del año 2003

07:25 a. m.

Alexander había soñado con Evangeline. Podía percibir que ella había recordado su vida en la Escocia de 1720 y su historia con él. Había sentido su angustia, su desesperación. Así como también su reconocimiento y aceptación de aquella situación tan particular. Ellos estaban conectados, sus almas de alguna manera se comunicaban entre sí y él ahora sabía que ella lo estaba buscando.

No sabía qué hacer para que ella pudiera ubicarlo con mayor facilidad, sin embargo no dudaba que Evely, tarde o temprano, lo

99

Ganadora concurso Ali Nigro

encontraría. La necesitaba junto a él, como habían estado en Escocia, y también en Londres, años después.

En dos vidas anteriores, distintos obstáculos se habían interpuesto en sus caminos, aun así, no habían podido evitar que ellos se amaran con la fuerza de un huracán. Habían tenido que asesinarlos para separarlos y, a pesar de eso, no lo habían conseguido. El amor que los unía era eterno, indestructible, y nada podía ser más poder-

roso que ese sentimiento.

Alexander confiaba en que ahora por fin ellos se encontrarían y podrían amarse libremente, sin prejuicios y sin obstáculos.

Él no tenía a nadie a quien rendirle cuentas. No se había casado ni había buscado consuelo en los brazos de otra. Sabía que había vuelto a la tierra una vez más solo para estar con Evangeline. Nada ni nadie más le importaba. Ella era su mujer. Si tenía que envejecer guardando encontrarla, pues lo haría.

—¡Ven a mí, Evangeline! Te estoy esperando , *mo gràdh*. Volvamos juntos a casa... —repitió en voz alta lo que su alma misma

susurraba para que ella lo escuchara.

100

Nowevolution editorial.

14

Los Ángeles

Domingo, 6 de julio del año 2003

07:32 a. m.

Evangeline miró la hora que marcaba el radio-despertador. Eran las siete y treinta y dos. Necesitaba hablar con alguien, descargar su angustia. Más que nunca quería ver a su amiga. Descolgó el auricular

y marcó el número de Kate. El timbre se oyó un par de veces hasta que respondieron del otro lado con voz soñolienta.

—Hola.

—Hola, Kate, siento l amar a esta hora... Es que... ¡Dios! —

Evy permanecía conmocionada y las palabras salían de su boca algo temblorosas.

—¿Evy? ¿Qué sucede? —se alarmó la señora Smith.

—Kate... —Evy rompió a llorar sin consuelo. Deseaba contarle a su amiga su descubrimiento, pero estaba muy alterada y no lograba ser lo suficientemente clara.

Kate se sentó en la cama.

—Evy, habla. Deja de llorar y dime qué es lo que te sucede —le pidió.

—Sawny... ¡Es real! —soltó abruptamente—. Él y yo... ¡Oh,

Dios mío! Ha sido horrible, bueno, no todo, únicamente el final.

—Ella quería contarle todo a la vez y lo único que lograba era pronunciar frases que, para quien no conocía la historia, resultaban ser incoherencias—. Ha muerto. No puedo olvidarlo. ¡Oh, Kate, me siento tan triste!

—¿Lo has encontrado y está muerto? —preguntó alarmada,

descifrando alguna de las cosas que Evy había dicho.

—No, no está muerto ahora, eso fue hace tiempo, en mil setecientos veinte. Ahora ni siquiera sé dónde está —quiso aclarar.

101

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Evy, no entiendo nada de lo que dices! —chilló Kate, mesándose con una mano los cabellos rubios que le llegaban hasta los hombros—. Voy a ir a tu apartamento en este mismo instante. ¡Intenta tranquilizarte, querida! No sé qué es lo que ha sucedido, pero te prometo que le encontraremos una solución. ¿De acuerdo?

—Bien —respondió Evy, agradecida, solo esperaba ser capaz de soportar el estado de ansiedad en el que se encontraba hasta la llegada de su querida amiga.

En menos de treinta minutos, Kate estuvo junto a ella. Evy ya estaba un poco más calmada y pudo relatarle los hechos de forma pausada y con el máximo de detalles posibles. Su mejor amiga no podía salir de su estupor, puesto que aquella historia era realmente increíble y por demás escalofriante.

—Necesito encontrarlo, Kate. ¿Por dónde empiezo a buscar, cielo santo? —Evy volvía a sonar desesperada.

—Escúchame, Evy, tal vez podamos hallar algo en internet —

propuso Kate, que deseaba con todo su corazón que Evy fuese feliz y más aún que se calmara, ya que no le gustaba nada verla tan conmocionada—. Quiero decir, buscar si hay información que hable acerca de los McGraeme en la Escocia de principios del siglo xviii. Kate sentía la necesidad de ayudar a Evangeline de alguna manera en aquel a extraña aventura, y buscaría el máximo de opciones para trazar un camino que la llevara directo a su gran amor, pero creía que primero lo mejor era confirmar si realmente las visiones de Evy provenían de una vida anterior o no.

—¿Quieres decir que tendría que comprobar si ha sido real?

¿Tienes dudas?

—Creo que lo ha sido —le aclaró Kate—. Pero investigar sería el modo de asegurarse por completo.

—Estoy segura ahora, Kate. Esto último... Sé que no han sido imágenes de un sueño, han sido recuerdos de otra vida. De Sawny y mía —declaró convencida—. Pero si tú crees que es mejor confirmarlo a pesar de todo, entonces acepto que busquemos esa confirmación.

—Bien. Estoy convencida de que es lo mejor, Evy.

Las amigas navegaron durante un par de horas en la red buscan-

Nowevolution editorial.

do datos. Consiguieron algunos números telefónicos de bibliotecas y de lugares en los que, con algo de suerte, podrían verificar alguna genealogía. Hasta que Evy logró algo mucho mejor.

—¡Mira, Kate! Creo que he encontrado algo que puede servirnos. Kate, que había ido a la cocina en busca de dos tazas de té, se acercó a el a.

—¿Qué es? —preguntó.

—Este hombre —señaló la pantalla—. Michael MacKay. Es un historiador escocés, especializado en la zona del Glen Affric.

—Déjame ver... —Kate echó una ojeada a la pantalla del ordenador portátil para confirmar lo que le había dicho su amiga. A medida que leía, su rostro se iluminaba. Al cabo de unos instantes, por fin exclamó—: ¡Evy, definitivamente esto es maravilloso! Tienes razón, no debe haber nadie más apropiado que este hombre para consultarle.

Evy se sentía eufórica.

—¡No lo puedo creer! —exclamó y sonrió histéricamente. Volvió a echarle una ojeada a la pantalla.

—¡Llámallo ahora y hazle un par de preguntas! —la alentó Kate.

Evangeline asintió con la cabeza. Caminó hacia el teléfono y lo

descolgó.

Se sentía emocionada y asustada a la vez.

Marcó el número de larga distancia. El timbre se oyó sonar varias veces del otro lado hasta que finalmente respondió una voz masculina con marcado acento escocés.

—Hable.

—Buenas tardes, o buenos días... Eh... Lo siento, pero no sé qué hora es allí. —Se sentía muy nerviosa y parloteaba—. Aquí, en Los Ángeles, son casi las once de la mañana...

—Disculpe, señorita —interrumpió él con gravedad—. ¿Usted ama desde los Estados Unidos para decirme la hora?

Evy frunció el ceño. El hombre se burlaba de ella, y lo hacía con toda razón, puesto que ella había estado parloteando como una tonta.

103

Ganadora concurso Ali Nigro

—No, no, solo me estaba disculpando por si acaso lo saqué de la cama, señor —se excusó ella, pareciendo más tonta aún.

Del otro lado de la línea se oyó una carcajada.

—A decir verdad aquí aún no es hora de dormir, muchacha, pero, bueno, ¿me dirá en algún momento quién es usted y el motivo de su llamada, o seguiremos conversando de la hora?

—¡Oh, sí!, por supuesto que se lo diré, señor. Usted deberá disculpar mi nerviosismo... —se excusó, y antes de que él dijera nada, el a continuó hablando, y esta vez formuló una pregunta directa—:

¿Es usted el historiador Michael MacKay?

—¡El mismo! —confirmó el hombre—. ¿Y usted es...?

—Mi nombre es Evangeline Jesper.

—¡Mucho gusto, Evangeline Jesper de Estados Unidos, en donde son casi las 11:00 de la mañana en este momento! —bromeó él.

—El gusto es mío, señor MacKay —respondió el a, y sonrió a pesar de todo. El hombre parecía amable—. Verá, lo he llamado porque necesito hacerle algunas preguntas... Para mí esa información es muy importante y estoy dispuesta a pagar la tarifa que usted considere justa.

—Bueno, bueno, Evangeline, dime qué deseas saber y veré si puedo ayudarte. Para que hagas esta llamada de larga distancia realmente debe de ser muy importante para ti.

—¡Oh, sí, sí que lo es! ¡No se imagina usted cuánto, señor MacKay!—Habla entonces, muchacha — la alentó MacKay.

—Es acerca del clan McGraeme que habitó cerca de Glen Af-

fric a principios del siglo xviii. ¿Por favor, podría corroborar una información que yo tengo acerca del hijo menor del laird Randolph

McGraeme?

—Clan McGraeme... —repitió él, intentando recordar algo.

—Necesito saber si realmente existió un muchacho llamado

Alexander McGraeme, nacido en mil setecientos tres y fallecido

—aquel a palabra se atragantó en su garganta— en mil setecientos veinte, a la edad de diecisiete años.

—Mmm... —meditó MacKay—. Ahora que lo mencionas,

104

Nowevolution editorial.

creo haber trabajado sobre eso hace muchos años. Una tragedia o algo así... Si aguardas al teléfono puedo buscar un volumen del cuaderno que relata algo sobre ese período.

—Sí, sí, por favor —dijo el a, exultante. Cuando el hombre se alejó, Evy le confesó a Kate—: ¡Dios, estoy tan nerviosa!

—Tranquila, Evangeline. Mantén la calma, querida, que todo saldrá bien. —Le apretó las manos entre las suyas en un gesto de aliento—. Cada vez estoy más convencida de que encontrarás información sobre ellos... o más bien sobre ustedes... ¡No sé de qué

manera referirme a todo esto! —Se alzó de hombros.

—Ellos, nosotros... somos los mismos, Kate...

Fueron interrumpidas por el regreso del historiador. Se oyó el ruido de algo pesado al ser apoyado sobre una mesa o un escritorio antes de que él levantara el auricular.

—¿Sigues allí, muchacha?

—Sí, aquí estoy, señor MacKay —le confirmó el a.

—Bueno, aquí tengo el libro. A ver... —El hombre pasaba las hojas una a una—. Inicios del siglo xviii... Sí, aquí está —dijo triunfal—. En ese período, efectivamente, tal como tú has dicho, el laird era Randolph McGraeme padre —leyó, y a Evy un escalofrío le recorrió la espalda al oír ese nombre, pero no emitió sonido alguno. El señor MacKay continuó leyendo—: Fue un hombre cruel y despiadado.

—¡Y me lo dice a mí! ¡Ese era un maldito desgraciado, perverso y sanguinario! —espetó el a abruptamente, interrumpiendo al historiador. La rabia la había abocado a aquel a salida de tono.

—¡Si no creyera que es imposible, juraría que lo ha conocido en persona! —dijo el hombre con tono divertido.

—Algo así —masculló el a.

Kate, que también tenía la oreja junto al auricular, entre gesti-

culaciones le pel izardó el brazo a Evy para que dejara de hablar, de lo contrario, el señor MacKay creería que a la muchacha le faltaba un tornillo.

—Lo siento, continúe, por favor —pidió Evy.

—El laird tuvo tres hijos varones: Randolph hijo era el mayor y

105

Ganadora concurso Ali Nigro

el heredero; Duncan, el mediano y... ¡Sí, sí, muchacha, aquí está!

Alexander, era el menor de ellos.

—¡Santo Dios, lo sabía! —exclamó. El corazón de Evangeline se había acelerado al extremo—. Por favor, ¿podría verificar las fechas que le he dicho antes?

—Desde luego. Alexander McGraeme, nacido en mil setecientos tres y fallecido en mil setecientos veinte, a la corta edad de diecisiete años.

A Evy ya le caían lágrimas de los ojos. Su amiga la aferró fuerte del brazo y la ayudó a sentarse en una silla que había junto a la mesa del teléfono.

—¿Des... describe allí cómo murió? —A Evangeline le dolía pronunciar aquellas palabras y el hombre notó que ella estaba muy angustiada y conmovida. De todas formas no le dijo nada,

aunque sí le llamó la atención que alguien pudiese quedar afectado de esa manera tan personal por una persona fallecida doscientos ochenta y tres años atrás.

—¡Al parecer aquello fue célebre! — dijo el hombre, luego de leer un par de párrafos más de su cuaderno. El muchacho murió

bajo el filo de una espada, una herida en el pecho. Lo curioso es que lo asesinó...

—Su padre —completó el a con dolor.

—¡Exacto! —exclamó MacKay—. Usted parece conocer muy bien la historia, muchacha.

—¡Demasiado bien! ¡No se imagina cuánto! —declaró con tristeza—. Una pregunta más, señor MacKay, y le prometo que será la última. ¿Ese día allí, fue asesinada también una mujer?

—¡Ahora recuerdo este suceso! —declaró MacKay—. Estoy casi convencido de que sí, pero déjeme ver en el cuaderno para confirmarlo, muchacha. Mi memoria ya no es tan buena y esta investigación la realicé cuando yo era muy joven —se excusó, dio la vuelta a la hoja y leyó—. ¡Oh, sí, señorita, aquí está! Ese día murió también una joven, al parecer, el a era la amante del muchacho. Le leeré el artículo completo si quiere, tal como está redactado en el libro.

—Sí, adelante.

Nowevolution editorial.

—Aquí dice que Alexander McGraeme y su amante Evangeline, también del clan de los McGraeme, fueron muertos por mano del cruel laird en el año de nuestro Señor de mil setecientos veinte. Él de una brutal herida cruzada en el pecho y el a de una estocada en el abdomen. Las espadas que tenían los amantes fueron guardadas por Duncan McGraeme...

—¿Las espadas? ¿Encontraron nuest..., eh, digo, las espadas de ellos? —preguntó con expectación—. ¿Son dos espadas de diseños iguales, únicamente que una es mucho más pequeña y liviana y en la empuñadura lleva grabadas las letras «E» y «S»? ¿Son esas, verdad?—No especifica los detalles, señorita, y si realmente esas espadas son así, no tengo la menor idea de cómo puede usted saberlo, porque nadie más que su guardián sabe cómo son.

—¡Es una larga historia, señor MacKay! Pero créame cuando le digo que las armas son exactamente cómo se las he descrito. ¿Sabe usted qué sucedió con aquel as espadas? Si no he oído mal, usted ha nombrado a un guardián, ¿a qué se refería con eso?

—No sé exactamente qué habrá sucedido con las espadas, señorita Jesper. Habría que seguirles el rastro a través de Duncan Mc-

Graeme. Tal vez se pueda averiguar algo, ya que fue él quien quedó en custodia de el as... Ahora recuerdo que esa es otra historia que investigué en mi juventud, la historia del *guardián de las espadas*, pero necesitaría un poco más de tiempo para releerla y también para averiguar si el legado se ha conservado hasta la actualidad o no.

—¿Podría hacer eso?

—Otórgueme unos días, le prometo que investigaré. Veo que realmente este tema le afecta mucho.

—No puedo evitarlo —dijo Evy con tristeza.

—¿Puede que algún día me cuente el motivo, Evangeline?

—Sí, tal vez en algún momento le cuente esta historia, señor

MacKay. Se lo prometo —le dijo el a con voz suave—. ¡Bueno, ya lo he molestado durante un largo rato!

—Espero haberle servido de ayuda, señorita.

—¡Ni se imagina cuánto, Michael! Pero ahora dígame sus honorarios, por favor, para que pueda hacerle llegar el dinero.

107

Ganadora concurso Ali Nigro

—Nada de eso. Y siéntase libre de llamarme cuando guste. Por cierto, muchacha, ¿quiere saber qué ha sucedido con el laird?

—Tal vez en otro momento... Por ahora, para mí es suficiente.

—De acuerdo. Esperaré su llamada en uno o dos días... Y por si

le interesa saberlo, hay una diferencia horaria de ocho horas aproximadamente

—quiso bromear el hombre para cambiarle un poco el

ánimo a el a, pero no lo logró.

—Gracias, señor MacKay, ha sido usted muy amable —volvió a

expresarle su agradecimiento antes de colgar el teléfono. No podía

dejar de temblar ni de llorar—. Cada cosa que he visto, ha sucedido

así, Kate.

—Lo sé, he oído todo. Ven, cálmate, Evy. —Mientras le hablaba

con palabras dulces, Kate la rodeó con los brazos.

—¿Sabes qué es lo irónico?

—¿Qué? —preguntó su amiga, alzando una ceja.

—Sawny y yo nunca fuimos amantes. A mí me parecía que yo

era demasiado vieja para él... ¡Y pensar que ahora hay actrices que

tienen parejas que son más de veinte años menores que el as! —

sonrió mientras negaba con la cabeza.

—¡Y bien que hacen! La edad jamás debería ser un impedimen-

to para el amor.

—Ahora he aprendido la lección. ¿Sabes? Sawny y yo nos be-

samos una única vez, y fue tan hermoso... —Se tocó los labios, re-

cordando el beso—. Por culpa de mis prejuicios nunca hicimos el amor, pero a pesar de todo, en los libros de la familia dicen que éramos amantes. ¡Qué malditos! —gruñó.

—¿Has visto? ¡Deberían haberlo hecho!

—Te juro que cuando encuentre a Sawny no perderé ni un segundo. Haré el amor con él aunque el mundo se esté derrumbando a nuestro alrededor —dijo con firmeza y con una enorme sonrisa en sus labios—. ¡Si total, después los cotilleos dirán lo que les plazca!

—¡Buena decisión! Pero primero tendrás que buscarlo y encontrarlo aquí, en el año dos mil tres —le recordó Kate.

—¡Uff! — bufó Evy, revoleando los ojos—. Pequeño detalle.

—Sí, pequeño detalle — secundó Kate, antes de ponerse manos

108

Nowevolution editorial.

a la obra—. Repasemos cuál es la información que manejamos, Evy.

—No sabemos cuál es su nombre ahora, ni tampoco sabemos con exactitud cuál es el nombre de su rancho —empezó a enumerar Evangeline.

—¡Alto, Evy! ¡Te he dicho la información que manejamos, no de la que carecemos! —la reprendió Kate con cariño.

Evy sonrió de lado y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces, Kate, no tenemos más que un puñado de imágenes grabadas en mi cabeza del rancho ganadero rodeado de montañas y en cuya entrada está ese cartel de madera que dice «The Little Highlands».

—Mmm, eso no es mucho, pero es más que nada... —Kate meditó un momento, mordiéndose el labio inferior, gesto muy común en ella cuando pensaba en algo importante—. Creo que se me ha ocurrido algo —dijo finalmente.

—¡Por favor, dime lo que sea! Cualquier idea es bienvenida.

—Tal vez podríamos llamar a números al azar en diferentes estados, uno a uno... Gastarás una fortuna en teléfono, pero en este caso puede que los chismes sirvan de algo.

Evangeline se tomó unos instantes para pensar en la idea propuesta por Kate.

—Parece una buena idea... ¿Crees que pueda dar resultado?

Kate alzó un hombro.

—¿Empezamos por Idaho? —preguntó Evy, terminando de convencerse de que esa alternativa era lo mejor que tenían por el momento. Ya se sentía más entusiasmada. Sin perder más tiempo, fue en busca de una guía telefónica que guardaba en un cajón de su

mesita de noche.

—Sí, me parece que Idaho es una buena opción —le respondió Kate, siguiendo a su amiga. Un rato después, las dos estaban dedicadas a la tarea.

Buscaron un número telefónico de Idaho. No tenían idea si habría o no una mejor forma de investigar. A ellas solo se les ocurría esa. El primer número pertenecía a una tienda de productos agrícolas.

109

Ganadora concurso Ali Nigro

—Buenas tardes, señor —saludó Evy a su interlocutor—. ¿Sería tan amable de informarme si usted conoce algún rancho que tenga un letrero en la entrada que diga «The Little Highlands»?

—Mmm, no, jovencita. No conozco ninguno con esas características, al menos no en esta zona. Siento no poder ayudarla —le respondió el comerciante del otro lado de la línea.

—Gracias de todos modos.

Esa llamada la repitieron con diferentes números de Idaho ubicados en distintos puntos del estado, pero sin poder conseguir ninguna pista que las acercara a Sawny. Le siguieron el mismo sistema y los

mismos resultados negativos con el estado de Wyoming.

—Vamos, vamos, no te desanimes. ¡Siempre nos queda el estado de Montana! —quiso animarla Kate y en ese instante a Evy una luz de esperanza se le encendió.

—¡Los picos nevados! ¡Al norte, en el límite con Canadá, el paisaje de Montana es alpino! ¡Señor, debería haber empezado por allí! —exclamó Evangeline, evidentemente entusiasmada. Sin perder tiempo tomó nuevamente el teléfono y la guía telefónica y con la segunda llamada que hicieron, a un supermercado del norte de Montana, por fin llegó la confirmación.

—Así es. Aquí en Montana hay un rancho con ese extraño letrero —dijo amablemente el hombre que había respondido a la llamada telefónica—. Es el rancho McKenna.

—Rancho McKenna —susurró Evy, entrecerrando los ojos—.

Una pregunta más, señor. ¿Sabe usted el nombre del dueño y dónde puedo ubicarlo? —averiguó Evy, sintiéndose cada vez más cerca de su amor.

—¡Pues claro que lo sé! —respondió con acento de hombre de campo—. El viejo McKenna se murió hace unos años, así que toda la propiedad pasó a las manos de su hijo, Alexander McKenna, y lo

encontrará allí segurito, en el rancho. Queda sobre las márgenes del río Milk, hacia el norte, en las afueras de Havre.

—Gracias, señor, muchas gracias —agradeció Evy con efusividad. Cuando colgó el auricular comenzó a dar brincos de felicidad—. ¡Es él! ¡Tiene que ser él! ¡Alexander, Alexander McKenna! ¡Mi Sawny!

110

Nowevolution editorial.

—¡Ya estás a solo un paso de hallarlo, Evy! ¡Tan solo a un paso!

—Las amigas sonreían eufóricas, hasta que Evy se detuvo.

—Tendré que ausentarme de la clínica.

—Lo sé. —Kate asintió. Tenía los ojitos empañados.

—¿Me disculparás con Wil iam?

—¡Por supuesto que sí, él entenderá! ¡Olvídate de la clínica!

—Descartó el asunto haciendo ademanes con las manos—. Y ven, amiga, déjame darte un abrazo. Sé que en este momento lo necesitas y yo también —susurró. Kate volvía a estar sensible.

—Me conoces, Kate, me conoces. —Evy se fundió en el reconfortante abrazo de su mejor amiga, a quien ella adoraba como si de una hermana se tratase—. Y yo te conozco a ti, Kate —le dijo separándose un poco—, y he notado que últimamente has estado

de lo más sensible... ¿Tú no estarás embarazada? —le preguntó entornando los ojos.

—Mmm... —meditó—. ¿Será eso? —preguntó, mientras una nueva sonrisa de felicidad se iba dibujando en sus labios. Se veía entusiasmada con la idea.

—Tendrás que hacer otra investigación, querida, y hacerte un test urgente, porque yo sospecho que sí —añadió Evangeline.

Las amigas hicieron una visita a la farmacia y poco más de dos horas después, la noticia del embarazo de Kate había sido felizmente confirmada y celebrada con igual euforia.

Cuando Kate regresó a su casa, ya había sido tomada la decisión.

Al día siguiente, Evangeline iría a comprar un pasaje para viajar en avión hasta Montana. Una vez allí, se las arreglaría para llegar hasta

«The Little Highlands».

Sobreviví treinta años en las verdaderas Highlands escocesas... ¿No me asustaré ahora por vagar sola por Montana, no? , se había dicho Evy una y otra vez mientras preparaba el equipaje. Bueno, en Escocia no terminé muy bien que digamos, pero eso no tuvo nada que ver con mi sentido de la orientación. ¡Nunca me extravié! Terminar con una hoja de acero atravesada en el estómago es otra cosa. De todas formas... Mejor evitar locos armados con cuchillos, navajas, espadas y demás cosas que posean filo, apuntó mentalmente.

Ganadora concurso Ali Nigro

Escocia

Michael MacKay, después de cortar la comunicación con la muchacha americana, volvió a su biblioteca. Inspeccionó detenida-

mente todos los cuadernos forrados en cuero que allí tenía y por fin halló el que buscaba. Era el que contaba la historia de Duncan McGraeme y su leyenda. La leyenda del *guardián de las espadas*.

112

Nowevolution editorial.

•Segunda parte•

Duncan y Megan

113

Nowevolution editorial.

15

El guardián de las espadas

Escocia

Año de nuestro Señor de 1720

Duncan recogió la espada de Evangeline y la dejó en el suelo junto a la de Alexander, después se arrodilló al lado de su hermano. Todavía no era capaz de creer que aquello fuera real. Con una mano temblorosa, acarició a Sawny el cabello negro enredado y el rostro, ahora

devastadoramente pálido e inerte. Sintió el frío de la piel en la yema de sus dedos y ese mismo frío se trasladó al centro más profundo

de su ser.

—Sawny —susurró, y la voz le salió ronca y áspera, y cada letra ardió al escapar de su garganta.

Duncan permaneció un rato más junto al cuerpo de su hermano. Recordaba los hechos que habían sucedido hacía unos minutos, pero también se permitió recordar lo bondadoso, lo buen hermano y la excelente persona que siempre había sido Sawny. Alexander jamás le había provocado ningún mal a nadie. Él se hubiese merecido haber podido ser feliz con la mujer que amaba, en cambio, su vida, sus sueños, sus anhelos habían sido truncados en unos pocos negros instantes. Instantes que Duncan jamás podría borrar de sus recuerdos.

Levantó la vista de los párpados cerrados del muchacho y miró a su alrededor. Evy yacía a algunos metros de allí, como una muñeca, sobre las hojas secas que habían sido teñidas de rojo con su sangre.

Duncan se incorporó mecánicamente y se acercó a él.

La había visto un par de veces en la aldea a lo largo de su vida y había podido comprobar que Evangeline era una mujercita mara-

Ganadora concurso Ali Nigro

villosa y sin pizca de malicia. Hermosa como pocas, sencilla, dulce e inocente a pesar de su edad. Era lógico que Alexander se hubiese enamorado de ella. A decir verdad, muchos de los hombres solteros del clan se habían prendado de su belleza y le habían propuesto matrimonio. Pero Duncan sabía que ella solo se había enamorado de uno y rechazado a los otros, porque Evangeline únicamente había sido capaz de entregar su corazón a una persona y esa persona había sido Alexander.

Duncan, profundamente conmovido, levantó el delgado y pequeño cuerpo de Evy entre sus brazos y la llevó al lado de Sawny. Dejó a los enamorados uno al lado del otro y volvió a ponerse de rodillas junto a ellos. Buscó nuevamente su puñal dentro de su bota y, desde lo más hondo de su alma, Duncan hizo su propio juramento a su hermano muerto.

—Alexander McGraeme, mi hermano, te juro por mi alma y con mi sangre —dijo, y pasó ferozmente el filo de su daga por su palma izquierda y, tras dejar caer el líquido caliente, cerró la mano sobre la mano de su hermano—, que a partir de este momento me convertiré en el guardián de las espadas... Sawny, he escuchado el juramento que ustedes se han hecho y sé, estoy convencido, de

que volverán a este mundo para amarse —clamó con vehemencia.

Duncan tenía los ojos clavados en el rostro de su hermano y

era imposible no notar el dolor que en ese instante le desgarraba el alma. Su cabeza estaba levemente inclinada hacia delante y todo su

largo cabello caía alborotado a ambos lados de su rostro, ocultán-

dole las perfectas facciones, facciones que, por su gesto, denotaban la culpa con la cual lidiaba su dueño por no haber llegado a tiempo.

—Yo, hermano —continuó—, te pido perdón por no haber po-

dido salvarlos, pero te juro que cuidaré y defenderé sus espadas con mi vida, hasta el día que ustedes regresen a buscarlas. Te lo debo, y cumpliré. Nada será más importante para mí a partir de ahora, más

que protegerlas. Te lo juro... —volvió a repetir—. Y si yo llegara a

morir antes del regreso de ustedes, me aseguraré de que mis des-

cendientes continúen el legado hasta su llegada. Es un juramento,

hermano, y lo cumpliré.

116

Nowevolution editorial.

Y Duncan McGraeme jamás hacía un juramento a la ligera. Él

era un hombre de palabra y cuando hacía una promesa, la cum-

plía, sin importar que para eso tuviese que poner su vida en riesgo.

Duncan McGraeme siempre había sido un hombre de honor y no

sería ese, justamente para él, el momento de dejar de serlo.

Con esas palabras, Duncan se le iba una promesa y también su propio destino. Permaneció un instante más junto a los cuerpos inertes, tal vez elevando una plegaria para que ellos descansaran en paz, tal vez para que lograran volver y tal vez por él mismo, para tener la fortaleza necesaria para cumplir con aquello con lo que se había comprometido.



Duncan desenganchó las fundas de cuero que la pareja llevaba a la cintura y guardó en ellas las espadas. Él le había regalado a su hermano el arma que llevaba unos bonitos grabados en la empuñadura cuando el muchacho había cumplido quince años. Desde ese día, Sawny nunca se había separado de ella, era el único objeto material sagrado para él. Por esa razón Alexander también había hecho forjar una réplica exacta para Evangeline, pero de menor tamaño y peso y en la que había hecho grabar las letras «E» de Evangeline y «S» de Sawny, como muestra de su amor por ella.

Ese era el motivo por el cual esas armas eran tan importantes, porque en cierta forma, simbolizaban aquel amor profundo que ellos se habían profesado. Así como para muchas parejas ese símbolo lo representa un par de anillos, para Sawny y Evangeline lo constituían aquellas hojas de acero.

Duncan se levantó con lentitud y se dirigió hacia el bosque.

Cortó algunas ramas para poder hacer una especie de armazón. Las unió con unos trozos de cuerda que llevaba en su morral y, cuando lo hubo terminado, depositó sobre el camastro los cuerpos de Evy y Sawny. Se quitó la camisa desgarrada para envolver las espadas y después las ocultó entre los pliegues del plaid de su hermano. Se echó al hombro la asidera que había dejado para acarrearlos, tiró de ella, y se puso en marcha rumbo al reducto de los McGraeme.

117

Ganadora concurso Ali Nigro

Cuando Duncan llegó al castillo, la noche había comenzado a cerrarse sobre las Highlands, aunque, como había luna y el cielo estaba despejado, había suficiente luz todavía. Al ingresar en el patio se le acercaron varios hombres preocupados, que pronto corrieron la voz de lo sucedido. Unos pocos instantes después, Randolph, su hermano mayor, y ahora, aunque él aún ni siquiera era consciente de su nueva posición, laird de McGraeme, y la tía Dora emergieron de la enorme fortaleza de piedra gris.

Lady Dora había escuchado que su sobrino estaba muerto, pero ella se repetía una y mil veces que eso era imposible. Recorrió el

patio a paso vivo y retorciendo sus manos de nerviosismo. Randolph, su sobrino mayor, la seguía unos pasos detrás, caminando con arrogancia y con un notorio gesto de indiferencia en el rostro.

Dora veía la figura de Duncan arrastrando una especie de camastro en donde yacía un bulto, pero a esa distancia y entre sombras no podía distinguir de qué se trataba. Avivó el paso. Duncan se interpuso en su camino para detenerla y la tomó de la cintura.

—Espera, tía —le dijo.

—¡No, déjame ver! —le exigió el a y se zafó de sus brazos.

Nunca, ninguna experiencia en su vida, ni siquiera haber sido alertada de lo sucedido, había preparado a lady Dora para el momento en el que vio a su sobrino muerto.

Cayó de rodillas junto al camastro y se aferró al cuerpo del joven en un acto desesperado. Ella había criado a Alexander como una madre, desde que este había nacido, pues la madre de los muchachos había fallecido a causa de unas fuertes fiebres que la aquejaron poco después del parto al dar a luz al hijo menor.

Dora había visto crecer a Alexander, había curado sus rodillas raspadas, lo había arropado durante las noches mientras él era solo un niño y había permanecido a su lado cada vez que él había enfermado. Ella había sido una madre para él y, sin duda, él había sido

para el a un hijo. Un hijo del corazón que ahora se vería obligada a enterrar.

Dora se sentía desfallecer y cuando descubrió la herida en el pecho de su sobrino, ese dolor agudo también se mezcló con rabia.

118

Nowevolution editorial.

Alzó la cabeza y apartó de su rostro los tirabuzones rubios que le llegaban hasta los hombros.

—¿Qué ha sucedido, Duncan? —pidió respuestas entre sollozos—. ¿Quién le ha hecho esto a mi pequeño? ¡Dímelo y te juro que lo mataré con mis propias manos!

Duncan se arrodilló junto a el a y la contuvo entre sus poderosos brazos. Le acarició los suaves cabellos y después le dio la respuesta que el a le exigía.

—El laird.

Dora se irguió como una vara al oírlo.

—¿Mi hermano ha hecho esto? ¡Maldito sea! Pero, ¿por qué?

—preguntó desconcertada. Sabía que su hermano era despiadado y cruel, pero jamás lo hubiese creído capaz de asesinar a su propio hijo y de una manera tan salvaje.

La mujer volvió a mirar a Alexander, fue entonces que reparó en la mujer que yacía a su lado. Dora le retiró unos cabellos del rostro para

poder observar mejor sus facciones. Se puso pálida de inmediato y la mano se le volvió temblorosa.

—¡Santo cielo, es Evangeline! ¿Randolph los ha matado a los dos? —interrogó, mirando a Duncan a los ojos, quien asintió con la cabeza—. Pero ¿por qué? ¿Por qué haría algo así?

—Descubrió que Alexander y Evangeline se encontraban en el bosque en secreto, cada día; los siguió y los asesinó sin compasión —expuso con dolor. Sentía tanto odio hacia ese asesino, que le impedía respirar con normalidad.

—Pero ¿qué razón tenían ellos para encontrarse en secreto? ¿Qué había entre Alexander y Evangeline? —preguntó la mujer, sin quitar la mirada dolida de la pareja que yacía en el improvisado armazón de ramas.

—Ellos se amaban, tía —confesó Duncan—. Evangeline era...

—No sabía cómo responder, luego se decidió—, el a era la mujer de Alexander. Los dos sabían que el laird estaba encaprichado con el a, por eso se ocultaban.

—Entiendo —dijo Dora. Acarició con ternura los cabellos rojos de Evy, la mujer que a riesgo de caer en las fauces del lobo, había

Ganadora concurso Ali Nigro

acudido al castillo, poco tiempo atrás, para ayudarla a él en el parto de su hijo—. ¡Randolph no tenía derecho a hacerles esto! —ex-

clamó con los puños apretados—. ¡Voy a matarlo! —juró, e intentó ponerse en pie.

Duncan la retuvo por el brazo y acercó su cabeza a la de ella.

—Ya lo he hecho yo —le susurró al oído.

Dora entró en pánico. Sintió la sangre helarse en sus venas y su cuerpo comenzó a agitarse como una vara mecida por el viento.

Negó con la cabeza, y se aferró a las manos de su sobrino.

—¡Cielo santo, Duncan! Entonces tú estás en peligro —clamó en un suave murmullo para que nadie más los oyera—. Hijo mío, cuando todo esto se sepa, tu hermano Randolph querrá tu cabeza.

Los ojos marrones de la joven mujer de treinta y cinco años volvieron a anegarse de lágrimas, mientras le acariciaba la mejilla a su sobrino Duncan.

—¡Debes huir del castillo, ahora! —le rogó.

—No me iré de aquí hasta no sepultar a Alexander y a Evy —respondió con firmeza—. Yo mismo voy a encargarme de sus funerales, tía. Se lo debo a mi hermano.

—¡No seas testarudo! —gruñó entre dientes—. ¡No quiero ver

morir a mi otro niño, también! Además, sabes que Alexander jamás querría que tú corrieras peligro por quedarte a su funeral.

—Ya no soy un niño, tía Dora. ¡Tengo veinticinco años! —la corrigió. Le sonrió con ternura y la besó en la frente—. Además, no me importa morir y no me iré sin antes ocuparme debidamente de ellos.

—¡Siempre serás mi niño! —sollozó—. Te he criado desde que tenías ocho años. Eres como un hijo para mí... —Su voz no era más que un débil susurro.

—Lo sé y te estaré eternamente agradecido por lo que has hecho por nosotros. —Él le acarició el rostro con dulzura—. Tú siempre nos brindaste a Alexander y a mí el amor que nuestro padre jamás fue capaz de darnos. Para nosotros, siempre has sido una madre, y es por eso que confío ciegamente en ti para pedirte un favor más. Dora frunció el ceño, sin dejar de escrutar el rostro de su sobrino.

120

Nowevolution editorial.

—¿Qué es eso que necesitas pedirme, Duncan?

—Necesito que guardes algo hasta que pueda irme —le dijo.

Descubrió un pliegue del plaid que vestía Sawny para revelar debajo

de este el bulto envuelto en un trozo de lino que él había ocultado allí—. Tía, esto es más importante que mi propia vida —dijo, luego volvió a tapar el fardo.

—¡Nada es más importante que tu vida! —objetó el a.

—Sí, tía, para mí esto es lo más importante ahora y necesito que me prometas que, si no puedo huir, lo ocultarás junto con el plaid que ahora lleva puesto Alexander hasta que llegue el momento de restituirlo a sus dueños.

Dora dudaba y no entendía nada de lo que Duncan decía. Para el a nada podía ser más importante que sus sobrinos. Ya había perdido a uno, no quería ni pensar en tener que atravesar por el inmenso sufrimiento de perder a otro.

Duncan notó la reticencia de su tía. Apretó con fuerza las manos de el a entre las suyas.

—Por favor, tía, necesito que me lo prometas —suplicó.

—Está bien —dijo reacia—. Te lo prometo, querido, pero nada es más importante que tu propia vida, Duncan —volvió a recalcar.

—¡Sí que lo es, tía! ¡Esto lo es! —repitió él, testarudo.

—Bien —respondió el a, cabizbaja, devolviendo el apretón de manos a Duncan. Poco después se puso en pie, obligándose a

mantener un temple que realmente no tenía en ese momento—.

¡Rápido! —gritó, comenzando a dar órdenes—. Necesito un par de hombres fuertes para llevar los cuerpos a un cuarto, para prepararlos.

Pronto se acercaron varios guardias dispuestos a ayudar. Los hombres cargaron, sin esfuerzo, el camastro de ramas en dirección hacia el interior del imponente castillo. La intención era llevar los cuerpos hasta donde lady Dora les había indicado.

—¿Dónde está el laird? —preguntó Randolph hijo, quien en todo momento se había mantenido al margen, ajeno a la conversación que se desarrollaba entre Dora y Duncan, pero observando con desconfianza la escena.

121

Ganadora concurso Ali Nigro

—Debe de estar en la aldea con alguna mujer —respondió Dora sin dar tiempo a Duncan a decir otra cosa. Con la mirada le advirtió que no la contradijera. Esa mentira les daría algo más de tiempo.

—Tú —señaló la mujer a un muchacho de unos catorce años—, corre hasta la cabaña del herrero James y de su esposa Adeline. Avísales de la terrible noticia y diles que los esperamos

en el castillo para la ceremonia. —Tras decir esto, Dora siguió a los hombres, incluido su sobrino Duncan, quienes llevaban en volandas el rústico camastro.

—¡Duncan, necesito más explicaciones! —gritó Randolph, antes de que su hermano se alejara.

—¡Mañana! —respondió Duncan secamente—. Ahora me ocuparé de mi hermano y de su mujer.

Randolph alzó una ceja en gesto burlón.

—¿Y desde cuándo el mocoso tenía una mujer? —preguntó irónico y despectivo.

Duncan se detuvo a mitad de camino, obligando a toda la comitiva a detenerse a la par. Se aseguró de que los demás hombres no dejaran caer el tablado antes de soltarlo y después se giró, furioso, hacia Randolph.

—¡Eso es algo que no te incumbe! ¡Y no vuelvas a dirigirte a él de una manera que no sea con el más absoluto de los respetos! ¿Me oyes? —rugió Duncan. Hervía de ira.

—¡Vamos, Duncan! ¡Hablaré de él como mejor se me antoje! No era más que un maldito mocoso y no lo considero una gran pérdida.

Duncan se arrojó sobre Randolph, que pronunció el final de la

frase volando hacia atrás. Los dos hermanos cayeron al suelo. Duncan parecía poseído y no dejaba de golpear a su hermano mayor con ambos puños en la cara. Randolph intentaba devolver los puñetazos.

—¡Basta! —gritó Dora—. ¡Sepárenlos ahora! —ordenó a un grupo de guardias, quienes obedecieron el mandato inmediatamente y los dos hermanos, desgñados, fueron apartados uno del otro.

122

Nowevolution editorial.

Duncan y Randolph bullían de furia. Forcejeaban con los hombres que los sostenían de los brazos y se miraban a los ojos como dos perros rabiosos esperando la menor oportunidad para volver a saltar sobre su presa.

—¡Este no es el momento para estas demostraciones de violencia! ¡Randolph, déjanos en paz! Por favor, deja que podamos sepultar a Alexander sin interrupciones —rogó la mujer.

El hermano mayor asintió con la cabeza, aunque sin dejar de fulminar con sus ojos celestes, casi transparentes, a Duncan. En cuanto lo soltaron, se alejó enfurecido hacia las caballerizas.

Duncan, con los ojos brillando de furia, volvió a su lugar junto al camastro. Cuando volvieron a cargarlo, todo el grupo entró en el castillo, encaminándose por los fríos pasillos de piedra gris, tenuemente iluminados por antorchas adosadas a las paredes que, en ese anochecer, a Duncan se le antojaban más gélidos que nunca.



Un grupo de siervas, comandadas por Dora y por Adeline, la madre de Evy, quien ya había llegado a la fortaleza y que no podía hallar consuelo después de haber visto a su preciosa hija asesinada, se encargaron de preparar a la muchacha. De Alexander, Duncan quiso encargarse personalmente y sin ayuda de nadie.

Los cuerpos fueron lavados y vestidos con ropas de gala, impecables y sin estrenar. Duncan entregó a Dora el plaid sucio de Sawny para que se encargara de hacerlo lavar y lo guardara con el paquete que él le había dado antes.

Al día siguiente, con las primeras luces del día, se llevaría a cabo la ceremonia de los funerales.

Duncan se alejó de Alexander un momento, solo para cambiarse de ropa él mismo, y después permaneció durante toda la noche al lado de su hermano.

Cuando comenzó a rayar el alba, el cortejo que portaba a la pa-

reja, se dirigió entre llantos y sollozos al cementerio de la pequeña capilla del castillo. Habían acudido todos los miembros del clan

123

Ganadora concurso Ali Nigro

McGraeme: guerreros, sirvientes, personas de la aldea, familia...

Ninguno podía entender lo que había sucedido. No obstante, los rumores empezaron a correr como un alud por la montaña.

Nadie dejaba de sorprenderse ante la violenta muerte de la pareja.

El joven hijo del laird y *su esposa* habían caído bajo la espada de su padre. Esto último, en realidad, no les resultó tan extraño debido al ya conocido temperamento violento y despiadado del viejo, aunque sí

les llamó muchísimo la atención descubrir que el muchacho tenía una mujer, y más sorprendidos quedaron aún al comprobar que la mujer del muchacho no era otra que Evangeline, la pelirroja hija del herrero.

La misma que había pasado toda su vida rechazando pretendientes, incluido el laird Randolph McGraeme.

Pronto, las hipótesis de los celos despertados en el señor del castillo ocuparon las apuestas y especulaciones, y ciertamente, no estaban errados. Pero otras preguntas surgieron entre los aldeanos y los guardias: ¿dónde estaba el laird? ¿Por qué no había regresado

al castillo en toda la noche? Tampoco había regresado Randolph, su hijo mayor, quien había partido con un grupo de hombres después de la riña con Duncan.

Duncan tenía la certeza de que el tiempo se le agotaba. Su hermano Randolph volvería de un momento a otro con las noticias que responderían a cada una de las preguntas que aquella gente se formulaba por lo bajo y que cambiarían la vida de varias personas de manera radical, incluyendo la suya propia.

La pareja fue inhumada en una sepultura común bajo órdenes de Duncan. En la lápida de piedra se grabaron sus nombres, Alexander McGraeme y Evangeline McGraeme, las fechas de nacimiento de ambos y la de defunción.

Después de que el párroco elevara algunas plegarias y de que las personas concurrentes comenzaran a alejarse, Duncan sacó la daga que guardaba en su bota y grabó en una esquina de la piedra dos letras entrelazadas: una «E» y una «S». Quienes lo vieron hacer eso nunca preguntaron qué significaba aquello. Él tampoco les hubiese explicado.

Mientras Duncan tallaba la «S», recordó el momento en el que

Nowevolution editorial.

él había comenzado a l amar «Sawny» a su pequeño hermano.

Alexander no había tenido más de tres años cuando un día, mientras jugaban en el río, el muchachito se había quejado diciendo que su nombre era demasiado largo. «No como Duncan», había refunfuñado indignado.

A Duncan aún le parecía oír aquel a vocecita quejumbrosa y los ojos comenzaron a escocerle. Se los secó bruscamente con el dorso de la mano y siguió torturándose con sus recuerdos.

Él le había dicho aquel a vez a su hermano, que «Alexander» era un nombre importante, pero que si él quería tener un nombre más diminuto, él lo podría llamar «Sawny». Claro que no podrían decírselo al laird, ya que ese diminutivo le hubiese resultado odioso, demasiado débil como para que así se l amara a uno de sus hijos.

Según el laird, sus hijos debían ser duros como rocas, claro que, para ese salvaje, «duro» era sinónimo de «despiadado». De haberlo averiguado, los hubiese castigado a los dos sin dudar.

Al jovencito aquel apodo le había encantado y desde entonces, en secreto, Duncan lo llamaba «Sawny». A pesar del transcurso de los años, el nombre había permanecido como una parte importante de Alexander. Solo dos personas lo llamarían así en toda su vida:

una había sido él, la otra, Evangeline.

Dora se acercó a él y le tocó la espalda. Duncan se puso en pie y juntos, en silencio, emprendieron el camino de regreso al castillo.

Cruzaban el umbral de entrada al salón, cuando una tromba de caballos y jinetes les llamó la atención.

Se giraron y divisaron una nube de polvo que se levantaba en torno a las patas de los animales que eran obligados a galopar. El cabello castaño claro de quien encabezaba aquel a partida de hombres no dejaba dudas sobre su identidad. La mirada que portaba el líder revelaba odio, pero también placer y absoluta satisfacción.

—¡Alto ahí, Duncan! —gritó Randolph desde su montura, a una corta distancia de donde se encontraban Duncan y Dora—.

¿Cómo puedes explicar lo que tenemos aquí?

Sin desmontar, el hermano mayor se inclinó hacia el caballo que estaba a su lado y, de un manotazo, descorrió la manta que cubría al cadáver que transportaba el animal sobre su lomo.

125

Ganadora concurso Ali Nigro

Los curiosos que se agolpaban alrededor de la escena dejaron escapar gritos y expresiones de asombro ante lo que se revelaba ante sus ojos:

El viejo laird de McGraeme yacía boca abajo sobre la montura. Randolph completó la función al sostener la cabeza de su

padre por el cabello y levantarla para dejar expuesta una herida cortante a lo largo de la garganta.

—¡El laird ha sido asesinado! —fueron los gritos que se oyeron de inmediato a lo largo de la fortaleza y pronto el patio se llenó de espectadores.

Duncan permanecía inexpresivo e inmóvil. Su tía se acercó a su lado en señal de apoyo, sin embargo, él la alejó.

—¡Confiesa, Duncan! —gritó Randolph. De un salto se apeó del caballo y caminó hacia su hermano con grandes zancadas.

Duncan también fue a su encuentro.

—¿Qué quieres escuchar, Randolph? —inquirió Duncan, con prepotencia y con la cabeza en alto en gesto desafiante—. ¿Que yo maté al laird? ¡Sí, lo hice! —afirmó, y dirigió a su hermano una mirada glacial.

—¡No, Duncan! —gritó Dora, angustiada, sabiendo lo que vendría después de aquella confesión.

Randolph había heredado la crueldad de su padre. Lo cierto era que a él no le importaba que el laird hubiese muerto, es más, le venía al dedillo, puesto que ahora se haría con el poder. Pero la crueldad no

era su único defecto, también era ambicioso como nadie. ¿Qué mejor que también quedarse sin hermanos? Cada una de las posesiones de los McGraeme iría a parar a sus manos, además, jamás había tenido el menor cariño por ellos. Los odiaba. Dora sabía que su sobrino mayor no desaprovecharía la oportunidad de sacar a Duncan de en medio, y eso le desgarraba el corazón en jirones, al imaginar un final tan triste.

—Entonces, ya sabes cuál es la pena, hermano —dijo Randolph, con un brillo de satisfacción y pronunciando con ironía la última palabra.

—¡No puedes hacerlo, Randolph! —gritó Dora, con desesperación—. ¡Él es tu hermano! —le recordó, aunque de nada servía ese

126

Nowevolution editorial.

lazo para el mayor de los McGraeme, quien hizo oídos sordos a las palabras de su tía.

—Yo ahora soy el nuevo laird de McGraeme —gritó el hombre, de unos treinta años, para que todos lo oyeran—, y tú, Duncan, pagarás por lo que has hecho e irás a hacerle compañía a ese estúpido de tu hermanito pequeño. Ese mocoso —escupió, como acompañamiento para sus insultos—, que no puedo comprender todavía cómo hizo

para revolcarse con esa perra pelirroja... ¡Demasiada mujer para un niño! —exclamó con lascivia.

Duncan sabía que Randolph solo intentaba provocarlo, pero él no podía contenerse, no cuando insultaban a Alexander. Con un odio descomunal, desenfundó su espada.

Dora corrió hacia él.

—¡No, Duncan! Esto es lo que él quiere, no le des el gusto —le rogó.

—Y es lo que ha conseguido —expuso agriamente, pero después suavizó la voz para hablarle a ella—. Lo siento, querida madre Dora...

—La besó en la mejilla y le susurró—. Recuerda lo que te he pedido.

Duncan logró soltarse de las manos de su tía, quien se negaba a dejarlo ir. Luego caminó hacia la zona central del patio, en donde aguardaba el nuevo señor del castillo con su espada en la mano.

—¡Terminemos con esto de una vez! —le gritó Duncan a Randolph.

Randolph rió con sequedad.

—¿Tanta prisa tienes por morir, Duncan? Los dos sabemos que soy mucho mejor que tú —expuso.

—Y también eres mejor que yo parloteando —gruñó el menor

de los dos hermanos con ironía.

Los contrincantes, de estatura y complexión similares, altos y robustos, estaban enfrentados y caminaban en círculo. Cada uno portaba una poderosa claymore¹⁴ que aferraban con ambas manos. Impulsados por el deseo de matarse mutuamente, corrieron uno al encuentro del otro y chocaron las armas a la altura de sus cabezas al cruzarse. Cada uno detuvo el golpe del otro y giraron de

14 - Claidheamh mòr (en gaélico).

Espada de un metro cuarenta de largo y dos kilos y medio de peso, aproximadamente.

127

Ganadora concurso Ali Nigro

inmediato. Dirigieron un ataque al unísono hacia las costillas de su oponente, que otra vez ambos detuvieron sin ningún esfuerzo.

Se alejaron solamente dos pasos para volver a sus posturas y retomaron su enfrentamiento. Cada uno caminó hacia su izquierda

y lanzaron seis golpes rápidos y consecutivos: dos golpes altos,

primero de derecha a izquierda y luego a la inversa, tres embates al torso y uno más al cuello.

El combate continuó sin tregua.

El entrecocar del acero resonaba en la liza, y ponía los nervios de punta a los espectadores. Los hermanos McGraeme caminaban hacia delante y hacia atrás, giraban y caminaban en círculos. Eran infinitos los dibujos imaginarios que trazaban sobre el suelo, sin dejar de atacar y defender sanguinariamente.

Randolph dirigió la hoja de su espada con una estocada certera hacia la pierna de Duncan, y se la clavó profundamente en el muslo izquierdo. Antes de que él pudiera reponerse, le asestó triunfal un corte transversal en el brazo derecho.

—¡Basta, Randolph! —suplicó Dora. Retorcía sus manos con nerviosismo—. Por favor, ten piedad de tu hermano.

Dora quería interponerse entre los dos hombres, pero se veía detenida por el agarre férreo de los brazos de uno de los guardias del nuevo laird, quien no tenía intenciones de soltarla.

—Por favor, milady, usted debe calmarse —le pidió el hombre.

—¿Calmarme? ¿Steven, acaso no ves lo que está sucediendo aquí? ¡Randolph asesinará a Duncan!, ¡debemos detenerlo!

—Mi señora, aunque quisiera, no puedo hacer nada. Ninguno de nosotros puede hacer nada —expuso, y en su voz podía leerse un deje de impotencia—. Randolph ahora es el laird y es quien da las órdenes —dijo con los dientes apretados—, y yo no puedo hacer

más que acatar esas órdenes y cumplirlas.

Dora sabía que el caudillo tenía razón. Aunque les pesara, ahora

Randolph era el laird, y nadie podía desafiarlo. Sus ojos, velados de lágrimas, siguieron la escena que se desarrollaba frente a él.

Duncan perdía demasiada sangre, mientras que el mayor mantenía su cuerpo ileso; sin embargo, Duncan no se rendía. Algo debilitado y

128

Nowevolution editorial.

con la mirada un poco desenfocada, volvió al ataque, aunque sin ningún resultado a su favor. La pierna herida ya casi no lo podía mantener en pie, renqueaba y, por momentos, se le aflojaba al dar un paso, mientras que su brazo perdía fuerza a cada segundo que transcurría.

Duncan se tambaleó y Randolph aprovechó su inestabilidad para hundirle el acero en el costado izquierdo. Duncan sintió el chocar de la hoja contra sus costillas y cómo estas se rompían en pedazos. Ya no pudo soportar el dolor lacerante que le dificultaba

hasta el insignificante acto de respirar. Dejó caer la espada a modo de rendición y se mantuvo en pie, muy erguido y con el desafío intacto en sus ojos verde claro, a la espera de que Randolph acabara de una vez por todas con su agonía.

El aire comenzó a resultarle escaso. Un sudor frío corría por su espalda, mientras que un calor sofocante se elevaba hacia su cabeza. Estaba empapado, no solo de sangre y de sudor, también de lágrimas. Su llanto silencioso no era por él, no le importaba morir, lo único que lamentaba realmente era no haber podido cumplir con su juramento de custodiar las espadas al menos durante un tiempo más. ¡Lo había hecho un único día!, solamente eso.

Duncan sentía vergüenza de sí mismo. Se dijo que sería mejor morir porque, de regresar Sawny en una nueva vida, él jamás podría mirarlo otra vez a la cara. Irremediablemente, volvía a fallarle a su adorado hermano.

—¡Vamos, Randolph! —gruñó entre dientes y haciendo el máximo esfuerzo—. He matado al maldito laird y no me arrepiento de haberlo hecho. Volvería a vengar la muerte de Alexander mil veces si fuese necesario. ¿Qué esperas? Tienes la confesión. ¡Mátame de una vez! —gritó—. ¿Qué vas a esperar? ¿Que caiga? ¡Quiero morir de pie, bastardo! ¡Déjame al menos eso!

Randolph sonrió diabólicamente.

—No seré yo quien te mate, Duncan —expuso con frialdad.

Un montón de pares de ojos se posaron en el laird. Él disfrutaba con el nuevo poder que ostentaba. Randolph McGraeme era un au-

téntico témpano de hielo sin corazón ni remordimientos. *¡Si hasta era visible que disfrutaba con el sufrimiento de su hermano!*

129

Ganadora concurso Ali Nigro

Caminaba alrededor de Duncan.

—Se te ahorcará mañana al amanecer como pago por tu crimen, igual que cualquier traidor —sentenció. Se detuvo frente a su hermano y miró despectivamente de arriba abajo su enorme cuerpo tembloroso y cubierto de sangre. Sonrió con sorna, antes de añadir—: ¡Si es que sobrevives, claro!

—¡Hijo de puta! —espetó Duncan. Hervía de ira.

Randolph echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estrepitosa y cargada de burla.

—Pasarás el resto del día en la mazmorra, el lugar adecuado para un criminal —declaró y golpeó a su hermano en el costado de la cabeza con la empuñadura de su espada. Producto del feroz golpe, Duncan cayó al suelo completamente inconsciente. Randolph se acuclilló junto a él—. Espero que no me prives del placer de verte en el cadalso, hermanito —le susurró.

El nuevo laird volvió a alzarse. Con aire indiferente se acomodo-

dó el cabello claro detrás de las orejas y la ropa que había quedado algo desastrosa después de la contienda. Con frialdad, mientras

guardaba su espada dentro de la funda, dio la orden a un grupo de

guardias de trasladar al herido al calabozo. A otro grupo les ordenó preparar el cuerpo del viejo laird para el funeral y a otro par los instó a comenzar con los preparativos para la ejecución que tendría lugar

en el patio al amanecer, para que toda la aldea fuese testigo. Una

vez satisfecho con haber dispuesto cada una de las tareas, se retiró despreocupadamente hacia sus aposentos.

130

Nowevolution editorial.

16

Duncan abrió los ojos.

El lugar estaba oscuro, se sentía húmedo y frío, y olía asquerosamente. Seguía con vida, sin embargo hubiese preferido estar muerto. Sentía en el lateral izquierdo de su cabeza un dolor punzante y un latido constante, como si allí algo estuviese a punto de estallar. Además, unas terribles náuseas se habían elevado súbitamente hasta su garganta. Tenía que reprimirlas como fuera, el más mínimo movimiento le provocaba dolores en todo el cuerpo.

La herida de la pierna también le latía de dolor y la sentía entu-

mecida. Haciendo un esfuerzo descomunal movió su brazo sano y tocó el muslo. Sintió cómo la sangre se escurría entre sus dedos. Si no detenía la hemorragia, moriría desangrado.

Desafiando el dolor demoledor que sentía y los mareos, se arrastró sobre el suelo inmundo de tierra. Este estaba cubierto de porquería: restos de comida podrida y excrementos que seguramente habían dejado allí otros cautivos.

Con los dientes apretados y sin respirar muy profundamente, logró llegar hasta el muro. Cada bocanada de aire que ingresaba por su nariz le costaba un esfuerzo enorme: le ardían las costillas con cada inspiración y una vez logrado, aquel asqueroso olor le provocaba terribles arcadas que convulsionaban todo su ser.

Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la fría piedra. Hurgó en su bota, y al tocar con sus dedos la empuñadura, con una sonrisa de satisfacción festejó que los guardias no le hubiesen quitado la daga.

Desgarró su camisa y se la quitó no sin esfuerzo. Luego, con el puñal, cortó la prenda en jirones. La tela estaba mugrienta, lo más

seguro era que aquellas lesiones se le infectaran, pero si iba a ser ahorcado al amanecer, ¿qué importancia podía tener una posible

Ganadora concurso Ali Nigro

infección? Colocó unos cuantos trozos de tela abultados para tapar las heridas y con tiras largas las sujetó, improvisando un vendaje. Duncan no podía precisar el tiempo que tardó en terminar la tarea, ni cuántas veces perdió el conocimiento mientras lo hacía, pero finalmente lo había logrado. Tenía cada laceración firmemente ligada y, con un poco de suerte, sangrarían menos. Apoyó la cabeza contra el muro y volvió a cerrar los ojos (si los mantenía abiertos, la vista se le desenfocaba y todo a su alrededor comenzaba a girar).

Escuchó el sonido pesado del cerrojo y el de la puerta al abrirse.

Supuso que el amanecer ya había llegado y con él su momento de partir. Unos pasos suaves se aproximaron a él y unas manos cariñosas le recorrieron el rostro.

—¡Vamos, Duncan! —le susurró tía Dora al oído.

Era imposible que tía Dora estuviera en la mazmorra, pero la voz seguía estando allí, junto a Duncan, y ahora también lo instaba a ponerse en pie.

—Por favor, colabora, muchacho. Debes hacer un esfuerzo.

Tenemos poco tiempo —le dijo ella, mientras tiraba de él hacia arriba de su brazo sano.

—¿Tía? —preguntó incrédulo.

—Sí, Duncan, soy yo. ¡Levántate! Debes huir de aquí.

—No puedo, tía —susurró acongojado—. Y tú no deberías estar ayudándome. Te pondrás en peligro... —Quiso pedirle que se fuera, pero ya no tenía fuerzas ni para hablar.

—¡Saldrás de esta mugrienta celda aunque tenga que cargarte!

—gruñó la mujer, y Duncan, a pesar del dolor que sentía, sonrió.

—¡Ya lo quisiera ver! —clamó sarcástico y con las palabras entrecortadas—. Te doblo en altura y en tamaño, tía Dora.

—Déjate de perder energía bromeando y levántate —lo reprendió.

Pasó el brazo sano de él sobre sus hombros y lo ayudó a ponerse en pie. Las náuseas invadieron a Duncan al instante y tuvo que apartarse para vomitar. Con una mano se sostuvo de la pared para no perder el equilibrio y con la otra comprimió su torso para calmar un poco el dolor. Cuando hubo terminado se enderezó

132

Nowevolution editorial.

espacio y apoyó la frente sobre la roca fría.

—Lo siento, tía Dora, pero no voy a lograrlo.

—Lo harás —fue su única respuesta.

¿Por qué sería que ningún hombre McGraeme jamás había osado contradecir a aquel a mujercita? Duncan no lo sabía, sin embargo, hizo el mayor de los esfuerzos para hacer lo que el a le ordenaba. Buscó apoyo en el muro y Dora lo sujetó del otro lado, y así Duncan logró andar el camino hacia la salida de la mazmorra. Subieron las estrechas escaleras húmedas y escasamente iluminadas donde el aire seguía siendo tan denso como en el calabozo. Cuando llegaron al piso en donde se hallaba el salón, bordearon con sigilo una pared y se encaminaron hacia las cocinas.

—Solo puedo acompañarte hasta este lugar, mi querido muchacho —indicó ella con dolor. Hablaba en voz muy baja para que nadie pudiera oírlos—. Escúchame bien, Duncan. Tendrás que rodear el establo e internarte en el bosque. Allí encontrarás a *Dubh*, el caballo que pertenecía a Alexander. Ese animal es veloz como el demonio, así que podrás sacar una buena ventaja.

—Necesito el paquete que te he dado antes. No puedo irme sin eso.—«Eso» está envuelto en el plaid de Alexander en una de las alforjas del animal. También encontrarás tu espada en una de esas alforjas, algo de ropa limpia, agua y alimentos para uno o dos días. Está todo listo, Duncan. Ahora depende de ti —le dijo el a, acariciándole la mejil a sucia y lastimada—. Le rogaré a nuestro Señor

que te proteja y te bendiga con las fuerzas necesarias para salir del alcance de la mano de Randolph y rezaré para que te recuperes, mi

niño. ¡Ojalá pudiera hacer más! —exclamó con impotencia.

—Esto ya es más que suficiente, tía, aunque quiero pedirte un favor más, que para mí es muy importante.

—Lo que sea, Duncan.

—Vete del castillo. Esto no es seguro ni para ti ni para tu pequeño hijo, Sheumais. Regresa con los MacDonald, ellos podrán protegerte y Randolph no se atreverá a lastimarte.

—Lo haré. Ya he ordenado a mis escoltas que preparen mi parti-

133

Ganadora concurso Ali Nigro

da para dentro de un par de horas. Pero no te preocupes, tu hermano

sabe que el tocarme a mí un pelo sería declararle la guerra a mi esposo, y eso no le conviene. ¡Ahora vete, Duncan! Y por favor, cuídate —le

rogó. Lo abrazó maternalmente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias, madre Dora... te quiero —le susurró él, con los la-

bios pegados en la frente de la mujer, después salió tambaleante

hacia la oscuridad de la noche.

Duncan bordeó el establo y se internó en el bosque, tal como

Dora le había sugerido que hiciera, pero no le fue posible completar todo el trayecto a pie. Las piernas le fallaron y cayó al suelo, desplomado. Intentó incorporarse nuevamente, pero solo alcanzó a quedar sosteniéndose sobre sus rodillas y sus manos. Se arrastró sobre la hierba y el suelo pedregoso, esa fue la única forma en la que pudo completar gran parte del camino.

Ya no le quedaba más en el estómago, pero las convulsiones continuaban. Con la visión borrosa, distinguió a *Dubh* a algunos metros de él. Volvió a enfocar la vista pues veía dos caballos. En realidad todo a su alrededor giraba y se veía doble.

Ya junto a *Dubh* se arrodilló y se aferró del enorme tronco del árbol hasta con las uñas. Se puso en pie y se estiró hasta alcanzar

la cuerda que amarraba al semental negro. Desató la soga mientras pronunciaba palabras tranquilizadoras, no tanto para *Dubh*, sino más bien para él mismo, y se impulsó sobre la montura. Duncan

se inclinó sobre el lomo y el cuello del caballo para descansar allí su cabeza, y lo instó a marchar despacio, hasta adentrarse en la

espesura de frondosos árboles que era el bosque de las tierras de

los McGraeme. Cuando estuvieron a una distancia prudente, lo

espoleó, y el animal salió disparado.

Sawny había entrenado muy bien a *Dubh*. Con la más míni-

ma señal y sin ningún esfuerzo para el jinete, el animal galopaba a

velocidades asombrosas. Parecía volar por la pradera, levantando

nubes de polvo a su paso veloz. Duncan permanecía recostado hacia adelante, abrazado con ambos brazos al cuello del caballo. Lo guió hacia las montañas.

Hacia ya rato que había amanecido. Cuando había emprendido su huida, la oscura noche se cerraba todavía sobre él, pero ahora el

134

Nowevolution editorial.

sol estaba alto en el cielo. En el castillo, a esas alturas, ya se habrían percatado de su ausencia y sin duda andarían tras él como lobos

hambrientos ávidos de sangre, de su sangre.

Las horas pasaban.

Cada vez que Duncan abría los ojos veía la hierba pisoteada por

los cascos al galope. *Dubh* no se detenía, continuaba con su ritmo incansable; aun así, él sabía que debía llevarlo a beber un poco de

agua y a descansar, solo que estaba seguro de que si desmontaba, ya

no sería capaz de volver a subir al caballo y temía que así lo encontrasen los hombres de Randolph.

Jinete y animal continuaron la marcha durante un muy largo

trcho antes de que Duncan oyera el sonido del agua. *Dubh* también lo había escuchado y ahora bufaba.

—Vamos, pequeño amigo, llévanos hasta el a —le susurró.

El animal obedeció y se aproximó a un arroyo cristalino.

Al querer apearse del caballo, Duncan rodó al suelo. Necesitaba

beber un poco él también. Sentía los labios partidos, la boca seca y un gusto amargo. El curso de agua estaba tan cerca y a la vez, tan in-accesible para él, que resultaba desesperante. No podía moverse, ni

siquiera arrastrarse, las fuerzas esta vez sí que lo habían abandonado por completo. Hasta la consciencia se le escapaba sin remedio.

Se dejó adormecer por el arrullo del agua, por la suave brisa fresca que anunciaba que la tarde empezaba a caer. Sintió que su cuerpo

se estremecía con aquel contacto helado. Comenzaba a sentir frío,

mucho frío. No dejaba de temblar. Era el único movimiento capaz

de hacer, y era involuntario. Sintió a *Dubh* golpearlo con el hocico en el rostro. *Buen chico*, pensó Duncan. *Tendrás que continuar solo, al parecer, yo me quedaré en este lugar.*

Ninguna palabra había salido de sus labios, tan solo habían

permanecido en su cabeza como un pensamiento, sin poder ser

expresado en voz alta.

El caballo continuó ahí, a su lado, como un custodio.

El olor de la hierba invadió las fosas nasales de Duncan. Se con-

soló con la idea de que al menos no moriría sintiendo el hedor de

una celda, y se dejó ir...

Ganadora concurso Ali Nigro

17

—¡Despierte! Tiene que beber un poco de agua.

Una suave voz femenina se abrió paso en la cabeza aturdida de Duncan, y cada uno de los dolores que había dejado de sentir, al menos por unos breves instantes, retornó intensificado a su cuerpo.

—Por favor, debe hacer un esfuerzo —pidió ahora la voz.

¿Esfuerzo? ¡Eso para él representaba una tortura!

Alguien lo sostenía por debajo de los brazos y le empujaban en la boca un recipiente con agua. Al sentir el líquido fresco sobre sus labios, Duncan quiso beber con desesperación y apuro y lo único que logró fue ahogarse y tener un horrible ataque de tos que hizo que se doblase en dos a causa del dolor en sus costillas.

—Despacio, beba despacio —lo instó la bella voz.

Él obedeció y logró tragar un poco del líquido reconfortante.

Después, ella lo volvió a recostar sobre algo blando que, ciertamente, no parecía ser el suelo. Duncan entreabrió los ojos. En un principio solo vio oscuridad, pero esa oscuridad dio paso a una bruma gris que al poco rato se disipó. Cuando su vista se aclaró, Duncan vio frente a él, el rostro de lo que parecía ser un ángel.

Parpadeó. Creyó que después de todo tal vez sí estaba muerto, y ahora se hallaba entre los ángeles. Frunció el ceño pues él creía que al morir ya no sentiría ningún dolor e, indudablemente, el cuerpo todavía le dolía como si lo hubiesen pisoteado... De haber podido hacerlo, hubiese sonreído, al fin y al cabo, algo de eso había.

Dejó que su mirada se deleitara.

Largos cabellos negros o castaños, aunque muy oscuros, enmarcaban un rostro armonioso con facciones dulcemente cinceladas: una nariz recta y pequeña, labios deliciosos del color de las fresas y el par de ojos azules más hermoso que él había visto jamás.

136

Nowevolution editorial.

—¿Estoy muerto? —preguntó con humildad.

El ángel le sonrió y mostró una hilera de perfectos dientes blancos. Al sonreír era mucho más hermosa aún.

—He muerto y tú eres un ángel, ¿verdad?

—¡Claro que no soy un ángel! —exclamó el a, con una de sus hermosas sonrisas, que a él le caldeó un poquito el corazón—. Usted no ha muerto y no lo hará, si yo puedo evitarlo —le respondió el a con su voz melodiosa aunque enfatizando las palabras.

Si no estaba muerto, Duncan creyó que moriría en ese momento,

pero de amor. Gracias a el a se aferró a una pequeña, muy sutil, esperanza de sobrevivir y de cumplir con la promesa que había hecho a Sawny.

Echó una mirada a su alrededor. El lugar le resultó desconocido.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y quién eres tú? —preguntó, con la voz temblorosa. Tiritaba de frío. Su cuerpo no dejaba de estremecerse con cada soplo de aire que le llegaba a través de las rendijas en las paredes del precario lugar en el que estaban.

—¡Uy! ¡Cuántas preguntas! —exclamó el a, con un tono de voz que, él descubrió, lograba tranquilizarlo—. ¿Cuál desea que responda primero? —curioseó, divertida, aunque en sus ojos se atisbaba una chispa de preocupación.

Mientras aguardaba la respuesta de él, se sentó junto al jergón.

Enjuagó un trapo dentro de una vasija cargada de agua, luego lo pasó por el rostro de él, para limpiarle la mugre que tenía adherida.

Al sentir la tela fría sobre su piel, el hombre no pudo reprimir nuevamente una miríada de temblores que le recorrieron cada centímetro del cuerpo.

—Empieza por donde quieras, pero, por favor, dime lo que quiero saber —suplicó él. Los dientes le castañeteaban sin que pudiera hacer nada para detenerlo—. Siento mucho frío... —agregó

después, aunque eso era un hecho evidente.

—Lo sé. Es por la fiebre. Debe sentirse mareado también, ¿verdad? —Quiso saber. Volvió a enjuagar el trapo y se lo pasó por la frente.

—¡Santo Dios, sí! ¡Todo gira a mi alrededor!

137

Ganadora concurso Ali Nigro

—Debe quedarse tranquilo... —dijo el a, sin embargo lucía preocupada. Algo andaba mal y Duncan podía notarlo cada vez más.

—¿Qué sucede? —inquirió—. Respóndeme a eso primero, el resto puede esperar.

Ella asintió con la cabeza.

—Son las heridas lo que me preocupan. La del brazo con una pomada de hierbas mejorará, pero la de la pierna y la del costado están muy mal...

—Tendrás que cauterizarlas —dijo él, intentando sonar firme.

—Puedo intentar limpiarlas y aplicar el ungüento. Tal vez funcione también.

Él comprendía que ya era tarde para ese tipo de tratamiento.

Necesitaban algo más radical y lo necesitaba con suma urgencia.

—¡Hazlo! ¡Lo soportaré!

—Será muy doloroso...

—¡Señor! ¿Crees que no lo sé? ¡Vamos, muchacha, prefiero eso a que me tengas que cortar la pierna en un par de días!

Ella abrió los ojos de manera sobrenatural. No quería ni pensar en tener que hacer algo semejante. Cauterizar las heridas sería horrible, pero mucho peor lo sería tener que amputarle un miembro, como él acababa de hacerle comprender.

—¿Tienes algún puñal? —preguntó Duncan—. Si no tienes, hay una daga dentro de mi bota.

—Tengo un cuchillo que servirá —respondió ella. Se levantó de la sillita desvencijada que ocupaba—. Voy a buscar las cosas necesarias, eh... espéreme aquí, regresaré en un momento.

—No temas —dijo él y sonrió de lado—, no creo que vaya a ninguna parte.

Ella le devolvió el gesto y salió del cuarto. No se alejó demasiado.

Sus pasos nerviosos y el ruido de trastos se oían del otro lado de la delgada pared.

Duncan se permitió observar a su alrededor una vez más.

Estaba en una especie de choza o cabaña de piedra, con esquinas

redondeadas, bastante precaria. En el cuarto no había más que una cama, que era la que él ocupaba. Junto a la cama, del lado derecho, había una silla desvencijada y una tarima que servía de mesita de

138

Nowevolution editorial.

noche. Pegada a la pared a su izquierda había una mesa pequeña cuyo estado no era mejor que el que tenía la silla. Sobre la mesa había una vela de sebo encendida, de cuya llama se desprendía un humo negro de olor asfixiante, una jarra y una única taza. En la pared frente a la cama, hacia el lado derecho, veía en una chimenea un caldero al fuego que despedía humo y que, junto con el humo de la vela, hacía algo denso el aire. La ventanita que estaba en la pared, a su derecha, permanecía cubierta con una piel, por lo que él no podía distinguir si afuera estaba oscuro o si había claridad.

La muchacha de los ojos azules regresó al cuarto. Cargaba varias cosas entre sus brazos. Las dejó sobre la mesa y después le echó una mirada a él de reojo. A Duncan le pareció que ella inspiraba profundamente antes de volver su atención a los artículos que había traído.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él. La joven lo miró con extrañeza—. Si me tocara morir, al menos, me gustaría partir conociendo tu nombre —indicó.

—Megan —respondió ella en un susurro.

—Megan —repitió él, saboreando cada letra—. Duncan —agregó después él, indicando su nombre, sin que el a se lo preguntara.

La muchacha lo volvió a mirar, esta vez con una ceja en alto.

—Si muero, ya sabes qué nombre poner en la lápida —explicó, y se hubiese encogido de hombros si el cuerpo no le doliera terriblemente.

—¡No morirá! —clamó el a, y con sorpresa percibió que esa afirmación le daba el valor necesario para iniciar su tarea.

Con una firmeza que Megan jamás había creído tener, tomó el puñal, cubrió la empuñadura con un trapo y lo acercó al fuego. Lo

dejó allí para que la hoja se calentase lo suficiente, mientras tanto, se acercó al lecho y sacó del bolsillo de su delantal una tira de cuero.

—Muerda esto —le dijo, mientras le acercaba la tira a la boca.

—Llámame Duncan — le pidió él, antes de que el a concluyera su tarea.

Megan asintió.

— Duncan —comenzó a decir dulcemente pero con firmeza—, no tengo a nadie aquí para que me ayude a sostenerte... ¿Quieres que ate tus manos?

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡No! —gruñó, con el cuero en la boca—. ¡No molestaré!

—Está bien —asintió. Confiaba en su palabra.

Megan apartó la ropa de las heridas y las limpió con un paño húmedo, una vez hecho eso, regresó junto a la hoguera en busca del puñal, el cual ya tenía la hoja al rojo vivo.

Duncan intentaba mantenerse tranquilo. No quería pensar.

Prefería mantener su mente en blanco, alejada de aquello que estaba por venir. Imaginaba que dolería como mil demonios, por eso espantaba esas ideas. No podía comportarse como un cobarde, ni llorar como una muchachita. Más le valía apretar los dientes, aferrarse a las sábanas y esperar a que sucediera.

Megan regresó junto a Duncan. Él la miró a los ojos para alentarla, entonces ella acercó la daga a su costado.

Un olor repugnante les llenó las fosas nasales cuando la carne y la piel de Duncan ardieron al contacto con la hoja candente. A él lo atenazó un dolor punzante y agónico, mayor al sufrimiento que había provocado la espada de Randolph al enterrarse en su cuerpo.

Como acto reflejo involuntario tensó y elevó unos pocos centímetros el torso, y gritó. El grito de Duncan pareció el rugido de una bestia al salir amortiguado, pues él mordía el cuero con fuer-

za; tanto que incluso creyó que se le partirían los dientes. Después volvió a derrumbarse sobre la cama. Sus manos se aferraban con

desesperación a las sábanas. Él sabía que no debía abrirlas, de lo contrario, las llevaría hacia su herida.

Megan puso la hoja del puñal al fuego un poco más.

Duncan había cerrado sus ojos. Ni siquiera sabía que tenía el rostro cubierto de lágrimas hasta que sintió las manos de Megan secar-

le las mejillas. Ella también le retiró con ternura el cabello sucio y empapado de sudor que le caía sobre la cara en tensión.

—Shhh —lo tranquilizó—. Pronto todo habrá terminado...

Tranquilo, Duncan. —Ella lo acariciaba y consolaba como si él fuese un niño pequeño—. Te prometo que haré que el dolor pase.

Duncan sentía sus entrañas arder. Era como si se las estuviesen

estrujando y, con ese dolor abrasador, llegó la falta de aire, pero se dejó guiar por la dulce voz de Megan. Ella le prometía que pronto

140

Nowevolution editorial.

pasaría. Le decía que solo debía soportar un poco más y su agonía

acabaría. Sus palabras le sabían como un tenue susurro que lo llenaba

de paz. Era como estar junto al arroyo y oír avanzar el agua entre las rocas... Un acompasado arrullo, una brisa agitando la hierba, el

silbido del viento al pasar entre los árboles.

Cuando el cuchillo volvió a apoyarse, ahora en la herida de la pierna, y el tormento regresó a él, pero intensificado, su cuerpo débil y maltratado no lo resistió. Su grito desesperado se vio interrumpido por una pérdida total de la consciencia y Duncan se derrumbó sobre la cama.

Megan supo que eso era lo mejor. Ningún ser humano podía soportar lo que estaba sufriendo Duncan. Sería demasiado para cualquiera.

Megan le quitó a Duncan la banda de cuero que aún tenía entre los dientes y le aflojó los nudillos. Observó que sus manos eran enormes, todo él era un pedazo de hombre. Esbozó una mueca pues esa terrible mole de, por lo menos, metro noventa y ocho de altura y hermoso torso musculoso, ¡estaba asquerosamente sucio!

Debería limpiarlo o toda aquel a mugre contribuiría a que las heridas se infectaran. Sacó un poco del agua que tenía al fuego y la echó en otro recipiente con agua fresca. Probó con su mano que la temperatura fuese agradable, buscó en su bolsa y sacó una barra de jabón de lejía. El perfume no era muy bueno, era bastante horrible en realidad, pero eso sería preferible al olor que ese hombre despedía ahora.

Con trapos secos y otros que ya tenía en remojo dentro del recipiente, se aproximó a Duncan. Ahora venía la tarea más difícil,

que era desvestirlo.

Megan se armó de valor. Con dedos torpes desabrochó el cinturón con el que estaba amarrado el plaid y desenrolló la tela mugrienta.

Sintió su rostro arder de inmediato. Duncan era enorme por donde

lo mirase. Lo más prudente era cubrirlo un poco. Le echó al hombre

un trozo de lino sobre sus partes íntimas, no sin antes claro, volver a echarle una miradita. Agradeció que él aún no hubiese despertado,

porque él a podía jurar que sus mejillas estarían rojas como el fruto del serbal.

141

Ganadora concurso Ali Nigro

Intentando no volver a pensar en la espléndida desnudez de su

paciente, Megan le quitó las botas y las medias y dejó todo en un

rincón. Cuando terminara con él, debería lavarle la ropa. Así como

estaba ese plaid era inconcebible volver a usarlo y él, desnudo, no

podría andar por allí, no si él quería seguir con su salud mental en buenas condiciones.

Megan enjabonó una de las telas y limpió, lo mejor que pudo,

cada pulgada del magnífico cuerpo en donde cada músculo se reve-

laba trabajado y duro como una roca. Una vez que la suciedad des-

apareció, pudo apreciar que la piel que cubría a Duncan era de un

bello color dorado, que al recibir los reflejos del fuego de la hoguera lo hacía parecer una escultura de bronce bruñido.

Tardó un buen rato en dejarlo impecable desde los pies hasta el cuello. Decidió que en cuanto él despertara le lavaría el cabello.

Buscó unas sábanas limpias y se dedicó a cambiarlas. Con esfuerzo lo colocó a él de lado y quitó los extremos de la sábana sucia que quedaban libres, con rapidez extendió en ese lado la sábana limpia.

Caminó hacia el otro lado del lecho y desde allí volvió a empujar el cuerpo dormido de Duncan para que se girara hacia el lado opuesto, sobre el lino limpio. Cuando lo logró, repitió la tarea anterior, y respiró de alivio al terminar.

Megan, inclinada sobre Duncan, lo movía para ponerlo nueva-

mente de espaldas. Por alguna razón inexplicable alzó el rostro hacia el rostro de él y se encontró con que sus hermosísimos ojos verde

claro, con una mínima chispa de diversión, la miraban con fijeza.

—¿Vas a seguir zarandeándome de aquí para allá mucho tiempo más? —le preguntó él, con una sonrisa.

Ella lo observó con desconfianza.

—¿Cómo sabes que llevo moviéndote mucho rato? —le preguntó. Como toda respuesta, una sonrisa pícaro se dibujó en el rostro de él. Megan giró la cabeza—. ¿Cuánto llevas despierto, Duncan?

—Eh... digamos que un buen rato.

—¿Cuánto es un rato para ti? —quiso saber. Sintió que sus mejillas se encendían.

—¿Te enojarás si te digo que desde que me quitaste la segunda bota?

142

Nowevolution editorial.

—¡Santo Dios! —clamó con horror y ocultó su rostro avergonzado entre sus manos—. ¿Cómo has podido dejar que te lavara y no decirme que ya estabas despierto? ¡Eres un ser despreciable!

—¡Oh, vamos! Me pareció que preferirías llevar a cabo esa tarea mientras yo estaba inconsciente —le dijo él, a modo de excusa.

Duncan no pudo evitar sonreír de placer al recordar las manos de él recorriendo. ¡Para lavarlo, claro!, pero al fin y al cabo, esas dulces manos habían estado sobre cada pulgada de su cuerpo.

—¡Deja de sonreír como un idiota! —atajó el a.

—¡Te juro que lo haría, si pudiera, pero no puedo evitarlo!

Ya la risa de Duncan se había convertido en carcajada.

Ella lo fulminó con la mirada y notó que a él se le había deslizado el trapo con el que el a lo había cubierto. Rápidamente quitó la mirada de aquellas partes, que ahora parecían más despiertas que antes.

—¡Cúbrete! —le exigió, intentando sonar firme. Se moría de vergüenza—. Todavía no he terminado contigo —dijo al recordar que aún debía curar las heridas, colocar un vendaje limpio y lavarle el cabello.

—Estoy enteramente a tu disposición, mi ángel —le respondió él con picardía. Se retorció de la risa, pero también del dolor que el simple hecho de reír le provocaba.

—¡No te muevas así! —lo reprendió Megan—. He colocado un trapo bajo tu cabeza para que no ensucies las cubiertas limpias de la cama.

—De acuerdo, me quedaré quieto —prometió él. Procuró serenarse, mientras observaba cómo el a se deslizaba con la gracia de un hada por el cuarto.

Megan se sentó en el borde de la cama, junto a él, y con dedos un poco temblorosos comenzó a aplicarle una espesa pomada amaril a sobre las lesiones.

—Este ungüento hará que la inflamación desaparezca —le explicó.

Él no respondió. Ya recuperado del momento divertido, Duncan solamente quería mirarla. Ella era hermosa. Sus facciones armoniosas 143

Ganadora concurso Ali Nigro

eran completadas a la perfección por un cuerpo glorioso: alto, esbelto y de curvas generosas, el cual llevaba enfundado en un bonito vestido azul oscuro.

Ella ahora estaba muy cerca de él. Le ponía un vendaje alrededor

del torso, y su rostro se encontraba tan solo a pocos centímetros del suyo. Una sensación extraña, como de opresión en el pecho, pero

que nada tenía que ver con su estado de salud precaria, lo invadió

de repente. Si tan solo hubiese estado una pizca más fuerte, Dun-

can le hubiese tomado el rostro con sus manos y la hubiese besado

profundamente. Sin embargo, con su condición inestable, lo más

probable era que se desmayara como un idiota solo al posar sus

labios sobre aquella boca de tentadores labios carnosos.

Duncan se preguntó si lo que él estaba sintiendo por Megan se-

ría lo mismo que había percibido Sawny al conocer a Evangeline.

Su hermano le había dicho que cuando dos almas que habían

sido destinadas para estar juntas se encontraban, sabían reconocer-

se. Duncan había retozado con varias mujeres, pero nunca había

profesado por ninguna de ellas las sensaciones que le despertaba

esta muchacha de ojos azules.

—Duncan, voy a lavarte el cabello —le anunció Megan, y con

esas palabras lo apartó con brusquedad de sus meditaciones—.

Será necesario que te acuestes atravesado en la cama, con la cabeza colgando hacia afuera. ¿Crees que podrás?

—Lo intentaré.

Con la ayuda de Megan, Duncan logró hacer lo que el a le pedía, y lo que siguió fue una experiencia increíble para él.

Duncan supo, en seguida, que si el paraíso se asemejaba solamente un poco a lo que experimentaba en ese instante, realmente no le molestaría morir. Cerró los ojos y dejó que los dedos de el a vagaran entre la espuma, masajeándole el cuero cabelludo y los largos cabellos oscuros que había dejado crecer y que ya le llegaban hasta mitad de la espalda.

Al cabo de un rato, Duncan se obligó a volver a la realidad y recordó lo que había sucedido en los últimos días. No tenía idea de cuántos días habían transcurrido desde la muerte de Sawny.

144

Nowevolution editorial.

—¿Megan, me dirás ahora dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí?

—Te encontré inconsciente junto al arroyo. También había allí contigo un hermoso caballo negro —le informó.

— *Dubh* —reconoció él—. ¿También lo has traído?

—Sí, por supuesto. Lo cierto es que te he traído hasta aquí gracias al animal, de otra manera, no podría haberte cargado. —Ella prosiguió con el relato mientras le lavaba a él el cabello—. Estabas muy mal. Tu cuerpo ardía y balbuceabas, pero logré que montaras sobre tu caballo, justo detrás de mí, y él nos ha traído hasta esta cabaña.

—¿Tú vives aquí? —inquirió curioso. Duncan había notado que el a vestía ropa bonita, de buena confección y de calidad. Esa ropa y su manera educada de hablar, no concordaban con aquel a vivienda humilde.

—Eh... —dudó el a—, digamos que ahora estoy de paso por aquí.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó, girando el rostro para poder mirarla. Al notar que ella no respondía, él continuó—: Puedes confiar en mí, Megan.

—Es que yo..., bueno, eh.

—¡Uy, a este paso no sé si llegaré a vivir lo suficiente como para oírte relatar la historia completa! —bromeó él, volteando aún más el rostro hacia el a y regalándole una sonrisa de dientes parejos.

—¡Quédate quieto! —lo reprendió, y le enderezó la cabeza con

sus manos, aunque el hechizo ya había sido completado y el a no había podido evitar sentirse afectada por esa sonrisa dulce que él le había regalado—. Bueno, creo que puedo decírtelo —dijo finalmente. Sentía que podía confiar en él—. Verás... me he escapado. —¿Has escapado? —preguntó, alarmado y volvió a voltear la cabeza—. Megan, ¿quieres decir que en este momento hay gente buscándote?

—¡Quédate quieto! —volvió a reprenderlo—. Y sí, me he escapado y ahora mismo debe haber, por lo menos, dos clanes buscándome.

—¡Oh, bueno, esto es peor de lo que pensaba! —exclamó

145

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan, asombrado. Megan no había vuelto a hablar, entonces añadió—: Bueno, mujer, ¿no irás a quedarte en silencio ahora, no es cierto? ¡Ya has empezado, ahora termina el cuento!

—Solamente si tú me cuentas cómo es que terminaste así —exigió el a, y abarcó en un vistazo las heridas de Duncan.

—Bien, bien, tenemos un acuerdo —dijo él—, pero primero tú.

Megan asintió con la cabeza, aunque él no podía verla.

—Mi padre acordó hace poco mi matrimonio con un viejo asqueroso —le contó ella—. El viejo laird vendría a buscarme en estos días, tal vez ahora mismo esté junto a mi padre. Yo no quería saber nada de ese matrimonio, entonces hice lo mejor que podía...

—Y eso fue huir —completó él—. ¿Tengo que entender que tu padre es alguien importante?

—El laird MacKinnon —dijo el a, y Duncan soltó un silbido agudo.

—Mucho gusto en conocerte, Megan MacKinnon —saludó él. Sonrió, y el a respondió a esa sonrisa.

—Mi padre creyó que sería una buena idea aceptar la proposición de matrimonio del laird McGraeme, así también se reforzarían las alianzas entre los dos clanes —siguió diciendo el a, pero Duncan ya no oía. Sus pensamientos se agolpaban en su cabeza analizando lo que Megan había dicho.

—¿Tu padre quería que te desposaras con el viejo laird de McGraeme? —preguntó, para confirmar que no había oído mal.

—¡Sí! ¡Eso es lo que te he dicho! Pero jamás accederé a casarme con ese viejo despreciable —dijo con firmeza.

—Tampoco podrías —masculló él—. Me temo que he matado

a tu prometido.

—¿Tú, qué? —gritó Megan, después se detuvo a pensar durante un momento. Frunció el ceño—. ¿Tengo que darte las gracias, entonces?

—No es necesario —le respondió él, y acarició una de las manos que el a todavía tenía enredadas entre sus cabellos.

—Pero ¿por qué lo has asesinado? —preguntó curiosa.

—Él asesinó a mi hermano Alexander. Mi hermano solo tenía

146

Nowevolution editorial.

diecisiete años —dijo y un velo de tristeza le cruzó los ojos y le comprimió la garganta al recordar—. Yo lo he vengado cortándole la garganta al asesino —confesó fríamente y con odio.

—Yo sabía que él era un hombre cruel... —reflexionó el a—.

Y es evidente que se ha defendido bastante antes de morir, ¿no es cierto? —agregó. Hacía referencia a las heridas de Duncan.

—No ha sido él. Quien me ha hecho esto —señaló sus múltiples lesiones con un ademán de su mano—, ha sido mi hermano mayor, el nuevo laird de McGraeme.

—¿Tu, qué? ¿Tu hermano? —preguntó el a, alterada—. ¿Dun-

can, tú eres un McGraeme? ¡Santo Dios!

—¡Un McGraeme fugitivo! —corrigió con dolor—. Mi propio hermano me busca y, si me encuentra, no tardará en completar su cometido... Se supone que para estas horas yo ya debería haber sido ahorcado por haber matado al laird.

—Pero tú solamente buscabas vengar la muerte de tu hermano.

¡No es justo que te culpen por ello! —expuso indignada.

—Randolph es tan despiadado como lo fue el viejo laird. Ahora únicamente busca sacarme del camino y esta situación le proporciona una excusa —explicó él.

—¡Maldito desgraciado! —masculló. Megan estaba indignadísima y no se daba cuenta de que le masajeaba el cabello a Duncan con demasiada fuerza, dándole fuertes tirones.

—¡Megan, me arrancarás el pelo! —exclamó, ya sin poder soportarlo—. Además, en el lado izquierdo también me han golpeado con algo y me duele.

—Lo siento —se disculpó y su voz sonó avergonzada—, es que... me temo que tu cabello está hecho un lío y no puedo desenredarlo ni sacarle toda la porquería que tiene adherida.

Duncan llevó su mano hacia el golpe en su cabeza, justo en el

instante en el que Megan también lo hacía. Duncan tocó la mano de ella y sus delicados dedos. Un extraño estremecimiento los atravesó a ambos y les hizo latir con fuerza el corazón.

—Córtalo, Megan —le dio permiso él, refiriéndose a su cabello.

—¿Estás seguro? Tal vez, si intento desenredarlo un poco más...

—No, Megan, podríamos envejecer aquí y mi cabello seguiría

147

Ganadora concurso Ali Nigro

siendo un completo asco —bromeó Duncan—. ¡Córtalo de una buena vez, y terminemos con este asunto!

Megan retiró su mano del agarre de él y buscó el puñal de Duncan que ella había quitado momentos antes de una de sus botas. Era un arma bien afilada, así que serviría para tal propósito. También aprovechó para llevar una jarra con agua tibia con la que aclararle el cabello una vez que estuviese corto y limpio.

Mientras hacía esas tareas, procuró dejar que el momento pasara, pero lo cierto era que, internamente, sentía todos sus nervios alterados. Megan sabía que lo que había sentido por Duncan, desde el instante mismo en el que lo encontró casi muerto junto al arroyo, era especial, y lo había confirmado con la extraña sensación que percibió cuando él le acarició la mano.

Megan cortaba con cuidado los mechones de cabello y las hebras iban cayendo dentro de la vasija con agua sucia que ella había dejado en el suelo, justo bajo la cabeza del hombre. Recordó el momento exacto en el que había visto a Duncan. Él se desangraba. Estaba más muerto que vivo, estaba cubierto de mugre y olía asquerosamente y aun así, se había encontrado atraída por él como nunca lo había estado por nadie más en sus veinte años.

Él había luchado por una bocanada de aire y ella había deseado ser ese aire que él buscaba ferozmente. En su corazón se había arraigado una necesidad desesperada de ayudarlo y de salvarle la vida.

No podía permitirse que él fuera a morir. Megan no podía definir sus sentimientos, simplemente sabía que necesitaba ver a Duncan respirando y recuperado... y con ella.

Sacudió la cabeza para ahuyentar las ideas, y enjabonó una vez más los ahora muy cortos cabellos de Duncan. La tarea le resultó mucho más sencilla que antes y pronto los cabellos quedaron impecables. Tomó un trozo de lino y los secó.

Ninguno pronunció palabra, sin embargo, el interior de cada uno de ellos bullía con una abrumadora cantidad de sensaciones. Y los dos buscaban las explicaciones de lo que sentían en su cabeza, sin comprender que, en realidad, las respuestas solo podían ser ha-

ladas en su corazón.

148

Nowevolution editorial.

18

Megan sacó una bolsita de cuero que llevaba en su delantal y disolvió un poco del contenido en una taza con agua. No sin esfuerzo,

Duncan volvió a acomodar la cabeza sobre las almohadas.

—¡Qué maravilloso es volver a estar limpio! —exclamó él con sinceridad.

—¡Te puedo asegurar que ahora el aire se tornó más respirable!

—le dijo el a en tono divertido—. Bebe esto, Duncan —lo instó, y le acercó la taza a los labios.

—¿Qué es? —Quiso saber. Frunció la nariz al llegarle el vaho de la bebida—. No huele mal, pero no sé, parece un poco fuerte.

—¡Esto es una raíz y es lo que antes te ha bajado la fiebre! ¡No seas niño y tómatelo todo sin lloriquear! ¡Un poco fuerte! —repitió, y negó con la cabeza.

—Megan MacKinnon, ¿quieres decir que ya me has hecho tragarse esto antes? —preguntó con una ceja en alto.

Megan asintió con la cabeza e inclinó el recipiente para que él

bebiera.

—Y en varias ocasiones —confirmó con un deje de diversión en la voz.

—¡Parece veneno! —protestó Duncan, aunque solo para molestarla. Luego se terminó hasta la última gota.

—Deberías intentar dormir un poco. Al menos con el veneno —le dijo el a con ironía— que te he hecho beber, dormirás tranquilo.

Duncan asintió.

—Creo que lo intentaré. —Él había cerrado los ojos, pero volvió a abrirlos—. Megan, estaba pensando... *Dubh*, mi caballo, ¿lo has ocultado bien? Es que si Randolph o alguno de sus hombres lo viera, lo reconocería enseguida.

149

Ganadora concurso Ali Nigro

—No te preocupes, nadie lo encontrará, tampoco a nosotros. Estoy segura de que aquí estamos a salvo, al menos durante un tiempo.

—Bien... *Dubh* tenía algunas cosas en las alforjas...

—Le he quitado los sacos al animal —interrumpió el a antes de que él terminara de hablar—, y los he traído a la cabaña.

—¿No sabes si dentro había un paquete envuelto en un plaid?

—No he revisado nada. ¿Quieres que te las alcance? Así tú mismo podrás comprobar si está lo que buscas.

—Por favor —le rogó él.

Ella salió del cuarto y al instante regresó con uno de los bolsos; volvió a retirarse y poco después entró acarreado uno que parecía más pesado que el otro. Luego se acercó a Duncan y se los dejó en la cama, al alcance del brazo sano. Duncan abrió la primera alforja, inspeccionó con rapidez el contenido, y se la devolvió a él a al no encontrar allí lo que buscaba con tanto interés.

—Aquí hay comida y ropa limpia —le dijo—. Si tienes hambre, no dudes en comer lo que quieras.

—Tal vez más tarde —respondió él a. Dejó la alforja sobre la mesa—, ahora únicamente tomaré algo caliente. Está empezando a hacer mucho frío aquí dentro.

Al caer la noche, la temperatura había descendido despiadadamente y el aire de la cabaña había empezado a sentirse gélido.

Megan echó un par de leños más al fuego y lo removió con una rama larga hasta avivarlo. Después buscó dentro del bolso en el que Duncan le había dicho que había ropa, sacó un tartán limpio y lo extendió sobre el lecho.

—¿Quién te ayudó a escapar? —le preguntó él a, sabiendo que

en el estado en el que Duncan había aparecido era imposible que él solo hubiese podido guardar todo lo que había en aquel a alforja.

—Mi tía Dora... Ella se arriesgó por mí. —Cerró los ojos. Temía por la mujer que lo había criado desde los ocho años—. Ruego a Dios para que esté a salvo... el a y el pequeño Sheumais —susurró sus pensamientos en voz alta. Inhaló profundamente, luego esbozó una media sonrisa—. Debo mi vida a dos mujeres... —meditó con los ojos ahora fijos en el crepitar de las llamas—. Le debo mi vida a Dora por ayudarme a escapar y a ti por encontrarme y salvarme.

150

Nowevolution editorial.

—No me debes nada, Duncan —replicó el a.

—¡Te debo el estar vivo, Megan!, ¿acaso te parece poco? —Sus ojos de color verde claro ahora estaban fundidos en la profundidad de los ojos azules de el a—. Estoy en deuda con las dos y, gracias a vosotras, yo podré cumplir con una promesa que he hecho...

Megan iba a replicar, pero entonces advirtió que él acariciaba uno de los paquetes. Su mirada absorta ahora estaba posada en el fardo, y estaba velada de tristeza.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—Sí —fue su única respuesta. Sus dedos palpaban las formas de

las fundas de las espadas debajo del plaid de Sawny. Cerró la alforja de cuero, y la empujó hacia Megan sobre el jergón—. Por favor, Megan, deja esto en un lugar seguro —le pidió.

—Lo dejaré aquí, junto a la cama —respondió el a, y depositó el bulto justo al lado del lecho, cerca del alcance de la mano de Duncan.

—Gracias.

Antes de que el a se alejara, Duncan atrapó una de sus manos delicadas. La retuvo en su mano y la recorrió con el pulgar.

Megan miró el contraste de sus manos: la de el a blanca y pequeña,

la de él enorme y curtida por el sol y el trabajo. Cambió el enfoque de su mirada y lo miró a él a los ojos. Cada vez que lo miraba así, sentía que el suelo se movía a sus pies y que el corazón parecía a punto de estallarle dentro del pecho.

—Ahora que el laird McGraeme está muerto, tal vez deberías pensar en regresar a tu hogar —sugirió él, aunque en su interior deseaba que el a no se alejara nunca de su lado.

—No me iré, Duncan. No voy a dejarte solo. —Las palabras surgieron de su garganta sin que se detuviera a pensarlas. No tenía ninguna obligación de cuidarlo, sin embargo, estaba decidida a no abandonarlo a su suerte.

Duncan respiró de alivio. Megan se soltó de su agarre y se alejó hacia la mesa. Él se recostó y cerró los ojos con intenciones de

dormir. La oyó durante unos instantes moverse por la habitación, después, el cansancio lo venció y se quedó dormido.



151

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan despertó durante la madrugada. La habitación estaba en penumbras y gélida. En la chimenea ardían los restos de lo que había sido un buen fuego. Fue gracias a esas penosas ascuas que divisó la figura de Megan acurrucada en el suelo junto a la chimenea. Ella tiritaba, seguramente a causa del frío.

Duncan se incorporó sobre el brazo sano.

—Megan —la llamó—. Megan... —volvió a repetir. Como no contestaba, haciendo un esfuerzo descomunal, se levantó del lecho. Buscó apoyo en la pared para no perder el equilibrio, y se acercó a ella—. Megan —repitió él cuando estuvo junto a la mujer.

Megan despertó.

—¿Duncan? —susurró. Se sentía confundida—. ¿Duncan?

—¿Qué haces durmiendo en el suelo? —inquirió él—. ¡Levántate! Te helarás allí —exigió con autoridad, aunque su tono tenía implícito un matiz de preocupación.

—Pero, Duncan... ¿Dónde más podría dormir? —refutó el a, y se puso de pie.

—Puedes dormir en la cama —le respondió él.

—¡No! Tú estás herido, no puedes acostarte en el suelo —rebatía con decisión—. ¡No podría permitirlo, Duncan!

—Yo en ningún momento he dicho que saldría de la cama, Megan —respondió, con una sonrisa pícaro.

—¿Estás sugiriendo que durmamos los dos en ese lecho? —preguntó con estupor, y se sonrojó hasta las orejas—. ¡Claro que no, Duncan!

—¡Oh, vamos, Megan! Puedo asegurarte que solo dormiremos.

¡No voy a tomarte a la fuerza, mujer! Conmigo tu virtud está a salvo —masculló. Se sentía mareado por haber permanecido tanto tiempo en pie—. ¿Crees que estoy en condiciones de hacer algo más que no sea dormir?

—Eh... no lo sé —dudó el a.

—Por favor, deja de dudar. ¿No ves que estoy a punto de desmayarme al estar aquí de pie discutiendo contigo? —indicó él.

—¿Por qué te has levantado? —lo reprendió. Se aproximó a él para ayudarlo a volver a la cama y lo miró mejor. Megan soltó un

grito ahogado—. ¡Duncan, estás desnudo!

152

Nowevolution editorial.

—Bueno, no tenía nada a mano para ponerme —se disculpó él.

Nerviosa, se apartó de él. Buscó dentro de la alforja y sacó una camisa limpia.

Le tendió la prenda sin mirarlo.

—Ponte esto —le pidió.

—Es que... no creo que pueda vestirme solo. —Él lo decía con sinceridad. En su tono de voz no había rastros de burla.

Con resignación, Megan tomó una vez más la camisa.

—De acuerdo, Duncan, te ayudaré —dijo y sin echar la vista hacia abajo pasó la prenda sobre la cabeza de él.

Por no atender a la mitad inferior del cuerpo de Duncan, el a se centró en su cara y ese fue el peor de los errores. Estaban a solo unos centímetros y así podía percibir la respiración acelerada de él.

Lo miró a los ojos y esos enormes ojos verdes la devastaron. Una sensación extraña se agitó en su estómago y el corazón le bombeó con fuerza. Ella creyó que le estallaría de un momento a otro.

Al pasar la prenda por la cabeza, unos mechones de cabello que habían quedado desiguales, le cayeron a Duncan sobre la frente.

Megan no pudo detener el impulso de extender su mano y acomodarlos. Duncan contuvo la respiración y el corazón se le saltó en un latido. Él atrapó los dedos de ella entre los suyos, sin dejar de mirar en las profundidades de sus ojos azules y Megan creyó que él la besaría. Por eso tal vez se desilusionó un poco cuando él solo se llevó sus nudillos a los labios.

—Vamos a dormir, Megan —susurró con voz ronca.

Ella asintió, y se dejó guiar por el paso lento de él.

El catre era demasiado estrecho para dos personas. Duncan se recostó sobre su espalda, pues las dolorosas heridas no le permitían otra posición y Megan, de lado.

Duncan cerró los ojos, pero no dormía; percibía el nerviosismo de ella y el suave temblor de su cuerpo. Se obligó a apartar de su mente la imagen de sus curvas femeninas, pero falló estrepitosamente. Era consciente del suave aliento de Megan acariciándole el cuello en cada respiración, de su olor, y de que su propio cuerpo estaba reaccionando. Las manos le hormigueaban por el deseo de

153

Ganadora concurso Ali Nigro

tocarla, podía jurar que su cuerpo ardía y no de fiebre. Apretó los

ojos. Deseaba dormirse, sin embargo, continuaba tortuosamente despierto.

Megan no conseguía calmarse. Compartía el lecho con el único hombre capaz de despertar sensaciones, hasta ahora, desconocidas para el a. Tenía la certeza de que iría a parar al infierno por todos los pensamientos impuros que se le cruzaban por la cabeza en ese momento, pero no podía evitarlo.

Abrió los ojos, despacio, y estudió el perfil de Duncan... Él era magnífico. El reflejo del fuego en su piel le otorgaba un color similar al bronce y sus rasgos fuertes parecían esculpidos por la mano de un artista: la nariz perfectamente recta, los pómulos altos y los labios generosos, la barbil a masculina y el cabello oscuro que, muy corto, dejaba en primer plano sus facciones. El calor que emanaba de él

la atraía, la atrapaba como una telaraña. Deseaba tocarlo y que él la acariciara a el a... Nunca había sentido nada igual. Nunca.

—Bésame —le susurró él, con voz ronca.

El corazón de Megan pareció acelerarse a por lo menos mil latidos por minuto ante la absurda idea de que él fuera capaz de leer sus pensamientos. No le respondió, e intentó quedarse muy quieta, ni siquiera cerró los ojos por miedo a que él notara ese sutil movimiento de sus párpados.

—Sé que estás despierta. Yo tampoco puedo dormir —le dijo

Duncan. Giró el rostro, abrió los ojos y los posó en el a.

—Duncan yo... —comenzó el a, pero no sabía qué más decir.

—Bésame, Megan —le pidió otra vez—. Enloqueceré si no pruebo tus labios y sé que lo deseas tanto como yo.

Ella notó que el tono de Duncan no era arrogante, y lo que él le había dicho era cierto. ¡Cuánto deseaba el a también probar los labios de él!

—Ven aquí, Megan, acércate —le pidió Duncan.

Ella le obedeció. Se incorporó un poco sobre el codo, pero no hizo ningún otro movimiento.

—Yo no sé besar, Duncan —confesó, avergonzada.

A Duncan esa revelación le resultó adorable. Extendió el brazo

154

Nowevolution editorial.

sano hacia Megan y enredó los dedos en su cabello. No quería dejar de mirarla. Anhelaba ver sus reacciones. Atrapó su nuca y la atrajo hacia él. Ella no se resistió.

—Megan —le susurró él, antes de capturar su boca con dulzura.

Recorrió sus labios por fuera. Los sintió carnosos y tibios. La instó a abrir la boca, y le recorrió los labios por dentro con la lengua.

Esa sutil caricia, produjo a ambos un estremecimiento inmediato.

El que se prodigaron fue un beso sensual, pausado y cargado de ternura.

Duncan llevó su boca a la oreja de el a, trazando un tibio sendero y acariciándole la mejil a a su paso.

—Te deseo con cada fibra de mi cuerpo —le susurró con la voz cargada de pasión—, pero me temo que por hoy, no seré capaz de hacer otra cosa que no sea besarte.

Megan no tuvo tiempo de responder a esa declaración, porque Duncan volvió a besarla. Después hizo que el a se acostara más cerca de él y la rodeó con su brazo izquierdo.

—No te alejes de mí, Megan —le rogó—. Déjame sentirte toda la noche a mi lado.

—¿Estás seguro de que así no te apretaré las heridas? —preguntó el a con preocupación mientras apoyaba su cabeza en el hueco del hombro de él. Temía lastimarlo.

—En este preciso instante, no estoy seguro de nada, Megan, pero si de algo estoy convencido, es de que por nada del mundo quiero dejar de sentirte junto a mí.

Una emoción desconocida se instaló en el pecho de Megan. Era una mezcla rara: deseos de llorar y también una felicidad absoluta.

Podía jurar que estaba enamorada de ese hombre. Apoyó su mano sobre el corazón de Duncan y percibió sus latidos acompasados. Al rato se quedó dormida.

Duncan besó la frente de la mujer que dormía entre sus brazos.

Se preguntaba si acaso lo que sentía por el a era amor. Pensó que Sawny le hubiese dicho que sí, que Megan era su alma gemela, su otra mitad y que había podido reconocerla.

Sí, tal vez lo fuera.

155

Ganadora concurso Ali Nigro

19

Algunos tenues rayos de sol se filtraban en la rústica habitación por los costados de la piel que cubría la ventana. Megan abrió los

ojos y se permitió un momento para observar a Duncan. Tocó su

frente y sintió la piel algo tibia; tendría que volver a darle de beber el preparado con la raíz y curar sus heridas, pues debía evitar, como fuese, que estas se infectaran.

Megan se escabulló de la cama. Buscó entre sus pertenencias un

chal de lana gruesa, y con la prenda envolvió su torso. Cargó un

fardo que había preparado la noche anterior con la ropa sucia de Duncan y con su vestido azul; luego salió de la cabaña y se dirigió hacia el arroyo. El aire se sentía frío a esa hora temprana. Se ajustó más el chal de lana, escudriñó el terreno para asegurarse de que no hubiera intrusos, y caminó por el sendero. Con cada nueva exhalación elevaba volutas de vapor que, como figuras difusas, se desdibujaban delante de su rostro.

Una vez en la orilla, se arrodilló y desenvolvió la ropa y la barra de lejía. Humedeció las prendas. El agua se sentía más fría aún que

el aire y le provocaba la sensación de que cientos de cuchillos se clavaban en su piel. Lavó con prisa su vestido azul, el plaid y las medias de Duncan. Las manos se le adormecían, pero no abandonó la tarea

hasta que al escurrir las telas, el agua salió cristalina. Después restregó las botas para quitarles la mugre adherida y, por último, cargó una vasija con agua limpia y regresó a la cabaña.

Duncan aún dormía.

Megan colocó la olla en la chimenea y avivó el fuego. Mientras

el agua se calentaba, se dedicó a preparar el ungüento y el brebaje

de raíz de jengibre que daría de beber al herido. Una vez que estuvo listo buscó en el saco de Duncan algo de queso, pan y carne seca y lo

cortó en trocitos para preparar el desayuno. Abrió la piel que tapaba la ventana para permitir que el sol de la mañana iluminara el cuarto, y fue con aquel a claridad repentina que Duncan se despertó.

—¡Buenos días, dormilón! ¿Cómo te sientes? —le preguntó ella.—Como si me hubiesen cortado por todas partes y después me hubiesen apoyado una hoja candente sobre las mismas heridas — bromeó él, aunque en sus palabras no había broma alguna en realidad, y sonrió.

—Bueno, al menos aún te quedan ganas de sonreír —acotó el a con dulzura, y afectada en lo más profundo de su ser por aquel a expresión. Cada sonrisa de Duncan era para Megan un rayo de luz que le llenaba el alma, porque significaba que había ganado un día más a la muerte.

—Solo porque tú estás aquí. Eres el único motivo, Megan... —

En el mismo momento en el que las palabras abandonaron su boca,

Duncan se arrepintió. *¿Qué estoy haciendo?* Tenía que reprimir, aunque le doliera, lo que sentía por el a, porque él no tenía absoluta-

mente nada para ofrecerle.

Megan notó el cambio inmediato en él, pero guardó silencio. Era evidente que Duncan pensaba en algo y, por el ceño fruncido que portaba, era probable que no fuera algo agradable. Tampoco hizo

referencia a las palabras de él, sino que cambió de tema.

—Duncan, voy a limpiarte las heridas y colocarte vendajes limpios —le indicó.

Sin pronunciar palabra, él asintió con la cabeza y se quitó las mantas para que él empezara con las curaciones en su pierna.

Megan se acercó a la cama y dio a Duncan un jarrito.

—Tú puedes ir bebiendo el veneno —dijo en tono bromista,

pero al ver que él guardaba silencio, ya no dijo nada más y se dedicó a su tarea. Duncan lucía completamente serio, pero no por ello menos adorable a los ojos de la muchacha.

En la zona lastimada habían aparecido algunas ampollas, pero no tenía mal aspecto. Megan la higienizó y le untó la pomada espesa, luego la cubrió con jirones de tela limpia. Cuando hubo terminado

157

Ganadora concurso Ali Nigro

volvió a deslizar las mantas para taparlo hasta la cintura. Se aproximó más para quitarle la camisa y levantó la prenda para deslizarla

por la cabeza de él.

Duncan maldecía para sus adentros. Lo torturaba la necesidad

de reprimir sus sentimientos, sobre todo, porque en lo único en lo

que podía pensar, era en tener a Megan entre sus brazos y hacerle el amor.

Mientras Megan le retiraba la ropa, rozó sutilmente con las puntas de sus dedos los músculos del pecho de Duncan y él sintió como si su piel, allí donde ella lo había tocado, hubiera sido marcada por un hierro candente...

Esa dulce tortura se repitió en los siguientes días.

Cada vez que Megan lo curaba o cada vez que ella estaba cerca, todo su ser reaccionaba. Pero lo más increíble que le ocurría a Duncan era cuando ella se alejaba, entonces él sentía su falta de manera salvaje. Sentía ansiedad, hasta desesperación... que solo se apaciguaban cuando ella regresaba a su lado.



Hacía ya varios días que Duncan, durante las horas de sol, se levantaba del lecho y daba paseos cortos por los alrededores de la cabaña. Se recuperaba favorablemente y hasta sus costillas fracturadas se habían vuelto a soldar. Le habían quedado unas horribles cicatrices, pero estaba vivo y eso era lo que importaba.

Ahora debía ir planteándose qué hacer con su futuro. Pronto debería seguir su camino hacia las montañas. Había sido un verdadero milagro que todavía Randolph no hubiese buscado por esa zona, pero la suerte no lo acompañaría siempre, y ese ya no era un lu-

gar tan seguro para esconderse. Su principal objetivo era cuidar las espadas, mantenerlas a salvo para el regreso de Sawny y de Evy...

Aunque ahora su corazón también pertenecía a Megan.

Megan y él habían dormido juntos todas las noches. Habían respirado el mismo aire, habían sentido el calor de sus cuerpos bajo las mantas apenas al rozarse, y se habían deseado con desesperación;

sin embargo, él no había vuelto a besarla.

158

Nowevolution editorial.

Deseaba poder incluirla en su vida y compartir cada día y cada noche con él, pero el estilo de vida que él podía ofrecerle no era el que él merecía. Entonces Duncan, a pesar del dolor que eso le causaba, había tomado una decisión: Tenían que separarse. El momento había llegado, y él tendría que dejarla partir....

Varios días después

Duncan guardaba sus pertenencias en las alforjas cuando Megan se acercó. Lucía triste.

—¿Entonces, no has cambiado de opinión? —le preguntó el a.

—Megan, ya te lo he dicho, esto ya no es seguro para nosotros.

Tenemos que emprender el viaje cuanto antes —le explicó.

Megan intuía que había algo que él le ocultaba; aun así lo imitó y

guardó sus pertrechos en una bolsa de viaje.

—¿Cuándo partiremos? —interrogó con voz triste.

Ella deseaba permanecer allí un tiempo más, al menos hasta que él estuviese recuperado por completo. Aquel a era una cabaña precaria pero les proporcionaba un techo. Al dejarla, vagarían a la intemperie y tendrían que buscar nuevos refugios cada día. Eso a Megan no le preocupaba por sí misma, el a solo temía por él.

Megan ya había decidido en su interior que seguiría a Duncan.

Sabía que él era un fugitivo, que tal vez pasaría el resto de su vida huyendo, pero eso a el a no le importaba. Lo amaba y en su corazón

percibía que él también sentía algo por el a, aunque se esforzara por reprimirlo.

—Me gustaría salir cuanto antes —le contestó él—, cuando tengas todo listo.

—Ya he guardado todo, Duncan.

—Entonces vayamos por los caballos.

Duncan tomó sus alforjas y la bolsa de viaje de Megan, a pesar de

las quejas de esta, y salió al exterior. Llegaron al patio y el a seguía repitiendo que era capaz de cargar con su propio equipaje; pero él

hacía oídos sordos a sus palabras.

Duncan ensilló los caballos y pronto estuvo cada uno sobre su

montura, y en viaje. A pesar de que el trayecto así se les haría más 159

Ganadora concurso Ali Nigro

largo, avanzaron bordeando el camino. Utilizaban la protección de

los árboles para mantenerse ocultos de la vista de viajeros y de los hombres de Randolph.

Cabalgaron durante varios días. Por las noches dormían arropados con las mantas de tartán bajo refugios improvisados contruidos con ramas.

Duncan mantenía a Megan entre sus brazos para brindarle su ca-

lor, y ella, igual que cada noche pasada, esperaba que él la besara; pero Duncan no hacía más que abrazarla.

—Duncan —lo llamó en un susurro.

—¿Qué? —le respondió él, y le quemó a ella la nuca con su aliento caliente.

Megan se removió entre sus brazos hasta ponerse frente a él.

—Bésame, Duncan —le pidió.

—Megan... —susurró. Alzó la mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. No creo que esa sea una buena idea.

—¿Acaso yo no te gusto, Duncan? Tú una vez me pediste que te besara. ¿Es que no te agradó?

—¡Oh, Megan, no es eso! —exclamó—. Es todo lo contrario y no me parece que sea apropiado besarte, justamente por eso. Me gustas demasiado, y estoy seguro de que, si empiezo a besarte, esta vez no voy a lograr detenerme solo en un beso —le confesó.

—Puede que yo tampoco quiera que te detengas —le respondió el a con sinceridad, pero sonrojándose, sin embargo, la vergüenza que sentía se veía reducida a nada al lado del deseo que se agolpaba en su interior, deseo que era provocado por ese hombre.

Megan llevó sus manos inexpertas debajo de la camisa de Duncan y acarició su espalda. Él no se movió. Intentó pensar en otra cosa, pero cada uno de sus sentidos a floraba intensificado ante el a. Su olor impregnaba su nariz, sus manos luchaban con él mismo por tocarla. Deseaba sentirla, deseaba saborearla y verla desnuda, resplandeciente bajo la luz de la luna. Gotas de sudor le perlaban la frente y le dolía todo el cuerpo por la fuerza que hacía por combatir sus propias reacciones.

Megan acercó su boca a la de Duncan pero no lo besó, se quedó a

160

Nowevolution editorial.

una mínima distancia. Sus narices se tocaban y sus senos se aplastaban contra el ancho pecho de él. Lo miró a los ojos. Buscaba en esas

profundidades verdes los verdaderos sentimientos de él, y debió de encontrarlos, porque algo que vio en los ojos de Duncan le proporcionó el valor que le faltaba.

Aproximó sus labios un poco más... ya podía casi palpar el calor que emanaba de los de Duncan y permaneció así, inmóvil, solamente una de sus manos se movía sobre el pecho desnudo de él. Vagó por los contornos de sus músculos marcados, y se deslizó sutil, como una pluma, en camino descendente.

Duncan seguía reprimiéndose. Apretaba los dientes y también los puños a ambos lados de su cuerpo. Se decía una y otra vez que debía aguantar esa exquisita tortura. Se repetía que debía ignorar que estaba sintiendo cada curva de Megan adherida a lo largo de su cuerpo, y que podía apreciar las largas piernas de ella, ahora entrelazadas con las suyas. Debía ignorar que el cálido aliento de ella le acariciaba el rostro y que la dulce y delicada mano de la mujercita ahora se abría paso entre los pliegues de su plaid...

Duncan se abalanzó sobre Megan con ferocidad, y devoró su boca con un hambre contenida. Antes de que ninguno de los dos midiera el tiempo, estuvieron desnudos sobre la hierba. Recorrieron cada centímetro de sus cuerpos con veneración, hasta que sintieron la piel inflamada y ardiente.

Duncan depositó un sendero de besos húmedos sobre el valle entre los pechos de Megan y su abdomen, después no quedó porción de piel sin ser besada. Volvió a ascender por el cuerpo femenino y jugueteó con su lengua, trazando círculos sobre los pezones erguidos de ella. Entre sol ocos de placer, Megan se abrazó al cuello de Duncan y se arqueó hacia él, entregándose a sus deseos, que también eran los suyos.

—Megan, yo... ya no puedo detenerme, Meg. Lo siento —clamó él con fogosidad, y se internó profundamente en ella.

Megan sintió una punzada de dolor y no pudo evitar cerrar con fuerza los párpados y emitir un gritito agudo. Duncan hizo un esfuerzo sobrenatural por quedarse quieto unos instantes. La besó

161

Ganadora concurso Ali Nigro

con ternura en los ojos, en la punta de la nariz y en los labios, donde el beso no tardó en tornarse apasionado. Megan se relajó y pronto

su cuerpo se amoldó a él, entonces se entregó nuevamente al deseo y al placer que significaba hacer el amor con el hombre que amaba con todo su corazón y también con su alma.

Mientras Duncan besaba a Megan en la boca, retomó las embes-

tidas y estas se volvieron cada vez más potentes y profundas. La viva pasión que contuvieron durante todos esos días en los que durmieron juntos sin siquiera tocarse, y el deseo que sintieron cada vez que estuvieron cerca, empezó a arremolinarse en sus cuerpos con una

intensidad ya imposible de refrenar.

—¿Duncan? —susurró Megan. No comprendía en absoluto qué

era lo que sucedía en su cuerpo.

—Te amo —le murmuró Duncan, con la voz enronquecida.

Megan sintió que el pecho se le desbordaba de felicidad en ese

instante. Duncan había susurrado demasiado despacio aquel «Te amo», puede que su intención ni siquiera fuese que él la escuchara, pero Megan lo había oído y no necesitó más estímulo que ese para que su cuerpo entero se agitara de felicidad. Él también había alcanzado la cumbre más alta en ese instante y al sentirla a él estremecerse entre sus brazos, también se entregó al éxtasis.

Juntos sintieron un huracán desatarse en cada una de sus fibras de manera desenfrenada, que les provocó un sinnúmero de estremecimientos convulsos a lo largo del cuerpo. Megan estuvo a punto de gritar al viento el nombre de él, pero Duncan enmudeció sus gritos con un beso profundo que les quitó el aliento a ambos.

Momentos después, cuando los corazones dejaron de galopar enloquecidos dentro del pecho y la respiración regresó a la normalidad, Duncan se recostó sobre su espalda y acurrucó a Megan en el hueco de su hombro. La rodeó con fuerza con el brazo y él la enredó sus piernas con las de él.

—Megan, lo siento —susurró Duncan, acariciándole los cabe-

llos con su aliento tibio, y la llevó más cerca de él. Parecía querer adherirla a su propia piel para no soltarla.

—Shhh —lo silenció él, sin saber que él no le pedía disculpas por lo que había hecho, sino, por lo que haría en la mañana.

Nowevolution editorial.

20

Con las primeras luces de la mañana, Megan y Duncan retomaron el trayecto.

Duncan permaneció sombrío durante todo el viaje. Megan podía notar que él mantenía una lucha consigo mismo. *¡ Si hasta podía jurar que le había visto los ojos acuosos!* Algo lo apenaba y ella no podía entender qué. Pensó que Duncan podría estar recordando a su

hermano muerto. Ese hecho había ocurrido hacía por lo menos un mes, sin embargo, él parecía no recobrase, pero algo le decía a el a que la tristeza que lo embargaba ahora a Duncan no tenía nada que ver con Alexander.

Al caer la tarde, cuando Duncan la hizo desmontar, Megan comprendió cuál era el motivo que a él lo inquietaba, sin embargo, ya era demasiado tarde. Una enorme y conocida fortaleza de piedra color gris, con tapices escarlatas colgando de sus torres, se erigía imponente más allá del bosque, delante de ellos. Varios guardias vestidos con tartanes de cuadros rojos y verdes, con finas líneas blancas y negras, estaban apostados en el parapeto. Megan se escabulló más, detrás de los árboles, y empujó a Duncan contra uno de los troncos.

Deseaba esconderse de los guardias.

—¿Duncan, por qué hemos venido al castillo MacKinnon? — preguntó con temor—. Aquí corres peligro, no puedo asegurarte que mi padre no te denuncie.

—Megan... —empezó él y él a temió lo que diría a continuación—. Megui, yo no entraré allí... solo tú. —Su voz había salido quebrada y las últimas palabras, casi inaudibles.

—¡Entonces yo tampoco lo haré! —expuso con firmeza.

—Megan, tú ya puedes regresar a tu hogar. Estando muerto el laird McGraeme, ya no hay posibilidad de que tu padre vuelva a buscarte un candidato, al menos no por un tiempo.

163

Ganadora concurso Ali Nigro

Megan negó con la cabeza, y acercó su palma a la mejil a de él.

—¡Quiero irme contigo, Duncan! —lo interrumpió él a.

Duncan cerró los ojos, y se deleitó por última vez con su toque angelical.

—Megui, yo no tengo nada para ofrecerte... ¡Si todas mis posesiones están en esas dos alforjas! —Señaló las bolsas que pendían

del lomo de *Dubh* con una sonrisa cargada de dolor.

—Me basta contigo, Duncan. No necesito nada más.

—Si eso fuera todo, Megan... si tan solo mis problemas llegaran hasta ahí, Dios sabe que te llevaría conmigo sin dudar.

—¡Entonces hazlo, no me abandones aquí!

—¡Señor! ¿Acaso no lo entiendes? ¡Soy un fugitivo! ¿Qué clase de vida puedo brindarte? ¿Crees que no lo he estado pensando todo este tiempo, mientras veníamos aquí? ¿Crees que no he estado buscando el más mínimo resquicio que me permitiera llevarte conmigo? Pero no lo he encontrado, Megan... —Expuso con voz herida, y la tomó por los hombros—. Huiríamos todo el tiempo. No podríamos asentarnos tranquilamente en un lugar, porque sabríamos que en cualquier momento podrían capturarme, y sabes que, de caer en las manos de Randolph, sería ahorcado inmediatamente.

—Él la miró a los ojos con una mirada velada de tristeza, con los ojos húmedos—. Te amo demasiado, Megui, como para arrastrarte a esa vida miserable conmigo. Lo siento, pero sé que esto es lo mejor para ti.
—Él quiso alejarse, el a no se lo permitió.

—Yo también te amo demasiado, Duncan, como para dejarte solo. Prefiero pasar mi vida corriendo de aquí para allá contigo que estar cómodamente instalada y con cualquier otro hombre.

—Con el tiempo te olvidarás de mí y agradecerás el no haberte ido. Tal vez tu padre consiga un mejor esposo para ti esta vez. Tú mereces un buen hombre, Megui. Has nacido para ser la esposa de un laird, no la de un prófugo —dijo él con dolor.

—¡Solo dices idioteces, Duncan! ¿Realmente crees que yo te voy a olvidar? ¿Qué voy a dejar de sentir todo este amor que siento por ti? ¡Pues es mejor que sepas que eso jamás pasará! —clamó, indignada—. ¡No seas testarudo y sigamos nuestro camino! Aquí

164

Nowevolution editorial.

pueden vernos. —Tomó a Duncan de la mano y lo guió hacia los caballos.

—¡Basta, Megan! ¡No voy a cambiar de opinión! Me iré, pero lo haré solo.

—¡Duncan, no puedes hacerme esto! —Protestó. Pensó con rapidez, necesitaba alguna excusa para convencerlo—. ¿Qué sucedería si estuviese esperando un hijo tuyo?

Duncan se quedó inmóvil y el color se fue de su rostro. Negó con la cabeza con determinación.

—¡Mayor razón para que permanezcas segura en el castillo de

tu padre! —Refutó Duncan. La rodeó entre sus brazos para atraerla hacia su pecho—. Megan, Dios sabe que no quiero otra cosa que hacerme mi esposa y tener no uno, sino muchos hijos contigo, pero no puedo. —Los rostros de ambos ya estaban bañados de lágrimas—. Se me desgarrá el corazón al tener que abandonarte aquí y, tal vez, también a mi pequeño, pero no encuentro otra opción... Cualquiera otra decisión sería irresponsable, sería arrastraros al peligro.

—Duncan, mi amor... por favor —le rogó él a una vez más, entre sollozos desgarradores—. Me estás matando al dejarme aquí. Él la estrechó con mayor fuerza contra su pecho, hasta que entre ellos no quedó ni un pequeño espacio de separación, y la besó en los labios con ternura, con amor y también con muchísimo dolor.

—Te estoy salvando, Megui... Si te sirve de algo saberlo, yo te amo y nunca dejaré de hacerlo. Pensaré cada día en ti y soñaré con tus ojos cada noche... Nada, ni nadie podrán arrancarte de mi corazón y el día que yo muera, moriré amándote.

—¡Y yo quiero que sepas que no me conformaré con saberlo!

No envejeceré sabiendo que en las montañas hay un hombre que me ama profundamente y que no puedo tenerlo. Lucharé por ti... hoy puedes dejarme aquí, pero no permaneceré quieta, voy a salir

a buscarte y, escúchame bien, Duncan McGraeme y grábalo en tu cabeza testaruda, voy a encontrarte y, cuando lo haga, no permitiré que me alejes de nuevo.

—Vete ahora, Megan, no me lo hagas más difícil, por favor —le susurró. Entrecerró los ojos y ocultó su rostro en el cabello de el a.

—No puedo —sollozó.

165

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan se apartó abruptamente y, sin previo aviso, golpeó la grupa del caballo de Megan, el cual salió disparado al galope hacia el castillo.

—¡Qué tonto eres! —gruñó—. ¡Si mandas al animal, ellos sabrán que estoy aquí y vendrán a buscarme y entonces te encontrarán a ti!

—Entonces ve tú primero al encuentro de ellos, Megui, no dejes que lleguen hasta aquí —pidió Duncan.

En ese instante, una partida de tres hombres que habían visto al alazán, se dirigía hacia ellos.

—¡Duncan! —refunfuñó Megan. Aferró la camisa de él a la altu-

ra del pecho, estrujándola en un puño, lo acercó a ella con un tirón seco y lo besó en la boca profundamente y con desesperación—.

¡Debería odiarte por lo que me haces, pero te amo tanto que odiarte me resulta imposible! —susurró. Secó con rapidez las lágrimas que humedecían sus mejillas, y después se alejó hacia el claro.

Duncan se dejó caer al suelo, y apoyó la espalda en un viejo alerce. No soportaba verla alejarse, su corazón se estaba fracturando en ese instante. Se decía una y otra vez que eso era lo mejor, pero ninguna de aquellas justificaciones mitigaba su angustia.

Duncan supo que jamás volvería a ser feliz sin ella. Megan había sido su rayo de sol después de la tormenta. Ella lo había salvado, lo había cuidado y consolado y sobre todo, lo había amado sin importarle quién era él ni lo que había hecho... Ahora, él debía dejarla ir, aunque nunca la arrancararía de su alma.

Oyó las voces a lo lejos.

Megan les aseguró a los hombres de su padre que estaba sola y aunque ellos estaban dispuestos a inspeccionar los alrededores, ella fue capaz de convencerlos de que no lo hicieran. Al poco rato los pasos se alejaron hasta desaparecer.

Duncan se puso de pie y sin mirar hacia el castillo, llevó a *Dubh* de las riendas, y se internó más en la espesura del bosque.

Decidió, solo por esa noche, no apartarse demasiado, entonces buscó un refugio entre los árboles, a una distancia prudente para no ser descubierto.

Nowevolution editorial.

La noche estaba fría, pero encender un fuego era una idea que debía descartar de raíz. Tampoco tenía hambre, el estómago se le había cerrado de repente y sentía la garganta como si se la estuviesen estrujando. Solamente bebió unos tragos de agua. En ese momento hubiese sido mucho más apropiado beber una botel a de buen whisky, pero agua era la única bebida con la que contaba. Era evidente que a tía Dora no se le había ocurrido imaginar que su «niño» ya bebía cosas más fuertes y solo había puesto una odre con agua en los sacos de *Dubh*.

Duncan se arrebujó debajo de la manta de tartán sobre un jergón improvisado de hojas secas y, antes de quedarse dormido, se concedió el alivio de llorar. Derramó lágrimas por su hermano muerto, al que extrañaba terriblemente, también por la vida de soledad que le esperaba a él. Por un solo instante, se permitió pensar si acaso no se-ría mejor morir, pero así como elaboró ese pensamiento lo desterró de su mente al recordar que debía cumplir con una misión, con un juramento de sangre.

Su destino había sido trazado el día que había muerto Alexander y él lo había aceptado gustoso, solo que en tal momento no había

contado con que en su camino se cruzaría el único amor de su vida.

Duncan de ninguna manera deseaba dejar de cumplir con su promesa, solo que ahora también la quería a ella.

Cuando Duncan presenció el inmenso amor entre Sawny y Evangeline, supo que nunca había estado ante una fuerza tan poderosa. Ahora, él podía asegurar que aquella fuerza superior a todo era lo que sentía en su propio interior. Podía jurar que su cuerpo completo, su corazón y hasta su alma vibraban de esa manera por Megan. Entonces, también lloró por haberla perdido a ella.

167

Ganadora concurso Ali Nigro

21

Los guardias guiaron a Megan hasta el salón en el que se encontraba su padre. Encontró que las mesas estaban dispuestas para la cena y también notó que había muchos rostros desconocidos entre los presentes.

El laird MacKinnon, un hombre alto y robusto, que en su cabellera negra ya peinaba varias canas y cuyos ojos eran del mismo

color que los de su hija, se acercó con pasos firmes hacia Megan. La estrechó en un fuerte abrazo que, para quienes los observaban, podía pasar como afectuoso y en un gruñido y con los dientes apretados, le susurró algo al oído.

—Después me dirás dónde diablos te habías metido, ahora simplemente acércate a la mesa y cena con nosotros, que tenemos invitados. Y sobre todo, no me contradigas en nada de lo que yo diga a partir de ahora —ordenó.

Megan asintió. ¿Qué más remedio le quedaba? Aunque no le gustó en lo más mínimo cómo había sonado aquel decreto.

—Padre, ¿no podría ausentarme de la cena excusando que estoy muy cansada? —intentó el a y él la fulminó con la mirada.

—¡Claro que no! —sentenció cortante, luego giró hacia la mesa principal en donde se encontraban sus invitados, y les habló en tono amable—: Mi hija ha llegado justo a tiempo de su viaje para acompañarnos en la cena.

Las palabras fueron recibidas con aplausos por los presentes.

Megan se vio arrastrada a la mesa, donde se le apartó una silla junto a la de su padre. El hombre esta vez no quería perderla de vista. ¡Y lo bien que hacía!, porque al primer descuido ella tenía pensado volver a escabullirse de la fortaleza.

—Mi hija Megan, como ya les había informado antes, ha estado

Nowevolution editorial.

de visita en el hogar de mi hermana, pero ha llegado justo a tiempo antes de su partida, milord —expuso el laird MacKinnon.

Megan frunció el ceño. Se sentía confundida. No entendía a tiempo para qué había llegado, ni a quién se dirigía su padre de manera tan formal.

—Megan, hija —prosiguió el hombre, sin darle tiempo a el a a seguir meditando—, déjame presentarte a tu futuro esposo.

—¿Qué? —inquirió la muchacha, ahogándose con la corta palabra. Con espanto recorrió con la mirada el mar de rostros desconocidos que, de pronto, empezó a verse borroso. Buscaba, pero ninguna cara era la del difunto laird, además era imposible que estuviese allí; el viejo tenía que estar bien muerto para esas alturas—. Padre, debe de haber un error...

—No, Megui, no hay ningún error —dijo él palmeándole cariñosamente una mano que tenía atrapada entre las suyas—. Es posible que hayas escuchado que tu primer prometido...

—¿Primer prometido? —repitió el a—. ¿Acaso tengo más? —

Inquirió. Definitivamente, lo que decía su padre, sonaba demasiado

mal. No podía ser que ya tuviera un maldito reemplazo. Esbozó un gesto de disgusto, pues imaginaba que con seguridad sería otro viejo asqueroso quien esperaba para casarse con ella.

—Cómo te decía, hija, tu primer prometido —repitió—, el laird McGraeme, ha sufrido una muerte repentina.

¡Muerte repentina, cómo no! ¡Y bien merecida se la tenía!, pensó ella para sus adentros, pero solo hizo una mueca de disgusto.

—Entonces, si no hay prometido, no hay boda, padre —repuso Megan y su voz casi sonó triunfal.

—En eso te equivocas, Megui. El nuevo laird, Randolph McGraeme, el hijo del antiguo laird, ha aceptado cumplir con el compromiso que había asumido su padre.

—¡No! —gritó, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas—. ¡No, padre, por favor! —suplicó. No podía ser posible. ¡Qué maldita suerte la suya!

—¡Compórtate, Megan! —gruñó su padre, apretándole el brazo con fuerza, con lo que le hizo soltar algunas lágrimas—. ¡Ponte en pie para saludar a tu prometido!

En ese momento, un hombre de unos treinta años se acercó a ellos. A primera vista y con la mirada borrosa, Megan comprobó que Randolph McGraeme se parecía demasiado a su hermano. Era tan alto y musculoso como Duncan, y tenía casi sus mismos rasgos, sin embargo, su cabello era claro y le caía largo hasta los hombros. Se podía decir que era un hombre guapo, pero no era Duncan...

Además, en sus fríos ojos celestes, casi transparentes, se atisbaba un velo de maldad. Randolph no la miraba con amor como lo hacía

Duncan; él lo hacía sopesando el premio que se llevaría, las ganancias que obtendría con aquel a transacción.

Megan, por primera vez en su vida, sintió que las paredes se cerraban sobre ella, que todo a su alrededor comenzaba a girar. Creyó que se desmayaría, pero hasta la privaron de ese beneficio. Sintió cómo unos brazos poderosos le rodearon la cintura y la levantaron en el aire, instantes después, fue depositada en un banco duro y le hicieron oler algo fuerte y desagradable que la despabiló

enseguida. Al abrir los ojos, vio que ella y el hombre estaban en un rincón del salón, bastante alejados de los demás.

—Veo que te he afectado —dijo Randolph McGraeme con voz arrogante—. Suelo causar ese efecto en las muchachas.

Megan dio un respingo.

—¡Puedo asegurarle que no ha sido por su apariencia, milord!

¡Tal vez debería pensar en darse un baño de vez en cuando para que las mujeres no se desmayen a su paso! —le respondió con asco.

Él la examinó con detenimiento, y esbozó una mueca que lejos estaba de parecer una sonrisa y, si lo era, poseía un cariz burlón. Se inclinó hacia el a, y le susurró al oído.

—Así que eres una yegua salvaje... Ya me encargaré yo de domarte.

Ante esas palabras, Megan sintió unas fuertes arcadas subirle a la garganta. Estaba casi segura de que vomitaría.

—¡No me pondrá ninguno de sus repugnantes dedos encima!

—le dijo el a, también en un susurró, pero con firmeza y mirándolo a los ojos con frialdad—. ¡Inténtelo una sola vez, McGraeme, y será lo último que haga en su vida!

170

Nowevolution editorial.

—Mañana mismo serás mi esposa, pequeña zorra, y puedo asegurarte que haré mucho más que ponerte un dedo encima.

—¡No me desposaré con usted, Randolph McGraeme, antes prefiero arder en el mismísimo infierno!

—Puedo asegurarte que convertiré tu vida en un infierno si te

niegas, querida. No estoy acostumbrado a que me lleven la contraria. Esto es simple: yo soy el laird, seré tu marido y tú solo vivirás para obedecer mis deseos y mis órdenes. Esa será tu vida a partir de mañana. Sé dócil y lo pasarás mejor, intenta contradecirme y lo lamentarás por el resto de tu vida —expuso en tono de amenaza.

—Ya se lo advertí. Antes que eso suceda prefiero estar muerta, y le juro que, antes de matarme, me aseguraré de no dejar una escoria como usted caminando sobre la tierra.

Los ojos de Megan destelaban con odio. Ese hombre era el que amenazaba la vida de Duncan, era por su culpa que él se veía obligado a huir. Si la posibilidad de terminar con el tormento de su amado estaba al alcance de su mano, él se la tomaría, no le importaba perecer en el intento... al menos Duncan sería libre.

—No hay nada que puedas hacer, muchacha. Hombres mucho más fuertes que tú han intentado asesinarme antes y no lo han logrado. —La mirada de él estaba cargada de crueldad.

—Yo no fallaré —le dijo él, sosteniéndole esa mirada. Él no le provocaba temor, solo asco y demasiada furia.

—Tu actitud de potra salvaje únicamente me excita —le dijo él, con lascivia—. Me despierta más deseos de poseerte, querida... Tal vez, eso es lo que te hace falta para que dejes de gruñir tanto. —

Sonrió fríamente, echándole una mirada a su escote—. Necesitas un hombre en tu cama que te enseñe los placeres de la vida y será un honor para mí hacértelos conocer.

Megan miró al hombre con desprecio, pero al mismo tiempo, en su mirada se leía absoluta satisfacción. Se inclinó hacia él hasta casi rozar su oreja, y le susurró:

—¿Usted cree que será el primero, Randolph McGraeme? —

Le preguntó con voz burlona—. Yo ya he estado con un verdadero hombre, no con un ser despreciable como usted... y hasta puede que lleve a su hijo en mis entrañas.

171

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Mientes! —gruñó él.

—¡Es la más absoluta de las verdades!

Randolph no le creyó. Se puso en pie, y la llevó con él casi a rastras hasta la mesa. Megan tropezó con su falda y casi se cayó en dos oportunidades.

—Quiero hacer un brindis por mi futura esposa —expuso él, en un tono que solo Megan reconoció como irónico. Levantó una copa y, al hacerlo, recibió la aprobación de los demás—. Ella y yo

acabamos de ponernos de acuerdo en que mañana por la tarde nos uniremos en matrimonio y por la noche partiremos hacia mis tierras.

Megan quiso objetar, pero unos dedos se hundieron en su brazo y las palabras de él reverberaron en su oído.

—¡Cierra la boca! Y sonrío, querida.

—Le advierto que si no desiste de este matrimonio —rebatí el a, con la boca pegada al oído de él—, me aseguraré de que todos sepan que el laird McGraeme no es más que un maldito idiota que se desposa con una mujer usada que espera un hijo de otro hombre.

—Eso nadie lo creerá y, de hacerlo, solo tu reputación se vería afectada.

Ella sabía que él tenía razón, pero esa era la única estrategia con la que contaba para defenderse.

—Les diré que tuve que buscar a otro hombre porque usted no podía cumplir con sus deberes en la cama y le juro que me creerán cuando vean que el niño no se parece en nada a usted, entonces, pediré la anulación del matrimonio. ¿Qué me dice a eso, gran laird?

—¡Que estás loca si tan siquiera lo intentas! —dijo él, de lo más divertido. Después se dirigió al laird MacKinnon—: Deseo que mi

novia sea acompañada hasta sus aposentos y que uno de mis guardias vele por su seguridad junto a su puerta, toda la noche.

—Por supuesto —secundó el padre de Megan—. Si la boda se va a celebrar mañana, será mejor que el a se retire a descansar.

—Padre, necesito hablar con usted.

—Ahora no, querida. No quiero que mi futura esposa luzca cansada —dijo Randolph, fingiendo calma y después la guió hacia las escaleras antes de que pudiese hablar con su padre.

172

Nowevolution editorial.

Megan fue encerrada en su habitación y un guardia de los McGraeme se quedó, como había ordenado su señor, junto a la puerta. Ella no tenía mucho tiempo, debía idear un plan urgente para huir de allí.

—¡Duncan, si supieras adónde me has empujado! —se lamentó el a en voz baja, mientras preparaba su bolsa de cuero con algo de ropa y cosas que le parecían de utilidad. Se puso un vestido oscuro y una capa negra, y tapó su cabeza con la capucha, después, sacó de un arcón una daga y la guardó entre los pliegues de su vestido.



Los bufidos de *Dubh* despertaron a Duncan de manera abrupta.

Oteó el terreno a su alrededor, pero no alcanzó a ver nada extraño.

Volvió a apoyar la cabeza en el suelo, pero ya no pudo dormir, y sintió la necesidad de acercarse una vez más al castillo de los MacKinnon. De alguna manera, sentía que algo andaba mal. Un terrible presagio le oprimía el pecho y tenía que ver con Megan.

Sin siquiera pensarlo, ni evaluar el grado de riesgo que él mismo podía correr, colgó la funda de cuero con su espada a la cintura y

comprobó que el puñal estuviese en su bota, guardó el resto de sus

cosas en las alforjas de *Dubh* y, llevándolo de las riendas, se acercó al castillo. La oscuridad de la noche y la espesura del bosque lo protegían de las miradas de los guardias. Cuando estuvo a una distancia

que le permitía estudiar la escena en detalle, el mal presentimiento tomó forma al atisbar el estandarte de los McGraeme.

Eso era malo, definitivamente muy malo.

Amarró a *Dubh* a un roble y se escabulló a pie. Debía atravesar el gran patio de la fortaleza. Vio a algunos guardias, pero pronto notó que eran bastante descuidados. Sin embargo, uno de ellos se acercó

a él.—¡Eh, tú! ¿Quién eres? —preguntó el hombre, que olía asquerosamente, mezcla de mugre y de alcohol.

—Soy de los hombres del laird McGraeme —mintió Duncan

con voz firme, quitándose una pelusa imaginaria de la manga de su

camisa rústica para aparentar indiferencia.

173

Ganadora concurso Ali Nigro

—¿Y qué haces merodeando por aquí afuera? Todos los demás están dentro del castillo. —Las palabras al hombre le salían de manera arrastrada, debido a su estado alcoholizado.

—Bueno, verás... —empezó Duncan, mientras pensaba en una excusa creíble—. Es que... —Se acercó más al hombre, como quien quiere compartir una confidencia—. He estado en la aldea con una bonita muchacha, ¿entiendes? —Le guiñó un ojo—. Me temo que me perdí la cena, pero amigo... —soltó un silbido lujurioso—, puedo asegurarte que ha valido la pena.

El guardia le respondió con una sonrisa desdentada.

—¡Oh, bueno! ¡Parece que has tenido más suerte que nosotros! ¿Y quién ha sido la afortunada? —preguntó el guardia, dándole con el codo.

—¡No, amigo! Yo soy un caballero y jamás revelaría el nombre de la dama. —Duncan sonrió—. Ahora, si me disculpas, tal vez mi laird me necesite. —Sin querer, aquellas últimas palabras

le habían salido con un poco de asco. Duncan estaba a punto de alejarse cuando el guardia continuó hablándole.

—¡Oh, gran afortunado es ese laird tuyo!

Duncan se detuvo y se giró hacia el guardia.

—¿Por qué lo dices, amigo? —preguntó.

—Bueno, ya que tú has estado entretenido, puede que no sepas las novedades.

—¿Y esas son? —inquirió.

—Ha regresado la hija de mi laird MacKinnon, justo a tiempo antes de la partida de ustedes. Como sabes, tu señor la esperaba y, bueno, el a ha llegado esta noche de improviso. Así que sin más, la boda se llevará a cabo mañana por la tarde.

—¿La boda? —escrutó Duncan, sintiendo que le asentaban un puñetazo directamente en el corazón.

—¡Claro, hombre, para eso están ustedes aquí! —El guardia negó con la cabeza—. Bonito premio se lleva tu laird. Lady Megan es hermosa.

—Con mayor razón iré a ver si mi presencia es necesaria —indicó Duncan, ahogándose con las palabras. El otro hombre asintió y entonces Duncan se alejó.

Nowevolution editorial.

Duncan debía elaborar un plan, no podía entrar así como si nada y llevarse a Megan, cualquiera de los hombres de su hermano que lo viera, lo reconocería. Tenía que pensar, pero la rabia lo enceguecía, le nublaba toda capacidad de razonamiento y de planificación.

Se escondió en un cobertizo. Caminaba de un lado hacia otro sin saber qué hacer, maldecía y se maldecía a sí mismo por haber sido tan idiota y haber empujado a Megan a aquel a trampa. *¡Nada menos que a los brazos del maldito Randolph!*

—¡Dios, ayúdame! ¡No sé qué hacer! —suplicó mirando hacia el techo, después se dejó caer en el suelo, apoyó la cabeza en las rodillas y golpeó su frente una, dos y tres veces con fuerza, como queriendo de esa manera aclarar sus ideas.

—No soy Dios, pero si me dices qué te sucede, quizás pueda ayudarte —le dijo una voz.

Duncan levantó los ojos y se encontró con un muchachito de cabello rubio y de ojos azules. El jovencito tendría unos catorce años y se había acuclillado delante de él.

—¿Y qué podrías hacer tú para ayudarme? —inquirió, examinando al joven—. Además tampoco sé si puedo confiar en ti.

—Digamos que he escuchado tu conversación con el guardia y no me he creído ni una palabra. Sé que no eres de los hombres de McGraeme y creo que mentiste para poder entrar en la fortaleza, aunque no logro averiguar el motivo.

—Tampoco puedo decírtelo, muchacho, y el tiempo se me acaba. No puedo perderlo aquí, manteniendo una charla contigo. —Hizo un gesto con la mano, como pidiéndole que se alejara.

—¡Antes tampoco hacías mucho! A menos, claro, que aporrearte la cabeza sea algo a lo que tú no lo llames perder el tiempo, además de sacarte un buen chichón —le dijo el muchacho con sorna, y se sentó despreocupadamente frente a él.

—Mira, niño, ni siquiera sé quién diablos eres tú. ¿Qué si te digo mi plan y tú me delatas?

—Bien, si quieres presentaciones formales, las tendrás —dijo el muchachito, exasperado. Se quitó de un manotazo el cabello pajoso que le caía sobre los ojos—. John White —se presentó, extendiendo la mano.

175

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan lo miró con desconfianza.

—¡Ese no es un nombre escocés! —exclamó.

—¡Claro que no! Mi madre era escocesa, pero mi padre era inglés y yo llevo su nombre.

—¡Un *sassenach*!¹⁵ ¿Y quieres que confíe en ti? —le preguntó con ironía.

—Creo que no tienes otra opción, y solo soy mitad inglés, mi otra mitad es escocesa... Y tú parece que estás lleno de prejuicios.

Duncan esbozó un gesto de disgusto. Lo había reprendido un crío; aunque debía reconocer que el muchachito tenía razón.

—Lo siento —se disculpó Duncan sinceramente—. Es que hoy no he tenido un buen día.

—No me has dicho tu nombre.

—Créeme cuando te digo que cuanto menos sepas de mí, más seguro estarás —le dijo con tristeza. Duncan sabía que necesitaba a ese muchacho, al menos, para saber dónde podía encontrar a Megan—. Tendré que confiar en ti, John White, además, necesito hacerte un par de preguntas.

—Habla entonces, quienquiera que seas —le dijo, divertido.

—¿Conoces a lady Megan? —preguntó.

—¡Por supuesto que la conozco! Yo solamente soy un mozo de

cuadras aquí, pero lady Megan y yo nos hemos criado juntos y el a siempre me ha tratado como a un hermano menor. ¿Qué pasa con el a? —preguntó el muchacho, algo desconfiado.

—¿Sabes que la obligarán a contraer matrimonio con el laird McGraeme?

—¡Sí! —respondió el muchacho con asco—. La pobrecita esta vez no podrá escapar —dijo con dolor.

Duncan alzó una ceja.

—¿Cómo sabes que antes escapó? —inquirió.

—¡Porque yo la ayudé! —exclamó orgulloso—. Aunque ahora, no puedo hacer nada para sacarla del castillo. Tienen apostado a un guardia en su puerta y es imposible escalar hasta la ventana.

—¡Maldición! —gruñó Duncan.

15 - Un extranjero, un inglés.

176

Nowevolution editorial.

—¿Y tú por qué te interesas por el a? —indagó John.

—Porque amo a Megan más que a mi propia vida, John White

—declaró y se puso en pie abruptamente—. ¡No puedo permitir que el a sea la esposa de ese desgraciado!

—¿Conoces al laird?

—Demasiado bien —fue la respuesta. Caminaba nervioso de un lado a otro. Se detuvo frente a John—. Necesito que me digas cuál es el cuarto de él y la forma de llegar, evitando ser visto, claro.

—Bien, te ayudaré a rescatar a lady Megan. Ella es demasiado buena como para casarse con ese hombre. Hay algo en él, no sé cómo explicarlo, pero desde que lo vi no me gustó, no me resulta fiable. —El muchacho meditó un momento—. En cambio, tú pareces sincero. Si me sigues, te llevaré hasta su puerta —dijo con determinación—, pero tendrás que ocuparte de algunos guardias en el camino.

—¡Bien, vamos! —dijo Duncan con firmeza y avanzó con grandes zancadas hacia la puerta del cobertizo.

—¡Aguarda! Tendremos que esperar a que la mayoría esté durmiendo, a menos que quieras que te atrapen en cuanto cruces el umbral. Recuerda que quien tiene experiencia liberando a lady Megan soy yo y deberás hacer lo que te digo.

—Bien, bien, señor presumido, lo haremos a tu manera.

Duncan, haciendo acopio de todo su autocontrol, se vio obligado a aguardar por lo menos dos horas más, hasta que el castillo quedó en silencio. Solo después, él y el muchacho salieron del co-

bertizo, cruzaron el patio y por último atravesaron el sector de las cocinas, de donde Duncan tomó una botella. Por allí, el trayecto se

haría más largo, pero también era bastante solitario y estaba menos vigilado. Se cruzaron con un par de personas en el camino, pero no llamaron la atención. Finalmente llegaron al corredor en el que estaba el cuarto de Megan. Había algunas antorchas a lo largo del pasillo, aunque la iluminación no era demasiado buena. Eso era un punto a favor de ellos.

—John, es mejor que a ti no te vean, sino te verás perjudicado.

Aguarda aquí hasta que el guardia esté... —Con una sonrisa de lado agregó— fuera de juego, ¿de acuerdo?

177

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Bien, pero si veo que me necesitas, acudiré! —le respondió el muchacho irguiéndose en toda su extensión. El gesto de John produjo una punzada de dolor a Duncan detrás de los ojos al recordarle la misma actitud de Alexander. Él era un hombre en el cuerpo de un muchacho, igual que lo había sido Sawny.

—Haré lo posible para que no sea necesario, John —dijo Duncan, luego caminó a lo largo del corredor. Su mano derecha estaba

oculta en el plaid y apretaba una daga, la izquierda portaba la botel a de vino que habían hurtado de la cocina.

Fue hacia el hombre que se encontraba apostado contra el muro frente a la puerta. El carcelero de Megan tenía una actitud indiferente, limpiándose sus mugrientas uñas con la punta de un cuchillo.

El hombre atisbó un movimiento de reojo y giró su cabeza hacia Duncan, pero no pudo ver bien su rostro, que en ese momento se encontraba en sombras, sin embargo, sí distinguió el color del tartán de los McGraeme y el tambaleo de hombre ebrio que Duncan en ese momento representaba, llevándose la botel a a los labios, y eso lo tranquilizó. Entonces, volvió su atención a sus uñas.

—¿Me has traído algo de beber, amigo? Porque no me vendrían nada mal un par de tragos —expuso sin alzar la vista.

—*Aye!* —dijo Duncan, cambiando un poco su voz y acercándose más a él.

A Duncan no le quedaba más remedio que salir al círculo de luz y tendría que ser rápido si no quería ser reconocido. Su intención no era matar al hombre, únicamente atontarlo, por lo tanto, era mejor no ser visto. Con la botel a tapándole parcialmente la cara fingió tambalearse un poco.

—¡Bueno, viejo, parece que tú ya has bebido demasiado! —ex-

clamó el guardia sonriendo, y guardando el cuchillo con el que se había limpiado las uñas.

El hombre se apartó de la pared y miró a Duncan de frente. Fue un segundo en el que él pareció reconocerlo, sus ojos se abrieron desmesurados, pero antes de que pronunciara palabra o tuviera tiempo de reaccionar, Duncan dio un salto ágil hacia él y le asestó un golpe certero en la sien con la empuñadura de la daga. El guardia

178

Nowevolution editorial.

cayó como un saco de patatas al suelo, y se golpeó nuevamente la cabeza, esta vez contra el muro.

Duncan comprobó que el hombre aún respirara.

—¡Dormirás un buen rato, Gordon! —exclamó—. Solamente espero que no me recuerdes al despertar.

John se acercó a la escena.

—¿Está vivo? —quiso saber.

—¡Gordon tiene la cabeza más dura de toda Escocia! —respondió, esbozando una sonrisa—. Despertará, aunque con una linda jaqueca.

—¿Entonces tú lo conoces? ¿Eres un hombre de los McGraeme?

—La voz del muchacho sonó algo consternada.

—Es una larga historia. —Duncan se aproximó a la puerta y empezó a forzar el cerrojo con su puñal, mientras le seguía explicando—: Ya te he dicho que mientras menos sepas, menos peligro correrás en mano de Randolph. Lo único que puedo decirte es que si ellos me agarran —señaló al guardia desparramado en el suelo—, no viviré para contarlo.

—Eres un fugitivo. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Duncan no respondió, pero su silencio fue suficiente para que John confirmara sus sospechas—. ¿Qué crimen has cometido?

Duncan continuó trabajando en silencio hasta que un chasquido les anunció que la puerta había cedido.

—No te diré nada, así que deja de preguntar. Y ahora vamos.

Los dos entraron en el cuarto. Sobre una mesita ardía una vela consumida hasta la mitad. Recorrieron la estancia con la mirada:

una cama con dosel, algunos muebles elegantes aquí y allá. La ha-

bitación estaba silenciosa, y lo peor de todo, vacía. Un nerviosismo, algo muy parecido al pánico, invadió a Duncan.

—Megan —susurró, buscándola por todo el cuarto.

—Lady Megan, ¿está usted aquí? —preguntó John, en el mismo tono. Tenían que ser cuidadosos para que no los descubrieran.

—¡Santo Dios! ¿Dónde se ha metido esta mujer?

—Creo que tengo una idea —respondió el joven, entre divertido y asustado y con la mirada fija en la ventana abierta.

179

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Condenación! —Fue la respuesta agitada de Duncan. En dos rápidas zancadas llegó hasta la abertura, seguido de cerca por el muchachito rubio.

Una sábana anudada precariamente colgaba hacia el exterior.

Cuando dos cabezas, a un tiempo, se asomaron hacia fuera, ahogaron también a la par un grito de miedo.

Megan, aferrada a la tela, pendía sobre el muro casi a un metro por debajo de ellos. Un tramo de tela se había soltado, y le impedía continuar con su camino descendente, sin embargo, tampoco había podido volver a subir. Era evidente que las fuerzas se le agotaban y que las manos se le resbalaban por el paño.

—¡Demonios, Megan! ¿Qué haces ahí? —gruñó Duncan, mientras se estiraba hacia el a. John lo sostenía de la cintura y se esforzaba al máximo para no dejarlo caer—. ¡Tómame de mi mano, pequeña inconsciente! —masculló Duncan. Pendía cabeza abajo.

Megan no podía creer que Duncan realmente estuviese ahí. Era

un alivio que hubiese acudido a rescatarla pero pronto su rostro adquirió un tono pálido enfermizo al recordar que los McGraeme estaban en la fortaleza. Si Randolph atrapaba a Duncan, no dudarían en ahorcarlo. La sola idea le quitó el aliento.

—No pu... no puedes estar aquí —murmuró el a—. ¡Te atrapan!

—¡Cierra la boca ahora y sujétate, por favor! —gruñó él, con los dientes apretados.

Duncan pudo alcanzar el brazo derecho de Megan y comenzó a tirar de él a hacia arriba, con su frente perlada de sudor. Megan, con la otra mano, sujetaba la tela a la vez que intentaba sostener sus pies sobre los bordes irregulares y demasiado delgados de las rocas del muro. Un par de veces sus pies se deslizaron de la piedra, arrastrándola con brusquedad hacia abajo y, cada vez que esto ocurrió, el grupo tuvo que duplicar esfuerzos en la lucha por ganar otra vez algunos centímetros hacia arriba.

—Déjame, Duncan, no puedo subir, no te arriesgues más por mí —suplicó el a con lágrimas en los ojos, viendo que era realmente difícil llegar hasta la ventana.

—¡No volveré a dejarte, mujer! —protestó él, pues el mínimo pensamiento de estar nuevamente lejos de ella, aunque tan solo fuese un instante, lo volvía loco.

Unas fuerzas, salidas vaya a saber uno de dónde, colmaron a Duncan, que volvió a tomar impulso para subir a Megan, con un completo éxito esta vez. Tal fue su ímpetu que Duncan cayó de espaldas sobre el suelo, empujando a John y arrastrándola a ella, que aterrizó sobre su musculoso pecho y acabó rodeada por sus brazos.

—¡Duncan, mi amor, has vuelto por mí! —exclamó emocionada, mientras lo colmaba de besos en las mejillas, en los ojos y en los labios.

—Lo siento, Megui. Nunca debería haberte hecho regresar. —

Se disculpó con voz compungida. Se sentía por completo arrepentido con sus acciones—. No sabía lo que te esperaba aquí, mi amor, de lo contrario, nunca te hubiese dejado en el castillo, pero... —Su tono se endureció—. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido intentar bajar por el muro? ¿No se te ha ocurrido que podías caer y romperte el cuello? —la reprendió enfurecido, tal vez no tanto con ella, sino con él mismo, por haberla arrastrado a cometer semejante disparate.

—Bueno, tenía dos opciones —respondió ella, también enfurecida—, romperme el cuello o casarme con tu asqueroso hermano, y

me pareció mucho más tentador partirme el maldito cuello.

—¿Tu hermano? —preguntó una voz cargada de sorpresa—.

¿Eres hermano de ese desgraciado con el que pretenden casar a lady Megan?

Megan se puso en pie con el ceño fruncido.

—¿John? —preguntó, y se acercó al muchacho—. ¡Cielos! ¿Tú lo has ayudado a llegar hasta aquí?

—¡Sí, milady! —exclamó orgulloso.

—¡Si no nos atrapan los guardias, recuérdeme asesinarlos a los dos! —refunfuñó ella—. ¿Por qué has vuelto a ponerte en peligro por mí? Y tú... —Señaló a Duncan— ¡Solo es un muchacho, no deberías haberlo dejado correr este riesgo!

—Me ha dicho que ya tenía experiencia rescatándote —se justificó Duncan, mientras entornaba una ceja.

181

Ganadora concurso Ali Nigro

—Bueno, eh... sí. ¡Pero por eso mismo! ¿Alguien los ha visto, John? —preguntó Megan, mirando fijamente al muchacho a los ojos. Si él mentía, el a lo descubriría.

—Solo algunas de las criadas nos han visto subir las escaleras...

Sí, lady Megan —reconoció—, me temo que si hacen algunas preguntas sabrán que he venido hasta aquí con el desconocido.

—Bueno, eh... —habló Duncan, avergonzado—. Cuando Gordon despierte, no resultaré tan desconocido. Creo que me ha visto el rostro.

—¡Señor, ahora todos lo sabrán! Cuando ellos hablen no habrá dudas de que John ha participado en mi huida y... —reflexionó un momento—, mi padre nunca le haría nada, pero Randolph... —Negó con la cabeza con evidente pesar.

—¡Iré con ustedes! —anunció John, decidido.

—¡Es muy peligroso! —casi gritó el a.

—También lo es que se quede aquí —apuntó Duncan—. No podemos dejarlo, mi hermano no dudaría en cortarlo en pedazos.

—¡No podemos convertirlo también a él en un prófugo!

—Me temo que ya es tarde para pensar en eso, Megui. Escúchame

—le pidió. La tomó por los hombros y le habló con tranquilidad. Ella tenía la mirada empañada y temblaba—. Ahora procuraremos salir

los tres de aquí, en lo posible con vida y portando la cabeza pegada al cuerpo —intentó bromear. Ella lo miró con un gesto de enfado

para darle a entender que ese momento era el menos apropiado

para bromas. Duncan esbozó un gesto arrepentido, luego prosiguió con la explicación—: Huiremos a las montañas y, cuando estemos a salvo, llevaremos a John al castillo MacDonald, allí mi tía lo cuidará. Los McGraeme no visitan Skye pues las relaciones no están del todo bien y por más que surja el extraño caso de que vayan, nadie reparará en un mozo de cuabras. Te aseguro que John estará a salvo, Megui, pero ahora debemos escapar los tres y lo más rápido posible.

—Tienes razón —aceptó con voz apesadumbrada.

John se acercó a el a.

—Lady Megan —le dijo él, tomándole una de las manos—, es-
pero que todos salgamos vivos de esta, pero si por alguna razón me

182

Nowevolution editorial.

sucede algo, lo que sea —él hablaba con la voz de una muchacho,
pero con la determinación de un hombre—, quiero que sepa que,
de morir por usted, estaría haciéndolo con gusto.

—¡Oh, no, John, por favor, no digas eso! —lloriqueó el a, afe-
rándose aún más al muchachito.

—Vamos, milady —exclamó resuelto, le besó los nudillos antes
de soltarla y se encaminó hacia la puerta.

—Es solo un muchacho —sollozó el a.

—Es casi un hombre —le respondió Duncan, sin poder ocultar la emoción ante el comportamiento del joven, que cada vez le recordaba más a su hermano—. Y él ha tomado su decisión.

Los tres salieron al corredor, Duncan a la cabeza. El guardia todavía yacía sobre el suelo, pero pronto despertaría, no tenían demasiado tiempo. Bajaron las escaleras por el lado de las cocinas, y esta vez no se cruzaron con ninguna persona. No obstante, el miedo los acompañó en todo el trayecto, sobre todo, cada vez que doblaban una esquina, sin saber con qué se encontrarían más adelante.

Plegarias de por medio, les resultó sencillo llegar hasta el establo.

John ensilló dos caballos, uno para Megan y el otro para él, y se encaminaron hacia el bosque por las lindes del castillo, de esa manera evitarían atravesar el patio en el cual estaban los guardias apostados.

Antes de que se aproximaran a *Dubh*, empezaron a oír el barullo dentro de la fortaleza. Sin dudas, ya habían descubierto lo sucedido.

Sin perder tiempo en planificaciones o especulaciones, apretaron el paso. Luego montaron, cada uno sobre su caballo, y se encaminaron en una carrera desbocada hacia las montañas, buscando ganar la mayor ventaja posible.

El tiempo y las circunstancias corrían en su contra, sin embargo, buscarían aferrarse a la más mínima esperanza de alejarse de sus perseguidores.



Cuando a Gordon lo encontró el guardia que acudía a hacer el relevo, todo salió a la luz.

183

Ganadora concurso Ali Nigro

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —gritó Randolph, zarandeando al guardia, quien aún no se había recuperado del golpe en la cabeza—. ¡Será mejor que me des una buena explicación de por qué mi prometida no está en su cuarto!

—Milord, a decir verdad, no sé qué ha pasado —confesó el hombre. Miraba hacia el suelo, acongojado—. Es que...

—¿Has visto a alguien sospechoso? —inquirió Randolph, irritado y rojo de ira.

—Yo estaba aquí, como usted me ordenó, y... —intentó recordar—, recuerdo algo...

—¡Entonces habla, maldito estúpido, y será mejor que lo que digas sea bueno! —Volvió a zarandearlo del cuello—. De ello depende tu vida, Gordon —le espetó, con sus fríos ojos celestes clavados en él.

—Recuerdo a un hombre, alguien se acercó a mí... creí que estaba ebrio, él traía una botella en la mano y no dejaba de beber.

—¡Debe de ser esa botella que está junto a ti! —señaló el laird, y empujó bruscamente hacia abajo la cabeza del hombre para que este la viera.

—Sí, creo que sí, mi señor —respondió Gordon, mareado por el golpe y los vapuleos a los cuales ahora se veía sometido.

—¿Y quién era el maldito borracho que traía la botella?

—Al principio no pude identificarlo, pero no le di importancia porque vestía el tartán de McGraeme... Creí que era alguno de los guardias.

—¿Tenía nuestro tartán y acaso no era de los nuestros? —preguntó alzando una ceja y arrastrando las palabras.

—No lo sé con seguridad, tal vez solo lo haya imaginado o haya sido producto del golpe... no lo sé. —Su voz parecía un leve murmullo mientras pensaba—. Si lo pienso bien, mi señor, aunque no estoy seguro, me parece que he visto el rostro del hombre justo antes de que me golpeará.

—¡Bueno, déjate de alargar esto y dime a quién demonios has visto, porque estoy perdiendo la paciencia! —gritó, irritado.

—A Duncan.

184

Nowevolution editorial.

—¿Duncan? —preguntó Randolph entornando los ojos, que parecían más fríos que el hielo de los picos nevados—. ¿Quieres decir que mi maldito hermano no solo ha sobrevivido, sino que también hoy ha estado aquí, bajo el mismo techo que yo, te ha golpeado y se ha llevado a mi futura esposa? ¿Eso es lo que estás diciéndome?

—Sí —dijo el hombre, bajando la cabeza.

Randolph gruñó igual que un animal, desenfundó una espada corta que llevaba a la cintura y sin pizca de remordimiento, la hundió en medio del pecho del guardia, quien cayó muerto al instante.

—El próximo que ose decirme que se cruzó en el camino con Duncan y no fue capaz de capturarlo, vivo o muerto, tendrá el mismo final que Gordon —sentenció.

Las palabras del laird, dirigidas a sus hombres, eran frías, sin atisbo de compasión y no dejaban dudas de que Randolph McGraeme no les perdonaría la vida si cometieran un error. No se la había perdonado a Gordon, quien había sido casi un amigo para

él, si es que Randolph McGraeme era capaz de sentir un mínimo de sentimiento fraternal por alguien.

Después de hacer algunas preguntas más a algunos guardias de MacKinnon y a algunas siervas de la cocina, Randolph y el laird anfitrión llegaron a la conclusión de que Duncan había recibido la ayuda de un mozo de cuadras al que no encontraban por ninguna parte de la fortaleza.

Una partida de nueve hombres, encabezada por el cruel laird, salió esa noche de cacería. Se buscaba a Duncan, a Megan y al muchachito rubio y la orden impuesta por McGraeme era capturarlos a los tres, vivos o muertos.

Cabalgaban al abrigo de la noche cerrada y eso les dificultaba el rastreo de huellas o señales. Mientras tanto, Randolph cavilaba. Aún no podía entender cómo encajaba su hermano en la historia.

Después de que Duncan escapara de la mazmorra y salvara el cuello, él creyó que habría muerto casi de inmediato, ya que estaba muy mal herido como para poder sobrevivir. Fue por esa razón que solo lo había buscado por los alrededores y después de unos días,

Ganadora concurso Ali Nigro

había abandonado la persecución, dejándolo a su suerte para que con su cuerpo se alimentaran los carroñeros. Había pasado poco más de un mes de aquello y ahora Duncan aparecía vivo y coleccionado para interferir con sus planes.

Pero ¿qué relación une a Duncan con la hija de MacKinnon? , se preguntaba Randolph mientras hacía avanzar a su caballo entre los árboles.

El laird le había dicho que la muchacha había estado de visita en la casa de una tía, claro que él no le había creído. El hombre había estado tenso hasta que milagrosamente ella había aparecido al anochecer. Y si bien MacKinnon había aceptado que él cumpliera con el compromiso que había contraído su padre, no había sido capaz de indicarle con exactitud la fecha del regreso de Megan. Ahora, pensando en todos los hechos, Randolph se daba cuenta de que seguramente la muchacha ya había huido con anterioridad de la fortaleza.

—¡Maldita zorra! —gruñó y siguió especulando para sí.

Megan le había dicho que no se casaría con él y había alegado que ya había estado con un hombre y que hasta podría estar esperando un hijo de él... Randolph entrecerró los ojos y sonrió con

sorna. *¿Qué burla del destino sería esta si ese hombre no fuese otro más que Duncan!*

Y Randolph cada vez estaba más convencido de que esa era la

verdad de la historia. *¿De qué otra manera Duncan hubiese arriesgado su pellejo por ir en busca de Megan MacKinnon?*

186

Nowevolution editorial.

22

Los tres fugitivos se internaron en la espesura del bosque y se encaminaron hacia las montañas. Galoparon sin tregua durante toda la

jornada, ya que necesitaban sacar la mayor ventaja posible porque

Randolph y sus hombres les pisaban los talones.

Al caer la tarde, tanto los caballos como ellos mismos necesitaban detenerse a descansar y a beber un poco de agua. Se sentían exhaustos y era evidente que los animales ya no podían mantener el ritmo que habían llevado al principio de la huida. Duncan sabía que, si continuaban así, no lograrían llegar mucho más lejos en esa carrera. La única forma de intentar evadir a sus perseguidores era encontrar un buen escondite, ninguna otra opción era viable en ese momento.

Escudriñó los alrededores: a la derecha se alzaban las montañas con bosques de árboles frondosos a sus pies y a la izquierda había un desfiladero de rocas escarpadas. El terreno se tornaba cada vez más peligroso, pero para ellos podía ser una ventaja si sabían cómo aprovecharlo. Duncan les hizo señas a John y a Megan para que se detuvieran.

—Bajaremos por ese barranco —anunció, señalando la pendiente abrupta.

Megan echó una ojeada al terreno amenazante por donde su amor pretendía que bajaran ellos y los pobres animales, que ya casi no eran capaces de mantenerse en pie.

—¡Nos mataremos, Duncan! —exclamó con horror.

—¡Nadie ha dicho que esto sería fácil, Megan! —sentenció Duncan con gesto duro—. Si seguimos cabalgando, solo lograremos que los animales desfallezcan del cansancio, entonces para Randolph, no resultará difícil dar con nosotros.

187

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Pero, Duncan, jamás lograremos descender por esa pendien-

te! Es demasiado empinada y desde aquí puedo notar que hay muchas piedrecillas pequeñas que podrían hacernos resbalar.

—¡Tendremos que correr el riesgo! Si Randolph logra dar con nosotros, a John y a mí nos mandará ahorcar inmediatamente y en cuanto a ti, Megan, te tomará para él y te hará la vida imposible —

vaticinó. Se acercó a él a todavía a lomos del caballo, después agregó en voz más tenue—: Megan, antes has tenido que decidir entre

desposarte con Randolph y huir, y al intentar huir sabías que corrías el riesgo de romperte el cuello, sin embargo, no dudaste en salir por la ventana de tu cuarto. Ahora es igual, Megui. Es peligroso y podemos matarnos, pero también existe la mínima posibilidad de que lo

consigamos.

—No sé, Duncan...

—Te prometo que no dejaré que caigas, Megui —susurró Duncan, y le acarició la mejilla, que lucía pálida debido al cansancio.

Megan lo miró a los ojos. A esos ojos verdes claro que parecían las aguas mansas de un estanque. Tiró de las riendas de su montura

para que el caballo avanzara un paso y se pusiera más cerca, casi pegado a *Dubh*, estiró su mano y recorrió, él también, la mejilla de él y sus cabellos cortos y bastante desiguales. Duncan atrapó esa mano

delicada que lo acariciaba como alas de mariposa y la llevó a sus labios para dejar uno de sus besos en las puntas de esos dedos finos.

—Correré el riesgo —murmuró—, porque no deseo que me

alejen de ti.

Duncan se inclinó sobre su mujer y la besó con dulzura en la boca. Capturó entre sus labios los labios de ella y su lengua fue al encuentro de esa boca del color de las fresas que a él tanto lo enloquecía.

—Ejem... —carraspeó John—. No es que quiera interrumpir este momento tan romántico, pero por si acaso no lo recuerdan, eh..., nos persigue un laird loco que solo quiere hacernos puré y comerse nuestras entrañas.

La pareja cortó su interludio amoroso y miró al muchacho.

—John, yo nunca he dicho que Randolph fuese un caníbal —

188

Nowevolution editorial.

dijo Duncan con una sonrisa—, puede que desee cortarnos en pedacitos, pero no creo que nos coma... aunque, pensándolo bien, tal vez quiera alimentar a sus perros con nuestros cuerpos.

—¡Duncan, ya basta! —gritó Megan, horrorizada—. No es necesario que ninguno de ustedes dos diga todas las atrocidades que podría hacernos ese desgraciado... ¿Por qué no guardamos toda esa energía para intentar no caer por el barranco?

—Lo siento, Megui —se excusó arrepentido.

—Sí, lady Megan, yo también lo siento —declaró John—. No

era mi deseo incomodarla.

—Está bien, olvídenlo los dos. —Descartó el asunto con un gesto de su mano y después prosiguió hablándole a Duncan—.

¿Bajaremos a pie o a lomo de los animales?

—Me temo que lo mejor sería ir a pie y guiarlos a ellos de las riendas.

—Sí, yo también creo que es lo menos arriesgado —asintió Me-

gan. Duncan se apeó de *Dubh* y acudió junto a la muchacha para tomarla de la cintura y ayudarla a descender.

—Lamento que estés metida en este lío, Megan, y que sea por mi culpa —le dijo Duncan, y la estrechó entre sus brazos.

—Yo no, Duncan. Yo no lamento haberte elegido a ti y si ser fugitiva es el precio que debo pagar para estar a tu lado, entonces lo pagaré gustosa.

Duncan la besó fugazmente en los labios, después los tres se encaminaron hacia el barranco y empezaron a descender. De tanto en tanto había algún árbol del que podían sostenerse, pero el camino era realmente muy empinado y las piedrecillas que antes había visto Megan, y que cubrían la mayor parte del suelo, estaban sueltas y

los hacían resbalar. Los caballos, ya agotados, trastabilaron más de una vez y a punto estuvieron de caer directamente al río, que corría, caudaloso, a los pies de la ladera.

La oscuridad de la noche comenzó a cubrir el lugar. Si bien les hacía más dificultoso el descenso porque no podían ver con claridad el camino, también sería para ellos un punto a favor si Randolph

189

Ganadora concurso Ali Nigro

pasaba por allí. El laird no lograría detectar ningún rastro, puesto que Duncan había tenido la precaución de borrar algunas huellas.

Puede que alguno de los rastreadores pudiese descubrir alguna pista que los condujese a ellos, pero esa posibilidad se estrechaba al abrigo de la oscuridad.

Avanzaban con pasos cortos y cuidadosos, descendiendo de lado para procurar no resbalar. Duncan lo hacía muy cerca de Megan, velando siempre por su seguridad. Ya no faltaba mucho para llegar a la orilla del río.

Megan miró a Duncan y en ese momento sus miradas se encon-

traron. Ella le sonrió, al tiempo que se mordía el labio inferior. Esa sonrisa y el brillo de sus ojos, le dejó adivinar a Duncan cuán feliz se encontraba ella al estar a punto de lograrlo. Él también le sonrió.

—Ya falta poco, amor —murmuró él—. Ya casi...

El galope de animales y algunas voces los detuvo en seco. Se oían

todavía a lo lejos, pero llevaban esa dirección y no tardarían en acercarse.

Duncan echó una ojeada hacia arriba y supo al instante que, si

alguien se asomaba, sin duda los descubriría. Observó el paisaje a

su alrededor e ideó un plan: Necesitaban descender hasta la orilla

del río, entonces podrían esconderse en un sector de la pared que él podía ver desde allí, donde la roca se metía un poco hacia adentro,

formando una especie de cueva.

—Hay que darse prisa —susurró Duncan a John y a Megan—.

¿Veis eso de allí? —señaló el lugar que había descubierto.

—Sí —respondieron los dos, también en un susurro.

—Bien, tenemos que llegar cuanto antes a esa cueva y estaremos a salvo.

John y Megan asintieron con la cabeza, luego guiaron a sus caballos hacia ese lugar.

Duncan había quedado un poco rezagado. Le faltaba todavía un

poco para alcanzarlos, cuando *Dubh* resbaló con la grava y, al dar dos pasos torpes intentando hacer pie, se enredó las patas con una

raíz que sobresalía y cayó. El animal rodó por la pendiente sin que

su amo pudiese auxiliarlo.

—¡Mierda! —exclamó Duncan, levantándose del suelo. El ca-

ballo lo había hecho caer a él también, aunque al soltar las riendas había quedado en el lugar.

John y Megan se sobresaltaron al oír el barullo provocado por las rocas que se desprendían y caían al lecho del río y el golpe seco del cuerpo del animal al caer en la orilla. Giraron para ver.

—Duncan, ¿qué diablos...? —quiso saber Megan.

—Shhh —la silenció él—. Continúa, yo iré a por *Dubh*.

—Voy contigo —se apresuró a decir John.

—¡No! Tú cuida de Megan y asegúrate de que llegue a la cueva. —Echó una ojeada hacia arriba, por donde pasaba el camino.

El retumbar de los cascos de los animales al galope estaba cada vez más próximo—. Ellos no tardarán en llegar. ¡Ocultaos! —ordenó y luego descendió la corta distancia de acantilado que lo separaba del río y de *Dubh*.

El animal ya se había puesto de pie y aguardaba la llegada de su amo bebiendo un poco de agua.

—Amigo, ¿te has hecho daño? —Duncan le susurraba al animal, mientras revisaba sus patas y su cuerpo en busca de lesiones: huesos rotos o heridas en su carne. Afortunadamente, al terminar su inspección, solo había encontrado algunos raspones y una pequeña

herida en uno de los flancos del fiel animal, nada que no pudiese ser tratado con algún ungüento de hierbas.

También tanteó las alforjas y se sobresaltó al encontrar abierta una de ellas. Buscó dentro de manera frenética y, para su completo terror, notó que el bulto formado por el plaid de su hermano muerto estaba deshecho y que faltaba una de las espadas. La de Alexander. Echó una mirada a su alrededor, buscando en el suelo. La luz de la luna menguante apenas iluminaba un poco. Atisbaba las rocas, pero no podía dar con el arma. Estaba a punto de entrar en pánico. No podía permitirse perder la espada de su hermano. Ese era su destino. Tenía que cuidarlas, mantenerlas a salvo hasta el regreso de Evy y de Sawny a este mundo y, sin embargo, fallaba.

—Duncan —chilló Megan, intentando no gritar demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para que él la oyera—. Duncan —

191

Ganadora concurso Ali Nigro

repitió—, se acercan, debes ocultarte ahora o te verán. —Ella había salido de la gruta en la cual se había refugiado junto a John.

—Regresa a la cueva, Megui —exigió Duncan.

—No hasta que tú no vengas aquí —replicó con testarudez.

—¡Déjate de idioteces y escóndete! —Ordenó. Seguía inspeccionando el terreno meticulosamente.

—¿Qué demonios buscas?

Duncan dudó y ante la duda permaneció en silencio, pero sin abandonar la búsqueda.

—¡Duncan, por Dios! ¿Qué buscas? —gritó Megan exasperada, perdiendo la paciencia y aterrada, porque los cascos de los caballos de sus perseguidores retumbaban cada vez más cerca.

—Una espada —masculló él, finalmente.

—¿Una espada? —Megan sentía deseos de reír a carcajadas, pues el muy irresponsable se arriesgaba a ser descubierto por una espada—. ¿Acaso bromeas?

La mujer no lo resistió más, salió de la caverna y avanzó hacia el río. John White la siguió a un solo paso de distancia detrás de él.

—Lady Megan, regrese, por favor —rogó el muchacho, cuando hubiese sido más productivo que se dirigiese a las rocas, porque él estaba resuelta a no prestarle atención.

Megan llegó junto a Duncan.

—¿Qué espada buscas, si la tuya cuelga de tu cintura? —preguntó.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hacen aquí los dos? —corrigió, al no-

tar también la presencia del jovencito.

—¡Yo he preguntado primero y no has respondido! —replicó

el a—. ¿Qué maldita espada buscas?

—¿Espada? —preguntó John.

—¡Sí, espada! —respondieron los otros dos, girándose hacia el muchacho y clamando al unísono.

—Al í. —Señaló el lecho del río, en donde la hoja refulgía con destellos de plata. Estaba atascada entre dos rocas y se balanceaba al compás de las aguas.

—¡Mierda! ¡Está en mitad del río!

192

Nowevolution editorial.

—¡Déjala! —le pidió Megan.

—No —respondió él en tono cortante.

—¿No? ¿Cómo que no, Duncan?

—Regresen a la cueva —ordenó—. John, llévate a *Dubh*.

Duncan empezó a quitarse las botas.

—Ya se acercan, Duncan... por favor —suplicó Megan, tironeándole de la manga de la camisa de color azafranado.

Duncan se giró hacia Megan. El jovencito ya conducía al caballo al refugio y no podía oír lo que la pareja decía pues ellos hablaban en voz

baja.

—Megui... esa espada es muy importante para mí.

—¡No puede ser tan importante como para que arriesgues tu vida por el a! —señaló, indicando el lugar en el que la hoja hacía equilibrio debatiéndose entre quedarse allí o emprender un viaje río abajo.

—¡Créeme cuando te digo que esa espada es más importante que mi propia vida!

—¡No puedes decir algo así!

—Pero es la verdad...

—La corriente podría arrastrarte... o podría descubrirte Randolph.

—Procuraré que eso no suceda.

—¿Por qué ese trozo de hierro significa tanto para ti?

—Porque... pertenecía a mi hermano Alexander.

—Te entiendo, pero te aseguro, Duncan, que tu hermano preferiría que tú priorizaras tu vida antes que su arma.

Duncan no respondió nada a sus palabras. Megan le acarició la mejilla con ternura y observó el rostro de su amado, tenuemente iluminado por la luna. Aquellos hermosos ojos verde claro estaban

velados de tristeza y húmedos como estanques.

—Duncan... —le susurró con la voz cargada de amor.

—Algún día te lo explicaré, Megui —dijo él, apartando la pena que le comprimía la garganta. Logró apartarla solo un palmo. La tristeza nunca lo abandonaba por completo—. Algún día te diré por qué debo custodiar esa espada con mi vida.

—¿Custodiar?

193

Ganadora concurso Ali Nigro

—Sí, custodiar. Soy el guardián de las espadas, Megan. De esa que las aguas quieren arrebatarme y de la espada casi idéntica a esa, que permanece en una de las alforjas de *Dubh*.

—No entiendo, Duncan... ¿Qué importancia, más allá de lo sentimental, pueden tener esas espadas para que tú te proclames su guardián?

Duncan sonrió de lado, después expuso:

—Más de lo que te imaginas... He hecho un juramento, y lo cumpliré como sea.

El tropel se aproximaba. No tardarían en pasar por el camino. Si la buena providencia los amparaba, los perseguidores pasarían de

largo, pero sino...

Debían actuar rápido para poder ocultarse y así evadirlos.

—Por favor, Megui, regresa a la gruta junto a John. —Se detu-

vo solo para depositar un suave beso en sus labios de fresa, después continuó —: Te prometo que regresaré a tu lado. —Sonrió con ternura—. Es una promesa, Megui, y yo siempre cumplo mis promesas.

Ella no estaba de acuerdo, mucho menos convencida de hacer lo que él le pedía. Miró hacia arriba, al camino. Dudó y después hizo lo que su amor le había pedido, porque si el a seguía reteniéndolo, perderían más tiempo y era evidente que si Duncan tenía el temple y la firmeza para cumplir con su palabra, también tenía la testarudez como para no desistir cuando una idea se le metía en la cabeza.

—Apresúrate, mi amor —le rogó. Se lanzó a su cuello y lo besó con pasión, solo después giró sobre sus talones y corrió hacia la cueva.

Duncan se internó en el río.

La corriente era furiosa y le dificultaba llegar hasta la espada, que yacía a unos dos o tres metros de la orilla. El hombre supuso que al rodar *Dubh*, el arma había caído al agua y había sido arrastrada río abajo, hasta la roca que ahora la detenía precariamente.

—¡Registren cada condenado centímetro del camino! —Se oyó la voz rabiosa de Randolph, ladrando órdenes, ya en el lugar.

A Megan esa voz le supo como un golpe certero en el centro del estómago y su cuerpo, por demás conmocionado, empezó a agitarse

con violencia. John la abrazó para reconfortarla y consolarla.

194

Nowevolution editorial.

—¡Señor! —murmuró ella con angustia, en lo que era una súplica—. ¡Señor, no permitas que lo descubran!

Duncan vio las figuras de sus perseguidores sobre la loma, y supo que si ellos se asomaban hacia abajo, desde donde él estaba en ese instante, les ofrecería una excelente vista de su persona.

Se internó más en el río, hasta llegar junto a la espada, y logró recuperarla. Tenía el arma en sus manos, pero de ninguna manera

lograría regresar a la orilla sin ser visto. Estaba justo en mitad del río. Miró hacia donde estaba Megan y distinguió su silueta, oculta

en la gruta, con las dos manos entrecruzadas, apoyadas sobre el centro del pecho. John la rodeaba con sus brazos. Duncan no sabía

si ella alcanzaba a verlo a él con claridad, solo rogó al cielo para que ella, ocurriese lo que ocurriese, no saliera de su escondite. Inhaló profundamente una última bocanada de aire y se sumergió

bajo las aguas.

El líquido helado lo caló hasta los huesos y se clavó como mil

puñales afilados en cada poro de su piel. Abrió los ojos, aunque volvió a cerrarlos, puesto que era inútil ver algo debajo de las aguas

agitadas y revueltas. Tanteó en busca de un apoyo que le permitiera

sostenerse para no ser empujado por la corriente.

—¡Dios! ¡Cielo santo! —gimió Megan, retorciéndose las manos—. ¡Se ahogará, John! Duncan se ahogará... y si no se ahoga, morirá helado.

—¡Cálmese, lady Megan!

—¡Señor protéjelo, protéjelo! —suplicó.

—Él... él estará bien —dijo el muchacho, y rogó para no equivocarse. Esperaba que en verdad el highlander enamorado de su señora estuviera bien.



Randolph McGraeme se apeó de un salto de su caballo gris, y fue imitado de inmediato por el grupo de guardias que estaba con él. El laird echó una mirada a su alrededor, buscando entre los árboles. Le entregó las riendas de su montura a uno de sus hombres

195

Ganadora concurso Ali Nigro

y después caminó hasta el borde del acantilado. Recorrió con su mirada la abrupta pendiente y la orilla del río.

Al í no había nadie.

Entornó los ojos para ajustar su visión. No creía posible que Duncan hubiese desaparecido así como si nada. Mientras hubo luz, ellos pudieron seguir sus huellas por varios lugares del camino, pero ahora rastrearlos se les dificultaba con la cerrada oscuridad de la noche.—No pueden estar allí, milord —le dijo uno de sus guardias más allegados—. Sería un suicidio intentar bajar por ese terreno escarpado y Duncan no es idiota. Jamás se arriesgaría a algo así.

—No lo sé, Ronald.

Randolph se veía como un sabueso rastreando una presa. Parecía oler el aire en busca del olor de su hermano o del de la bella mujer que se le había escapado de las manos.

En cuanto Randolph había visto a Megan MacKinnon, con su largo y largo cabello negro hasta las caderas, como un manto de ébano sobre su cuerpo glorioso, la había deseado con locura. Fácilmente pudo imaginarse recorriendo su piel cremosa y amasando con sus manos esos pechos redondos que supuso duros y del tamaño justo para que cupieran dentro de sus palmas... Por esa razón había querido desposarse con esa ninfa sin demoras y había impuesto la fecha para el día siguiente.

Ese pensamiento le recordó amargamente que los hechos no se habían desarrollado tal y como él los había planeado. Para esas ho-

ras, en vez de estar cansado y en medio de una persecución, debería de haber estado disfrutando de las curvas de la mujer, reclamándola como un objeto de su propiedad y enterrándose en ella una y otra vez hasta que la extenuación lo hubiese detenido. Pero no. Randolph bufó al pensar que por culpa de su hermano no podía estar saciando su lujuria en el cuerpo de la hija de MacKinnon, y lo odió.

Randolph odió a Duncan más que nunca, y no es que en algún momento los sentimientos que tenía para con su hermano hubiesen sido diferentes. Solo una vez el corazón de Randolph McGraeme había albergado cariño, pero eso había sido mucho tiempo atrás,

196

Nowevolution editorial.

cuando él era un niño y su madre aún vivía. Después de la muerte de ella, él ya no fue capaz de sentir cariño o amor por nadie.

Randolph había adorado a su preciosa madre. Para él, ella era el ser más delicado que hubiese pisado la tierra. De cabellos rubios, claros como el oro, y los ojos diáfanos como las aguamarinas. Su madre había sido la única persona que durante trece años había logrado mantener apaciguada la bestia que habitaba en su interior. Mientras que su padre, el antiguo laird de McGraeme, desde que

él tenía uso de razón le había enseñado a ser cruel, despiadado y a no tener respeto ni valor por las demás personas; su madre le había inculcado todo lo contrario. Durante trece años, Randolph se había mantenido al límite. Alimentando a la bestia, pero dejándola reprimida, dormida en su interior, aunque siempre latente.

Más de una vez, a lo largo de su vida, Randolph había querido herir a Duncan, su hermano cinco años menor. Para él, desde que el muchacho había nacido, no había sido más que un renacuajo que le había arrebatado parte de la atención de su preciosa madre.

Ciertamente, si no lo había lanzado desde el parapeto aquel a vez en la que había tenido la oportunidad, cuando el muy tonto se había asomado para mirar hacia abajo, solo había sido por el a, porque Randolph sabía que su madre hubiese sufrido con la pérdida del mocoso entrometido.

Durante trece años había reprimido su maldad, esa maldad que latía en sus entrañas, porque él era hijo de su padre después de todo. Su padre había sido tan maldito como el mismísimo Satanás, y se había encargado de alimentar cada día esa semil a para que echara raíces y que poco a poco se apoderara de todo su corazón. Y ese corazón se cubrió por completo de esa maldad y se volvió absolutamente negro cuando su madre murió.

No solo había llegado al mundo otro intruso, Alexander, su hermano (qué asco le producía a Randolph esa palabra), sino que, para colmo, por su culpa su madre había muerto. Y aunque, en realidad, la muerte de su madre se había debido a las fiebres que él a había padecido poco después del parto, eso a Randolph no le importaba, para él no había más culpable que Alexander.

197

Ganadora concurso Ali Nigro

Los odiaba profundamente a ambos, a Duncan y a Alexander, y se había alegrado tanto cuando su padre había asesinado al mocoso. ¡Y qué cerca había estado él de poder encargarse de eliminar al otro! ¡Justicia! ¡Cómo no! ¡Qué buena excusa había sido esa para enviar a Duncan al cadalso!

A Randolph le importaba muy poco que su padre hubiese muerto, al fin y al cabo para él era más productivo que el viejo estuviese muerto. ¡Y cómo hubiese disfrutado al ver a Duncan con la soga al cuello! Se hubiese quedado contemplando con placer su rostro tornándose púrpura, viéndolo luchar por una bocanada más de aire. Podía imaginarse, con una facilidad asombrosa, esos ojos verdes, tan claros, salirse de sus órbitas.

Sí, se hubiese quedado delante de él, viéndolo morir y disfrutando de ese espectáculo. Hubiese sentido tanto éxtasis como el que le provocaba un buen revolcón con alguna de las putas de la aldea. Pero el muy desgraciado se había escapado y lo había privado de semejante placer y, para rematarlo, se había llevado a la mujer que a él le pertenecía por derecho.

Encontraría a Duncan, estaba decidido, los encontraría a ambos.

A él lo asesinaría despacio, haciéndolo sufrir y a el a... a la perra le daría su merecido. Y tal vez también la muerte por la ofensa, pero

antes la tomaría cuantas veces se le antojase, hasta sacarse las ganas con el a.

—No están aquí —bramó Randolph—. ¡A las monturas, y sigamos avanzando! —ordenó a sus hombres. Minutos después, todo el contingente cabalgaba por el camino hacia el norte.



Duncan ya no podía resistir más.

Estaba helado y agotado de luchar contra la furia del río. Sus

manos sangraban de tanto aferrarse a la roca para hacer frente a las aguas, y sus pulmones ardían por la falta de aire. Sentía una presión justo en el pecho, como si sus pulmones y su corazón estuviesen a

punto de estallar.

En más de una ocasión tuvo ganas desesperadas de salir a la superficie, pues lo que sufría, era una tortura. Pero si se dejaba ver, sería atrapado y él le había prometido a Megan que volvería junto a ella. Intentó resistir un poco más, solo por ella, por su precioso ángel. Cuando Duncan creyó que las oscuras alas de la muerte lo envolverían, pensó en ella. Recordó su sonrisa y sus hermosos ojos azules bordeados por arqueadas pestañas. Recordó la suavidad de sus curvas y el abrigo de sus brazos... Solo ese pensamiento fue el que lo reconfortó un poco. ¡Cuánto amaba a su Megan! ¡Cuánto la adoraba! Persistía aún en su boca el sabor del último beso que ella le había dado y si tenía que morir, lo haría con ese adorable recuerdo.

Duncan elevó una plegaria para que Randolph nunca diera con Megan.

Si ese era el momento en el que a él le tocaba morir, confiaba en que John sería capaz de guiar a Megan hasta la tierra de los MacDonald. Él se había encargado de indicarle el camino al muchacho durante la tarde. Si ellos conseguían llegar hasta Skye, la tía Dora y su esposo les brindarían refugio y protección a ambos.

Empezó a expulsar el aire de a poco, porque ya no lo soportaba dentro de su cuerpo. El pecho le dolía intensamente. Y le resultó

extraña a aquella sensación, porque mientras que por dentro su torso parecía desgarrarse, por fuera ya no sentía nada. Su cuerpo se había adormecido a causa del frío.

Pensó en Megan una vez más, y sus dedos paralizados se soltaron de la roca...

199

Ganadora concurso Ali Nigro

23

—¡Duncan! —gritó Megan. Se internó en el río sin que le importara empaparse con el agua helada hasta las rodillas.

—¡Ya lo tengo, milady! —exclamó John. El muchacho había sido más rápido que el agua al lanzarse a la corriente y había logrado agarrar a Duncan de la camisa justo cuando él se había soltado de la roca que, durante eternos minutos, lo había detenido.

John impidió que las aguas arrastraran el cuerpo inconsciente,

lo dio la vuelta, levantando el rostro de Duncan del agua y, con

dificultad, lo arrastró hasta la orilla. Una vez allí, entre él y Megan lo sacaron completamente del río y lo recostaron sobre el suelo de

rocas pequeñas y sueltas.

—¡Duncan, Duncan, despierta! —Exigió Megan mientras lo zarandeaba por los hombros. Temía que él no reaccionara.

Al cabo de un rato, Duncan despertó con un sobresalto, e inhaló con desesperación una honda bocanada de aire, que al principio le quemó los pulmones. Tanteó a su alrededor hasta que finalmente dio con lo que buscaba: la espada de Sawny, que permanecía milagrosamente enganchada a su cintura, dentro de la cinturil a de su plaid, donde él la había colocado segundos antes de zambullirse bajo las aguas del río.

Megan se lanzó al cuello de Duncan.

—¡Mi amor! —exclamó emocionada.

El cuerpo de Duncan, todavía inestable, volvió a quedar tendido sobre el suelo. No había llegado a tragar agua, puesto que hasta el último momento había retenido el aire y cuando se había desvanecido, a causa de la falta de oxígeno y de la hipotermia, había sido rápidamente rescatado por John y eso lo había salvado de ahogarse.

—Vamos a la cueva —indicó Megan—. Ayúdame a levantarlo,

200

Nowevolution editorial.

John —le pidió al muchacho. Y entre los dos lograron hacer que

Duncan se pusiera en pie.

Su cuerpo helado se agitaba violentamente y seguía con los miembros adormecidos y agarrotados. Apuntalado en Megan y en John, Duncan consiguió avanzar hacia el refugio, aun cuando casi no sentía sus brazos ni sus piernas. Ellos dos lo guiaban. El muchacho, además, llevaba en una de sus manos las botas que el highlander había dejado en la orilla antes de internarse en la corriente.

—Déjame quitarte la ropa o nunca podrás recuperar el calor — dijo Megan, una vez que estuvieron a resguardo dentro de la gruta. Ella le quitaba el plaid, y Duncan, a pesar de no sentirse muy bien, no pudo evitar sonreírle de manera sugerente. Megan apartó su mirada de inmediato, mientras sus mejillas adoptaban un subido tono de rojo.

—¿Tiene Duncan más ropa seca? —preguntó John, quien había notado el intercambio de miradas entre la pareja.

—En las alforjas —señaló Megan—. Busca allí y trae todo lo que encuentres, porque tú también necesitas algunas prendas secas.

El muchacho obedeció. Poco después, regresó con dos camisas limpias y tres mantas. Megan las tomó en sus manos y dividió la

ropa en dos grupos, le devolvió uno de los fardos a John y le indicó que fuese a cambiarse, luego se volvió hacia Duncan y empezó a

vestirlo. Él no protestó hasta que él quiso cubrirlo con el segundo tartán.

—No, ese plaid no —dijo, pronunciando con dificultad, debido a los temblores que aún recorrían su cuerpo.

—¿Qué tiene de malo esa manta? —preguntó él, sin poder comprender.

Duncan se quitó la manta de los hombros, y comenzó a doblarla.

—Ese plaid no es para ser usado —indicó.

—¿Y para qué está si no es para ser utilizado?

—Es... es el tartán de Alexander y debo guardarlo junto a las espadas para devolvérselas cuando ellos vuelvan.

Megan frunció el ceño.

—Duncan, ¿acaso deliras? —preguntó, alarmada. Alzó la mano

201

Ganadora concurso Ali Nigro

para comprobar si la piel de él ardía. Seguía helada, pero él decía incoherencias. Alexander era el hermano de Duncan, pero estaba muerto, y él había dicho: «cuando ellos vuelvan». No tenía sentido.

—¡No deliro! —exclamó él—. Ellos volverán... Alexander y Evangeline, y yo debo custodiar sus espadas y su plaid.

Megan negó con la cabeza. Definitivamente, Duncan deliraba.

—Ellos regresarán y yo estaré esperando. Cumpliré mi prome-

sa... —Las palabras brotaban sin que él se detuviera a pensarlas—.

Se lo juré a mi hermano y lo cumpliré. Yo soy, soy el guardián de las espadas —dijo, castañeteando los dientes.

—¡Y serás un cadáver si no te abrigas, maldito testarudo! —mas-

culló el a. Le arrancó la manta de las manos y volvió a envolverlo con la prenda.

—No, Megan, no.

—¡Déjate de tonterías, Duncan! Cuando recuperes el calor, volveremos a guardarla junto a las espadas y todo lo que tú quieras, pero ahora se queda alrededor de tu cuerpo —ordenó el a.

A regañadientes, él aceptó.

Megan quiso encender un fuego, pero Duncan le aseguró que no

era prudente, y en eso sí el a tuvo que obedecerle. Se recostaron en el suelo, uno al lado del otro, porque el lugar era pequeño. Duncan

rodeó a Megan por la cintura y la acercó a él, y con ese cálido cuerpo pegado al suyo fue recuperando su propio calor.

Habían acordado que descansarían durante unas horas y que

retomarían la marcha hacia el noroeste, poco antes del amanecer.

—¿Qué era eso que has dicho hace un momento? —le preguntó

el a—. Que Alexander... No, no. En realidad lo que has dicho es que ellos «volverán»... ¿Qué significa eso?

—Nunca debería habértelo dicho, pero es la verdad... Será nuestro secreto, Megan. ¿Me prometes que nunca dirás ni una palabra acerca de esto?

—Desde luego que te lo prometo, Duncan; pero no lo entiendo...

—También tiene mi palabra, señor, porque yo también lo he oído decir esas cosas —acotó John.

—Gracias a los dos, entonces... ¡Creo que el frío me soltó la lengua! —expresó después, y sonrió de lado.

202

Nowevolution editorial.

—Sí, así parece, y ahora deberás decirnos toda la historia —exigió el a, girándose para situarse frente a él y depositar un dulce beso sobre sus labios llenos.

Duncan la miró a los ojos y supo que podía confiar en los dos.

La besó en la punta de la nariz. Inhaló en profundidad, entonces les contó la historia:

—Fui testigo del asesinato de mi hermano Alexander... él era solo un muchacho —contó con voz compungida—. Los he visto morir, a él y a su mujer. Los dos asesinados sin piedad por quien

fuera nuestro padre. —Duncan sintió repulsa al referirse con ese término al despiadado hombre—. Ellos se amaban tan profundamente que antes de morir se hicieron un juramento —recordó con tristeza—. Era una promesa de amor eterno y, en esa promesa, se juraban regresar a este mundo y buscarse.

—Pero, Duncan... —musitó Megan.

—Shhh —la silenció él, apoyando las puntas de los dedos sobre los labios de ella—. Yo sé que suena como una locura, como un cuento o una leyenda fantástica de esas que cantan los trovadores, pero tengo la certeza, Megui, de que ellos retornarán en una nueva vida para amarse, y cuando eso suceda, yo estaré esperando para devolverles lo que les pertenece.

—¿Por qué esos objetos? —preguntó John.

—El tartán es el que llevaba puesto Alexander el día de su muerte y las espadas eran los únicos objetos materiales que ellos adoraban.

—Pero ¿por qué eran tan importantes para ellos? —curioseó el muchacho otra vez.

—Yo le obsequié a mi hermano su espada y después él hizo forjar la réplica pequeña para Evangeline... Esas armas simbolizaban su amor, por esa razón las custodiaré y protegeré con mi vida,

porque para ellos eran importantes.

—Duncan... —Megan le acarició la mejilla con dulzura. Le dolía tener que decirle aquello, pero él creía con tanto fervor en algo que no sucedía en la vida real—. Tú oíste su juramento, pero eso no significa que ciertamente ellos vayan a regresar. Esas cosas son imposibles.

203

Ganadora concurso Ali Nigro

—Megui, sé que parece una locura, pero aquí —llevó la mano de él a hasta el centro de su pecho, luego prosiguió—, aquí, en mi corazón, siento que ellos volverán.

Ella no sabía qué más podía decirle. Ese highlander de veinticinco años tenía convicciones apostadas en cosas que para ella escapaban de su poder de razonamiento. Duncan había dicho que custodiaría aquellos objetos con su vida y esperaría el regreso de su hermano y su mujer a la tierra y Megan, para hacer honor a la verdad, dudaba tremendamente de que algo así fuese posible...

¿Regresar en una nueva vida después de haber muerto?

—No pienses en eso ahora, mi amor —le dijo él, acariciando su

entrecejo fruncido, señal inequívoca de que se debatía entre pensamientos—. Descansa, que pronto retomaremos la marcha.

Megan relajó el gesto y asintió con la cabeza, después, intentó poner la mente en blanco para dormir. No le resultó fácil conseguirlo, pero el cansancio finalmente logró conquistar su sueño.

—¿Señor, ya duerme usted? —preguntó John, bastante más tarde.

—No, John, aún no y... no me digas señor. Llámame Duncan.

—Bueno, gracias, Duncan.

—¿Qué querías preguntarme, muchacho?

—Su hermano... eh... ¿Usted lo quería mucho, no es así?

—Sí —asintió con la voz cargada de dolor.

—Él... —empezó a decir John—. Alexander debe de haberse sentido muy dichoso de tenerlo a usted, a ti —corrigió—, como hermano y, si ahora puede verte, debe de sentirse orgulloso... —Se detuvo un instante antes de decir—: Yo lo estaría, si fuese él.

—Gracias, John —musitó Duncan con un nudo de emoción en la garganta—, eres un buen muchacho... aunque seas medio *sassenach* —bromeó.

John también soltó una carcajada.

—¿Tú tienes hermanos? —quiso saber Duncan.

—No, pero de poder elegir, te elegiría a ti —dijo el joven, para quien Duncan reunía todas las cualidades que él valoraba en una persona: era honorable, valiente, aguerrido, de buen corazón, galante y además amaba a lady Megan, a quien John adoraba como

204

Nowevolution editorial.

a una hermana. Sí, si John pudiese pedir una cosa en su vida, esa sería que Duncan McGraeme fuese su hermano.

Duncan se había quedado pensativo y conmovido por las palabras del joven.

Carraspeó para aclararse la voz.

—Entonces, John White, a partir de hoy yo soy tu hermano —dijo con resolución.

John asintió con la cabeza, y sonrió. Sentía el pecho henchido de felicidad, también sentía un nudo de emoción que le estrujaba la garganta.

—Gracias, Duncan —susurró.

—¡Un hermano *sassenach*! ¡Jamás lo hubiese creído! —bromeó.

—Medio *sassenach* —corrigió John, secándose disimuladamente los ojos con el dorso de la mano.



Aún no despuntaba el día pero, tal como tenían previsto, los tres fugitivos se preparaban para continuar viaje.

John se acercó a Duncan, que en ese momento ajustaba la cincha de *Dubh*.

—Duncan —lo llamó.

—¿Qué pasa, John? —preguntó, sin girarse.

—He estado pensando... —John no sabía cómo empezar a decir lo que tenía para decir, porque sabía que se encontraría con una negativa, pero él había pasado gran parte de la noche pensando en el asunto y estaba absolutamente decidido. Inspiró hondo y prosiguió—: Duncan, tú has dicho que me llevarás a la tierra de los MacDonald...

—Así es —lo interrumpió McGraeme—. No tienes que preocuparte, muchacho, porque allí estarás a salvo. Mi tía Dora, quien es adorable, se encargará de que así sea.

—¡Pero, Duncan! —protestó el joven—, ¡de eso justamente es de lo que deseo hablarte!

—¿Y qué es lo que quieres decirme? —Preguntó Duncan, que

Ganadora concurso Ali Nigro

ahora lo miraba de frente. En sus ojos verdes se leía un claro gesto interrogante.

—Es que no deseo ir con los MacDonald.

—¿No?

—¡No! Yo deseo continuar contigo y con lady Megan.

—Escucha, John, si sigues viaje con nosotros, estarás constantemente en peligro y sin poder permanecer en paz en ningún sitio, sabiendo que, en cualquier momento, Randolph o sus hombres pueden caer sobre ti. Sabes que de ocurrir, nada te salvaría del cadalso, y eso es algo que no puedo consentir, muchacho.

—Ya lo he decidido.

—¡Y yo me niego rotundamente!

—No me quedaré con los MacDonald —refutó.

—Pues tendrás que hacerlo y ahora mismo emprenderemos la marcha hacia allí.

—¡Perderás el tiempo, puesto que me escaparé y los seguiré!

—¡No seas testarudo, John White! —lo reprendió Duncan, ya agotada su paciencia.

—Tú... has dicho que ahora eres mi hermano. ¿Era eso verdad?

—¡Desde luego! Sabes que te considero mi hermano.

—Entonces no es justo que ahora que tengo un hermano, deba separarme de él —replicó ofuscado el muchachito.

—Cuando las cosas mejoren regresaré por ti.

—¡Mentiroso! —gruñó John—. Ni siquiera sabes si las cosas mejorarán. ¿Y si toda la vida debes huir? En ese caso jamás te volveré a ver... a ti o a lady Megan.

—No lo sé, John.

—Entonces harás lo que te pido. Llévame contigo, permíteme de verdad ser tu hermano y el de lady Megan. Huyamos juntos, no me importa estar en peligro. Eso es lo que yo quiero, Duncan.

—Eres solo un muchacho.

—¡Soy un maldito muchacho que es capaz de tomar sus propias decisiones y eso es lo que estoy haciendo ahora, Duncan McGraeme! —expuso John alzándose en toda su estatura, que no le llegaba a Duncan más que al hombro.

Megan tomó a su amado del brazo.

206

Nowevolution editorial.

—Él ha decidido, Duncan —susurró.

—Sí, lo ha hecho —asintió él, acariciando la mano de la mucha-

cha, que descansaba sobre su antebrazo.

John permanecía erguido, con los cabellos rubios, despeinados, cayéndole sobre la frente. Dio un respingo para apartárselos del rostro y eso le otorgó un aire de altanería que divirtió a Duncan.

—¡Ve a preparar tus cosas, condenado *sassenach*, que hay que viajar hacia las montañas del noroeste! —exclamó, y soltó una carcajada.

—¿Entonces... eh, no iremos a tierra de los MacDonald? —

preguntó, algo temeroso, pero sin abandonar su postura firme.

—No, así que puedes dejar de hacerte el gallito. Vete a preparar tu caballo para partir de inmediato.

—¡Bien! —dijo el muchacho. Se dio la vuelta y se alejó de la pareja con una enorme sonrisa en el rostro, que ni Duncan ni Megan pudieron ver directamente, pero que no les fue difícil adivinar.

Duncan siguió a John con la mirada mientras el chico se alejaba en busca de su montura. Negó con la cabeza.

—Espero no tener que lamentar esta resolución —murmuró.

—Has hecho lo correcto, amor mío. Conozco a John desde hace años y estoy convencida de que no hubiese tardado nada en salir detrás de nosotros en cuanto lo hubiésemos dejado con tu tía.

—¿Estás segura de que ustedes dos no son hermanos de sangre?

—le preguntó Duncan, con una sonrisa divertida.

—No, hasta donde yo sé —le dijo el a con una bonita sonrisa en sus labios de fresa.

—¡Testarudos! —masculló Duncan, medio acallando la palabra sobre la boca de el a.



Llevaban más de cuatro semanas de viaje por caminos sinuosos; entre altas montañas, lagos cristalinos y acantilados. No mantenían una ruta recta con la intención de despistar en caso de que Randolph pudiera seguirles en algún momento el rastro, aunque el objetivo de

207

Ganadora concurso Ali Nigro

ellos, desde que emprendieran el viaje, había sido llegar al norte.

Sus cuerpos se encontraban exhaustos y las pocas provisiones que llevaban se les habían agotado.

Hasta entonces, habían evitado detenerse en establecimientos para no llamar la atención y para no dejar pistas a sus perseguidores.

No obstante, a esa altura de la travesía no les quedaba más que pedir albergue en alguna posada, al menos, para comer alguna cosa sustanciosa y reponer fuerzas con un buen descanso. Hacía algo más de un día que no probaban bocado y los días anteriores sus

raciones habían sido escasas y, debido a ello, las fuerzas los estaban abandonando.

Dejaron el resguardo de los bosques y se encaminaron hacia lo que parecía una pequeña aldea de pescadores. De las sencillas pero pintorescas viviendas de piedra y techo de brezo, pendían redes de pesca secándose al sol.

—Creo que estamos en la tierra de los Graham —le susurró Duncan a Megan.

—¿Graham? Nunca he oído hablar de ellos —respondió, también en un susurro.

—Es una aldea pequeña, de gente buena y trabajadora.

—¿Cómo sabes tú de ellos?

—Porque guardan un parentesco lejano con el esposo de mi tía Dora. Antepasados de los dos clanes se unieron en matrimonio hace más de cien años... El laird de los MacDonald se desposó con la hermana del laird de los Graham.

—¿Sí?

—Y, ¿sabes? Hasta dicen que el mismo rey James 16 visitó el castillo en mil seiscientos dieciséis.

—¿Y eso es verdad? —preguntó asombrada.

—No lo sé, Megan. —Duncan se alzó de hombros—. Según dice el esposo de mi tía, su bisabuelo Colin¹⁷, el laird de los MacDonald por ese entonces, estaba en el castillo de los Graham como prometido de lady Keyra cuando los visitó su majestad.

16 - Rey James (Jacobo) VI de Escocia, I de Inglaterra.

17 - Hace referencia a los personajes de la novela de la serie ‘Highlands II’ *Rehén de tu amor*, de esta autora.

208

Nowevolution editorial.

—¡Qué increíble, y yo ni siquiera conocía de la existencia de este clan! Pero Duncan, si en cierta forma tú eres su pariente, puede que se apiaden de nosotros y nos den, aunque no sea más que eso, una hogaza de pan —reflexionó, y sus palabras sonaron con una nota de anhelo.

—Me temo que, por lo pronto, será mejor no revelar nuestra procedencia, Megui.

—Como tú digas, Duncan —consintió el a.

Conversaban en voz baja mientras se internaban en la aldea, se-

guidos de cerca por las miradas curiosas de los pobladores. Algunos miraban a los forasteros con disimulo, otros, directamente, abandonaban sus tareas y se dedicaban a observarlos abiertamente.

Los tres recién llegados buscaron entre las construcciones hasta que dieron con una sencill a posada de madera. Detuvieron los caballos delante. John y Duncan se apearon y el segundo acudió en auxilio de Megan para que el a no cayera al suelo del cansancio al poner los pies sobre la tierra.

—¿Quieres que te lleve en brazos? —le preguntó, cuando la notó tambalearse.

—Estoy bien. Iré caminando, de lo contrario llamaremos aún más la atención.

John se acercó a la pareja, y acotó:

—Creo que eso lo hemos hecho desde que pusimos los pies en la aldea, milady.

Megan esbozó una mueca. El chico tenía razón, aunque guardó silencio pues un mozo de cuerdas había salido del establo y se aproximaba a ellos.

— *Ciamar a tha sibh?*¹⁸ —saludó el muchacho en gaélico.

— *Tha sibh gu math, tapadh leat!*¹⁹ —respondió Duncan en la

misma lengua.

—Señor, ¿quiere que guarde sus caballos en el establo? —le preguntó el joven, en un inglés casi ininteligible.

—Sí, muchacho, gracias —respondió el aludido—. Asegúrate

18 - ¿Cómo están ustedes?

19 - Nosotros estamos bien, gracias.

209

Ganadora concurso Ali Nigro

de cepillarlos y de que no les falte agua ni alimento —pidió, y extendió al muchacho un penique.

—Sí, señor. —El joven aceptó la moneda que le tendió el

highlander de cabello cortísimo y tomó a los tres animales de las

riendas, instantes después, se perdió de vista detrás de la tosca construcción de madera que conformaba la posada.

Duncan aferró a Megan por la cintura para ayudarla a caminar y

entraron en el recinto con John a su lado.

— *A smeòraich* —saludó Duncan al posadero, un hombre algo rechoncho de cabello cano y barba tupida.

— *A smeòraich* —respondió al saludo el hombre con una leve inclinación de cabeza—. ¿En qué puedo servirlos?

—Necesitamos dos cuartos, uno para mi hermano y otro doble para mi esposa y para mí —indicó Duncan, y en ese momento, se ganó un bufido apenas perceptible de parte de John. Duncan le dirigió una mirada de reojo y se encontró con un gesto de reproche en el rostro del joven rubio.

El posadero asintió.

—Tengo dos cuartos disponibles. Están subiendo la escalera, al final del pasillo —les comunicó, y señaló con su robusta mano hacia la escalera de madera ubicada a su izquierda.

—Bien, nos los quedamos —aceptó Duncan. Buscó dentro del *sporrán* 21, sacó un chelín y se lo entregó al hombre—. Y también nos gustaría tomar alguna comida.

—¡Claro! Dejadme registraros, y le diré a mi esposa que os sirva el mejor haggis de toda Escocia —respondió él con una sonrisa desdentada que le llegaba de oreja a oreja y que denotaba el orgullo que sentía por las aptitudes culinarias de su mujer.

Duncan asintió con la cabeza para mostrar su conformidad.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó el mesonero.

—Brian MacLeod —indicó el aludido, sin demora.

—Señor Brian MacLeod y señora —apuntó el hombre regor-

20 - Forma de saludo en gaélico escocés.

21 - Sporrán (Gaélico escocés de ‘monedero’ o ‘bolso’) es un complemento tradicional del traje típico de las Tierras altas de Escocia.

210

Nowevolution editorial.

dete con una pluma sobre las hojas amarillentas, precariamente atadas con un cordel, que conformaban el libro de registros del hospedaje—. ¿Y cuál es el nombre de su hermano?

—Hugh MacLeod.

Se oyó otro bufido de John, quien parecía haberse atragantado con su propia saliva. Esta vez, Duncan le soltó una mirada de disgusto, a la cual el joven respondió abriendo mucho los ojos celestes.

—Ya está todo en orden, señor MacLeod —señaló el posadero cerrando el cuaderno—. ¿Y qué lo trae por estas tierras? —curioseó.

—¡Oh, mi buen amigo, mi esposa hace tiempo que quiere ver las focas en la bahía, así que bueno, aquí estamos, cumpliendo sus deseos! —mintió Duncan, ahora el señor Brian MacLeod.

—¡Oh, sí! Las focas son un espectáculo digno de contemplar que la madre naturaleza nos regala cada otoño —indicó el hombre.

Una mujer, también regordeta, aunque bastante más joven que su esposo, asomó la cabeza a través de una puerta que, por el aroma que salía desde allí, no podía tratarse de otra cosa más que de

la cocina. El posadero dirigió su atención hacia ella.

—Fiona, traed para nuestros viajantes tres platos de tu mejor haggis²², querida.

La mujer asintió y volvió a desaparecer detrás de la abertura que daba acceso a la cocina. Los nuevos inquilinos de la posada se dirigieron hacia una de las toscas mesas de madera que había en el sencillo comedor. Se sentaron cerca del fuego, que a esa hora, en la que el sol ya había caído, resultaba reconfortante. A los pocos minutos, Fiona volvió al salón portando una bandeja humeante que a ellos les supo como si se acercasen bastante a la gloria. John esperó a que la mujer se retirara para hablar a Duncan en tono de reproche, aunque en voz baja.

—¿Tenías que llamarme Hugh? ¿No tenías un nombre más horrible para ponerme? —preguntó indignado, luego se llenó la boca con un gran bocado de haggis.

—¡Oh, vamos! ¿No irás a ponerte quisquilloso con esas cosas?

—Bueno, pero tú te has elegido un buen nombre —farfulló, con

22 - Plato nacional escocés. El haggis se prepara con asaduras de cordero, mezcladas con avena y especias, atadas con las tripas del animal y asadas.

Ganadora concurso Ali Nigro

la boca llena de comida—, y a mí me has dejado ¿Hugh? ¿Hugh MacLeod? ¡Qué asco!

—¡No es tan malo! —lo consoló Megan con una sonrisa y palmeándole la mano. Eso le recordó a John/Hugh que tenía otra reclamación que hacerle a su recientemente estrenado hermano Duncan, o Brian, según su nuevo y provisional nombre.

—¡Y otra cosa, Brian! —pronunció el «Brian» con bastante ironía—. Lady Megan y tú deberían desposarse verdaderamente si piensas hacerla dormir en tu cuarto.

—Eso es cierto, Hugh —respondió él, también con un tonito divertido al pronunciar el nombre, y provocó que el muchacho bufara de disgusto—. Te prometo que repararé ese detalle en cuanto encontremos una capilla.

—¡Aquí debe de haber alguna! —espetó el joven—. Pregúntale al posadero, él debe saber con seguridad dónde se encuentra la capilla.

—No podemos hacer eso. Aquí hemos dicho que ya somos esposos y no podemos ahora salir con lo de la boda. ¿No crees que levantaría sospechas?

—Sí, sí. Reconozco que tienes razón. ¡Pero lo solucionarás cuanto antes para reparar el honor de lady Megan! —advirtió.

—Hugh —intervino Megan con dulzura—, no me llames lady.

Recuerda que es mejor que crean que no somos más que gente común. Además, a partir de ahora, seré Thea —anunció en un susurro.

—¿Thea? —gruñeron los dos hombres a la vez.

—¡Sí, Thea! —señaló el a, con aires de importancia.

—Bueno, Thea —asintió Duncan elevando los ojos al techo.

Después se dirigió al posadero—: Buen hombre, ¿podría traernos una jarra más de vino?

—Enseguida, señor MacLeod. —El hombre se acercó a ellos

con la jarra de vino y la dejó sobre la mesa, antes de que se retirara, Duncan le habló sin que en su tono de voz se reflejara algún interés personal.

—¿Pasan muchos viajeros por estas tierras?

—Algunos, cada tanto —señaló el posadero.

212

Nowevolution editorial.

—¿Las focas, no es así? —preguntó Duncan—. Esas criaturas deben atraer a muchos visitantes.

—Así es. Las focas son un gran atractivo. Aunque el grupo que pasó por aquí hace dos días no parecía interesado en el as.

—¿Ah, no? —quiso saber. Fingiendo indiferencia engulló un trozo de comida.

—No, no. Esos parecían personas peligrosas —recordó el despachante, que se mesaba la barba con una mano regordeta—, sobre todo el líder... —apuntó con un deje de temor.

—¿El líder? —deslizó Duncan la pregunta. Bebió de su copa y procuró no demostrar la tensión que corría por su columna.

—El líder era un hombre que con solo mirarlo erizaba la piel. Era como estar frente al mismísimo demonio. —Se persignó y meditó un segundo antes de proseguir—: Sus ojos parecían cortados en hielo.

—¿Y siguen por aquí?

—No, gracias a nuestro Señor, se fueron ese mismo día por la tarde. Parece que llevaban mucha prisa.

Duncan se encogió de hombros. De reojo atisbó que Megan se había puesto nerviosa, por lo tanto se encargó de despedir al posadero. La tomó de la mano, y notó que su pulso se hallaba tembloroso.

—Shhh, tranquila. Ellos están muy lejos.

Megan asintió, bebió largos tragos de vino e intentó relajarse.

Un rato después

Megan había terminado su comida y el cansancio había aflorado por todo su cuerpo. Sentía pesadas las extremidades, le dolía la espalda, y sus sentidos parecían haberse aletargado. Estaba tan agotada que los párpados se le cerraban a pesar de que él insistía con volver a abrirlos. A poco estaba de quedarse dormida en la mesa.

—Vamos, te llevaré hasta el cuarto —expuso Duncan al notar su estado. Se puso en pie y tendió la mano a su mujer para ayudarla a levantarse de la silla.

—Caminaré, mi amor —respondió ella, pero al incorporarse,

213

Ganadora concurso Ali Nigro

las piernas le flaquearon. Unos brazos fuertes la levantaron antes siquiera de que se diera cuenta. Se aferró al cuello masculino y descansó la cabeza en su hombro. En el corto tramo que había desde las escaleras de madera y el corredor, escasamente iluminado, hasta llegar al cuarto, Megan ya se había quedado completamente dormida.

Duncan abrió la puerta de madera, que rechinó en respuesta.

Megan se removió en sus brazos, pero ni ese chirrido penetrante

logró despertarla. Él la cargó hasta la cama, retiró el cobertor y la depositó sobre las sábanas rústicas. Se sentó a su lado, solo para contemplarla y

rememorar los momentos que habían compartido desde que el a lo había encontrado casi muerto junto al río y lo había salvado. Ella era su ángel guardián, era su vida.

Con suma ternura y delicadeza, Duncan desvistió a Megan, procurando no moverla mucho para no despertarla. Le quitó la prenda y después los zapatos, para dejarla solamente cubierta con la camisa.

Después, él también se despojó de su ropa, se acostó a su lado y los cubrió a ambos con las mantas.

Volvió a acariciarle la mejil a y acomodó los cabellos lacios, que caían sobre su rostro como hebras del color de una noche sin luna.

Repasó sus rasgos de hada. Su hada, su ángel... su amor. Y mientras se deleitaba con esa visión, a Duncan se le fueron cerrando los párpados. Durante unos instantes luchó contra el cansancio para no dejar de mirarla, pero finalmente, el agotamiento acumulado en su cuerpo venció la batalla y se quedó dormido.



Duncan tenía el sueño más maravilloso de toda su vida.

Unas manos delicadas, suaves como la más suave de las sedas, cálidas como las alas de un ángel, acariciaban su pecho, remarcando cada uno de sus músculos. Y aquel as manos maravillosas, eran acompañadas por la dulzura de unos labios generosos, labios que él

conocía de memoria y que era capaz de reconocer entre un mil ar de labios. Eran los labios de su adorada Megan y en ese momento, ascendían por su pecho... Ahora estaban en su cuello y dejaban una cantidad de besos sensuales en toda su extensión.

214

Nowevolution editorial.

Los labios generosos capturaron el lóbulo de su oreja, y lo hicieron gemir de puro placer. Sintió el peso liviano y delicioso de un cuerpo femenino sobre el suyo. Percibió sus formas esbeltas y redondeadas y sus manos ya no pudieron quedarse quietas.

Mientras sus palmas acariciaban un trasero de ensueño, su boca fue capturada en un beso tímido. Un beso que poco a poco venció las barreras de la timidez y se transformó en intenso y profundo cuando su lengua buscó la de Megan y el a se entregó por completo a sus deseos. Su ángel cortó el beso y le susurró al oído:

—Te amo, Duncan.

Entonces él supo que no soñaba, sino que esa era la más maravillosa de las realidades. Una realidad que él anhelaba, con todo su corazón y con cada gramo de su alma, hacer permanente.

Abrió los ojos y se vio reflejado en los inmensos ojos azules de el a. Tomó su cabeza entre sus manos, enredando las finas hebras

oscuras entre sus dedos y volvió a besar esa boca de fresa que tanto lo enloquecía.

—Megui, quiero despertar así cada día, amor mío. Viendo tu rostro adorable, sintiendo el calor de tu cuerpo arrebujado junto al mío y saboreando tu boca, que me sabe como el más sublime de los manjares.

—Y yo te prometo que mientras yo viva, nada ni nadie impedirán que me encuentres en tu cama cada mañana y en tu vida cada día.—Entonces no tengo nada más que pedirle a la vida, porque con eso me basta para ser feliz.

—¿Tú crees? —preguntó el a, con una sonrisita pícaro.

—¿Qué más podría regalarme el cielo, si ya me ha enviado a uno de sus ángeles?

Megan le sonrió con ternura. Se recostó de lado, junto a Duncan, buscó la mano de él y la guió hasta su abdomen para dejarla posada allí. Duncan abrió mucho los ojos.

—Un hijo —le susurró el a, con los ojos empañados a causa de la emoción.

—¿Megui... es posible? —Duncan se incorporó sobre un codo, sin dejar de acariciar el vientre de su mujer—. ¿Me estás diciendo que tú y yo tendremos un hijo?

—Sí, mi amor —confirmó el a—. Es muy pequeñito, pero sé que está aquí —acarició la mano de Duncan sobre su abdomen para afirmar sus palabras.

—¡Señor! ¡Señor! —empezó a repetir él, sin saber bien qué hacer. Sentía tanta felicidad que creía que el pecho le estallaría de un momento a otro. Sonrió con una de esas sonrisas tontas, totalmente embobado con la noticia y sin borrar esa sonrisa de sus labios, apoyó la cabeza sobre el abdomen aún plano de Megan y la rodeó con sus brazos.

—Mi hijo... nuestro hijo —murmuró él, y besó una y otra vez el vientre que acunaba a su pequeño.

Duncan ascendió por el cuerpo de su mujer, mientras dejaba un reguero de besos y caricias por debajo de la camisa y, casi sin que se dieran cuenta, la emoción fue cediendo ante la pasión, hasta apoderarse de ellos por completo.

Duncan se situó sobre Megan. Algo temeroso de aplastarla, apoyó todo su peso sobre sus propias rodillas y sus manos. No dejó de venerarla con sus besos y sus caricias hasta que llegó un

punto en el que su piel parecía querer fundirse con la de ella.

—¿Megui, crees que podemos dañar al niño si...?

—No, mi amor, nada de eso —le respondió el a, tiernamente.

Megan tomó entre sus manos el rostro del hombre que más amaba en el mundo, y besó cada uno de sus rasgos. Entonces, le susurró con la voz enronquecida de deseo:

—Ámame, Duncan. Ámame como aquel a vez en el bosque, bajo las estrellas. Ámame sabiendo que ya nunca volverás a dejarme como ocurrió esa vez. Ámame sabiendo que esta vez es para siempre.—Megan, le ruego a nuestro Señor cada día para que alguna vez puedas perdonarme por aquella idiotez que hice. Necesito que me perdones, Megui, porque yo jamás podré perdonarme a mí mismo.

—Yo ya te he perdonado, Duncan. Además, sé que lo hacías con la firme creencia de que era lo mejor para mí.

216

Nowevolution editorial.

—Me equivoqué tanto... —murmuró compungido.

—Deja de pensar en eso. Ven a mí, Duncan...

Él no necesitó mayor invitación. Se internó en el a con cuidado, pues temía lastimar a su niño, después empezó a moverse con suavi-

dad. La cadencia de sus movimientos empezó tranquila, acompasada, pero fue ganando intensidad con cada nueva acometida. Una cantidad indecible de sensaciones se gestó en ellos. Urgentes. Poderosas... e involucró cada célula, cada centímetro de piel y cada pulgada de sus cuerpos por dentro y por fuera.

Y el huracán creció. Se hizo cada vez más intenso y los elevó en sus brazos. Y los llevó hasta la gloria, a las puertas mismas del cielo. Y cuando todo se desató, una sucesión de estremecimientos los recorrió de la cabeza hasta las puntas de los pies, y convulsionó sus cuerpos al ritmo de la pasión. Entonces sintieron que no solo sus cuerpos, sino también sus almas, se habían fusionado en una para siempre.

—Te amo, Megan. Te amo tanto como jamás hubiese imaginado que podría llegar a amar —le declaró él, y selló sus palabras con un nuevo beso.

—Y yo a ti, Duncan. Te amo más que a mi propia vida.



Tal como Duncan había supuesto, sus perseguidores, al no encontrarlos en el norte, retomaron el camino y les otorgaron con ello varios días de descanso.

Permanecieron en la posada durante tres jornadas completas, aunque se vieron obligados a abandonar su comodidad cuando se

les agotaron las escasas monedas con las que contaban, que eran las que la tía Dora había dejado en las alforjas de *Dubh*, junto con el resto de las cosas que había guardado allí para la huida de Duncan.

Con las fuerzas recuperadas y bien alimentados, Duncan, Megan y John, retomaron el viaje. No tenían un punto de destino. No tenían un lugar al cual pudieran llamar hogar. Eran fugitivos, y si nada cambiaba, así sería hasta el final de sus días...

217

Ganadora concurso Ali Nigro

24

El olor de la hierba húmeda, la brisa fresca y la tibieza de los primeros rayos del sol de la mañana acariciaban los sentidos de los viajeros.

Los tres caballos con sus jinetes avanzaban a paso lento, abriéndose camino entre la vegetación del bosque. Jamás tomaban los caminos principales pues la vegetación era el mejor recurso para mantenerse ocultos.

Sabían que Randolph había estado en las tierras de los Graham, pero que no había permanecido allí más de una jornada. La próxima información que les llegó, mientras ellos todavía se hos-

pedaban en la posada, había venido de la mano de un mercader.

El comerciante de vino y pieles había tenido la mala fortuna de cruzarse en el camino con los salvajes highlanders, y había tenido que soportar sus abusos. Según los dichos del hombre, el laird de McGraeme se dirigía hacia el sudoeste, y a Duncan no le llevó mucho deducir que, con seguridad, Randolph iba hacia las tierras de los MacDonald.

Hasta entonces, Duncan se había mantenido renuente de involucrar a los MacDonald en sus problemas, pero al conocer la noticia del embarazo de Megan, no había dudado en que lo mejor para el a y el niño en camino sería pedir refugio a la familia de su tía Dora.

En el pasado, entre el laird de los MacDonald de Skye y el antiguo laird de los McGraeme, la relación había sido tan tirante que parecía que ambos habían estado esperando cualquier insignificancia para cortar la cuerda y desatar una guerra entre los dos clanes. Muerto el laird, podrían haber terminado los conflictos, pero con Randolph a la cabeza esas disyuntivas no se verían disminuidas, sino al contrario.

Si había algo que a Randolph, nuevo laird de McGraeme, le fascinaba eso era una buena lucha, el sonido del entrechocar del acero y la

sangre, mucha sangre de sus enemigos regando el suelo y tiñendo el acero de su espada.

Duncan había querido evitar a toda costa, regalarle a su hermano un motivo para atacar Skye. Porque si se refugiaban con los MacDonald y Randolph llegaba a enterarse, entonces la guerra entre MacDonald y McGraeme se desataría sin tregua y eso era algo que Duncan no se perdonaría jamás.

Pero ahora la situación había cambiado.

Tener que pasar la vida huyendo como un fugitivo, era difícil y peligroso. Vagando constantemente por las montañas, ocultándose como animales para evitar al cazador, sin poder permanecer mucho tiempo en ningún lugar, durmiendo a la intemperie y muchas veces sin nada o con muy poco para comer.

Tener que huir, habiendo arrastrado con él a su adorada mujer y a John, ahora su hermano del corazón, era algo que le pesaba a Duncan en la conciencia a diario, pero le había quedado el ínfimo consuelo de saber que ellos habían decidido por su cuenta acompañarlo, aun a sabiendas de los riesgos y las dificultades a las cuales podrían enfrentarse... ¿Pero pensar en Megan llevando esa vida con un pequeño en su vientre, o verla parir a su hijo en algún lugar remoto e inhóspito, que no haría más que aumentar los riesgos naturales de un parto y

condenar a esa vida miserable y de peligro a un pequeño, a su pequeño? No, eso sí que era algo que Duncan, de ninguna manera, se podía permitir, ni siquiera era capaz de pensar en ello.

Por eso había tomado la decisión. No quería involucrar a los MacDonald, pero ahora no le quedaba más remedio. Tenía la certeza de que ellos los recibirían y en Skye su hijo tendría la protección de un clan y su mujer tendría un embarazo tranquilo y un parto adecuado en una cama confortable y con la ayuda de alguna comadrona.

En cuanto llegaran a Skye, él le juraría lealtad al laird MacDonald, y entonces su familia, porque Megan, John y el pequeño en camino ahora eran su familia y su responsabilidad, ya no tendrían que seguir huyendo, tal vez deberían ocultarse, pero lo harían en la seguridad de la isla. Ya verían el modo de evitar que Randolph se enterase de

219

Ganadora concurso Ali Nigro

su estancia en esas tierras y si él lo llegara a saber, ya vería también cómo evitar una guerra entre los dos clanes.

Su tía Dora le había dicho en más de una oportunidad que Skye era un lugar maravilloso, que estaba rodeado de mar y de otras islas, y que allí las olas rompen contra los peñascos de las costas y el viento lleva el olor salado de las aguas. Un lugar en el que las praderas que rodean al imponente

castillo de piedra gris de los MacDonald

que, como un centinela vigilante, corona las tierras, se llenan de flores amarillas.

Sí, irían a Skye y a Megan le gustaría ese lugar. Pero primero tendrían que esperar en las montañas hasta que Randolph y sus hombres visitaran la isla y quedaran satisfechos al comprobar que ellos no estaban allí.

Si tal como había dicho el mercader, Randolph se dirigía al su-
doeste, no había lugar a dudas de que el laird los buscaría entre los MacDonald. Para ellos ese era un punto a favor, porque al no ser encontrados allí, Randolph y sus hombres seguirían la búsqueda por otros rincones de Escocia, y les dejarían el camino libre a ellos para llegar a Skye.



Megan se planteaba seriamente si había hecho bien en comunicar su estado, ya que, desde ese momento, tanto Duncan como John no hacían más que sobreprotegerla. Constantemente supervisaban que no levantara cosas pesadas, claro que en esa categoría de «cosas pesadas» poco les faltaba para incluir una jarra con agua, *los muy exagerados*. No dejaban que realizara esfuerzos, le exigían que no corriera, y mucho menos que se agitara... Megan estaba a punto de tener un ataque de nervios. Para colmo, llevaban cinco días enteros

desde que habían partido de la posada y el viaje se había transformado en toda una tortura: *En tu estado no podremos ir al galope*, había dicho Duncan.

¡Pero, Señor de los cielos, si hubiésemos ido caminando, hubiésemos ido más rápido!, pensaba Megan.

220

Nowevolution editorial.

Habían recorrido en cinco jornadas, deteniéndose cada rato

para que el a estirara las piernas y un muy largo etcétera, un trayecto que a un buen galope no les hubiese llevado más que dos días, dos

días y medio con descanso incluido.

Había una sola cosa de la cual Megan no se quejaba, y era que

Duncan, para que el a no hiciera tanto esfuerzo, durante gran parte

del viaje la llevaba sobre su montura... Sí, definitivamente, de

eso no se quejaba, porque adoraba sentirse rodeada por sus brazos

musculosos y refugiada en su amplio torso cálido. Le encantaba em-

briagarse con su olor a hierbas y sentir la dulzura de aquellos labios que en ese momento le recorrían el cuello, mientras *Dubh* avanzaba a paso lento, abriéndose camino entre la vegetación del bosque.

—Mira, Megui —le susurró Duncan, al oído.

Megan giró el rostro para seguir la dirección que le señalaba

Duncan. Más allá de un grupo de árboles se alzaba una modesta

cabaña. Las paredes de adobe y piedra, algo derruidas, el techo de

brezo incompleto y las hierbas que asomaban por las aberturas que hacían de ventanas, eran claras muestras, a simple vista, de que la vivienda se encontraba abandonada.

Los jinetes avanzaron hasta el claro, en donde estaba la entrada

de la casucha y allí desmontaron. Recorrieron la escasa distancia llevando a los caballos por las riendas. Duncan le entregó las de *Dubh* a John y les hizo señas al muchacho y a Megan para que se mantuvieran detrás de él. Luego, con la mano apoyada en la empuñadura

de su espada, ingresó en la vivienda para inspeccionarla en detalle.

El lugar no estaba completamente oscuro, puesto que se filtraba

algo de luz por las hendiduras del techo y eso le permitía a Duncan

tener una visión bastante buena. Primero encontró una especie de

sala, que en otro tiempo debió de servir de cocina. Empotrado en

una de las paredes había un brasero y en el suelo, a poca distancia, yacía de lado una vasija de hierro tiznada. En el medio de la estancia descansaban los restos podridos de lo que alguna vez habían sido

una mesa y algunas sillas. No había más muebles y todo el suelo de

tierra estaba cubierto de hierbajos.

Descorrió una tela descolorida y desgarrada que pendía de una de

las paredes. Del otro lado había un cuarto, también cubierto de hierbas y enredaderas en las paredes. Al í no había ningún mobiliario.

John y él tendrían mucho trabajo si pretendían dejar, más o

menos habitable ese lugar. Ni siquiera, con todo el optimismo, esa

casucha podría tildarse de bonita, pero al menos les ofrecería un refugio hasta que pudieran partir hacia las tierras de los MacDonald.

Precario, claro estaba, pero refugio después de todo.

Duncan volvió sobre sus pasos y salió al exterior.

Megan esperaba junto a la puerta, con gesto expectante y retorciendo con sus manos su falda azul. John aguardaba junto a el a.

El muchacho, minutos antes, había quitado las alforjas a los caballos y los había llevado hasta el estrecho y pedregoso río de aguas cristalinas que corría a escasos metros del lugar.

—¿Y? —preguntó el a.

—Es un asco —expuso con sinceridad—, pero está deshabitada. Podría apostar que lleva así décadas —soltó, con una sonrisa de lado—, pero haciéndole algunos arreglos podremos quedarnos aquí durante un tiempo.

—¡Oh, eso es fabuloso, Duncan! —Megan parecía tan feliz, tal

como si en realidad hubiesen llegado a un castillo y no a una propiedad que parecía caerse a pedazos—. Será nuestra primera casita —

agregó después con dulzura y con los ojitos brillantes de emoción.

En ese momento, Duncan sintió una mezcla rara de sensaciones:

primero se murió de amor y después se odió a sí mismo por no ser capaz de ofrecerle algo mucho mejor a su mujer... Su «primera casita» había dicho el día y él no pudo más que sentirse avergonzado.

Ella era Megan MacKinnon, la hija de un laird, y él la había

arrastrado a una vida de miseria. Intentó que en su rostro no se re-

flejara la rabia que sentía y se juró a sí mismo que algún día le daría a Megan lo que ella realmente merecía, no esas paredes agrietadas,

no ese montón de paja de brezo podrida por techo. Algún día...

—Tenemos mucho trabajo, John—dijo, y su voz salió un poco brusca sin quererlo.

El muchacho asintió.

Megan sabía que no le permitirían ni arrancar una brizna de

222

Nowevolution editorial.

pasto, y no iba a ponerse a discutir cuando sabía que llevaba las de perder. Dos contra uno no era una buena batalla. Resignada, cargó

con los odres que llevaban, y que ya estaban vacíos, y se dirigió al río. Allí se refrescó y relleno los recipientes con agua fresca.

Mientras permanecía en la orilla, atisbó algunos peces que se

debatían contra la corriente y se le ocurrió que bien podría ocupar el tiempo, mientras los hombres trabajaban en la cabaña, pescando para la cena. Volvió junto a las alforjas y buscó un sedal y los demás utensilios necesarios, los amarró a una rama que le serviría de caña de pescar y luego regresó junto al río.

Pasaron las horas.

Duncan y John avanzaron con el trabajo en la cabaña y, al caer la tarde, la casucha, que si bien seguía con el techo incompleto y con las paredes derruidas, al menos ya no tenía hierbajos en el interior y podía ser habitada.

Megan, por su lado, había tenido buena pesca y también había conseguido algunas cebollas y ajos silvestres con los que preparar la cena.

Esa noche durmieron en el suelo de la cabaña, sobre algunas mantas, John en la sala, Megan y Duncan en el dormitorio. Al día siguiente, con más tiempo y con mayores elementos, John y Duncan iniciaron las reparaciones de la que sería su vivienda, al menos por un tiempo.



Tres meses después

Con una identidad falsa, la misma que habían utilizado en la po-

sada del norte, Duncan y John habían ido de visita a los pocos días de instalarse en la cabaña, a una pequeña aldea de agricultores que había cerca. A cambio de algunos trabajos que realizaron, habían conseguido granos, semillas y algunas provisiones. Con las semillas habían plantado un pequeño huerto al lado de la casita, que para esas alturas ya les daba algunas verduras frescas. Los dos hombres

223

Ganadora concurso Ali Nigro

también se habían hecho, de manera dudosa, con un par de gallinas ponedoras que les proporcionaban huevos cada mañana.

Durante la primera semana habían podido reparar el techo y las paredes y habían adquirido, a un precio justo, un paño para cambiar la cortina que separaba la sala del cuarto, que si bien también estaba algo descolorido, al menos no estaba desgarrado como el anterior.

Habían conseguido madera, y con ella construyeron una mesa y tres banquetas. Y con paja seca habían preparado dos jergones que cubrieron con sábanas rústicas que les había dado la posadera de la aldea a cambio de que John le cortara leña como para un mes entero.

El tiempo había pasado y el abdomen de Megan, aunque aún no

era demasiado evidente, ya resaltaba un poco bajo la tela del vestido.

Llevaba un embarazo tranquilo, rodeada de la paz de las montañas.

Duncan había insistido varias veces con emprender cuanto antes el viaje hacia Skye, pero ella había rehusado. En esa cabaña sencilla tenía todo lo que podía desear: tenía el amor de Duncan, tenía la compañía de John, su hermano del corazón. No le faltaba nada y no le hacía falta nada más.

Si dependía de ella, pasaría el resto de su vida allí y jamás se oiría salir una queja de sus labios, pero Duncan quería llevarla al castillo de los MacDonald, donde tendría mayores comodidades y también

mayor protección. Había logrado postergar la partida casi dos meses, pero sabía que ya no podría persuadirlo mucho más. Se había resignado a viajar a Skye, aunque quería un día más en su casita...

Megan estaba junto a la orilla del río. Sabía que Duncan y John la esperaban para partir. Cerró los ojos. Le gustaba quedarse allí, en pie, y sentir el arrullo de las aguas circular sobre las piedras.

Permitió que la brisa le acariciara una vez más la piel, e inhaló en profundidad para impregnar su nariz con el olor de la hierba.

Duncan se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, hasta pegar su amplio pecho a la espalda estrecha de la muchacha. Con sus manos enormes le acarició el abdomen. Con la nariz le apartó el largo ca-

bello hasta dejar expuesta la tibia piel de su cuello y la besó allí, con infinita ternura. Megan sintió estremecimientos de placer recorrerle la columna desde el cuello hasta la cintura.

224

Nowevolution editorial.

—¿Qué sientes? —le preguntó Duncan—. ¿Se mueve? —Quiso saber. Sus manos recorrían la curva redondeada que acunaba a su niño.

—Mmm... —meditó ella un instante antes de responder—.

Es como si hubiese un montón de mariposas revoloteando dentro de mí —dijo emocionada, después de pensar en alguna manera de explicarle ese extraño milagro que se desarrollaba en su cuerpo.

—Debe de ser maravilloso... Pienso que es un niño —expuso, mientras sus manos no dejaban de acariciarla con dulzura.

—Fíjate que esta vez no estoy de acuerdo contigo. Algo en mi corazón me dice que es una niña.

—¿Una niña? ¿Una pequeña Megan de cabellos tan negros como la noche y ojitos azules? Mmm, me temo que tendré que hacerme forjar varias espadas más para espantar a todos los muchachitos que le rondarán como moscas a la miel —dijo sonriendo al imaginar una réplica exacta de su preciosa mujer, aunque en miniatura.

Ella giró entre los brazos de Duncan hasta ponerse frente a él. Le acarició la mejilla, y con el pulgar le recorrió una de las cejas.

—Tal vez tenga tus ojos verdes —susurró, abstraída en el difuso color que la maravillaba. Un verde claro que le recordaba las aguas de un estanque en primavera.

Duncan atrapó la mano de Megan y le besó la palma, luego, sin soltarla, la apoyó en el centro de su pecho, justo sobre su corazón, donde ella podía percibir cada uno de sus latidos acompasados.

—No me alcanzará la vida para agradecerte este regalo que me darás en pocos meses, Megui. Cuando te vi por primera vez, entre la bruma de las fiebres y la agonía, creí que eras un ángel, y no me llevó nada de tiempo comprobar que no me había equivocado. Eres un ángel, Megan. Eres el ángel que me devolvió a la vida y el ángel que le devolvió un poquito de luz a mi vida cargada de oscuridad.

—No, Duncan, no soy un ángel y me alegro de no serlo. Soy una mujer. Tu mujer. Dices que te devolví a la vida, y tal vez lo hice, pero debo confesarte que fue un acto de absoluto egoísmo.

—Sonrió pícaramente—. No iba a resignarme a perder al hombre más guapo que había visto en mi vida. Al hombre a quien le entregué mi corazón en el mismo instante en el que lo vi.

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan inclinó la cabeza hacia adelante y capturó la boca de Megan en un beso profundo y cargado de pasión. Después la estrechó contra su pecho y la besó en la sien, susurrando cuánto la amaba. El corazón de ambos parecía a punto de estallar de tanto amor y felicidad que sentían.

—Megui, sabes que ya no podemos retrasar durante más tiempo nuestra partida hacia Skye, ¿no es así?

—Sí... —murmuró el a. Estaba en su cuarto mes de embarazo y si seguían esperando, mientras más avanzara su estado, más peligroso se tornaría el viaje para el a y el bebé. Ella lo sabía.

—Debemos irnos, Megui.

—Un día más, Duncan. Por favor, déjame despedirme de este lugar, que es el hogar más maravilloso que he tenido y en donde he pasado los tres meses más felices de toda mi vida —rogó el a.

—Pero, Megui...

—Por favor —volvió a suplicar—. Mañana.

Duncan tardó bastante en responder y a el a le pareció que se demoraba una eternidad, hasta que por fin dijo:

—Está bien, Megan. Partiremos mañana, pero lo haremos a primera hora, en cuanto asome el sol.

—Gracias, mi amor. —Se colgó de su cuello y lo cubrió de besos efusivos—. Ve a desensillar a los caballos y avisa a John de que no partiremos hasta mañana.

—¿Y tú qué harás?

—Quiero recorrer el bosque una vez más. Guardarlo en mis ojos para cuando esté lejos de aquí.

—Está bien —consintió—, pero no tardes demasiado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió ella.

Duncan volvió a besarla, después la soltó para alejarse.

Megan contempló su porte magnífico mientras él avanzaba.

Vestía uno de sus plaid, que la brisa hacía ondear alrededor de sus muslos bien torneados y de piel dorada. Llevaba el cabello un poco más largo, puesto que en esos meses le había empezado a crecer nuevamente, aunque todavía se lo notaba algo desigual.

Ella sonrió con ternura.

—Duncan —lo llamó.

Él se detuvo y volteó el rostro para mirarla.

—Te amo —le dijo el a, con los ojos empañados.

—Y yo te amo a ti —le respondió él.

Duncan volteó para regresar junto a el a. Megan lo interrumpió.

—Ve...

Él asintió y volvió a girarse, entonces ya no se detuvo hasta llegar a la cabaña.

Megan cerró los ojos e inspiró profundamente para retener en

su nariz el olor de la naturaleza que la rodeaba. Disfrutó un instante más de la melodía del río. Abrió los ojos y, con paso tranquilo, se internó en el bosque mientras rememoraba los meses pasados y cuán

feliz había sido...

Ella y Duncan solían caminar entre aquellos árboles. Entre los

robles y los serbales. Habían hecho el amor bajo el refugio y la

intimidad que les otorgaban las copas frondosas, teniendo como

lecho la hierba perfumada y como techo, pequeños trozos de cielo

estrellado o los tenues rayos de sol que se filtraban entre las ramas, si es que era de día.

Habían planeado durante tardes enteras cómo serían sus vidas.

Cómo envejecerían juntos y, una y otra vez, habían imaginado un

rostro para sus hijos. Para el que estaba en camino y para aquellos

que planeaban engendrar después, porque querían una familia enorme que con el tiempo les diera muchos nietos a quienes contarles sus aventuras.

Habían imaginado allí, en aquel pedacito de Escocia, cómo sería su destino cuando no fuesen fugitivos. En esos instantes, lejos del peligro, se habían sentido libres...

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y le empaparon el vestido mientras recordaba la imagen de Duncan y de John, subidos sobre la cabaña para reparar el techo, o sellando las grietas de los muros. Y jamás olvidaría la sonrisa avergonzada de Duncan cuando llegó a la casa con el paño desgastado que haría de cortina, o a John cuando llevó las sábanas usadas que había conseguido en la posada en pago por su trabajo... No, jamás olvidaría lo feliz que había sido en ese maravilloso rincón de las Highlands.

227

Ganadora concurso Ali Nigro

Cada vez que había brotado alguna de las verduras del huerto había sido motivo de festejo, y ni qué decir cada vez que en la mañana, en el corral de las gallinas, que vaya a saber uno de qué

manera había conseguido John, había dos huevos esperándolos.

Cada instante vivido en ese lugar sencillo, en aquel a casita humilde, pero reconstruida con amor, había sido una razón para celebrar y

Megan jamás olvidaría nada de eso.

228

Nowevolution editorial.

25

Megan caminaba por el bosque. Absorta en sus pensamientos y en sus maravillosos recuerdos, no se percató de que era observada de cerca por un par de ojos celestes muy claros, un par de ojos de mirada fría e imperturbable. Una mirada que parecía haber sido tallada en hielo.

Randolph McGraeme la observaba. Estaba apoyado contra un árbol, de manera despreocupada, y el a no lo notó hasta que estuvo a punto de chocar con él.

Su corazón primero se paralizó con una fuerte punzada en el pecho, y después, sus latidos se desbocaron. Se quedó de piedra frente a él, con la respiración entrecortada y las palmas empezaron a sudarle de nerviosismo. Y un solo pensamiento cruzó en ese momento por su cabeza: *Duncan corre peligro.*

—Volvemos a encontrarnos —le dijo él, en tono irónico—, y no te veo lo suficientemente feliz, contando que eres mi prometida.

Ni una palabra le salía. La garganta se le había cerrado.

El inmenso laird de largos cabellos castaños claros se enderezó en toda su estatura y avanzó hacia el a. Megan retrocedió dos pasos.

Sus piernas, en ese momento, parecían de plomo.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó él, de manera cortante y sin alzar la voz ni un ápice, mientras levantaba una ceja—.

He venido a reclamar lo que me pertenece por derecho: A mi futura esposa y la cabeza de Duncan y del mocoso...

Megan negó con la cabeza mientras retrocedía lentamente. El pánico le estrujaba las entrañas y unas náuseas repentinas ascendieron hasta su garganta.

—...y no pienso irme sin lo que he venido a buscar —concluyó él. Estiró el brazo y la tomó con fuerza por el codo.

229

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡No! —sollozó el a, aunque en voz baja, removiéndose para soltarse de su agarre. No quería gritar. No quería alzar la voz. Si lo hacía, Duncan acudiría en su ayuda y Randolph lo asesinaría.

Megan logró soltarse y corrió en dirección contraria a la cabaña.

Randolph la seguía a grandes zancadas. Era como un lobo persiguiendo a un insignificante conejo. Ella no tenía oportunidad de sacar ventaja. La tenía atrapada, acorralada y sin salida.

La alcanzó sin esfuerzo. La agarró de los cabellos, y tiró con fuerza para atraerla hacia él, provocándole un intenso dolor en el cuero cabelludo. Ella sollozó en silencio, e intentó amortiguar el dolor sosteniendo el nacimiento del cabello con sus propias manos.

No le servía de nada.

Randolph la arrojó sin piedad contra el tronco de un árbol. El lateral de la cabeza de Megan golpeó salvajemente contra la corteza.

Instantes después, sentía que dentro de su cráneo todavía reverberaba debido al impacto, y un grueso hilo de sangre tibia empezó a

brotar desde su frente. Se sostuvo del árbol para encontrar el equilibrio, que, de pronto, le había empezado a fallar, y tras unos instantes intentó retomar la huida. Randolph la dejó dar algunos pasos. Para

él esa persecución era parte de la diversión. Disfrutaba verla tambalearse, intentando algo que era imposible: huir de él.

Volvió a acercarse a ella y esta vez le propinó una fuerte patada

en la espalda que la dejó sin aire y la hizo caer de bruces al suelo. Ella se arrastró como un animal herido entre las hojas secas y la hierba, hundiendo sus uñas en la tierra. Sabía que de intentar levantarse, no podría lograrlo. Pero

quería alejarse de Randolph y quería alejarse todo lo posible de la cabaña.

—Sigues intentando escapar, mujer, cuando sabes que ya no tienes adónde ir —espetó con furia. Se aproximó a su lado y la pateó sin piedad en las costillas—. Deja de querer huir de mí, maldita zorra —rugió, mientras la zarandeaba del cabello.

Megan sintió una fuerte punzada en el abdomen, que le acalabró todo el vientre. Se rodeó con los brazos, para cubrirse y amortiguar los golpes que Randolph, ahora, descargaba con los puños sobre ella. No clamaría por su hijo, porque sabía que ese no

230

Nowevolution editorial.

sería un atenuante para la furia de ese hombre, al contrario, ella sospechaba que, de saber su estado, él se ensañaría aún más.

Randolph le otorgó un respiro, que Megan aprovechó para ponerse de rodillas. El aire le ingresaba con dificultad, pero de todos modos intentó erguirse. Junto a él había un pequeño arbusto. Se valió de sus ramas para darse apoyo y logró levantarse.

—¿Adónde crees que vas, puta de mierda? —inquirió, con los ojos cargados de desprecio y con el rostro a pocos centímetros del de él—. ¡Me perteneces por derecho! —rugió.

Megan lo miró a los ojos y no le dijo nada. Juntó saliva y lo escupió con asco, directamente en la cara. Su tremenda osadía le valió

dos puñetazos en el rostro. Uno le partió el labio, el otro una ceja. Se tambaleó hacia atrás, pero él no la dejó caer. La tomó de la pechera del vestido y le desgarró la prenda sin ninguna ceremonia.

—¡Ahora vas a conocer lo que es un hombre de verdad, zorra presumida! —La arrojó contra el suelo. Esta vez, ella cayó de espaldas.

Megan se quiso girar para arrastrarse por el suelo otra vez, pero Randolph ya estaba sobre ella y la inmovilizó con su propio cuerpo.

No iba a rogar. No iba a gritar. En cambio buscó en el suelo algo que le sirviera de arma. Necesitaba algo, cualquier cosa. Randolph

le estaba subiendo la falda, que a esas alturas ya estaba hecha jirones y cubierta de suciedad. Atisbó una roca a poca distancia y se estiró con esfuerzo para alcanzarla. Apenas la tocaba con las puntas de los dedos.

Un poco más, solo un poco más... Y por fin la alcanzó.

Megan sacó energías, vaya a saber uno de dónde y aferró la piedra con fuerza entre sus dedos sudorosos. Se le resbalaba. Volvió a

intentarlo y por fin consiguió asirla con bastante firmeza. Levantó el brazo sin demora, aunque con mucho esfuerzo, con toda la intención de pegarle a Randolph en la cabeza.

Pero él fue más veloz. La atrapó por la muñeca antes de que ella lograra acertarle. La apretó sin piedad y Megan tuvo que soltar la

roca, que solo le rozó a él el hombro, sin provocarle ni el más mínimo daño.

Randolph volvió a abofetearla y a zarandearla. Su cabeza esta vez

231

Ganadora concurso Ali Nigro

dio contra algo duro y su consciencia empezó a esfumarse. Todo a su alrededor se oscurecía, los sonidos le llegaban desde lejos y su cuerpo dejó de oponer resistencia. Ella quería moverse, luchar, ponerse en pie y correr, correr lejos, donde Randolph no pudiera alcanzarla, pero su cuerpo malherido se negaba a moverse, solo podía sentir dolor. Le dolía cada músculo, y su vientre no dejaba de acalambrarse.

Las lágrimas bañaban su rostro, mientras Randolph, sobre el a, la invadía con furia. Cada una de sus estocadas profundas provocaba una nueva tensión en su abdomen que nada tenían que ver con el placer, como cuando Duncan le hacía el amor. Sentía asco, repulsa absoluta por ese hombre despiadado, a quien deseó, con todas sus fuerzas, ver muerto.

Una nueva punzada pareció desgarrarla por dentro y su cuerpo, por inercia, se contrajo justo cuando Randolph, ya satisfecho, se alejó de el a. Un río de sangre manó de su cuerpo y empapó de in-

mediato la tierra en donde él yacía. Un nuevo calambre la obligó a apretar los dientes con fuerza y a hacerse un ovillo.

Randolph la observó sin comprender, hasta que finalmente cayó

en la cuenta de que Megan tenía un aborto. Lejos de compadecerse,

sonrió de lado con malicia. Se acuclilló a su lado y le apartó el cabello que le caía sobre el rostro. La aferró de la mandíbula dolorida y la obligó a mirarlo a los ojos. Entonces le habló:

—Ahora él vendrá a mí y yo lo estaré esperando —sentenció.

Volvió a soltarla, y la cabeza de Megan cayó pesada sobre la tie-

rra. Randolph se puso en pie y se alejó, dejándola sola en medio del bosque.



—Está tardando demasiado —dijo Duncan con impaciencia, mientras recorría la sencilla sala de la cabaña. Mecía sus cabellos desiguales con una mano—. Ya debería estar aquí. Iré a buscarla.

—Iré contigo —acotó John. Apartó de la mesa la banqueta de madera y se puso en pie—. Es muy testaruda, en su estado no de-

232

Nowevolution editorial.

bería andar sola por el bosque —decía el muchacho, al tiempo que seguía con largas zancadas los pasos de Duncan hacia la entrada.

—¡Qué dem...! —exclamó Duncan en cuanto puso un pie

fuera. Pero cualquier palabra que hubiese querido pronunciar se le atascó a mitad de la garganta al recibir con impacto la imagen más temida.

Corrió hacia el a.

Furia, rabia, ira, dolor... cada uno de esos sentimientos se adhería con fuerza al interior de su pecho.

Megan salía del bosque. Tambaleante, se sostenía precariamente de los troncos de los árboles para ayudarse a mantener el equilibrio y dar los pasos. Llevaba dirección hacia el río y, a medida que Duncan acortaba la distancia que los separaba, podía apreciar aún más

el estado en el que estaba su mujer: Llevaba la ropa desgarrada, cubierta de tierra y de sangre.

Él llegó a su lado y alcanzó a levantarla en brazos antes de que se desplomara. Primero el a se removió para apartarse, pero en cuanto oyó la voz de Duncan se dejó sostener. Entonces él le vio el rostro

golpeado, el labio y la ceja partida, la sangre manando de la herida en su frente y otros golpes que empezaban a hinchar su rostro y, sin necesidad de que el a dijera una palabra, Duncan supo quién había

sido el autor de semejante atrocidad.

¡Hijo de puta, voy a matarte con mis propias manos y te juro que lo voy a disfrutar!

—¿Quién... quién demonios le ha hecho esto? —preguntó

John compungido, justo cuando alcanzó a la pareja y se percató de las heridas de la mujer.

Duncan apretó los dientes. Empezó a dirigirse hacia la cabaña, cambiando el rumbo que había llevado el a al salir del bosque.

—Llévame al río, Duncan —pidió Megan en un sollozo y el sonido fue tan débil como el llanto de un pequeño.

—Es mejor ir a la casa, Megui.

—No —suplicó el a de manera desgarradora, entonces él se detuvo—. Estoy sucia... quiero lavarme... —murmuró—. Siento asco, mucho asco. Todo huele como él y quiero arrancar su olor de mi piel... Por favor, Duncan.

233

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan la estrechó con más fuerza contra su pecho. Inspiró profundamente. Las lágrimas pugnaban detrás de sus ojos, pero era tanta la rabia que sentía, que eso no le permitía descargar el llanto.

—Regresa a la cabaña, John y trae jabón y una manta. ¡Rápido!

—ordenó Duncan, después caminó hacia el río, llevando a su mujer entre sus brazos.

—Nuestro bebé —sollozó Megan contra el cuello de Duncan, y estalló en un llanto incontenible—. Lo siento... no he podido protegerlo.

—Shhh, Megui —la consoló él—. Te juro que le haré pagar a Randolph por todo lo que ha hecho.

Ella se tensó como una cuerda al oír esas palabras.

—No, Duncan, eso es lo que él quiere. Que vayas por él... Te estará esperando —dijo, intentando sonar firme, aunque su voz por momentos parecía apagarse—. Te asesinará.

—No. No le daré ese gusto. Megan, te juro que voy a matarlo.

Llegaron a la orilla del estrecho río.

—Llévame al agua —le pidió, mientras intentaba, con manos torpes, quitarse las prendas desgarradas.

Duncan se internó en las aguas con ella en brazos. John llegó junto a ellos y le entregó a él la barra de jabón, después dejó la manta sobre una roca seca.

—¿Cómo está? —preguntó con la voz quebrada.

—Mal —moduló Duncan con los labios, para que ella no lo oyera, luego, ahora sí pronunciando las palabras, le ordenó al muchacho—: Llévate a *Dubh*, que es el más veloz. Ve a la aldea y trae a una sanadora, y hazlo rápido, John.

John asintió y se alejó a la carrera. Solo minutos después, estuvo de camino a la aldea más cercana a todo galope para cumplir su recado.

Duncan se sentó en una roca en medio de la corriente y sostuvo a Megan sobre su regazo. La ayudó a despojarse de las ropas y esas prendas fueron abandonadas a la deriva. El agua se veía con destellos de plata a causa del reflejo del sol y se iba tiñendo de rojo allí donde ellos estaban. Ella perdía demasiada sangre.

234

Nowevolution editorial.

Él hizo un poco de espuma entre sus manos y empezó a pasarlas por el cuerpo de Megan. Ella se sentía un poco tensa, pero se repetía una y otra vez que esas manos que ahora estaban sobre su cuerpo

no eran las manos de Randolph McGraeme, sino las de su amado...

Esas eran las manos de Duncan y aquellas caricias, cargadas de ternura, pretendían aliviar un poco el dolor que él sentía.

Cuando Randolph la había dejado en el bosque, él no había podido ponerse en pie de inmediato, no hasta que no había perdido por completo a su bebé. Se había arrodillado con esfuerzo, con

los ojos nublados por el llanto y la rabia contenida, y había cavado un pequeño pozo con sus manos. Allí había enterrado los diminutos restos de su niño. No había querido mirar demasiado. La vista

empañada tampoco se lo permitía. Se había tendido sobre la improvisada sepultura y allí había descargado su llanto hasta que las náuseas, provocadas por todo lo ocurrido, habían ascendido hasta su garganta y él se había tenido que apartar para poder vomitar. Se había levantado, ni él sabía todavía cómo lo había logrado, y había empezado a caminar hacia el río. Solo había querido una cosa en ese momento y era quitarse el olor que Randolph McGraeme había dejado en su cuerpo.

Duncan la lavaba y él, con los ojos cerrados, intentaba hallar paz y un poco de calma. Dejó que él, con sus tiernas caricias, borrara un poco al menos el recuerdo de los golpes y de la humillación.

Dejó que el agua lavara la mugre, la sangre y el olor de Randolph.

Megan deseaba que el agua se llevara no solo la ropa hecha jirones, sino también sus penas, sus recuerdos, su dolor... pero también sabía que el dolor en el alma por su niño muerto jamás la abandonaría, jamás cedería.

—Estás temblando—susurró Duncan en su oído—. Tenemos que ir a la cabaña antes de que pesques una pulmonía.

Ella no respondió. Seguía con los ojos cerrados.

Duncan la envolvió en la manta seca y la cargó en brazos hasta la casita en la cual habían sido tan felices durante los últimos tres meses.

Aquel a casita que con esfuerzo habían reparado y que había sido su refugio y su hogar.

235

Ganadora concurso Ali Nigro

La llevó hasta el jergón y la recostó sobre las sábanas. Megan seguía perdiendo mucha sangre y él no sabía qué hacer para detenerlo.

Se sentía impotente, además, la veía debilitarse y palidecer cada vez más. Utilizó unos trapos para contener la hemorragia y la cubrió

con unas mantas. Ella parecía dormir.

Duncan se dejó caer en el suelo, con la espalda recostada con-

tra el muro y las piernas flexionadas. Desde allí la miraba. Cerró los puños con furia, apretándolos con tanta fuerza como si pretendiera

clavarse las cortas uñas en las palmas. Se mesó el cabello, y algunos mechones le cayeron sobre la frente. Las lágrimas caían a borbotones por sus mejillas mientras apretaba los dientes para no gritar la rabia que llevaba acumulada en el pecho. Se golpeó la frente contra

las rodillas, una y otra vez.

Sentía la necesidad de golpear algo... No, de golpear a Randolph, para ser más precisos. De golpearlo hasta verlo morir. Tenía sed de su sangre y no descansaría en paz hasta que la sangre de ese, que una vez había sido su hermano, regara la tierra. En ese momento,

Duncan se sentía una bestia ávida de venganza y no se detendría hasta obtenerla.

Randolph McGraeme pagaría por lo que había hecho.

Pagaría por haber osado poner una mano encima de su mujer.

Pagaría por haber maltratado y abusado de Megan. ¡Y por Dios que pagaría por haber matado a su hijo nonato!

Pagaría... con su vida.



—¡Nooo!

El grito desesperado de Megan hizo a Duncan ponerse en pie en una fracción de segundo. Se acercó junto al jergón.

Ella se había sentado y permanecía hecha un ovillo, con las rodillas contra su pecho y rodeándose las piernas con los brazos.

—No, no —repetía el a, mientras pataleaba y peleaba con el monstruo en sus pesadillas.

—Megui —la llamó él para tranquilizarla, y quiso tomarla entre sus brazos.

236

Nowevolution editorial.

—¡Nooo! —gritó el a más fuerte, en cuanto sintió el roce de la

mano masculina sobre su frente y el brazo alrededor de sus hombros.

—¡Megan, soy Duncan!

Ella no lo oía, solo quería que no la tocaran.

—¡No, no me toques! No, no —repetía de manera histérica, mientras daba golpes y patadas al aire.

—Megan —susurró Duncan con impotencia—. Dios...

Cuántos deseos tenía Duncan de matarlo.

Solamente había alcanzado a rozarle la frente y con ello había comprobado que la piel de Megan ardía de fiebre. Ella estaba muy mal, cada vez peor.

Señor, no me la arrebatas. No te la lleves a ella también...

Duncan intentó rodearla con los brazos. Quería consolarla, confortarla. Quería hacerle saber que él no estaba sola, que él estaba junto a ella. Pero Megan continuaba con un gesto horrorizado y lo apartaba de su lado. Ella permanecía con los ojos abiertos, pero sin ver en realidad. Su mirada estaba desenfocada y con las pupilas dilatadas, dándole un aspecto de mirada lejana, perdida, como la de un sonámbulo.

—Megan, soy yo, por favor —rogó él. Le rogaba a ella y también a Dios... Aunque Dios parecía haberlo abandonado últimamen-

te—. Shhh, Megui, tranquila —le acarició el cabello.

—¡No, no! ¡Déjame! Suéltame, suéltame. ¡No!

—¿¡Megan!? —Se oyó la voz alterada de John, quien en ese momento entró en la cabaña como una tromba—. ¿Qué sucede?

—inquirió.

—Ella... no deja que me acerque...

—Megan, todo está bien —susurró John. Se aproximó a su lado y la rodeó con un brazo por los hombros.

—¡No! ¡No! —volvió a gritar ella, al tiempo que le propinaba, ahora al muchacho, varios golpes con sus puños y se acurrucaba aún más contra la pared.

Duncan cerró los ojos, tragó saliva y apretó los puños con impotencia. Su ira aumentaba a cada segundo.

237

Ganadora concurso Ali Nigro

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz femenina.

—Ella es la sanadora —le dijo John a Duncan, quien en ese instante se había girado hacia la recién llegada.

La curandera era una mujer enorme, no gorda pero sí corpu-

lenta. De brazos y manos grandes, podría competir a la par de varios hombres en el lanzamiento del *cabrer*²³. Aunque su rostro bondadoso aplacaba un poco la masculinidad en ella. Una maraña castaña le caía sobre los hombros y bajo unas cejas tupidas se adivinaban unos ojos celestes claros bastante bonitos.

—Apártense. Déjenme a mí —impuso la mujer, abriéndose camino a empujones entre Duncan y John.

—A el a... —empezó a decir Duncan.

—Ya lo sé todo. El muchacho me lo ha contado en el camino.

—Es mi mujer, pero no permite que me acerque —explicó Duncan, aunque la sanadora no se lo había pedido—. Ha perdido al bebé.

—Le he dicho que ya sé todo lo que tengo que saber para atenderla. —El tono denotaba impaciencia—. Será mejor que salgan.

Yo me ocuparé de el a.

—Pero... —refutó Duncan.

—Fuera —ordenó y señaló con la cabeza hacia la cortina descolorida.

Duncan se negaba. John lo tomó del brazo y lo condujo hacia

la abertura. Antes de retirarse, pudieron ser testigos de la transformación en el tono de voz de la curandera. Ella se había acercado

a Megan y le susurraba palabras tranquilizadoras, tan suaves que parecían una canción de cuna.

Megan parecía relajarse. Se dejó acariciar el cabello y ayudar hasta que volvió a estar recostada en la cama. Seguía temblando, pero ya no gritaba ni luchaba.

La mujer se quedó junto a la muchacha. Preparó un brebaje con

hierbas para bajarle la fiebre y también para detener la hemorragia y 23 - El lanzamiento del caber (un tronco apenas desbastado) junto al lanzamiento del martillo (una pesada bola de metal atada a una cadena) son una clase de competencias deportivas tradicionales que forman parte de los «Juegos de las Tierras Altas» y que se celebran en muchas partes de las Highlands durante el verano.

238

Nowevolution editorial.

la instó a que lo bebiera. Después, Megan se quedó dormida. Estaba inquieta y parecía tener continuas pesadillas, pero la mujer lograba tranquilizarla cada vez que los monstruos acudían a ella.

En cuanto Duncan se vio obligado a abandonar el cuarto de Megan, salió al claro, miró a su alrededor y después, con largas zancadas, se dirigió al bosque. Allí arrancó de cuajo una rama gruesa e intentó descargar su furia aporreando el tronco de un árbol, tantas veces y con tanta violencia que sus brazos acabaron temblando del cansancio. Pero ese desahogo no fue suficiente...

Volvió a golpear una vez más y soltó un grito desgarrador que hizo eco entre los álamos plateados. Luego se dejó caer al suelo, sollozando su pena y su rabia. También su impotencia abrumadora. No soportaba no poder hacer nada por Megan y no soportaba saber que Randolph seguía respirando. Escocia... No, Escocia no, el mundo era demasiado pequeño para que en él estuviesen los dos.

Un poco más calmado, aunque nunca resignado ni tampoco con la ira aplacada, regresó a la cabaña y se sentó al lado de la puerta.

John estaba justo del otro lado de la abertura. Parecían dos centinelas flanqueando la entrada.

John levantó el rostro para dirigirle una mirada. El muchacho, al igual que Duncan, tenía los párpados hinchados y enrojecidos de tanto llorar. Ninguno dijo nada, solo se quedaron allí, esperando.

Dos horas más tarde, la sanadora se reunió con los hombres en el patio. En su rostro se leía una clara preocupación. Los hombres se pusieron en pie de un salto en cuanto la oyeron salir de la casita.

—Le hice beber un brebaje y la fiebre remitió un poco, pero la hemorragia persiste... Si sigue así... —Dudó un instante.

—¿Qué? —espetó Duncan.

—Está muy débil... No sé si pasará de esta noche.

Si los hubiesen golpeado con un mazazo en el centro del pecho,

el impacto no hubiese sido tan letal ni tan poderoso.

—Tiene que vivir —murmuró John, aunque era más un deseo que una convicción.

Duncan entró en la cabaña y se dirigió junto a su mujer.

Ella yacía en el jergón. Estaba empapada de sudor y, aunque en

239

Ganadora concurso Ali Nigro

ese momento dormía, en su rostro se leía dolor. Se veía tan blanca

como la nieve del invierno y oscuros círculos se dibujaban bajo sus

ojos. El labio y la ceja ya no sangraban, aunque se veían hinchados y cubiertos por un emplasto de hierbas.

Duncan se arrodilló junto a la cama. Tomó su mano y esta vez

el a no se lo impidió. Quizá ni siquiera había notado su presencia

allí. Se inclinó hacia adelante y apoyó su frente sobre la mano delicada y se quedó así, pidiéndole una vez más a su Señor que se apiadara de ellos y que no se llevase a Megan.

Duncan siempre había dicho que Megan era su ángel, pero él

quería a su ángel junto a él, en la Tierra y no en el reino de los cielos.

Él la necesitaba más que nadie, la necesitaba más que Dios. Él no podía arrebatarla... No.

Suplicó y elevó cuanta plegaria sabía. Y después pidió con humildad. Como lo que era: un ser humano desesperado que veía que el milagro más maravilloso que había en su vida, poco a poco, se extinguía.

Permaneció junto a él hasta que las últimas luces del día se escondieron detrás de las montañas. Se puso en pie. Megan seguía dormida. Se inclinó hacia él y le acarició los cabellos con ternura, con su mirada le decía cuánto la amaba. Acercó la boca a su oído y le juró, aunque él no podía oírlo:

—Volveré por ti.

Después, Duncan se colgó su claymore a la cintura y la espada de Sawny a la espalda; ya tenía una daga dentro de su bota. Se hizo con una hogaza de pan y un odre con agua al pasar por la cocina, salió al patio sin decir una palabra, y se encaminó hacia los caballos.

John corrió detrás de él.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

Duncan ensilaba a *Dubh* y permanecía sin abrir la boca.

—Duncan, te he preguntado qué adónde vas —insistió, tomándolo del brazo.

—A hacer justicia —fue lo único que respondió, mientras ajustaba las cinchas del animal.

—¡Te estará esperando y lo sabes! ¡Te matarán sus hombres

antes de que puedas cruzar las puertas de entrada de la fortaleza!

240

Nowevolution editorial.

—No. No lo dejaré vivir.

—Eres uno solo.

—Randolph también es uno solo.

—No, Duncan, él no está solo, tiene a sus hombres.

—No les tengo miedo. ¿Crees que me preocupa morir? —pregun-

tó con las facciones del rostro esculpidas en granito—. No dejaré que ese hijo de puta siga haciendo daño.

—¿Y Megan? ¿Y yo? ¿Qué sucederá con nosotros si no regresas?

—Regresaré.

—¿Cómo puedes asegurar algo así?

—Regresaré —volvió a repetir.

—¿Y si no?

Duncan se detuvo un instante, luego dijo, mientras volvía a su tarea.

—Entonces, tú y Megan irán a la tierra de los MacDonald.

—Déjame ir contigo.

—Quiero que te quedes con el a. —Duncan montó sobre *Dubh*

y miró hacia la cabaña—. Si despierta... dile que la amaré siempre

y que volveré... Siempre volveré por el a.

No dijo más, ni tampoco se quedó a escuchar una réplica. Espo-

leó al caballo y salió a todo galope, confundiéndose con la oscuridad de la noche cerrada sin luna.

Iría directo a las tierras de los McGraeme.

Aquel as tierras que alguna vez también habían sido su hogar.

241

Ganadora concurso Ali Nigro

26

El sol había ascendido y se había puesto tres veces antes de que Duncan llegara finalmente a las imponentes puertas de la fortaleza de los McGraeme.

Caía el cuarto día y los rojos y anaranjados del atardecer pintaban la tosca piedra gris de los muros de uno de los laterales del castillo. El patio bullía con la actividad normal para esa hora de la jornada, aunque en las caras de los aldeanos no se veía alegría, sino que mostraban signos de hastío y de resignación.

Duncan montaba sobre *Dubh*. Su mano derecha estaba apoyada firmemente sobre la empuñadura de su claymore. El cabello casta-

ño oscuro le caía en hebras desparejas sobre la nuca y el cuello, y vestía un plaid azul y negro enrollado en la cintura y cruzado sobre uno de sus hombros. Se veía majestuoso a pesar del polvo que lo cubría desde la cabeza hasta las botas debido al viaje. Su porte altivo y elegante no era opacado, aunque en ese momento se viese algo desgredado y falto de descanso.

Hizo gala de todo su autocontrol para no entrar gritando como un desaforado, espada en mano, en busca de Randolph y, a paso tranquilo, cruzó los portones de madera de la entrada, que parecían darle la bienvenida, abiertos de par en par.

Dos criadas que caminaban hacia las cocinas con canastos repletos de verdura, al ver a Duncan se detuvieron en el lugar. Una contuvo el aliento, la otra dejó caer la cesta al suelo sin ningún reparo y se llevó ambas manos directamente al corazón. Para ella era como estar viendo un fantasma recién salido de la tumba. Nadie había creído que Duncan McGraeme pudiese haber sobrevivido a las heridas cuando había escapado de la mazmorra y muy pocos eran los que conocían la verdad de su estado.

Un par de guardias que flanqueaban la entrada lo observaron con

sorna. Duncan les echó una fría mirada de soslayo para ver si se le acercaban, pero ellos no hicieron ademán alguno de detenerlo. Era evidente que lo esperaban y que tenían órdenes de dejarlo entrar, de lo contrario ya se hubiese visto apresado por los dos hombres corpulentos bajo los mandatos del jefe del clan. Pero Duncan contaba con que el nuevo laird no dejaría en manos de otros el placer de batirse contra él, al menos, eso esperaba.

Avanzó hasta mitad del patio y pronto se vio rodeado por un grupo numeroso de personas, desde niños hasta ancianos, desde aldeanos hasta guerreros. Todos lo miraban con expectación. Duncan conocía de toda la vida a aquellas personas y les guardaba un profundo afecto, también sabía que aquel sentimiento era recíproco o, al menos, lo había sido hasta que había tenido que huir para salvar su vida. Ellos mantenían una distancia prudente, lo justo para comprobar si lo que veían se trataba de una aparición o si verdaderamente él estaba vivo.

Duncan detuvo a *Dubh*, su fiel montura, con un único ademán. El animal de pelaje oscuro, como una noche sin luna, le obedeció al instante. Era un animal bien entrenado e inteligente como ninguno y con un bufido de reconocimiento anunció que había llegado a casa.

Desde dentro de las paredes del castillo se oía bulla. Música, voces estruendosas y algarabía. Parecía una especie de festejo. Duncan estrujó con fuerza las riendas que llevaba en su mano izquierda, apretó las muelas y se aferró con mayor firmeza a la empuñadura de su arma, mientras reprimía la rabia una vez más.

¡Maldito bastardo!

Sin apearse de su caballo, inspiró profundamente y después gritó para ser oído dentro de la construcción de piedra gris, que hasta hacía escasos cuatro o cinco meses atrás, ya había perdido la cuenta exacta, había sido su hogar.

—¡Randolph! ¡Muestra la cara, depravado hijo de puta!

En el patio, los presentes aclamaron con asombro y las voces de quienes estaban dentro del salón se fueron desvaneciendo hasta no ser más que un murmullo. Un par de minutos después, la figura de Randolph McGraeme, con su habitual porte arrogante y con una

243

Ganadora concurso Ali Nigro

sonrisa diabólica dibujada en los labios, una sonrisa que no llegaba a tocar sus fríos ojos celestes, se cernió en la entrada.

Llevaba el largo cabello atado en una coleta en la nuca y vestía

muy parecido a su hermano, aunque el ostentoso broche de oro con piedras preciosas incrustadas, con el cual sostenía un extremo del tartán cruzado sobre su pecho, gritaba a los cuatro vientos su posición feudal.

—Así que el prófugo ha regresado para que podamos hacer justicia —dijo con total tranquilidad.

—No. Yo he venido a impartir justicia —corrigió Duncan, con un tono de voz firme e imperturbable—. Estoy aquí para hacerte pagar por cada uno de tus crímenes y para acabar, de una vez por todas, con tu vida.

Randolph soltó una carcajada estruendosa.

—¿Te olvidas de que soy tu hermano y tu laird?

—No eres mi hermano y no te reconozco como mi laird.

—No, no —negó con la cabeza—. Lo que acabas de decir es traición y te corresponde la muerte. ¡Vamos, Duncan! ¿Acaso no te has dado cuenta de que estás en mis tierras y que con un movimiento de cabeza puedo hacer que te detengan y te ahorquen sin ninguna ceremonia? —preguntó, sin alzar la voz y enarcando una de sus cejas de color castaño claro.

—Pero no lo harás —replicó con seguridad—. ¿Acaso eres tan

cobarde como para no enfrentarme en una lucha de hombres?, ¿en una lucha de uno contra uno?, ¿o es que solo te metes con mujeres indefensas? —Las últimas palabras y el recuerdo le quemaron la garganta y directamente en el pecho, pero se esforzó por permanecer imperturbable. Ni uno de sus músculos tembló. En ese momento, Duncan McGraeme parecía una estatua esculpida en granito, también su corazón se había endurecido como una piedra.

Randolph esbozó una sonrisa lasciva al recordar su pecado, mientras miraba a Duncan directamente a los ojos, con bravuconería.

—Muy apasionada resultó ser la pequeña zorra —soltó desafiándolo—. ¿Te detalló cuánto la hice gemir de placer?

244

Nowevolution editorial.

Duncan ni se inmutó. Por dentro la rabia le roía las entrañas.

Quería despedazarlo con sus propias manos, pero esta vez no le daría el lujo de caer en la trampa. Randolph lo provocaba para desestabilizarlo. Ya una vez lo había hecho y por poco lo mata, pero todo ese tiempo no había pasado en vano y Duncan había aprendido la lección. Si quería vencer, debía mantener el control sobre

sí mismo. Esa vez no fallaría.

—¿Y? —preguntó en cambio, con calma—. ¿Demostrarás tu cobardía o te enfrentarás a mí como un hombre? Solo nosotros dos, sin intervención de ningún otro.

—¿Cobardía? No tengo razón para temerte. No fui yo quien quedó casi muerto la última vez que nos enfrentamos. Sabes que soy mucho mejor que tú. —Sonrió provocándolo, luego añadió para aguijonearlo—: En todo. Si no, pregúntaselo a el a.

Con la mirada, Duncan le expresó cuanto tenía para decirle: que lo despedazaría y que, al hacerlo, lo disfrutaría muchísimo. Únicamente sus ojos eran los que transmitían mensajes, aunque solo eran aquellos mensajes directos que su dueño quería enviar a su contrincante. Porque era imposible que estuviese tan calmo, pero el guerrero de los ojos verde claro no dejaba entrever ningún signo de nerviosismo, ansiedad o tensión en el resto de su cuerpo. Y su pulso fue firme cuando desmontó del magnífico animal de pelaje negro y, una vez situado en el suelo, desenvainó su espada.

Duncan alzó la barbilla y, desde su posición altanera, volvió a desafiarlo sin necesidad de pronunciar palabra.

Randolph echó una ojeada a la gente que se había reunido para ver el espectáculo. Ellos habían formado un círculo alrededor de

Duncan y habían dejado un corredor para que él mismo pasara desde la puerta del castillo hasta la liza de combate.

Podía optar por enviar a sus guardias a apresar a Duncan y dar la orden de ahorcarlo, y sabía que ninguno de los presentes le cuestionaría jamás aquella decisión públicamente, pero a sus espaldas, lo tildarían hasta el resto de sus días como el cobarde que no enfrentó a Duncan, y sabía de sobra que ese desgraciado tenía el favor de todo el clan. Entonces, Randolph McGraeme supo que

245

Ganadora concurso Ali Nigro

no tenía más alternativa que enfrentársele. No podía irle mal, supuso. En el enfrentamiento anterior casi lo había matado. *¿Por qué razón no iba a resultar de la misma manera ahora?*

Randolph desenvainó su poderosa claymore. Su espada de más de metro cuarenta de largo tenía hermosos grabados de oro en la empuñadura y una hoja tan afilada que podría partir a un hombre corpulento con un solo golpe. Caminó a través del corredor sin dejar atrás su petulante arrogancia y con los ojos fijos en los de su hermano. Es impresionante cómo las miradas pueden ser suficientes para comunicarse, y aquel a escena era un claro ejemplo de ello.

Desprecio.

Odio.

Ira.

Rabia.

Todo en dos pares de ojos. Un par, celestes como el hielo viejo; un par, verdes como un estanque. Aunque en aquel estanque, esta vez, las aguas no estaban calmas. Estaban revueltas por un vendaval de emociones profundas.

—Terminemos con esto de una buena vez —espetó el mayor—.

Y que jamás se diga que el laird Randolph McGraeme hijo no le dio una oportunidad a este criminal —señaló a Duncan con desprecio—, acusado de asesinar al viejo laird.

—No fue asesinato, fue justicia por las muertes de Alexander y de Evangeline —replicó el aludido, en un tono de voz lo suficientemente alto como para que todos los presentes, hasta los que se encontraban más alejados, apostados sobre el parapeto o trepados sobre los árboles, pudiesen oírlo.

La gran audiencia aulló en conformidad con las palabras de Duncan, provocando que los ojos de Randolph se estrecharan con resentimiento y furia ciega.

—Y justicia —continuó Duncan, alentado por la respuesta del público— es lo que vengo a impartir ahora también. Randolph McGraeme, debes pagar por el sufrimiento que has causado y por los crímenes que has cometido. Es hora de que alguien le ponga un final a tus días y ese alguien seré yo.

246

Nowevolution editorial.

Randolph tomó con ambas manos su espada por la empuñadura y la blandió en el aire, trazando un sinfín de ochos acostados, iguales al símbolo del infinito. Elevó el arma sobre su hombro derecho, y se hizo a la carga sobre Duncan. Lanzó una estocada furiosa a la altura de la cabeza. Duncan se hizo a un lado con tranquilidad, y cortó el golpe de Randolph sin ningún esfuerzo.

Randolph caminó en círculo alrededor de su hermano. A diferencia de lo que el mayor supuso, que Duncan también caminaría siguiendo esa figura para enfrentarlo, este se quedó quieto en el lugar. Alerta y en posición de combate con las piernas algo separadas, la izquierda un paso adelante y apenas flexionadas.

Randolph dio dos vueltas completas buscando el momento justo de atacar, observando, en cada rodeo que daba, cada detalle de su hermano: la postura, las manos aferrando con firmeza la espada, la respiración apenas perceptible, los ojos fijos en un punto, pero cada uno de sus sentidos puestos en él... Y por primera vez en treinta

años sintió un poco de temor por su vida.

Randolph McGraeme jamás le había temido a nada ni a nadie.

Siempre habían sido los otros quienes le habían temido a él. Él in-

fringía dolor, pero nadie era capaz de infringírselo a él. Nunca había tenido un contrincante a su altura, siempre los había despedazado

sin esfuerzo alguno. Tenía una reputación y se podía decir que con

eso solo tenía más de la mitad de la lucha ganada, porque en general, aquellos hombres que se le habían enfrentado le tenían terror. Los

había visto sudar, temblar y tomar la espada con manos dubitativas

y húmedas, respirar de manera entrecortada, seguirlo a él con la vis-ta constantemente, pero Duncan no hacía nada de eso y aquello lo

alarmó.

—Voy a hacerte sufrir, Duncan, vas a desear no haber nacido.

Te despedazaré —le dijo, en un intento de desestabilizar su temple.

Duncan ni se inmutó.

—Te dejaré peor que la última vez, pero no te asesinaré toda-

vía —continuó diciendo—. Regresaré a la mugrienta casucha en

las montañas y te llevaré conmigo. Volveré a montarme a tu puta,

esta vez delante de ti. Se lo haré tantas veces hasta que tú mismo me pidas que tenga piedad de ti y te asesine.

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan podría haber reaccionado de muchas maneras, pero lo hizo de la única manera que Randolph no se esperaba: siendo aparentemente indiferente a sus palabras. Entonces, quien se destabilizó y perdió completamente la compostura fue Randolph quien, con toda la rabia y el resentimiento contenido, probó un ataque desarticulado y descuidado por la espalda.

Duncan estaba tan concentrado en los movimientos de Randolph, que lo sintió venir y todo sucedió a la vez y en escasos segundos.

Duncan se acuclilló y giró sobre sus pies, mientras la espada de Randolph pasaba como un latigazo a un palmo sobre su cabeza. Cuando

se puso en pie, el filo de la hoja de su claymore alcanzó a desgarrar el muslo derecho de su hermano mayor, desde la altura de la rodilla hasta casi llegar a la ingle. Volvió a colocarse en posición de combate, con la misma parsimonia que hubiese utilizado en una

exhibición.

Randolph apretó los dientes con rabia y sus ojos destelaron con odio.

Duncan también tenía mucho odio para prodigarle, pero la di-

ferencia absoluta radicaba en que él lograba contenerlo y sacarlo en pequeñas dosis, las justas como para ganar el combate sin desespe-rarse.

—¡Un golpe de suerte! —soltó el laird con brusquedad, para

quitarle importancia al daño que su hermano había logrado infringirle en la pierna—. Disfrútalo, porque será lo único que puedas hacerme —dijo y volvió a la carga. Esta vez atacó de frente con varias estocadas seguidas en distintas direcciones, tanto o más desaforadas y torpes que las anteriores.

Duncan repelió un golpe de derecha y uno descendente, después giró con rapidez sobre uno de sus flancos y sorprendió a Randolph, quien había lanzado uno o dos golpes más al aire, y le asentó un espadazo certero en la espalda, a la altura del riñón izquierdo. Luego, Duncan volvió a caminar hasta colocarse frente a su contrincante.

Randolph miraba a Duncan con asombro y con el aborrecimiento acumulado durante veinticinco años. Respiraba con dificultad, pero no era un hombre débil y procuraba mantener su porte erguido.

248

Nowevolution editorial.

No pensaba darse por vencido aunque hasta ahora la suerte hubiese favorecido a su oponente. Embistió, pero cada una de sus maniobras fue bloqueada de manera magistral y sin esfuerzo aparente.

Quería hacer jirones la carne de Duncan. Quería hundir el filo de su espada en el centro de su pecho y partirle el corazón en dos.

Lo intentó. Randolph McGraeme intentó todo aquello. ¡Que lo

colgaran si no lo intentaba!, pero no logró acertar ni uno de sus golpes, no logró cumplir ni uno de sus objetivos y, en cambio, se vio desarmado como un espadachín novato.

Randolph se quedó en pie. Su espada yacía a varios metros de sus pies. La herida en la espalda no era muy profunda y no le causaba demasiadas molestias, en cambio la pierna le ardía y parecía que le estuviesen tirando de la carne. Permaneció con la mirada desafiante y una sonrisa burlona en los labios.

Duncan miró al ser despiadado que había ultrajado a su mujer, que la había golpeado y violado sin compasión, así como tampoco había tenido compasión por su hijo en camino. Su mujer. Su Megan... *Tal vez a esas horas, ni siquiera...* No, no quería pensar en eso, no podía siquiera plantearse la idea de que Megan pudiese estar muerta. Ella tenía que vivir.

—Busca tu espada —le dijo a Randolph, y sus palabras fueron pronunciadas con asco—. No morirás desarmado.

Randolph alzó una ceja. Miró a su hermano y echó una mirada a su claymore, muy cerca de Duncan. Caminó hacia él. Fingía que las heridas le molestaban más de lo que le afectaban en realidad.

Duncan parecía haber dejado que sus pensamientos volaran lejos de la arena de combate, y Randolph aprovechó ese momento de

distracción. En vez de agacharse a recoger su espada, sacó una daga que llevaba entre los pliegues de su plaid y se lanzó sobre su hermano como un gran felino sobre su presa. Duncan cayó de espaldas al suelo y Randolph cayó encima de él.

El hermano mayor intentó con un manotazo desesperado clavar el puñal en cualquier parte del cuerpo de Duncan, quien en un primer momento se vio sorprendido.

A esa corta distancia, la espada a Duncan le resultaba completa-

249

Ganadora concurso Ali Nigro

mente inútil. La arrojó lejos de ellos dos, donde Randolph no pudiese alcanzarla si pretendía estirar la mano desde donde ellos forcejeaban.

Golpeó el antebrazo de Randolph para apartar la daga que estaba a pocos centímetros de su rostro. Lo aferró por la muñeca y retorció la extremidad con fuerza, para cambiar el blanco de la punta afilada hacia el pecho de su contrincante, hasta que este se vio obligado a soltar el cuchillo para no clavárselo él mismo. Entonces, Duncan hizo algo que había tenido deseos de hacer desde que había visto emerger a Megan del bosque. Golpeó a Randolph en el rostro. Le propinó un puñetazo feroz en la mandíbula, que contuvo todas las

emociones y la frustración e impotencia que había sentido.

Los dos hombres rodaron por el suelo descargando toda la

fuerza en sus puños. Un nuevo golpe, esa vez directo al ojo derecho, por tocar a Megan. Otro más, por haber osado pegarle. Un puñetazo

en la sien izquierda, y ese era por su bebé. Uno directo al labio y ese era por él mismo.

Rodaron sobre el suelo una vez más sin dejar de pegarse con violencia desmedida, y así se acercaron a las espadas.

Randolph empujó a su hermano con una patada y con gran agilidad, que contradecía a su teatralidad anterior, llegó hasta la claymore de Duncan. Se puso en pie con una sonrisa de triunfo dibujada en los labios. Lo asesinaría, y lo haría con su propia espada.

Ese, para el cruel laird, era un pensamiento delicioso.

Duncan echó una ojeada, con la que comprobó que estaba demasiado lejos de la otra espada, la cual descansaba sobre el suelo polvoriento. Antes de que lograra levantarse, Randolph cargó contra él, convencido de que ese sería el final de su hermano.

Duncan se puso en pie a tiempo para esquivar el golpe.

Y cuando Randolph volvió a girar hacia Duncan para contraatacar, solo alcanzó a vislumbrar un destello plateado.

Fue un rayo rezagado de sol que se refractó sobre la hoja de la

espada de Sawny, que Duncan había llevado en su espalda. La hoja que, de un solo tajo, separó la cabeza de Randolph de su cuerpo.



250

Nowevolution editorial.

Duncan miró a su alrededor. Las personas del clan lo miraban con los ojos a punto de salirseles de las órbitas.

Cuando el cuerpo inerte de Randolph se había desplomado en el suelo, se había oído una exclamación general, pero después la gente había guardado silencio. Un silencio que ahora era casi en-

sondecedor. Se escuchaba el arrullo constante del río, el croar de las ranas, la canción de los grillos, el viento silbar entre las ramas, y el grito lejano de algún animal de tanto en tanto; pero no se oía ni una sola palabra.

Duncan recogió su espada del suelo y limpió las hojas de las dos armas, enterrándolas en la tierra para quitarles los rastros de sangre.

Volvió a guardar la espada de Sawny en la funda de cuero que llevaba en su espalda, escondida entre la ropa, y permaneció con ambas manos aferradas a la empuñadura de la suya. Recorrió una vez más a las personas con la mirada. Aldeanos, trabajadores, guardias, hombres, mujeres, niños... el clan al cual él había pertenecido.

—Se ha hecho justicia —expuso, dirigiéndose a ellos.

Nadie pronunció palabra, aunque miraban con recelo el cuerpo decapitado, como si temieran que se levantara.

—Hoy se ha puesto fin a la barbarie en esta tierra —continuó Duncan con su discurso—. Hoy se han terminado los días de abuso en este clan, abusos que provenían de los mismos señores. — Miró a la gente a los ojos y ellos pudieron leer honestidad en los suyos—. Yo soy vuestro nuevo laird. Seré un laird justo. Un laird como lo fue mi abuelo, entonces los McGraeme volverán a ser un clan respetado por el resto de los clanes de Escocia, no temido. Volverá la paz a estas tierras y juntos trabajaremos para hacerlas prósperas —expuso Duncan, y entonces sí se oyeron los vítores y clamores que se extendieron por toda la pradera vestida de brezo púrpura.

Los McGraeme habían sido un buen clan, pero aquellos días habían terminado hacía muchos años, cuando el primer Randolph McGraeme, el padre de Duncan, había tomado el mando.

Durante años se habían enfrentado a los clanes vecinos sin motivo alguno, ganándose su enemistad, y aquel a costumbre había

Ganadora concurso Ali Nigro

seguido durante los meses que Randolph hijo había estado a cargo.

Duncan McGraeme prometía a su gente traer de regreso lo que ellos habían tenido hacía ya mucho tiempo, y esa, no era una oportunidad que las personas de esa comunidad quisieran pasar por alto.

Aun así, Duncan debía ir con cuidado.

Tenía que descubrir si acaso quedaban personas fieles a alguno

de los dos señores anteriores, al fin y al cabo, él no podía olvidar que los había matado a los dos. Justicia. Sí, había sido justicia, pero eso podía haberle hecho ganar tanto seguidores como enemigos.

—Yo soy el nuevo laird de este clan —volvió a repetir—. Quien

no me reconozca como tal puede irse en este instante. Les prometo

que no tomaré represalia alguna. —Aguardó un momento, espe-

rando la reacción de las personas reunidas a su alrededor. Ninguno

pronunció palabra ni tampoco hizo ademán de alejarse. Entonces,

Duncan prosiguió—: Pero aquel que decida quedarse en estas tierras

me jurará lealtad absoluta, y quien olvide en un futuro su juramen-

to, entonces sí, se enfrentará a todo el peso de mi ira. —Las palabras habían sido dichas de manera clara y precisa. Había dos opciones

entre las cuales elegir...

Aguardaban.

Aguardaba Duncan y aguardaban aquellas personas.

Entonces ocurrió.

Steven, un hombre de unos cuarenta y ocho años, de cabello rubio y cuerpo alto y firmemente cubierto de músculos, avanzó al frente. Desde hacía varios años se desempeñaba como caudillo de la guardia y había sido maestro de Duncan durante su niñez y adolescencia.

Steven solo se detuvo cuando estuvo frente a Duncan, entonces se dejó caer sobre una de sus rodillas, con la cabeza gacha, en señal de respeto. Con un tono de voz sumiso aunque firme, declaró:

—Mi señor.

Y no fue el único.

Los aldeanos también se sumaron a la reverencia, y además de la muestra de respeto del mayor exponente militar de los McGraeme y de la de los labriegos, uno a uno, cada guerrero declaró su decisión

252

Nowevolution editorial.

a Duncan, en lo que era una muestra de lo que sería, en un futuro inmediato, la ceremonia de juramento de lealtad.

Duncan inspiró profundamente. Por fin sentía que su cuerpo había hallado alivio a tanta tensión. La gente del clan lo aceptaba y lo reconocía

como su señor. Su gente.

Entrecerró los ojos y exhaló una larga bocanada de aire. Cuando alzó los párpados, ya había asumido sus obligaciones. Hizo señas para que se pusieran en pie, entonces empezó a organizarlos.

—Necesito un informe completo de los guardias —le pidió a Steven—, y la manera en la que están distribuidos los turnos y los puestos de vigía.

—Lo tendré listo para la mañana, milord —prometió el caudillo. Duncan asintió con la cabeza.

—Ustedes —llamó Duncan, señalando a un grupo de hombres corpulentos—, ocúpense del cuerpo —ordenó, después se dirigió a un muchacho—: Come algo y prepárate para partir antes de la medianoche hacia la tierra de los MacDonald con un recado. Y tú —señaló a otro hombre joven—, te encargarás de hacer saber a los demás clanes que los McGraeme tienen un nuevo laird. Un laird que quiere la paz y la justicia entre las familias.

Los aludidos asintieron para mostrar su conformidad con las tareas impuestas y se dedicaron a realizarlas.

Duncan volvió su atención al caudillo.

—Steven, tú quedarás al mando de la fortaleza durante unos

días —indicó.

—Pero ¿y usted, milord?

—Debo hacer algo —fue su única explicación—. Confío en ti.

Los McGraeme tendrían a ese laird que él les prometía, pero primero Duncan tenía que regresar a las montañas, y lo haría esa misma noche. Traería a casa a John, su hermano del corazón, y a Megan, su mujer... si es que ella aún seguía con vida.

253

Ganadora concurso Ali Nigro

27

Desde que Duncan había iniciado el viaje desde la cabaña en las montañas hasta la tierra de los McGraeme, se había detenido poco a descansar y solo lo había hecho cuando su cuerpo exhausto le había avisado, a través de señales inequívocas, que debía hacerlo. Únicamente así se había resignado a desmontar y a echarse sobre la hierba durante un rato, porque no habían sido más que pequeños lapsos de tiempo, y después de engañar a su propio cuerpo con aquel reposo tan mezquino había retomado la marcha.

Esa había sido su rutina durante el trayecto de ida, y ahora que

estaba de regreso a la casita, la metodología no había variado en nada. Seguía esforzándose hasta límites impensados, durmiendo un poco a lomos de *Dubh*, alimentándose precariamente y con un descanso prácticamente nulo.

Había dejado a Steven a cargo del clan hasta su regreso. Conocía al caudillo desde siempre, y sabía que era un hombre honesto. No creía que permanecer cuatro o cinco meses bajo las órdenes y la tiranía de Randolph lo hubiesen cambiado. En ese momento a Duncan no le quedaba más alternativa que confiar en que Steven Anderson siguiese siendo aquel maestro ecuánime e inteligente que había sido su mentor desde su niñez.

Durante todo el viaje, Duncan había querido llegar pronto a la cabaña, pero ahora que la pequeña construcción de piedra y techo de paja de brezo se mostraba a algunos metros más adelante, justo frente a él, ya no sabía si tenía tanto apuro por desmontar. Lo haría de un salto y correría hacia la casita, y sin dudar, si alguien pudiese asegurarle que dentro encontraría a su adorada Megan, pero tenía tanto miedo de que no fuese así...

La cabaña se levantaba en un pequeño claro rodeado de árboles. Unos meses atrás no había sido más que un montón de ruinas,

pero ahora su aspecto era otro. Seguía siendo una vivienda sencilla aunque no podía negarse que fuese pintoresca, y en cada detalle se veía el amor que Megan había puesto allí. En el huerto, cargado a rebosar de verduras; en los prolijos cuadros del jardín cuajados de flores silvestres; en las cortinas de las ventanas, confeccionadas con los paños usados, desgastados aunque sin roturas, que John había conseguido en la aldea a cambio de alguna tarea sencilla o de unas pocas monedas...

—*¿Megui, para qué te empeñas en plantar esas flores si pronto nos iremos de aquí?* — le había preguntado él tantas veces, y ella, en cada una de aquellas ocasiones, le había respondido lo mismo.

—*Mientras estemos aquí, este es nuestro hogar y quiero que se vea bonito para mi adorada familia.*

—*Si tú estás aquí, no hay nada que pueda embellecerlo más* — le había replicado él, y ella había sonreído.

Y ahora...

Ahora Duncan temía que aquella belleza única, aquella luz gloriosa y la paz que irradiaban de Megan, ya no estuvieran allí. Se obligó a tragar saliva con fuerza. Un nudo se había instalado en su garganta y amenazaba con no desatarse.

Cuando finalmente llegó al claro, se apeó de *Dubh* y lo dejó suelto para que el animal se alejara a beber agua al río. Caminó hasta la entrada. ¡Cuánto le costaba hacerlo!

No había muchos metros entre él y la puerta, sin embargo, en ese momento le parecieron una distancia abismal, infinita y en lo que duró aquel trayecto, se vio obligado a secar en su tartán sus palmas húmedas una decena de veces.

La puerta de madera, a la cual John y él le habían reemplazado algunos tablones y agregado otros inexistentes, estaba apenas entornada. Duncan la empujó despacio. Con temor.

La casita estaba completamente vacía y en silencio. Ese fue el primer puñetazo, la primera estocada certera al centro de su pecho; a su pecho por demás lastimado. Y el segundo golpe mortal se lo propinó la imagen devastadora y más que explícita de un único plato sucio con restos de comida, sobre la mesa.

255

Ganadora concurso Ali Nigro

La manera en la que estaban cruzados los cubiertos sobre la vajilla y los dibujos que los restos de guiso habían dejado sobre la superficie al ser «limpiados» con el pan, gritaban a los cuatro vientos que quien había comido de allí había sido John, no Megan. No había ningún otro plato perteneciente a ella. Una sola persona había comido allí y esa persona no había sido su adorada Megui.

Duncan procuró no perder las esperanzas... no aún. Todavía le quedaba mirar en el otro cuarto, aunque el silencio era suficiente para desahuciarlo.

Llegó junto a la cortina, que alguna vez, mucho antes de que ellos se hicieran con ese paño, había sido de un tono borgoña oscuro. Con el pulso inestable aferró uno de los bordes, inspiró hondo, tan profundamente que el aire le quemó al insuflar sus pulmones, luego apartó la colgadura a un lado para poder ingresar en el cuarto. El alma cayó a sus pies, rota en mil pedazos.

Había pensado en la posibilidad de que Megan no hubiese logrado sobrevivir. Había manejado aquella a opción, pero ahora, caer en la realidad absoluta y comprobar que realmente el a no estaba allí, era demasiado duro. Insoportable.

Su vida, al igual que aquella habitación apenas iluminada por la luz que se filtraba a través de la ventana, volvía a estar vacía. Vacía como lo había estado después de morir Sawny y antes de que Megan lo encontrara al borde de la muerte y se apiadara de él.

La desesperación ascendió desde las plantas de sus pies, e inundó cada pulgada de su cuerpo. De repente, la ira que había creído enterrar junto al cuerpo ajusticiado de Randolph, volvía a aflorar a él y con mayor intensidad.

Había creído que ahora que por fin había acabado con la tiranía de quien fuera su hermano, podría, no olvidar, pero al menos seguir con su vida junto a Megan, y dejar que las heridas sanaran poco a poco. Sin embargo, Megan ya no estaba... ya no volvería, y Duncan caía en la cuenta de que le habían arrebatado todo cuanto había tenido. Y lo odió, odió a Randolph con más fuerza que nunca.

Y lo odió por sentirse impotente por su culpa. Porque, ahora que Randolph ya estaba muerto, ¿qué podía hacer él con todo ese rencor y con esa rabia que pedía salir fuera?

256

Nowevolution editorial.

Duncan llevó la cabeza hacia atrás y gritó, gritó fuerte.

No fue una palabra, fue un sonido inarticulado y gutural, como el gruñido feroz de una bestia enojada y al mismo tiempo, mezclado con el gemido de un animal herido. Gritó, porque no podía hacer nada más.

Se dejó caer de rodillas junto al jergón e inclinó la cabeza hacia adelante. Encerró en sus puños la sábana rústica, y la arrastró hacia él, hasta tocar con el paño su frente.

—No, no. ¡No! —gritó con la voz enronquecida—. ¿Por qué,

Señor? ¿Por qué me la has arrebatado?

Golpeó su cabeza contra la paja mullida, apenas cubierta ahora por el lino desgastado. Una vez, dos veces. Una vez más. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban inyectados en sangre, apretaba los puños, las muelas, y la yugular se le marcaba fuerte en el cuello.

—¡Te odio, Randolph McGraeme, bastardo hijo de puta! ¡Que tu alma arda en el infierno por toda la eternidad!

Cómo deseaba que aquel deseo fuese posible, aunque sospechaba que el infierno al cual Randolph con seguridad estaba destinado no sería tan cruel como el infierno que le esperaba a él mismo sin Megan en la Tierra.

—¿Por qué? ¿Por qué, Señor, te la has llevado a el a? —volvió a repetir, ya en un hilo de voz, y dejó caer la cabeza de manera pesada sobre sus manos.



—Duncan...

En la cabeza de Duncan, a través de la neblina que había embotado sus sentidos casi por completo, se filtró una dulce voz. Una voz que lo llamaba y que había sonado como la de el a, como la voz de Megan.

—Duncan —volvió a llamarlo aquel a voz, ubicada justo a su espalda. Esta vez había sonado incluso más cerca.

Duncan temía mirar. Temía girarse y darse cuenta de que aquello no había sido más que producto de su imaginación. Si Megan estaba muerta y él había enloquecido hasta el punto de imaginársela

257

Ganadora concurso Ali Nigro

l amándolo, entonces prefería estar desquiciado por el resto de sus días a vivir con cordura. Al menos, de esa forma el a estaría junto a él. Permaneció con el rostro encerrado entre sus manos, y le pareció oír sus pasos.

—Duncan —insistió el a, ya a su lado.

Una mano trémula se posó sobre el hombro de Duncan en una caricia tierna y delicada. Duncan dejó que sus párpados hinchados permanecieran cerrados por un breve instante más, lo justo como para poder disfrutar por completo de las sensaciones que ese toque le provocaba.

Finalmente venció su propia parquedad y abrió los ojos. Volvió el rostro, aún con miedo a solo estar sufriendo alucinaciones, sin embargo, no fue el espacio vacío lo que encontró. Al í, a su lado, todavía con la palma temblorosa posada sobre su hombro, estaba la figura de Megan.

El rostro de Megan se veía exageradamente pálido y sus hermosos ojos azules, velados de lágrimas, estaban bordeados por círculos oscuros. El cabello negro le caía lacio sobre el torso hasta la cadera, como un manto azabache y pesado. Se veía débil, frágil como una brizna de hierba, pero seguía viva. Ella seguía respirando, y a su lado.

—Has vuelto —susurró el a, con un atisbo de sonrisa y con las lágrimas ya rodando sobre sus mejillas. Habían transcurrido ocho jornadas desde que él se fuera.

Duncan no pudo responder. En un acto desesperado le rodeó la cintura con sus brazos fuertes, hundió el rostro en el suave abdomen de su adorada mujer... Y lloró.



—¿Creíste qué...? —preguntó Megan a Duncan poco después.

Le acariciaba los cabellos de largos desiguales.

Él asintió con la cabeza.

No quería ni pronunciar aquellas palabras, además estaba seguro que, de querer hablar, no sería capaz de hilvanar ni una sílaba.

—Estaba en el jardín trasero tomando un poco de aire y de sol

—le explicó.

258

Nowevolution editorial.

—Había un solo plato de comida sobre la mesa —consiguió decir Duncan, con la voz quebrada—. Y después... después no estabas aquí.

—Hilda creyó que sería más saludable para mí si salía un poco al

exterior, así que llevó nuestros platos al jardín. Al í estábamos cuando oímos el grito y supe que habías regresado.

—Y ahora, señora, usted debe volver a acostarse para descansar

—apuntó la mujer robusta.

Duncan se giró hacia la entrada y se encontró con público presente. Estaba Hilda, la mujer que había asistido a Megan y que todavía permanecía con ella, y también estaba John, su querido hermano del corazón.

Sintió deseos de abrazarlo, y el muchacho debió de percibir aquel a necesidad, o tal vez, haya sido también una necesidad propia, porque se unió a la pareja, a su abrazo, a su llanto y también a sus plegarias de agradecimiento, porque finalmente, los tres seguían juntos.

Hilda volvió a acomodar las sábanas sobre el jergón de paja y carraspeó para reclamar la atención del trío emocionado. No quería hacerlo, tenía reputación de mujer dura, pero no pudo evitar que algunas lágrimas, no muchas, empaparan sus ojos celestes.

Duncan se puso en pie. Ayudó a Megan a llegar hasta la cama, y la arropó con una manta. Se disponía a sentarse en el suelo para velar su sueño, cuando el a lo tomó de la mano para impedirle que se alejara de su lado.

—Ven aquí, mi amor —le pidió—. Quédate conmigo. Abrazame.

Duncan obedeció. No había nada que deseara más que estrechar a su mujer entre sus brazos, pero había temido que el a lo alejara y que evitara su roce. Cuando Megan le pidió que se acostara a su lado y la dejara refugiarse en su amplio pecho, Duncan sintió que algo cálido y reconfortante volvía a correr por sus venas. No la había perdido.

259

Ganadora concurso Ali Nigro

28

Highlands, Escocia

Año de nuestro Señor de 1746

Madrugada del 16 de abril

—¡Duncan! ¡Duncan! Por favor, amor, despierta —clamó Megan con voz angustiada mientras zarandeaba a su esposo.

Duncan yacía boca abajo, arrebuñado bajo las mantas. Rodeaba la mullida almohada con ambos brazos.

—¿Mmm? —preguntó, apenas abriendo uno de sus párpados.

—¡Duncan! ¡Dios! ¡Despiértate de una buena vez! —inquirió el a—. ¡Es Kieran!

—¿Kieran? —interrogó él. Alzó los párpados en un santiamén y alejó el sueño de un plumazo. Rodó sobre su cuerpo y se sentó en la cama. El cabello largo hasta los hombros, castaño oscuro, aunque ahora salpicado con unas pocas hebras de plata aquí y allá, le caía alborotado sobre el rostro—. ¿Qué pasa con Kieran?

—Se ha ido —sollozó y llevó ambas manos a su pecho en un claro gesto de desesperación—. Sabía que algo andaba mal. Yo lo presentía, Duncan. Entonces he ido hasta su cuarto y no lo he encontrado allí. Tampoco están su espada, ni su *sporran* y faltan algunas cosas más que debe haberse llevado.

Antes de que Megan terminara de hablar, Duncan saltó de la cama. Sin siquiera preocuparse en cubrir su anatomía, que seguía tan espléndida a sus cincuenta y un años como lo había estado a los veinticinco, caminó por los pasillos del castillo hacia el dormitorio de su hijo.

—¡Muchacho desobediente! —gruñó Duncan, y propinó un fuerte puñetazo a la puerta de madera al comprobar que, tal como le había dicho su mujer, su hijo no estaba allí.

—¿Crees...? —A Megan le costaba horrores decir aquello que

tar finalmente, con la voz temblorosa, igual que su pulso.

—¡No lo creo, estoy convencido! ¡Maldita sea! —masculló

Duncan con enfado y mucha preocupación—. ¡Si no ha hecho más que hablar de ello!

Duncan regresó a su cuarto y, sin demasiada ceremonia, se vistió lo más rápido posible.

Los últimos veintiséis años habían sido apacibles en su vida.

A los pocos días de haber regresado Duncan a la humilde cabaña ubicada en las montañas, Megan, John y él partieron hacia las tierras de los McGraeme. Al í, los habitantes los recibieron con regocijo y

algarabía, e inmediatamente después de su llegada, el *seanachaidh*²⁴

habló en la ceremonia de nombramiento del nuevo jefe del clan y

Duncan fue nombrado como tal. Luego, cada hombre le juró lealtad a su nuevo laird.

Cuatro semanas más tarde, cuando la novia ya se encontró re-
puesta completamente de sus heridas y de su debilidad, se celebró una de las bodas más grandes de las que las Highlands escocesas habían sido testigos. Fueron invitados todos los clanes vecinos, también los MacDonald de Skye y los MacKinnon, la familia de Megan.

Los novios estuvieron maravillosos, guapísimos en sus trajes de

boda.

Ella, con un vestido de terciopelo, del mismo color azul que el de sus ojos, al que engalanaba un fino cinturón de cadena de eslabones de oro. En la cabeza llevaba una coronita de flores diminutas para adornar su cabello, que caía suelto sobre su espalda.

Él vistió un plaid azul y negro para la ocasión, que prendió con un broche de oro sobre su hombro. Llevaba botas de ante, porque los zapatos nunca le habían agradado, y una fina camisa blanca con encajes en los puños completaba su vestuario. Llevaba, como era tradición, su espada a la cintura y una daga. Para entonces, el cabello ya le llegaba a la mitad del cuello, lo había estirado hacia atrás y lo había atado en la nuca con una tira de cuero.

24 - Genealogista del clan, historiador, encargado de hablar en las ceremonias.

261

Ganadora concurso Ali Nigro

De la mano de Duncan como nuevo laird y con Megan como señora del castillo, los McGraeme habían recompuesto las relaciones con muchos clanes con quienes los señores anteriores se habían enemistado. Con esfuerzo y trabajo, las tierras fueron explo-

tadas en todo su potencial, con una parte de los campos dedicados a la siembra y con otra porción extensa, reservada para la cría de ganado. Y así, los McGraeme habían ido prosperando. Pero el beneficio no solo lo gozaban los señores. El laird Duncan McGraeme era un laird justo que buscaba el bienestar de toda su gente y por ello también era amado y respetado por sus súbditos.

Duncan mantuvo a Steven Anderson como su mano derecha.

Mientras tanto, John White se formaba en las artes militares bajo su propia tutela y, aunque con el correr de los años, John se convirtió en un magnífico espadachín, también demostró ser muy versado con los números. Cuando el antiguo administrador murió, fue John quien tomó ese puesto, para llevar la contabilidad y la administración de la propiedad de Duncan.

Ahora John, el hermano medio *sassenach* del laird, era un hombre de cuarenta años de prolijo cabello corto color arena y bondadosos ojos azules. Después de haber tenido algún que otro noviazgo sin demasiada trascendencia durante su juventud, finalmente John se había desposado siete años atrás con Sally MacDonald, una mujer quince años menor que él que lo había enamorado nada más verla. Sally era la hija menor de Dora McGraeme MacDonald, la tía Dora. Él, su mujer y su pequeño de cinco años vivían en el castillo

de Duncan, en un ala destinada especialmente para ellos, y contaba con todos los privilegios con los que hubiese contado un hermano de sangre.

Ocho años después de la boda entre Duncan y Megan, y cuando los esposos se habían resignado a la triste idea de que ella no quedaba embarazada, finalmente, después de nueve lunas bastante complicadas, había nacido Kieran, su único hijo.

A sus dieciocho años, Kieran era una réplica, aunque en versión masculina, de su madre. Tenía el cabello negro y lacio, labios generosos y perfectamente definidos y profundos ojos azules bordeados

262

Nowevolution editorial.

por espesas pestañas oscuras. La fuerte línea recta de su nariz era lo único que le otorgaba algo de carácter salvaje a su rostro excesivamente bello, ese rostro que tenía a hordas de mujeres suspirando

por él. Alto y delgado, no parecía que fuese a ser tan corpulento como su padre, aunque tampoco sería un escuálido o esmirriado.

Las palabras para definirlo con exactitud serían «de complejión atlética» y «con músculos moderadamente trabajados».

Desde pequeño, Kieran había sido obstinado y aguerrido, con

firμες tendencias a abanderar alguna causa que a él le parecía justa y seguirla

hasta el final, y la causa que últimamente había ocupado

la mente de Kieran McGraeme era la causa jacobita.

El país se encontraba desde el año anterior haciendo frente a una nueva rebelión por parte de los partidarios del joven pretendiente

al trono, el príncipe Carlos Eduardo de la Casa Estuardo. El *Bonnie Prince Charlie*, como sus simpatizantes lo llamaban.

Desde que en agosto de 1714, muriese la reina Ana Estuardo,

hija del destituido rey Jacobo II, y el trono del nuevo reino de Gran Bretaña²⁵ quedase en manos de Jorge I, de la Casa de los Hannover;

los Estuardo habían protagonizado varias revueltas para reclamar la

corona. Hasta ahora, cada una de sus tentativas había sido repelida

por los ejércitos experimentados del monarca. No obstante, desde

el año anterior, 1745, el joven pretendiente había emprendido una

nueva campaña militar para reclamar, lo que según él, creía firme-

mente que era su derecho de sangre.

En una primera instancia, los habitantes de las Tierras Altas no

lo tomaron demasiado en serio, debido en parte al carácter obsti-

nado y terco del príncipe Carlos. Además, los líderes de los clanes, o la mayor parte de ellos, no sentían que la causa los involucrara

directamente. Sin embargo, algunos jefes de clanes se unieron en

apoyo a la causa, y a ellos les siguieron otros más, aunque con bas-

tante recelo y desconfianza.

Kieran había insistido a su padre para que ellos tomaran parte en la empresa militar, ya que él creía firmemente que era la Casa Estuardo la que tenía el derecho legítimo sobre el trono y no la de
25 - Inglaterra, Gales, Irlanda y Escocia.

263

Ganadora concurso Ali Nigro

Hannover. Además, el muchacho era consciente de que su padre compartía con él sus ideas políticas. A pesar de ello, ningún intento había logrado convencer a Duncan de arrastrar a sus hombres a una guerra.

El Ejército Real estaba formado por militares experimentados.

Era un ejército disciplinado e imbatible, mientras que la desorganización era moneda corriente desde que el príncipe Carlos había comenzado a armar sus tropas. Aun así, desde el año anterior, a los McGraeme les llegaban las noticias del avance de las fuerzas jacobitas y de los sorprendentes resultados que habían obtenido sobre el Ejército Real.

Uno de los informes decía que las tropas formadas por guerreros de las Tierras Altas habían tomado por sorpresa y vencido a los

soldados comandados por el general sir John Cope en Prestonpans, ubicado a escasos kilómetros de Edimburgo. Y no se hicieron esperar las canciones y recitaciones que los bardos locales dedicaron a aquellos héroes.

Pronto se corrió la voz del terror que infundieron en los Casacas

Rojas las hordas de highlanders, que iban armados con un targe²⁶

con púa metálica atornillada en el centro, con un espadón corto de

unos cuarenta centímetros en una mano, y con una pesada claymore

en la otra. Al son del sonido mecánico de las gaitas y de los salvajes gritos de guerra, en cada batalla que habían librado habían arremetido contra las filas de soldados del disciplinado Ejército Real.

Los soldados de la Corona formaban de manera compacta, en

tres filas, táctica que permitía que, mientras una fila, de rodillas en el suelo, recargara sus mosquetes, la siguiente fila de la formación abriera fuego. En cambio, los fieros montañeses, con mayor libertad de movimiento y en un santiamén, arremetían contra las tres

filas a la vez. Los highlanders apartaban al primer soldado a un lado con el antebrazo cubierto por el targe, muchas veces ensartando al

hombre con la púa del escudo; sin perder tiempo, atravesaban al

soldado de la segunda fila con el espadón corto, y con la claymore

que llevaban en la otra mano sacaban de juego al de la tercera fila.

26 - Pequeño escudo redondo, utilizado en el antebrazo.

Nowevolution editorial.

Muchos de los highlanders portaban hachas en vez de espadas, que para el fin servían lo mismo. Con esa táctica, y contra todo pronóstico, los jacobitas vencieron en Prestonpans, y eso envalentonó al príncipe Carlos, quien siguió avanzando por Manchester para luego detenerse en Derby.

Con cada noticia que había llegado de una nueva victoria de los jacobitas, la sangre de Kieran había bullido con mayor frenesí. Se había vuelto un potro inquieto, yendo constantemente detrás de Duncan para convencerlo de unirse a las fuerzas de Bonnie Prince, pero Duncan había continuado desconfiando de toda aquella situación.

Los jacobitas habían vencido en aquellas batallas, pero Duncan sabía bien, y de fuentes fidedignas, que muchos de los highlanders ya habían desertado y que las fisuras ya no podían seguir ocultándose.

Mientras Bonnie Prince estuvo en Derby, resuelto a seguir hasta Londres para reclamar la corona, los refuerzos que el rey de Francia Luis XV había prometido no habían llegado. A ello se sumó que los jacobitas ingleses no apoyaron la causa del príncipe

Carlos y la deserción de una cuarta parte de los guerreros de las Tierras Altas, entonces, el príncipe no tuvo más opción que dar la vuelta y regresar por el mismo camino por donde había invadido Inglaterra.

Duncan se había aprovechado de esos hechos para remarcarle

a Kieran que la empresa no era posible que tuvieran más triunfos,

pero nuevamente, el príncipe Carlos se enfrentó a las fuerzas del rey Jorge II²⁷, esta vez en Falkirk²⁸, a mediados de enero de 1746. Aunque el Ejército Real, igual que en los enfrentamientos anteriores,

estaba mejor equipado y con apoyo de elementos de caballería y ar-

tillería y mucho mejor disciplinados, aun así, Bonnie Prince Charlie obtuvo una nueva victoria. Desde luego Kieran había retomado sus

ideas de lanzarse a la batalla y deseaba arrastrar con él a los hombres del clan McGraeme.

27 - Descendiente de Jorge I.

28 - Región de Sterlingshire.

265

Ganadora concurso Ali Nigro

Los MacDonald, comandados por el esposo de su tía Dora, se

habían unido al ejército del joven pretendiente desde el principio.

Por esa razón era que Duncan podía seguir el avance de la campaña

paso a paso y tener noticias frescas cada día.

Que su primo Sheumais, de veintiséis años, el hijo de Dora y MacDonald, estuviese también peleando, a Duncan le estrujaba las entrañas, y no había querido ni pensar en lo que sentiría si su propio hijo, su único hijo, estuviera también metido en medio de esa trifulca.

Luego, habían llegado nuevas diciendo que las fuerzas de Hannover estaban rearmando su ejército. El primer cambio radical del Ejército Real había sido poner al mando al príncipe Guillermo Augusto, duque de Cumberland y segundo hijo del rey Jorge II. El duque era un brillante comandante que, a pesar de sus escasos veinticuatro años, contaba con una valiosa experiencia militar en el continente europeo. Su tío le había confiado a Duncan que los ejércitos de Cumberland se habían trasladado hasta Inverness y que allí se preparaban para un nuevo ataque.

Mientras las fuerzas de Cumberland se entrenaban y se fortalecían, Bonnie Prince prefirió sitiar y amenazar fortificaciones reales que carecían o tenían escasa importancia estratégica.

Muchos clanes vecinos, gente amiga de Duncan, regresaron a sus hogares. Se sentían hastiados a causa de las debilidades de las fuerzas militares del príncipe Charlie, mal comandadas por John

William O'Sullivan, el lugarteniente del príncipe. Con mayor razón, Duncan vio justificadas sus negativas y siguió manteniendo su posición. Se negó rotundamente a levantarse en armas, sobre todo, a arrastrar a su hijo y a su gente a la batalla.

Tres días atrás

—*¡Padre, te comportas como un cobarde!* — le recriminó Kieran a Duncan —. *Sheumais y el resto de los MacDonald están allí, luchando por lo que creen justo. ¿Y nosotros nos quedaremos aquí, como un puñado de cobardes?*

266

Nowevolution editorial.

—*¡Es una locura! Entiende, Kieran, el príncipe Carlos y ese inepto de O'Sullivan solo conducirán a esa gente a la muerte.*

—*¿Acaso te olvidas de que arrasaron con todos esos asquerosos*

Casacas Rojas en Prestonpans y en Falkirk, y que estuvieron a un paso de Londres?

—*¡Justamente! Estuvieron. Tú mismo lo has dicho. ¿Y por qué crees que no han seguido avanzando?*

—*¡Porque algunos cobardes desertaron y porque los franceses no cumplieron con su palabra!* — espetó con descaro .

—*Puede ser, Kieran, pero de ninguna manera puedes tildar de cobardes a esos fieros highlanders que se arriesgaron por una causa, cuando el líder no es lo suficientemente capaz para guiarlos* — refutó Duncan, con conocimiento de causa —. *Entiende esto, Kieran, si regresaron a Escocia no fue por culpa de los franceses o de los hastiados guerreros, fue por la ineptitud de quienes se supone deben ser líderes.*

—*Los MacDonalld siguen allí* — expuso el muchacho para justificar su insistencia.

—*¡Y ojalá no tengamos que lamentarlo!*

—*Tú también piensas que la corona les pertenece a los Estuardo por derecho y si esos malditos Hannover están en el trono es solo por el Acta de Establecimiento*²⁹.

—*Lo que yo pienso, no importa. Y, Kieran, será mejor que cuides*

tus palabras, porque si alguien te oyera hablar de esa manera, serías acusado de traición.

Kieran se mesó el cabello negro, que le llegaba apenas hasta los

hombros, dado que no le gustaba llevarlo demasiado largo. Observó

a su padre un instante antes de seguir hablando .

—*Padre, eres un buen laird* — dijo, y se dejó caer de manera pesada en un sillón tapizado de rojo, en el estudio de Duncan —, *pero no puedo entender por qué te empeñas tanto en negarte a luchar.*

Duncan se abstuvo de responder.

—*Te he visto entrenar con el tío John y con los guerreros. También has entrenado conmigo. ¡Y maldición, sí que eres condenadamente bueno! Sin embargo, siempre evitas peleas de verdad. ¿Por qué? Cuando* ²⁹ *- Labrada en 1701, establecía el futuro orden sucesorio de la corona inglesa.*

267

Ganadora concurso Ali Nigro

otros jefes salen a solucionar problemas a punta de espada, tú solo lo haces hablando... ¡Realmente no puedo entenderte! Y ahora...

—*Kieran, yo ya he visto correr demasiada sangre. He derramado*

demasiada sangre — confesó pensativo, luego añadió —: *Prefiero vivir en paz.*

—*¡Eso es de cobardes!* — replicó su hijo con altanería.

—*Te equivocas. Nunca he sido un cobarde, pero si eso es lo que tú prefieres creer, adelante. Yo ya he dicho mi última palabra. Yo soy el laird de McGraeme y no permitiré que ninguno de mis hombres se vea involucrado. Durante veintiséis años hemos sido un clan pacífico, y créeme que me ha costado mucho lograr este estado. No permitiré que algo quiebre la paz que tenemos.*

Kieran negó con la cabeza mientras oía hablar a su padre. Duncan en ese momento permanecía imperturbable ante la situación, y eso a Kieran lo enloquecía aún más.

—*Además* — añadió Duncan —, *nosotros... Yo, ahora y luego tú, cuando yo muera, tenemos una misión que cumplir. Ese es nuestro deber.*

—*¿Una misión?* — preguntó el joven, abriendo con interés sus preciosos ojos azules —. *¿De qué se trata?*

—*Te lo diré a su debido tiempo. Ahora tu mayor preocupación debe ser mantenerte con vida para poder cumplir con tu parte.*

Kieran bufó sonoramente. Miró a su padre con algo muy parecido a la indignación y, tras una respetuosa inclinación de cabeza, salió del despacho de Duncan hecho una tromba y bullendo de rabia.

Y ahora, tres días después, en la madrugada del dieciséis de

abril del año de nuestro Señor de 1746, Kieran había desaparecido, amparado por la oscuridad de la noche, y Duncan, con un nudo en la garganta y con el corazón comprimido en un puño, sabía exactamente adónde se dirigía su hijo.



Duncan abrazó a Megan intentando reconfortarla, y la besó en los labios. Los dos necesitaban infundirse de esperanza y confiar en que todo estaría bien. ¡Pero cuánto les costaba!

268

Nowevolution editorial.

Ella sujetó las manos de su marido y, mirándolo a los ojos, a esos ojos verde claro que tanto adoraba y que ahora, después del paso de los años se veían con algunas finas arrugas en el ángulo externo, le rogó: —Tráelo de vuelta a casa.

Duncan asintió con la cabeza, volvió a besarla y después montó sobre su caballo, un fiel garañón de color gris oscuro. Acompañado por Kel , uno de los hijos de Steven Anderson y excelente guerrero, partió en medio de la gélida madrugada en busca de Kieran.

El azote del viento era despiadado. Había niebla y caía una molesta llovizna constante. Los hombres emprendieron el camino en descenso hacia el pie de las Montañas Altas. No se encontraban muy

lejos y a un buen galope pudieron hacer el camino en muy poco tiempo. Duncan y Kell se dirigieron hacia Inverness y después, no les resultó difícil encontrar el extenso páramo en el sudeste de la región. Una vez en las proximidades, siguieron el estruendo de los disparos, los gritos, los gemidos y los lamentos de los heridos... Se guiaron por los sonidos aterradores de la guerra y el hedor de la muerte, y llegaron en mitad de la mañana al campo de batalla, a Culloden.

La suerte ya estaba echada. Y a los dos hombres, desde su posición de desesperados espectadores, no les costó mucho deducir que la suerte ese día no iría a favor de los jacobitas... Con un milagro, tal vez, pero no creían que los milagros se obraran en aquel lugar que parecía haber sido olvidado por Dios.

El extenso campo de batalla era llano y se encontraba despejado; contaba apenas con escasas elevaciones y prácticamente carecía de vegetación. El terreno estaba delimitado por hileras de piedra que dividían las tierras que estaban destinadas al cultivo y a la siembra. Con un solo vistazo, Duncan supo que ese terreno no era el más apropiado para las tácticas de incursión de los bravos highlanders, aunque sí lo era para las maniobras de artillería y caballería que acostumbraba realizar el Ejército Real. Para colmo de males, el ejército

jacobita ocupaba la sección norte del campo, dándole la espalda a las Tierras Altas. En esa posición, el mayor punto en contra con

269

Ganadora concurso Ali Nigro

el cual debían combatir eran las fuerzas de la naturaleza. El gélido viento los azotaba salvajemente en la cara y les llevaba consigo el

humo de los cañones, todo lo cual, sumado a la lluvia y a la niebla, les reducía tremendamente la visión.

Los jacobitas, en menor número que el Ejército Real, estaban

siendo devastados con balas rasas y ataques minuciosamente estu-

diados y planificados, eran la contracara de lo que era el ejército de los rebeldes... Era una masacre. Y su hijo estaba allí.

En alguna parte, en medio de toda aquel a locura, estaba Kieran.

Duncan, desesperado, buscó el rostro de su muchacho en el rostro

de cada uno de los highlanders. Seguía montado sobre su garañón,

empuñaba su espada y arremetía contra los Casacas Rojas. Se mez-

cló entre los alborotados montañeses, pero él no peleaba por la

causa jacobita, en ese momento él solo buscaba a su hijo.

Distinguió algunos rostros conocidos de amigos y de vecinos.

Unos todavía estaban en pie y con la espada en la mano; otros ha-

bían sido mutilados y con su sangre regaban la tierra de Culloden.

Siguió buscando, pero no podía encontrar a Kieran... ni vivo, ni muerto.

—¡Primo Duncan! —gritó alguien a su espalda.

Duncan se giró para ver el rostro crispado de Sheumais. Los cabellos rubios y rizados caían pesados y pegoteados de mugre sobre sus hombros. En una de sus manos cargaba un espadón corto. Llevaba la tela de la camisa desgarrada y la ropa salpicada de sangre. ¿De él, de otros?, ¿quién podía saberlo?

—¡Duncan, sígueme! Kieran está herido —gritó el hombre joven. Giró sobre sus talones y condujo a Duncan a través del campo, a gran velocidad.

Duncan avanzó cegado y muerto de miedo.

—Aquí está —indicó Sheumais, y señaló los nimios matorrales, donde había refugiado a su primo.

De un salto, Duncan se apeó de su montura y corrió detrás del pastizal.

Kieran yacía en el suelo.

Duncan cayó de rodillas a su lado.

El muchacho no portaba ningún arma, solo un targe en su antebrazo. Duncan se lo quitó para que estuviese más cómodo. Le examinó el cuerpo. Aunque su ropa estaba manchada de sangre, su cuerpo se veía sano. La herida preocupante estaba en su rostro. Se trataba de un profundo corte que le atravesaba la frente, bordeaba milagrosamente su ojo por fuera y luego descendía hasta su barbil a a los largo de su mejil a izquierda. Duncan rasgó un trozo de su propia camisa y con la tela comprimió la herida con intenciones de detener el sangrado.

—¿Tú lo trajiste hasta aquí, Sheumais? —quiso saber Duncan.

Su voz sonó rasposa, como si hubiese tragado un puñado de arena.

La garganta le ardía tremendamente de angustia.

Sheumais MacDonald asintió con la cabeza, y relató la historia.

—Fue uno de los Campbell —dijo. Ese clan se había unido en su totalidad a la causa del rey Jorge II desde un principio—. Lo hirió con un dirk³⁰ —explicó, y con rabia añadió—: El Campbell iba a rematar a Kieran con una espada, pero llegué justo a tiempo para detenerlo, primo Duncan.

—Entonces debo a ti la vida de mi hijo —expuso Duncan—. No me alcanzará la vida para compensarte, Sheumais.

—No me debes nada, primo.

Kieran alzó los párpados. Sus ojos se veían empañados de lágri-

mas.—Lo siento, padre —murmuró—. Yo... Tú tenías razón —
alcanzó a decir antes de perder la conciencia.

Duncan cargó a su hijo sobre su caballo y galopó como un rayo
hacia el castillo. Lo secundaban Kell y Sheumais, quien había deci-
dido que ese era un buen momento para retirarse de la batalla.



Megan estuvo a punto de sufrir un infarto cuando vio el estado
en el que se encontraba su adorado hijo. Pero el joven parecía estar más
preocupado por pedir disculpas a su padre por todo lo que le
había recriminado en su última discusión que por su herida.

30 - Puñal de tradición escocesa.

271

Ganadora concurso Ali Nigro

—Padre, he sido tan idiota —sollozó Kieran—. Eso... eso era
una masacre. Los jacobitas avanzábamos sin siquiera poder ver qué
era lo que teníamos delante y en un completo desorden —relató el
muchacho, con horror—. Bonnie Prince no se decidía a enviar un
ataque masivo y después, cuando por fin dio la orden, avanzamos,
pero muchos hombres fueron destrozados por las balas o ensarta-
dos en las bayonetas, sin haber podido asestar un solo golpe.

—Shhh, ahora tranquilízate, Kieran.

—Fue espantoso —murmuró con el terror todavía grabado en sus facciones y en sus retinas—. Eran asesinados antes de llegar y los pocos que pudieron pasar la primera fila de Casacas Rojas fueron encerrados en una trampa mortal. La segunda línea y los hombres posicionados en los flancos los destrozaron. —Rompió a llorar con desesperación.

—Cálmate, hijo —le susurró Duncan, estrechándolo entre sus brazos.

—Papá, yo ni siquiera pude llegar. Avancé desorientado por el campo de batalla. Todavía no puedo creer que ninguna bala impactara en mi cuerpo —dijo pensativo y entre sollozos—. Uno de los Campbell me atacó, intenté defenderme, pero fue Sheumais quien salvó mi vida. Asesinó a mi adversario y después me sacó del campo de batalla.

—Lo sé —dijo Duncan.

—¿Él? Dime, padre, ¿Sheumais está todavía allí? —preguntó, con temor, por la suerte que su primo pudiese correr.

—No, nuestro primo ahora mismo está aquí en el castillo. Tiene un par de heridas, pero sobrevivió. ¡Y tú también lo harás, Kieran!

El muchacho asintió y recostó la cabeza sobre las almohadas para que le curaran la herida del rostro.

—Bebe esto —le dijo su padre, llevándole una botella a los labios.

Su herida debía ser cosida, y sería mejor que Kieran estuviese ebrio en ese momento. Cuando la consciencia del muchacho estuvo lo bastante embriagada, entre Duncan, John y Kell lo sostuvieron, mientras una sanadora del clan lo suturaba con cuidado.

272

Nowevolution editorial.

El muchacho soportó un par de puntadas estoicamente, hasta que el intenso dolor y la cantidad abundante de alcohol que había ingerido terminaron desmayándolo.



En el transcurso de los meses que siguieron a la batalla de Culloden, muchas cosas sucedieron en Escocia.

El duque de Cumberland envió a su caballería y a un grupo de soldados de infantería, que provenían de los estratos más marginales de Inglaterra, a perseguir a los últimos restos del ejército jacobita. Las tierras se vieron sacudidas con robos, saqueos indiscriminados,

violaciones y hasta asesinatos a sangre fría. Y como un golpe certero y mortal a la cultura gaélica, el duque de Cumberland, el Carnicero, decretó la prohibición absoluta del kilt y del tartán, les quitó las armas y también las gaitas, alegando que estas también eran un arma

de guerra. Y por último abolió el sistema de clanes, tal como se había conocido hasta ese entonces en Escocia, lo que significaba que el laird ya no tenía ninguna autoridad sobre su gente.

Duncan pudo conservar su propiedad, aunque las tierras pertenecientes al clan, tal como ocurría con todos los otros clanes también, fueron divididas en fracciones destinadas al cultivo.

Como los McGraeme oficialmente no habían participado en la rebelión, no fueron perseguidos ni hechos prisioneros como sí sucedió con otros clanes, cuyo apoyo a los jacobitas había sido

pleno. No obstante, la caballería llegó a la fortaleza, días después de la batalla. Duncan había escondido a Kieran y a Sheumais en un sótano secreto, cuya puerta se hallaba oculta bajo un pesado armario en las cocinas, y los soldados ingleses no pudieron hallarlos.

En su incursión a las tierras de los McGraeme, los Dragones Rojos se apoderaron de algunos tartanes y de algunas armas y gaitas, aunque Duncan había tomado la precaución de resguardar previamente algunas posesiones que ni muerto accedería a entregar a Cumberland. Junto a los muchachos en el sótano, escondió el tartán

de su hermano y las armas más importantes de la familia, entre las

273

Ganadora concurso Ali Nigro

que se encontraban la espada de Sawny y la de Evy, en espera del regreso de ellos.

Con el paso del tiempo, Kieran se recuperó sin complicaciones, aunque en él quedó grabado el recuerdo más horroroso de su vida. Irónicamente, ese recuerdo no lo constituía la salvaje cicatriz que cruzaba su rostro, sino todas las imágenes que permanecían grabadas en sus retinas y los sonidos de la batalla que regresaban una y otra vez a sus oídos y que, él sospechaba, jamás lo abandonarían.

Eran tiempos difíciles, muy duros. No solo para Duncan y su familia, sino que para todos los habitantes de las Tierras Altas y de toda Escocia en general.

Duncan estaba apostado sobre el parapeto de su castillo. Desde allí podía ver una extensa cantidad de terreno, de lo que antes había sido parte de su clan. Veía las tierras que habían pertenecido a su

familia gracias al ejercicio del viejo derecho céltico, es decir, el derecho hereditario a la posesión de las tierras donde los antepasados por primera vez encendieron el fuego e hirvieron el agua.

Mucho más allá de las extensas praderas que le habían pertene-

cido se veían algunas columnas de humo, seguramente se trataba de incendios provocados por los saqueadores, el último regalito que Cumberland había dejado a las ya devastadas y diezmadas Tierras Altas.

Duncan dejó que su mente vagara y se preguntó cuánto tiempo más podrían él y su familia seguir allí. Hasta ese momento, nadie los había asociado ni con la rebelión ni con la batalla de Culloden. Pero ¿y si alguno los reconocía? Sheumais había luchado junto a MacDonald desde un principio, y Kieran había participado de la contienda final, hasta él mismo se había cargado a un par de Casacas Rojas mientras buscaba a Kieran.

Otros hombres estaban siendo perseguidos y apresados. ¿Quién podía asegurarle que ellos no serían los próximos? El padre de Sheumais y la tía Dora habían tenido a la infantería sobre sus talones, y se habían visto obligados a escapar a América para evitar ser capturados. Sheumais debería haber ido con ellos, pero el joven se

274

Nowevolution editorial.

había negado. Decía que no dejaría su tierra, aunque eso implicara tener que morir en la horca.

También estaba Sally, la hija de tía Dora. Duncan no creían que

corriera peligro simplemente por ser la hija de MacDonald, pero ante la duda, los padres habían querido llevarla con ellos, pero la ahora señora White, igual que su hermano, se había negado. Ella había rehusado irse con sus padres al otro continente y dejar a John, su esposo, en Escocia.

Duncan tenía miedo, no podía evitarlo.

Sentía miedo por su adorada Megan y por su hijo Kieran, por John White, su hermano del corazón, con su esposa Sally MacDonald y su pequeño hijito, y ahora también temía por su primo Sheumais MacDonald. Ellos eran una familia, su familia, y Duncan no podía dejar de temer que su familia ensamblada fuese desmembrada de un solo manotazo por la ira de Cumberland y su salvaje infantería.

Unos brazos delicados lo rodearon por la cintura y sintió en su espalda la deliciosa silueta de su ángel. Ella sabía cuándo él necesitaba una caricia, una palabra justa, un beso, y en ese momento, Duncan lo necesitaba todo. La necesitaba a ella.

Duncan entrelazó sus dedos a los de ella durante un instante, después la soltó, pero solo para llevarla frente a él. La miró a los ojos.

A esos profundos ojos azules que infundían tanta paz como un cielo despejado. Acarició su hermoso rostro, tan bello como en su

juventud, aunque ahora, alrededor de los ojos se le formaban algunas líneas finitas, justo allí donde se marcaban cuando él sonreía con ganas. Y Duncan le agradecía al cielo que en los últimos veintiséis años Megan solo hubiese tenido motivos para sonreír. Hasta ahora. Hasta la tremenda revuelta jacobita.

Megan también recorrió la mejilla de él con las puntas de sus dedos y le sonrió, y sus ojos parecieron irradiar luz, o eso pensó Duncan, quien se sentía hipnotizado al mirarla.

—Estaremos bien —le dijo—. No tienes que preocuparte, Duncan. Viviremos el día a día y esperaremos a ver qué sucede.

—Pueden asociarnos con los rebeldes y, de suceder, vendrán a buscarnos.

275

Ganadora concurso Ali Nigro

—Rogaremos a Dios para que eso no ocurra, mi amor —le respondió él a con dulzura.

—Quiero que sigas teniendo una vida feliz, Megui. No quiero que pases por situaciones dolorosas, como cuando...

—Shhh —lo silenció ella, apoyando los dedos sobre los labios de él—. Eso es el pasado —dijo con firmeza. Inspiró en profun-

didad y, con voz calma, añadió—: Duncan, mi amor, verás que juntos superaremos cada prueba que la vida ponga en nuestro camino. Esto es una prueba más, como todas las otras.

Duncan encerró el rostro angelical de su mujer entre sus enormes y callosas manos, se inclinó hacia ella y la besó con ternura.

—Te amo —murmuró sobre sus labios—. Eres mi bálsamo, Megan. Eres mi paz.

Permanecieron abrazados durante un buen lapso de tiempo.

Disfrutaron de la brisa y de la puesta de sol; también del paisaje, tan conocido y, al mismo tiempo, ahora tan incierto, igual que su futuro.

—Mira allí. —Megan señaló hacia el patio.

Dos figuras conversaban amigablemente. Estaban sentados en un banco de piedra cerca de los rosales y de las campanillas azules.

Eran Kieran y Christine.

—¿Quién es? ¿Christine? —preguntó Duncan, observando a la muchacha que en ese momento le sonreía a su hijo.

—Sí, es ella, la hija del administrador de los vecinos... Es una buena muchacha y siempre ha querido mucho a Kieran —admitió

Megan—. ¿Crees que a Kieran le gusta?

Duncan soltó una sonrisa entre dientes.

—¡Desde luego que le gusta! Mira la cara de tonto que pone.

Megan no pudo más que reír también, y se asomó un poco más sobre el parapeto para intentar ver las facciones de su hijo y la su-puesta cara de tonto.

—Desde aquí veo que es Kieran, pero no me pidas que distinga qué clase de cara pone —le dijo el a.

—Es algo así —dijo Duncan, e imitó una cara soñadora y bastante exagerada—. La misma cara de tonto que debo poner yo cuando te miro a ti —agregó después, con tono galante.

276

Nowevolution editorial.

—Y yo adoro tu cara de tonto —dijo Megan entre risas. Se puso de puntal as hasta alcanzar el rostro de su marido y lo besó en la boca, en donde todavía permanecía dibujada una amplia sonrisa.

—Primo Duncan —murmuró Sheumais.

Duncan y Megan cortaron el beso, y sin soltarse de un abrazo férreo, se giraron hacia el recién llegado.

Sheumais se veía avergonzado por haberlos interrumpido.

—¿Admirando la vista? —preguntó Sheumais, solo por hablar.

—Algo así —asintió Duncan, y echó una nueva mirada a la pradera ondulante—. ¿Querías decirnos algo?

—Sí —empezó el hombre de cabello rizado y ojos color café.

Se veía dubitativo y un poco nervioso—. Veréis... llegó otra carta de mis padres en la que insisten en que viaje a América. Temen por mi vida. Me ruegan que acceda a su petición y que vaya con ellos, al menos durante un tiempo hasta que los hechos dejen de ser tan recientes.

—Y tienen razón, Sheumais. De todos nosotros, tú eres quien corre mayor peligro al haber participado durante todo el conflicto.

—Sí —asintió él.

—¿Entonces, irás? —preguntó Megan.

—Sí, prima Megan. Yo había dicho que prefería morir en la horca antes que dejar Escocia, pero ahora no me resulta tan reconfortante esa idea —expuso, con una sonrisa pícaro.

Los tres sonrieron.

—Vete a América, muchacho, y si las cosas por aquí se tranquilizan, te avisaremos para que regreses a casa.

Sheumais asintió con la cabeza.

—Gracias, Duncan.

—¿Cuándo partirás?

—En dos horas debo encontrarme con la gente de mi padre. Él ya ha arreglado todo con unos contactos que tiene.

—Buena suerte entonces, muchacho —deseó Duncan a Sheumais. Abrazó a su primo y le palmeó la espalda con fuerza.

—¡Uy, primo! ¡Qué fuerza sigues teniendo a pesar de la vejez!

—bromeó el hombre al recibir un par de palmadas dignas de resucitar a un muerto.

277

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Vejez, y un cuerno! ¡Estoy en mi mejor momento! —replicó

Duncan, echando chispas por los ojos.

Sheumais se alejó. Reía a carcajadas.

A Megan se le inflaron las mejillas al reprimir la risa.

—¿Qué? —preguntó él, fingiendo estar ofendido—. Tengo cincuenta y un años, ¿desde cuándo eso es vejez?

Megan ya no pudo aguantar, y empezó a reír con ganas, contagiándolo también a él. ¡Qué bien se sentía Duncan cuando reía junto a ella!

—Veamos, mi precioso viejito... —dijo Megan para seguir el juego. Se acercó a él con coquetería y deslizó un dedo sobre el centro del pecho musculoso de Duncan, mientras pensaba que,

ciertamente, el medio siglo a ese hombre le sentaba de maravilla—. ¿Qué era eso de que estás en tu mejor momento?

—Ajá —afirmó él, con un sonido. Sentía que la temperatura, de repente, empezaba a elevarse.

—Lo has afirmado, y ahora tendrás que demostrarlo —dijo el a batiendo las pestañas. Después se giró, hasta darle a él la espalda, y caminó hacia las escaleras con un sutil aunque provocativo contoneo de cadera.

Antes de llegar al primer escalón, Duncan ya la había levantado en brazos, como si el a no pesara más que una pluma, y había capturado su boca en un beso apasionado, que no se cortó en ningún momento del camino que los llevó directo al dormitorio de ambos.

Al í, puertas adentro, Duncan le demostró a su mujer varios de sus talentos y, sobre todo, que no mentía al decir que estaba, sino en el mejor, en uno de sus mejores momentos, sin duda.



Seis meses después

—¡Es una carta de Sheumais! —exclamó Sally, haciendo mucho alboroto mientras rompía el sobre que contenía las buenas nuevas de su hermano.

278

Nowevolution editorial.

—Bueno, querida, lee de una vez. Veamos qué dice mi querido
cuñado —la alentó John, luego apoyó la cadera en el escritorio.

—¿Y eso que tú y mi primo Duncan están haciendo puede esperar? —preguntó ella, y al hablar zarandéó una masa de rizos dorados, iguales a los de su hermano y su madre.

—¡Vamos, Sally, lee ya! —intervino Duncan—. Sea lo que sea que mi hermano estuviese haciendo, sabes que lo dejaré para prestarte atención a ti al instante, y no importa el grado de urgencia que tenga el proyecto. ¡Así que las cuentas para las semillas que pensamos comprar, tendrán que esperar!

John elevó los ojos al techo y bufó de la misma manera que lo hacía cuando era un adolescente. No discutiría con Duncan ese punto, al fin y al cabo, debía reconocer que su hermano, algo de razón llevaba.

Su mujercita lo tenía completamente muerto de amor. La observó sentarse de manera atolondrada en el sillón. Todo con Sally era de manera atolondrada. Ella era como un torbellino, así le gustaba definirla a él.

Ella retiró la misiva, y como era su costumbre, primero le dio una ojeada general al pliego de papel. John leía sus gestos de manera sorprendente: emoción, ternura, alegría, y eso... ojos abiertos de par en par, eso sin duda, era sorpresa. Y ahora vendría el resumen.

—Mis padres y Sheumais están bien y envían mucho cariño para todos. Mi hermano no ha tenido ningún contratiempo durante el viaje, pero ¿a que no sabéis qué?

—Ni idea —soltó John, negando con la cabeza.

—En el buque conoció a una mujer. Ella también huía con su familia hacia América para recomponer su vida. Es una joven viuda con dos niños pequeños... Parece que, en el tiempo que ha durado toda la travesía cruzando el océano, se han enamorado y, aunque no os lo creáis, ¡mi hermano y ella se han casado en cuanto han pisado suelo americano!

—¡Ah, bueno! ¡Eso sí que es una sorpresa! —exclamó John—.

Sin contar a nuestro pequeño Phil, que todavía es un niño, solo falta Kieran y estaremos todos los miembros de la familia con pareja.

279

Ganadora concurso Ali Nigro

En ese momento, como convocado por su nombre, Kieran entró en el salón. Escoltaba del brazo a Christine, y reían de alguna cosa. Duncan, Megan, John y Sally intercambiaron miradas cómplices y especulativas.

El muchacho, después de la batalla de Culloden, se había mos-

trado bastante apático, pero últimamente, con las frecuentes visitas de la muchacha, su estado de ánimo había empezado a recuperar la alegría a pasos tranquilos.

La herida de Kieran había sanado por completo, aunque le había quedado una extensa cicatriz que atravesaba todo el lado izquierdo de su rostro, desde la frente hasta la barbilla. Su rostro había sido tan hermoso que aquel a línea insignificante no lograba afearlo en lo más mínimo, tan solo tornaba sus facciones mucho más duras y con un aspecto algo salvaje, que se acentuaba cuando él estaba serio. En cambio, cuando Kieran sonreía y se relajaba, volvían a distinguirse algunos retazos de la dulzura que alguna vez se había visto en su cara. Y se daba la maravillosa coincidencia de que cuando Kieran estaba junto a Christine, la dulzura retornaba a su rostro bastante a menudo.

Duncan esbozó una sonrisa.

Su hijo, igual que él, parecía haber encontrado a su ángel.

280

Nowevolution editorial.

29

Highlands, Escocia

Año de nuestro Señor de 1770

—¡Abuelito! ¡Abuelito Duncan! —gritó el niño, de unos cuatro años. Su cabello castaño se reflejaba cobrizo al entrar en contacto con los rayos del sol y sus ojazos azules parecían a punto de salirse de las órbitas de tanto que los abría.

Duncan dejó el martillo sobre la mesa de trabajo. Hacía ya varias semanas que trabajaba en la confección de una sil a más comfortable para Megan. Una sil a que tuviese un amplio respaldo donde colocar almohadones mullidos y apoyabrazos para que el a descansara.

En el último tiempo, Megan había sufrido fuertes dolores en la espalda y en las articulaciones y él confiaba en que esa sil a, sumado a la aplicación del unguento espeso a base de hierbas que le

había proporcionado la sanadora, contribuyera a aliviar, al menos

un poco, su malestar. Ya estaba casi terminada, solamente le faltaba ajustar una de las tablas y podría llevársela a el a. Y Sally ya le había preparado los almohadones y una manta tejida de muchos colores.

¡A su adorada Megui le encantaría!

—¡Abuelito, abuelito! —volvió a gritar, o mejor dicho a aullar, el pequeño Simon.

—¡Ey! ¿Qué pasa que armas tanto alboroto?

Simon hizo un gran esfuerzo por normalizar su respiración agitada, finalmente resopló y pudo hablar con bastante claridad.

—¡Es la abuelita Megan! Se quedó dormida en el huerto y no se despierta —explicó el pequeño.

—¡Santo cielo! —gruñó Duncan, y salió del cobertizo con grandes zancadas—. ¡Busca a tu padre, Simon! —gritó sin detener la marcha. Su corazón bombeaba desbocado. A su edad ya no estaba

281

Ganadora concurso Ali Nigro

para estas carreras, mucho menos para soportar emociones fuertes.

Al cruzar la cerca de madera, Duncan encontró a Megan tendida en el suelo. Yacía de espaldas, con la cabeza ladeada y algunos cabellos, ahora completamente blancos, se habían soltado de su rodete y caían sobre su rostro. Cuando se agachó a su lado, ella seguía inconsciente. Revisó su pulso y comprobó que latía, aunque de manera débil, y la respiración era apenas sutil.

Kieran se unió a su padre en ese momento.

—¿Otro desmayo? —preguntó.

—Sí —asintió Duncan, con el corazón comprimido.

Esa no era la primera vez que Megan perdía la consciencia, y últimamente se daba con bastante frecuencia. Un médico les ha-

bía dicho que el corazón de ella estaba débil. Duncan le pasó un brazo por debajo de las piernas y otro por debajo de la espalda para levantarla. Kieran lo detuvo.

—Deja, papá, yo la llevaré.

—Todavía puedo hacerlo —replicó Duncan, pero su hijo no le hizo caso.

Kieran cargó el frágil cuerpo de Megan y se dirigió hacia la fortaleza.

Duncan apretó las muelas y se puso en pie. Las rodillas lo esta-

ban matando. Siguió a su hijo varios pasos por detrás, era imposible ir a su ritmo. Cuando llegó a la entrada de la casa, atisbó a Christine, quien ya se había hecho con un bote de sales para hacerle oler a

Megan y que se despabilara, y con un cuenco con caldo para reconfortarla.

Pero esta vez, Megan no reaccionó tan fácilmente como en ocasiones anteriores. Apenas abrió los ojos. No quiso beber el caldo, ni siquiera un sorbo de agua. Se sentía cansada, y los párpados le pesaban, como si quisiera dormir durante días enteros.

La familia por completo se apiñó dentro del cuarto, excepto Phil, el hijo de John y Sally, que había corrido en busca del médico.

Duncan se arrodilló junto a la cama y tomó una de las frágiles y

arrugadas manos de Megan entre las suyas. Le sintió la piel helada.

—Megan —susurró—. No me juegues estas bromas, querida y,

282

Nowevolution editorial.

por favor, despierta. Abre tus bonitos ojos, Megui... Te lo suplico.

—Esto último, lo dijo apenas con un hilo de voz.

Ella hizo el esfuerzo de abrir una vez más los párpados y le sonrió. A él se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento, mi amor —murmuró el a con ternura y con la voz compungida—, pero estoy muy cansada... muy débil.

—Pero, Megan, yo no puedo vivir sin ti —sollozó.

—Claro que lo harás, querido.

Duncan negó. Apoyó la cabeza en el pecho de el a y Megui le acarició con cariño los cabellos del mismo color de la luna.

—Recuerdo cuando te corté el cabello. ¿Tú lo recuerdas?

—Sí, mi amor, recuerdo todo.

—Siempre has sido muy guapo, pero el cabello corto te sentaba de maravil a.

—¿Por qué no me has dicho que te gustaba más con el cabello corto? —preguntó él, alzando el rostro para mirarla.

—Me gustas de cualquier forma, Duncan McGraeme —concluyó el a con un fallido intento de encogerse de hombros.

—¿Quieres que me corte el cabello ahora para ti?

Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—Ahora solo quédate conmigo. —Su voz se apagaba en cada oración un poco más.

Duncan quería retenerla de cualquier forma.

—Duncan, he sido muy feliz a tu lado... Y si tuviese que elegir y volver a vivir todo lo que he vivido para estar contigo, no lo dudaría ni un instante.

Duncan hundió su rostro empapado de lágrimas en el hueco del cuello de el a. Sentía su pulso cada vez más lejano.

Cada uno de los presentes reprimía las ganas de echarse a llorar.

Con dolor habían comprendido que esta vez era distinto al resto de los ataques que Megan solía sufrir. Decidieron dejar a la pareja los últimos momentos en privado. Uno a uno, fueron acercándose a el a para despedirse, el último que quedó en el cuarto, junto a Duncan, fue Kieran.

—Te amo, mamá —susurró, y la besó en la frente. Luego salió

Ganadora concurso Ali Nigro

del cuarto. Una vez que estuvo en el corredor, se dejó caer al suelo, con la espalda contra la pared, y se echó a llorar.

—¿Crees que es posible? —le preguntó ella a Duncan, en un último esfuerzo por mantenerse despierta.

—¿El qué? —respondió Duncan, con una nueva pregunta.

—Aquello que habías dicho del juramento de amor entre Sawny y Evangeline. ¿Será posible regresar en una nueva vida? —No esperó respuesta y prosiguió—: Porque si es así, yo deseo con todo mi corazón volver a encontrarte alguna vez. ¿Me reconocerías?

—Tengo la certeza, Megui, de que es posible regresar en una nueva vida. ¡Y desde luego que te reconocería!, eso jamás lo dudas. Eres mi alma destinada... No importa cuánto tiempo pase, Megan MacKinnon McGraeme, yo te juro que te amaré por toda la eternidad y que si volvemos en una nueva vida te encontraré, y volveremos a estar juntos.

—Yo también te juro que siempre te amaré —susurró con un hilo de voz.

—Volveremos a estar juntos —volvió a repetir él. Se inclinó hacia ella para depositar un dulce beso en sus labios.

Megan sonrió y asintió débilmente con la cabeza, después, se

quedó dormida, para ya no despertar.



Kieran entró al cuarto para comprobar lo que todos ya temían.

Se acercó a su padre y lloraron juntos estrechados en un abrazo interminable.

Cuando un poco de calma se apiadó de Duncan, aspiró profundamente y se secó los ojos con el dorso de las manos. Luego le habló a su hijo.

—Hijo, ha llegado la hora de pasarte el legado.

Kieran miró a Duncan sin comprender. Hacía muchos años, justo antes de la batalla de Culloden, su padre había mencionado algo acerca de una misión que ellos tenían en la vida, aunque después nunca había vuelto a hablar del tema.

284

Nowevolution editorial.

Duncan se puso en pie con bastante esfuerzo y pidió que su hijo

lo acompañara hasta un arcón de madera lustrada que yacía a los

pies de la cama. Se quitó una cadena de plata del cuello, de la cual pendía una llave, y se la entregó a su hijo.

—Este es tu legado —dijo—. Dentro del arcón están las espadas

de los enamorados. Mi hermano Alexander y Evangeline, su mujer,

algún día regresarán a buscar lo que les pertenece. Ellos se juraron amor

eterno, y yo sé que volverán. Nuestro deber, el deber de cada generación de mi descendencia, es ser guardianes de las espadas, protegerlas y custodiarlas hasta el regreso de ellos. El deber del guardián también es el de traspasar el legado a su hijo primogénito antes de morir.

—¿Es broma? —preguntó Kieran. Temía que su padre hubiese enloquecido de pena.

—No, hijo. Es la verdad. Tú serás el segundo guardián de las espadas, tal vez seas quien se las restituya a ellos o puede que sea tu hijo, o tu nieto... Eso no podemos saberlo, solo que ellos vendrán.

Kieran no parecía muy convencido.

—Nadie más que el guardián debe saber del contenido del arcón, así, cuando los verdaderos dueños regresen, se probará su veracidad cuando ellos describan las armas con exactitud. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo, aunque me resulta demasiado fantasioso

—se sinceró—. ¿Dices que mi tío Alexander, que Dios lo tenga en su santa gloria, resucitará de entre los muertos como lo hizo nuestro Señor?

—No, Kieran. Alexander y Evangeline no resucitarán; ellos regresarán en una nueva vida para poder amarse. Eso es lo que digo.

—Sigo pensando que eso es bastante improbable —expuso, alzándose de hombros.

—Pero es lo que sucederá algún día.

—¿Puedo verlas, entonces? —preguntó, señalando el arcón con la cabeza. No creía que fuese posible lo que le contaba su padre, pero no iba a negar que sintiera curiosidad por ver el contenido del baúl que Duncan atesoraba.

—Solo una vez y jamás hablarás de ellas ni dirás cómo son.

285

Ganadora concurso Ali Nigro

—Lo juro, padre.

—Solo John, tu madre y yo conocemos la existencia de la leyenda y de las espadas, y ahora tú, quien serás el nuevo guardián.

Kieran siguió el protocolo que Duncan le marcaba. Una única vez miró las espadas, y después colgó la llave en su cuello, donde permanecería hasta la llegada de los enamorados o hasta que él tuviese que traspasar el legado a la próxima generación.



Dos meses después

—Papá, ¿pero qué haces? —preguntó Kieran.

Su padre, de pie frente a un espejo y con una hoja afilada, cortaba mechones de su cabello hasta dejarlo de no más de dos centímetros.

Duncan giró el rostro y levantó un mechón de pelo ya cortado, en un gesto que indicaba claramente «¿No es eso obvio?».

—En realidad, eh, debería haber preguntado: ¿por qué te cortas el cabello? —corrigió Kieran. Avanzó hacia su padre y se sentó en una sil a cerca de él.

—A tu madre le gustaba más cómo me sentaba el cabello corto.

—¿El cabello corto? ¡Padre, tú siempre has llevado el pelo largo!

¿De qué estás hablando?

—No, Kieran. Mucho antes de que tú nacieras, tu madre tuvo que cortarme el cabello —contó Duncan, y sonrió al recordar las delicadas manos de Megan lavando su pelo y cortando los mechones mugrientos y enredados. Pasó una de sus manos por su cabeza y permaneció con la mirada fija en el espejo. Había pasado mucho tiempo desde aquel a vez, demasiados años—. A tu madre, yo le gustaba más con el cabello corto —repitió de manera ausente.

—Pero... —quiso replicar Kieran, pero guardó silencio y se detuvo un momento a observar a su padre.

Kieran advirtió que los ojos verdes de su padre se veían tristes y rodeados de arrugas, tan tristes como se habían visto cada día de

Nowevolution editorial.

los últimos dos meses. Estaba muy delgado. Su cuerpo, antes alto y musculoso, ahora se veía larguirucho y un poco desgarrado dentro de una camisa blanca que le quedaba holgada y un par de pantalones de montar en color beis. Miró sus enormes manos callosas y notó que le temblaba el pulso. Inspiró profundamente y tragó saliva antes de hablar.

—Mamá ya no está aquí, el a...

—¡Kieran! ¡Santo Dios! ¡Estoy viejo, no idiota! —refunfuñó

Duncan. Dejó la hoja afilada sobre la mesita y miró a su hijo directamente a los ojos—. ¿Acaso crees que olvidé que tu madre ha muerto? Cada día soy consciente de eso —dijo con tristeza.

—Lo siento, padre —se excusó Kieran, apenado. Se puso en pie y se acercó a Duncan con intención de consolarlo.

Duncan descartó el asunto con un gesto de la mano. Lavó y secó la navaja para después guardarla dentro de una funda, luego recogió los cabellos que habían quedado desparramados sobre la mesa y los tiró dentro de la jofaina. Cuando todo estuvo ordenado minuciosamente, entonces se giró hacia su hijo, un hombre hecho y derecho de cuarenta y dos años, con una familia y una brillante carrera de

abogado.

—Hijo —empezó Duncan—, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Eres todo lo que un padre puede desear. Has formado una hermosa familia, me has dado un nieto maravilloso, has estudiado con dedicación y ahora eres un buen abogado que se empeña en defender las causas justas, y eso me llena de orgullo.

Kieran aferró las manos temblorosas de su padre. Las de Dun-

can tenían asperezas, cicatrices y callos, las suyas, en cambio, si bien eran manos masculinas, se sentían mucho más suaves al tacto. Su

padre había llevado una vida de trabajo duro, en cambio él, después

de lo de Culloden, había viajado al sur para estudiar y, a su regreso al hogar, se había dedicado a desempeñar su carrera. Hacía algún

que otro trabajo en la casa de cuando en cuando, pero lo de él prin-

cipalmente eran los libros, las leyes y las causas, nada que le llenara de callos las manos.

—Nunca olvides que tus padres siempre hemos estado muy

287

Ganadora concurso Ali Nigro

orgullosos de ti. —Duncan palmeó las manos de Kieran y, siguiendo un impulso, lo abrazó con fuerza—. Te quiero, hijo —susurró,

antes de separarse de él.

—¿Por qué siento que te estás despidiendo?

Duncan no respondió a esa pregunta. En cambio, buscó dentro de un arcón y de él sacó una enorme manta a cuadros azules y negros. Era uno de los tartanes que había logrado esconder de los ojos de los Dragones Rojos que habían acudido a su hogar en varias expediciones de rapiña, poco después de aquel a fatídica mañana del dieciséis de abril de 1746.

Con el tartán aferrado contra su pecho, Duncan se dirigió hacia la puerta de su habitación. Antes de que pudiera salir, Kieran lo alcanzó y se interpuso en su camino.

—¿Adónde vas, padre?

Duncan prefirió evadir la pregunta.

—¿Papá? —inquirió Kieran con preocupación—. Por favor, dime adónde te diriges —suplicó al no obtener respuesta.

—Voy a ver a Megan —expuso Duncan finalmente. Esquivó a su hijo y salió al pasillo.

—¿Otra vez va al cementerio? —preguntó John. Había llegado en el momento justo para escuchar las palabras de Duncan—. Se pasa allí todo el día y todos los días.

—Así parece —asintió Kieran, aunque no demasiado convenci-

do de que ese fuera el lugar al que se dirigía su padre.

En el rostro de Duncan se dibujó un atisbo de sonrisa mientras oía las voces de aquellos dos a quienes tanto amaba. Las voces de su hijo y de su hermano del corazón. Pero no se detuvo, siguió caminando, con esa marcha que el paso de los años había ralentizado.

Iría a ver a Megan...

Duncan avanzó hacia el cobertizo.

Había terminado la silla para Megan, aunque su mujer ya nunca podría sentarse en ella. Había quedado bonita con todos aquellos almohadones mullidos y la manta tejida con lanas de colores. *A Megan le hubiese gustado*, pensó con tristeza.

Se sentó en la silla. Y sonrió al imaginar a Megan allí. En esa

288

Nowevolution editorial.

monstruosidad de mobiliario ella se hubiese visto pequeña, pero qué cómoda hubiese podido estar. Si cerraba los ojos, podía imagi-

narla... por las tardes, sentada en la silla junto al fuego de la chimenea y viendo a su pequeño nieto jugar cerca de sus pies.

¡Sawny!, exclamó Duncan para sí, pensando ahora en su hermano. *¡Cómo desearía poder ser yo quien te restituya las espadas cuando regreses a esta tierra! Pero hermano, tú más que nadie tienes que comprenderme. Una vez me dijiste que no podías vivir lejos de Evy, que sin ella tu corazón se sentía desgarrado... Así me siento yo, Sawny, desde que Megan no está conmigo.*

No puedo, Alexander. Lo siento, pero no puedo más. Durante dos meses he intentado seguir adelante, y mi cuerpo tal vez tuviese fuerza como para continuar viviendo un tiempo, pero mi corazón no.

Sawny, siento tanta tristeza, tanto vacío y soledad que mi corazón se apaga. Te juro que ruego a Dios para que se apiade de mí, y me lleve con ella de una vez por todas. Intuyo que hoy será ese día. Lo siento en mis venas, en mi sangre. Lo siento en cada nuevo pulso, cada vez más espaciado, cada vez más tenue...

Duncan estaba recostado en la silla. Una de sus manos estaba sobre el apoyabrazos, la otra, contra su pecho, aferrando el tartán con los colores que habían sido los de su clan. Permanecía con los ojos cerrados. Intentaba traer a su memoria el perfume de Megui, rememorar su sonrisa, su rostro de ángel, sus enormes ojos azules que le infundían paz.

Podía verla. Tan nítido, tan claro...

—Señor, por favor, llévame con ella —suplicó en un murmullo.

Una suave brisa perfumada se coló dentro del cobertizo.

El olor de su adorada tierra fue la última bocanada de aire que insuflaron sus pulmones. El último aliento. Y en ese instante, el cansado corazón de Duncan, se detuvo.

Nowevolution editorial.

•Tercera parte•

Más allá del tiempo

291

Nowevolution editorial.

30

Los Ángeles

Noche del domingo, 6 de julio del año 2003

Evangeline se sentía feliz, porque sabía que ya estaba varios pasos más cerca de Alexander. Cuando esa noche se quedó dormida, lo hizo pensando en Sawny; en el actual Alexander McKenna, el hombre que él a había visto cada noche.

Alexander era el hombre que aparecía en sus sueños, pero también había sido el hombre en su pasado, en un pasado ocurrido doscientos ochenta y tres años atrás. Era hora de que él fuera su presente. Pero al quedarse dormida, no soñó con él... o mejor dicho sí, no obstante, nuevamente la visión era de otra época.

Aún entre sueños, Evangeline se preguntó cuántas veces ha-

bían regresado a la vida ellos dos. Y de inmediato concluyó que si habían vivido, también habían muerto... otra vez.

Estaba segura de que no podría soportar otro sufrimiento como el anterior, en el que, en aquella vida pasada en la Escocia del siglo xviii, había visto morir a Alexander. Sin embargo, Evangeline Jesper se dejó ir...

Dejó que su mente se llenara de aquellas imágenes que no eran sueños, ni tampoco producto de su imaginación. Era su segunda vida pasada...

Londres.

Año 1812

—¡Evangeline! —chilló una voz femenina a su espalda.

—¿Qué ocurre ahora, madre? —respondió la jovencita menuda,

293

Ganadora concurso Ali Nigro

evidentemente aburrida, y se chupó el dedo en el que se había clavado la aguja a causa del sobresalto.

—¿Qué qué ocurre? ¡Qué estás distraída, como siempre! Sueñas despierta vaya uno a saber con qué. ¡Mira tu bordado, niña! —dijo la mujer delgada y altiva, de unos cuarenta y cinco años, y señaló

con la cabeza el bastidor que su hija tenía sobre la falda. La dama llevaba el cabello rubio recogido en un prolijo rodete en la nuca, que ni se movió cuando ella hizo el ademán—. ¡Eso debería parecer un león, no un gato desnutrido!

—Lo siento, madre —resopló la muchachita, quitándose un bucle rojizo que se le había desprendido del moño, como siempre ocurría, y que ahora pendía sobre su frente—. ¡Sabe que nunca se me ha dado bien esto de bordar! —se excusó.

—¡Pues esfuérzate un poco más, querida! —exclamó la mujer, sonando autoritaria.

—Sí, sí, lo haré... lo prometo —dijo Evangeline para conformar a la condesa. Sentía deseos de arrojar ese bordado por la ventana, pero volvió su atención al bastidor. Cada puntada que daba, era peor que la anterior.

—Y recuerda que hoy tienes las últimas pruebas con la modista —apuntó la señora de exquisito porte aristocrático.

—¿Hoy? —preguntó Evy distraída, mientras sacaba la aguja por lo que debería haber sido el ojo del gran felino.

La madre explotó.

—¡Evangeline Wentworth! —gritó, y se detuvo frente a su

hija—. ¡Mañana es tu presentación en sociedad!

—¿Mañana? —volvió a preguntar la muchacha. Ahora su voz, además, había sonado desganada y sin pizca de entusiasmo.

—¡Me sacas de quicio, muchacha! —exclamó la condesa, elevando los ojos al techo—. Tienes diecisiete años, hija. Tienes que comprender que, si vagas de esa manera en tu mundo de fantasía, nunca pescarás un buen partido.

—Madre, discúlpeme, pero yo no quiero «pescar» a nadie.

—No digas tonterías —descartó su madre el asunto con un gesto de su mano enguantada—. Eres lo suficientemente bonita como

294

Nowevolution editorial.

para conseguir un noble... Podría ser un conde o tal vez hasta un marqués si te esfuerzas. —Su voz sonaba especuladora mientras examinaba la apariencia de su hija como si el a no fuese más que un raro espécimen.

Evangeline era una criatura de carácter dulce y adorable. Era menuda y dueña de un rostro encantador. Su cabello era un tema aparte que a su madre la enloquecía. Evy no podía mantener su peinado en su lugar ni por dos horas, por más que las doncelas le

colocaran un millón de horquillas para sujetarle la espesa masa de bucles rojos. Las gudejas, una a una se iban desprendiendo de su peinado como si tuviesen vida propia. Igual que su dueña, no eran capaces de mantenerse dentro de una estructura. Así era Evangeline, como su cabello. Rebelde.

La muchacha ya no soportó el escrutinio.

—Madre, discúlpeme. Yo no quiero un noble como esposo. Yo sabré reconocer a mi verdadero amor en cuanto él se cruce en mi camino, y me desposaré con él aunque sea un jardinero. No buscaré ningún marido en esas absurdas fiestas de sociedad... ¡Ni siquiera deseo hacer mi debut!

—¡Me matarás del disgusto!

—¡Nada más aburrido que esos aristócratas almidonados! —

refunfuñó la jovencita, ya sin prestarle atención a los avisos que le hacía su madre—. Yo quiero a alguien que ame el aire libre, que

disfrute como yo de cabalgar contra el viento, que le guste sentir

la tierra bajo sus pies descalzos... Sé que hay alguien así para mí,

puedo sentirlo dentro de mi corazón —dijo con voz soñadora y lle-

vándose las manos unidas al pecho—. Mi amor debe ser alguien

divertido, que me haga reír y que también ría con mis bromas.

Alguien con quien pueda conversar libremente...

—¡Santo Dios! ¡Esta niña no es mi hija! —espetó la condesa de Strafford—. No, Evangeline, a ti te debieron cambiar el día que naciste. ¡Sí, eso es lo que debe haber sucedido! —Meneó la cabeza—. Iré a recostarme. Me has causado una terrible jaqueca con tus tonterías. —La mujer se llevaba la mano a la frente con gesto teatral. —¿Quiere un poco de láudano, madre? —preguntó la muchacha sin dejar de pensar en ese que sería su hombre ideal.

295

Ganadora concurso Ali Nigro

—Le diré a Mary Rose que me lo lleve a la habitación junto con un té. ¡Santo Dios! Tú, no sé... continúa con tu bordado y olvídate de tus tonterías.

Al rato de que lady Margareth Wentworth, condesa de Strafford, hubiese salido del salón, lady Sylvia hizo su entrada enfundada en un impecable vestido de muselina color amarillo.

—¿Qué haces, hermana? —le preguntó la joven rubia de unos veinte años, muy parecida a su madre físicamente y también en el carácter fino y en el porte elegante. Miró el bastidor con una ceja levantada. Evy se encogió de hombros.

—Aquí, aburrida... intentando hacer algo con esta aguja.

—¡Mmm! Bueno, no está tan mal ese... ¿gato? —preguntó.

Dudaba de lo que en realidad era eso que la salvaje de su hermana menor intentaba hacer—. Pero tal vez deberías...

—¡Es un león! —exclamó Evangeline ya extenuada—. Madre también ha dicho que parecía un gato. ¡Y desnutrido!

—A decir verdad, sí Evangeline, realmente eso es lo que parece... y yo agregaría deforme, querida. Fíjate la pata derecha delantera es más larga y...

Evy dejó el bastidor sobre el silloncito.

—¡Oh, Dios! ¡No soporto todo esto! ¡Créeme, Sylvia, cuando te digo que no sobreviviré una temporada más en Londres!

—¿Aún no te has presentado en sociedad y ya dices eso? —preguntó lady Sylvia, divertida.

—No me gusta este lugar, no me gusta la ciudad... —Evy enumeraba cada cosa con sus dedos—. No me gusta Londres, ni toda esa gente hipócrita y estirada.

—¿Y qué es lo que te gusta, Evangeline?

—¡Me gusta el aire libre! Aquí —echó una ojeada a su alrededor—, dentro de estas paredes me asfixio, me siento presa...

Prefiero estar en nuestra casa solariega. —Sonaba nostálgica—.

Quiero regresar allí y caminar bajo el sol, enterrar mis manos en

la tierra, cuidar mi huerto. Quiero cabalgar contra el viento, a horcajadas, no en esas ridículas «sillas para damas». Quiero nadar y

pescar en el río.

296

Nowevolution editorial.

Lady Sylvia tenía cada vez más fruncida su nariz a causa del asco que le producían todas aquellas actividades.

—¡Eres una salvaje! —Exclamó. Sonreía con su sonrisa perfecta de señorita educada, que más que sonrisa parecía una mueca—.

Cada una de las cosas que has nombrado es lo que se espera que no hagas, Evangeline. ¿Qué noble querría que su mujer tuviese pecas o

el rostro algo sonrojado por el sol? ¡No, no, qué horror! ¡Y las manos ásperas! ¡Ni pensarlo!

—Yo no quiero un noble, quiero un hombre que me ame —

susurró Evy, sin embargo su hermana no la oía, seguía hablando.

—Un aristócrata desea una mujer elegante y educada, que solo diga sí a lo que él le dice. Una mujer que no opine, pero que sepa llevar una casa con orden y celebrar fiestas; que siempre esté impecable y cubierta de joyas, sin un cabello fuera de lugar. —Terminó

señalando varios de los rizos de Evy que se alborotaban alrededor de su rostro delgado.

Ahora era Evangeline quien fruncía la nariz con repulsión.

—¡Eso, Sylvia, verdaderamente es un asco! Y prefiero morir que vivir de esa manera. No deseo eso para mí. ¡No, señor!

—Pues yo sí voy a atrapar a algún noble. No me conformaré con menos que con un conde o un marqués.

—¿Atrapar? ¿Pescar? Parece que se refirieran a una presa.

—¿Acaso no lo son? —dijo Sylvia fríamente y después salió del cuarto. Seguramente iría a retocar su peinado, que si estuviese más tieso e impecable sería el de una estatua.

Evy necesitaba salir de la casa. El aire no le llegaba bien a los pulmones.

Se encaminó a toda prisa hacia su dormitorio, allí con la ayuda

de su doncel a se cambió de ropa. Eligió un traje de montar. Una vez lista, descendió las escaleras saltando los escalones de dos en dos.

—Leopold —se dirigió Evy al mayordomo, un hombre larguirucho con el cabello cano y tan elegante como cualquiera de sus señores—. Por favor, dígame a mi madre que he salido a cabalgar por Hyde Park. Ah... y que no se preocupe, asegúrele que utilizaré la «ridícula silla de mujercita» —agregó poniendo los ojos en

Ganadora concurso Ali Nigro

blanco—. Adiós, Leopold —saludó antes de salir disparada, cosa inadecuada para una señorita, hacia los establos.

—Buenos días, lady Evangeline —la saludó Rob, el viejo mozo de cuadras.

—Buenos días, Rob —respondió ella y luego se encaminó hacia su yegua—. Hola, *Bella*. ¿Cómo estás? Iremos a dar un paseo, querida. Sí, sí... Sé que tú también extrañas las praderas, pero tendremos que conformarnos con este feo lugar, bonita.

—Lady Evangeline, permita que yo le ensille a *Bella* —solicitó el hombre mayor con evidente aprecio en la voz.

—Gracias, Rob, pero déjame ayudarte; me gusta hacerlo.

—Lo sé, lady Evangeline, sé que usted disfruta ensillando a *Bella* y estoy seguro de que en cuanto esté sobre ella escapará como alma

que lleva el diablo. Pero verá, a su madre no le gusta para nada eso y no me permite siquiera que la deje entrar aquí... Ha dicho que así

usted no tendría olor a establo en su ropa.

Evangeline elevó una mirada al cielo a modo de plegaria.

—¡No es justo, Rob, no es justo! No obstante, esperaré fuera para que tú no te veas perjudicado por mi comportamiento «inadecuado».

—Gracias, lady Evangeline —dijo el hombre, y se deshizo en reverencias antes de desaparecer dentro de los establos en busca de los aparejos.

Poco después, lady Evangeline, seguida de cerca por Tony, su joven escolta, salió a todo galope hacia Hyde Park.

Evangeline vestía un traje de montar de color verde seco que resaltaba el color rojizo de su cabello y, aunque su doncel a se había esforzado por arreglárselo en un moño prolijo justo antes de que

el a saliera, ya se le habían vuelto a desprender varios rizos del peinado. Llevaba un sombrerito de montar con una pluma, que a el a

le parecía tanto o más ridícula e incómoda que la sil a de montar que se veía obligada a utilizar en ese momento. De buena gana Evy hubiese arrancado esa pluma molesta que le golpeaba el rostro y se le metía en los ojos. Resopló para apartarla de su frente.

Era bastante temprano aún y no había demasiada gente paseando

298

Nowevolution editorial.

por el parque. Resolvió que aprovecharía para galopar más veloz-

mente. Espoleó a *Bella* y la yegua, acostumbrada al libre ritmo que llevaban en la campiña inglesa, salió disparada. No era lo mismo

que dejarse ir por la pradera, dado que en el parque se veía obligada a esquivar personas y animales, pero al menos era un aliciente a tantos días de

confinamiento.

El viento le golpeaba el rostro y Evangeline se sentía viva.

Por el rabillo del ojo vio a otro jinete que venía hacia el a. Notó que también llevaba una velocidad superior a la adecuada para la zona. Él acercó su caballo al suyo y le gritó sin detenerse.

—¡Una carrera, señorita! ¡Hasta el recodo aquel! —Señaló con el brazo hacia un lugar ubicado varios metros por delante.

—¡Hecho! —gritó Evy y volvió a espolear a *Bella* en sus flancos—. ¡Arre, *Bella*! ¡Vamos! ¡Así es, cariño!

El caballero también espoleó a su semental y durante un tramo fueron a la par, sin embargo, él la superó en los últimos metros.

Al llegar al final del recodo, cerca de la orilla del río, detuvieron a sus caballos bastante cerca uno del otro. Todavía se desternilaban de la risa y sentían la excitación a flor de piel.

—¡Nada mal! —exclamó el caballero, y fue en ese momento que, por primera vez, los dos se miraron a los ojos.

Fue como si algo los golpeara a ambos.

De repente, una sacudida recorrió sus cuerpos de pies a cabeza, y experimentaron dentro del pecho una extraña sensación de reconocimiento. Era imposible, pero sintieron, en ese instante, que se habían esperado durante toda la vida. Permanecieron allí,

mirándose sin decirse nada, y a la vez con sus ojos y con su alma diciéndose todo.

Él acercó más su caballo al de la muchacha.

Fue un impulso irrefrenable el que sintió, y ya no pudo contener-

se. Se inclinó hacia ella, le tomó el rostro entre sus enormes manos, y la besó. Posó sus labios sobre los suyos y después los acarició

con su lengua. Frunció el ceño, dado que al besarla sintió que ellos ya se habían besado antes; incluso su sabor le resultaba conocido.

Era imposible, porque era la primera vez que veía a esa muchacha; aunque paradójicamente, ella le resultaba familiar.

299

Ganadora concurso Ali Nigro

Sin soltarle el rostro, el caballero apoyó su frente sobre la de Evangeline y la miró a los ojos una vez más. Con sutileza meneó la cabeza en gesto negativo.

Ella se tocó los labios con las puntas de los dedos. Nunca la habían besado; no obstante, ella también, de alguna manera, sentía que ese hombre ya la había besado alguna vez.

—No sé qué me sucede. Es inexplicable, pero te juro que puedo sentir que te he estado esperando toda la vida — le dijo él.

Evy abrió los ojos de par en par. Lo que ese hombre acababa de decir, era exactamente lo mismo que el a sentía. Guardó silencio, pero sus mejil as se sonrojaron.

— No sé quién eres —continuó él—, y, a la vez, creo conocerlo todo de ti — le confesó. Se encogió de hombros, negó con la cabeza, y rió—. Ni siquiera sé tu nombre, muchacha, pero en este momento te juro que podría comprometerme contigo y pedirte que seas mi esposa... —Él le acarició las mejil as con los pulgares.

Evy no salía de su asombro. El corazón dentro de su pecho palpitaba con fuerza.

—Yo...

—Shhh —la silenció él, y apoyó las yemas de sus dedos sobre la boca de el a. Como hipnotizado observó cómo sus dedos recorrían los labios llenos de la muchacha, y volvió a sentir que ya la había acariciado así antes. En su pecho redoblaban tambores. Alzó los ojos hacia los de el a—. ¿Cómo es posible? ¿Qué me sucede contigo?

—No... no lo sé —dijo Evy en un susurró. Ella tampoco comprendía las sensaciones y emociones que él era capaz de despertar en su interior.

—¿Sabes? Justo ahora podría decirte, y no te mentiría —continuó él—, que te he amado desde siempre. Siento que te he buscado

durante toda mi vida y que por fin hoy te he encontrado... Te he encontrado —repitió, y rió con ganas.

—Me has encontrado —susurró Evy, sin ser del todo consciente a qué se debían sus palabras; solo lo que una fuerza superior le dictaba.

—Es tan extraño, porque nunca antes te había visto, ni siquiera

300

Nowevolution editorial.

sé cuál es tu nombre, pero si ahora yo tuviese que ponerte uno, sin duda, muchacha, te llamaría Evangeline.

Evy abrió aún más los ojos. Se sentía cada vez más sorprendida.

Definitivamente, esa situación era alarmantemente extraña, porque ella sentía también cada una de las cosas que él decía sentir.

Ella también percibía que lo había esperado y amado siempre, y un nombre, no sabía por qué, pujaba en su interior...

—¿Sawny? —le preguntó él a mirándolo a los ojos—. ¿Alexander? Una gran sonrisa se dibujó en los labios del hombre.

—Nunca me han llamado Sawny, aunque ahora que tú lo pronuncias, me parece que siempre he tenido ese nombre. —Y en verdad esa era la extraña sensación que tenía, que él siempre había

sido Sawny.

Ninguno de los dos podía explicar lo que bullía en su interior, lo que en el instante en el que sus caminos se habían cruzado, habían empezado a sentir.

Permanecieron un rato más sin pronunciar palabra, con las frentes apoyadas una en la otra. Procuraban entender qué era lo que les sucedía.

Evy separó apenas su rostro y levantó sus ojos para perderse en las profundidades verde oscuro que eran los ojos del hombre. Sintió que sus mejillas ardían cuando con inocencia preguntó:

—¿Era una propuesta lo anterior?

—Sí, si tú aceptas —dijo él con determinación—. Te he encontrado y no pienso perderte. ¡Despóstate conmigo! —Exclamó con euforia. La aferró de los hombros para separarse unos centímetros y volver a mirarla, entonces rompió a reír—. ¡Quiero casarme contigo, seas quien seas, muchacha! No me preguntes por qué, pero sé que eres para mí, y aunque jamás te había visto antes, sé que te amo... siempre te he amado —declaró y estrechó a la joven entre sus brazos.

Los dos reían.

—Mi nombre es Evangeline Wentworth —dijo, aún entre risas—.

No sé cómo lo ha hecho, pero me ha dado el nombre correcto.

—Y tú a mí, querida. Alexander Sinclair —se presentó con una

301

Ganadora concurso Ali Nigro

leve inclinación del torso a modo de reverencia—. Tu futuro esposo, amor mío.

—¡Santo Dios! ¡Mi madre ciertamente necesitará sus sales! — exclamó el a alarmada. Él la miró con una sonrisa lobuna de lado y evidentemente divertido.

—Ven, desmonta —le pidió—. Demos un paseo, así podremos conocernos mejor. —Alexander tomó a Evangeline de la cintura para ayudarla a apearse de la montura. Con desconcierto, el a sintió que el calor que provenía del cuerpo de él, y que el a sentía en su propia piel, a través de la ropa, le resultaba conocido; pero no dijo nada...

Caminaron por el parque. Llevaban a los caballos de las riendas, bajo la atenta y estupefacta mirada de Tony, quien caminaba detrás, a unos pocos metros de ellos dos.

—Tal como te he dicho, mi nombre es Alexander Sinclair. —Él lo dijo como si con ese dato el a tuviese que saber quién era.

—Yo, señor —dijo con timidez—, no conozco a nadie aún

aquí en Londres, por lo tanto, le agradecería me contara algo más sobre quién es usted. Mañana será mi presentación en sociedad —se excusó ella.

—Eso explica por qué nunca te había visto antes... ¿Wentworth has dicho? —preguntó pensativo.

—Mi padre es Jonathan Wentworth, lord Strafford.

—Así que el conde de Strafford es tu padre... Bueno, bueno...

— Alzó las cejas —. En un momento iré a pedirle tu mano, espero que no ponga objeción —dijo él con una sonrisa.

Ella se sentía un poco nerviosa.

—No lo sé, señor... Mire, a mí no me importa si usted es un comerciante, banquero o jardinero, pero tal vez mis padres no estén de acuerdo... Yo deseo casarme con usted, y si ellos se oponen, no sé... tal vez podríamos huir a Gretna Green³¹ —sugirió.

—¡Ay, Evangeline! Eres muy graciosa, muchacha. Me haces reír y eso me gusta... Así que eres la hija de un conde, pero eres tan salvaje como yo. —Volvió a reír de manera bastante estruendosa mientras le acariciaba los rizos desordenados.

31 - Ciudad escocesa adonde acostumbraban a huir las parejas para casarse.

—Mi madre diría que eso no es un cumplido, pero yo considero que sí. —Ella lo miraba con esos enormes ojos color miel cargados de inocencia y él sentía que se fundía en ellos. La muchachita tocaba las fibras más íntimas de su corazón.

—¡Créeme que lo es! —exclamó—. Me gusta tu espíritu. Cuando te he visto cabalgar a todo galope, sin importarte que tu peinado se desarmara, no pude evitar acercarme a ti. Eres natural. —Él había vuelto a atrapar su rostro entre sus manos—. No como todas esas muchachitas estiradas de la alta sociedad. Tú eres auténtica. No estudias tus gestos, tus poses o sonrisas, ni aquello que vas a decir.

Fluyes, eres simplemente tú, y eso es lo que quiero para mí. Además, entre nosotros hay una extraña conexión, ¿no lo crees, amor mío? Estoy seguro de que ambos lo sentimos. —Sin esperar ningun-

na respuesta, aunque él asentía en su interior a las palabras de él, Alexander se acercó un poco más a Evangeline y le dijo con absoluto convencimiento—: ¡Niña, te doy mi palabra de honor de que voy

a casarme contigo ante Dios, y nadie podrá impedirlo!

—Así lo espero, señor, porque yo no deseo más que eso.

—Evangeline, llámame Alexander, no me digas señor. De todas formas, el «señor» tampoco me corresponde —le aclaró.

Evy frunció el ceño y apretó los labios en un mohín.

—¿Usted no será un lord, verdad?

—¿Por qué siento que si te digo que sí voy a decepcionarte?

¿Acaso no te gustan los nobles? —Todas sus palabras habían sido matizadas por las seductoras sonrisas que esbozaban sus labios llenos y perfectamente cincelados.

Evy negó con la cabeza.

—¡No me gustan lo más mínimo! —declaró el a, cruzándose de brazos —. Son almidonados e hipócritas.

Él la miraba divertido. Le resultaba absolutamente natural adorar a esa muchachita menuda y de ojitos brillantes antes que parecía tener una lucha particular con la pluma de su gorrito de montar.

—No quiero un noble para mí, Alexander —siguió Evy—. Yo lo quiero a usted, así como ha dicho que es, salvaje como yo. Quiero un esposo divertido, a quien le guste conversar conmigo y que

303

Ganadora concurso Ali Nigro

pueda ser feliz junto a mí... ¡Además, usted no puede ser un noble!

—Lo observó detenidamente. Él era muy alto y guapísimo como nadie, a la vez que bastante desaliñado —. No se parece en nada a ellos y... lleva el cabello demasiado largo para lo que dicta la moda.

—Bueno, bueno, tú tampoco llevas el cabello impecable como

«las hijas de los condes», sin embargo lo eres —reclamó enterrecido. Le acomodó un rizo detrás de la oreja y ese roce sutil le produjo a ella un estremecimiento a lo largo de la espalda—. Te prometo que soy así, Evangeline, como tú me ves, pero me temo que traigo un título adosado —declaró—. No soy como los demás.

No soporto Londres, ni sus fiestas, ni su gente. Paso la mayor cantidad de tiempo en la campiña, en mi casa solariega. Adoro el aire libre, el viento, el agua y la tierra.

—¡Como yo! —exclamó el a con sus ojos bril antes de entusiasmo.—Somos el uno para el otro, amor mío, y espero que mi título no sea un impedimento para que me aceptes.

Ella sonrió ante la mirada esperanzada de él.

—Ya te he aceptado, Alexander, lord Sinclair. Seas quien seas y tengas el título que tengas, siempre que sigas siendo tú —indicó

el a, con infinita dulzura y ya dejando de lado los formalismos, tal como él le había pedido.

—Duque.

—¿Eh...? —preguntó Evy al tiempo que alzaba una ceja.

—Soy un duque y tú serás mi duquesa, Evangeline.

—¡Santo Dios! ¡Tal vez mi madre no necesite sus sales después de todo! ¡O puede que se desmaye, pero de felicidad!

—¿Y tú no te desmayarás, amor mío? —bromeó con un tono de voz que sonaba como una melodía que acariciaba los oídos de Evangeline.

—¿Yo? ¡Yo nunca me desmayo! ¿Olvidas que no soy una de esas florecitas de invernadero, su gracia...? ¿Es así como debo decirte, no es así? —Preguntó. Se mordió el labio inferior tratando de recordar si ese era el trato correcto para un duque.

El duque soltó una carcajada.

304

Nowevolution editorial.

—Ven aquí y dame un beso —le pidió. La tomó de la mano y tironeó de ella para acercarla a su imponente anatomía.

—¿Pero eso no va en contra de las reglas del decoro? ¡Que si lo pienso, creo que ya hemos roto varias! ¿No es cierto?

El duque volvió a reír.

—¡Al cuerno con el decoro, Evangeline! ¡Eres mi prometida!

Y nada de «su gracia». Ya te lo he dicho, Alexander, solamente Alexander —le rodeó la cintura y la besó en los labios, dulcemente.

Tras un instante, ella se apartó un poco para poder hablarle, aunque sin alejarse de sus brazos.

—¿Te molestan las pecas? — le preguntó —. No muchas, únicamente algunas por aquí y por allá —se apresuró el a a aclarar

mientras se señalaba el puente de la nariz.

—¿Por qué?

—Porque adoro el sol y mi hermana dice que no debería salir sin una papalina, de lo contrario me saldrán pecas. Pero a mí no me gustan esos tontos sombreros, y mucho menos las sombrillas.

Él ya no podía contener la risa; tampoco su amor por esa mujer, que lo conmovía, y al mismo tiempo le hacía bullir la sangre.

—¡Adoraré tus pecas, cariño! —le dijo con ternura, y volvió a besarla, primero sobre el puente de la nariz, después en los labios.

305

Ganadora concurso Ali Nigro

31

Evangeline y Alexander llegaron a la mansión del conde de Strafford y pronto fueron atendidos por Leopold, quien observó al duque y luego a Evangeline de manera inquisitiva.

—Buenos días, lady Evangeline —saludó el mayordomo—.

Milord —se dirigió después con una reverencia formal al hombre

que acompañaba a la muchacha.

—Buenos días, Leopold. Lord Sinclair desea hablar con mi padre. ¿Podría usted anunciarlo, por favor?

—¡Oh, sí! Pase a la sala, su gracia. Iré a ver si lord Strafford puede recibirlo. ¿Desean unos bocadillos?

—Sí, Leopold, por favor —se apresuró a responder Evangeline.

El mayordomo se inclinó en una reverencia y se retiró. Al salir del saloncito dejó la puerta entreabierta.

La pareja aguardó en una salita de estar decorada en tonos rosa y crema, con sillones confortables de patas delicadamente torneadas y tapizados de flores. Un amplio ventanal con las cortinas recogidas con lazos ofrecía una vista preciosa del jardín multicolor y de los árboles cargados de frutas.

Alexander tomó la mano de Evangeline y la besó en la palma.

—¿Mi amor, deseas un compromiso largo o una boda lo más

pronto posible? Eres libre de elegir y no quiero interferir en tus decisiones —mintió, pues estaba resuelto a influir cuanto pudiese en

su elección—. Sin embargo, yo me inclinaría definitivamente por

lo segundo —sugirió. Sonreía de lado, seductoramente, y sus ojos verdes centelaban.

—¡Mmm! ¿Serán suficientes unos dos o tres años de noviazgo?

—preguntó el a con fingida inocencia.

—¡Ni hablar! ¡Es demasiado! — exclamó él, abandonando su

306

Nowevolution editorial.

postura de «no interferir en sus decisiones» —. ¿Piensas que soportaré un solo día lejos de ti?

Ella se echó a reír y él comprendió que solamente había estado bromeando.

—No, mi amor. —Ella le acarició a él la mejil a—. Ni yo tampoco podría estar lejos de ti. Nos casaremos lo más rápido posible, Alexander. Cuando tú lo creas conveniente.

—¡Yo ya te hubiese arrastrado a la iglesia, amor mío! —exclamó.

Se oyeron unos golpes en la puerta que, tal como la había dejado Leopold, permanecía abierta los centímetros que exigían las reglas del decoro.

—Pase, Leopold —dijo Evy, mientras volvía a ocupar su lugar a una distancia prudente del duque.

—Lord Strafford recibirá a su gracia en su estudio —anunció el anciano—. Si es tan amable de seguirme... —El mayordomo hizo un gesto hacia el pasillo mientras inclinaba el torso.

—Por supuesto —respondió Alexander y se puso en pie—. Te

veo en un momento, querida —susurró junto al oído de Evangeline.

Tomó la mano de su novia y le besó el interior de la muñeca. Era un gesto íntimo, excitante, que a ella la hizo vibrar.

Lord Strafford no podía salir de su estupor.

Ante él tenía al soltero más codiciado de Inglaterra, el mismo

que temporada tras temporada social había evitado las fiestas y

reuniones de sociedad y, las pocas veces que había asistido a ellas, solo había echado un vistazo y se había retirado. Nunca había mostrado interés por ninguna de las jovencitas debutantes o en busca

de marido. Ni había bailado con ellas, ni mucho menos las había

cortejado, aunque ellas fueran «socialmente perfectas». Pero ese

mismo hombre, ahora le estaba pidiendo la mano de su hija.

Alexander Carroway, duque de Sinclair, joven, de veintiocho

años, había heredado el ducado hacía tres años. Era asquerosamente

rico y muy bien parecido. Y aunque no lo aparentara por su aspecto,

307

Ganadora concurso Ali Nigro

aun así, ese hombre algo desaliñado que lord Strafford tenía frente

a él, era un duque, y cada soltera o viuda disponible de Inglaterra

y alrededores le había echado el ojo. El hombre había tenido sus amantes, aunque siempre había sido muy discreto, y nunca se había enredado en nada que implicara un compromiso... hasta ahora.

El conde suspiró y continuó con su escrutinio.

La ropa que vestía su gracia era de excelente calidad, pero llevaba el botón superior de la camisa desabrochado y la chaqueta se veía algo arrugada. Lord Strafford había observado sus botas sobre el pantalón de montar y estaban cubiertas de polvo. Y el cabello largo hasta los hombros, y atado con una coleta, definitivamente no estaba a la moda. No era ese el aspecto que debería de haber tenido un duque. De todos modos, el mejor partido de Londres, El *Inaccesible*, como sabía el conde que algunas damas habían apodado a su gracia, estaba allí, frente a él, pidiéndole la mano de su hija.

Lo más extraño de todo era que su hija todavía no había sido presentada en sociedad, pero el duque le juraba y le repetía una y otra vez, que estaba enamorado de ella.

La otra razón por la cual el conde se sentía aturdido, era porque la hija implicada era Evangeline, su pequeña salvaje, quien hasta esa misma mañana se había mostrado renuente a casarse con un noble. La muchachita se había cansado de decir que solo se casaría por amor. No le gustaban Londres ni la aristocracia. No le gustaba

la ciudad, tampoco estar encerrada, y ni siquiera quería asistir a su propio baile de debutante en sociedad.

Pero allí estaba él, después de haber hecho entrar a Evangeline en su despacho para preguntarle su opinión, escuchándola confesar que estaba enamorada de ese hombre. ¡Un duque! Y que quería casarse con él.

Algo había ocurrido en el correr de la mañana y él, Jonathan Wentworth, conde de Strafford, quien toda su vida se había creído un hombre con suficiente intelecto, se encontraba ahora sin poder entender absolutamente nada.

—Entonces, lord Strafford, ¿me concederá la mano de su hija?

—preguntó su gracia.

308

Nowevolution editorial.

El conde dirigió una mirada que fue de uno a otro.

—¿Padre? —La voz de Evangeline había sonado suplicante.

—Hija... Evangeline... ¿Estás completamente segura de que desposarte con su gracia es lo que quieres?

—Es lo que más quiero en esta vida, padre. Por favor — le rogó ella —. ¡No deseo otra cosa más que jurarle mi amor a Alexander delante de Dios!

—Está bien, está bien. ¡Claro que le concedo la mano de mi hija,

su gracia! —exclamó finalmente el padre de Evy sin poder negarse a los deseos de su pequeña hija.

Al oír aquellas palabras, Evangeline dio un brinco desde su silla y corrió a abrazar a su padre. Se lanzó a su cuello y lo cubrió de besos.

—Gracias, padre. Te quiero.

—¡Bueno, bueno! — dijo él, correspondiéndole el abrazo a su hija menor. Después la besó en la mejilla y le palmeó la mano—.

Regresa a tu silla, Evy, que debo hablar con lord Sinclair.

La muchacha obedeció, y se sentó junto a Alexander. Él la tomó de la mano con efusividad.

—Quisiera pedirle algo, su gracia...

—Usted dirá, lord Strafford.

—Mi hija, de todos modos, debe ser presentada en sociedad en el baile de mañana. Si usted, milord está de acuerdo, se podría anunciar allí el compromiso de ustedes dos.

—¡Me parece perfecto! —asintió Alexander.

—Gracias. —El conde inclinó la cabeza en sincero agradecimiento. Se sentía bastante aliviado. Su mujer hubiese puesto el grito en el cielo si su hija no hacía su debut—. ¿Y cuándo desea desposarse con Evangeline, lord Sinclair?

—Lo antes posible. Me encargaré de pedir una licencia espe-

cial —informó el duque—. Si le parece bien, lord Strafford, puedo regresar pasado mañana con mi abogado para preparar el contrato de matrimonio.

—Sí, desde luego que estoy de acuerdo, milord. Pero permítame que le pida un favor más.

Alexander alzó las cejas mientras observaba al hombre, casi sesentón, de cabello castaño cobrizo y ojos bondadosos.

309

Ganadora concurso Ali Nigro

—Me gustaría que esto fuese un secreto hasta el momento de anunciarlo. Ni siquiera se lo diremos a mi esposa ni a mi otra hija. Ellas dos son algo... —meditó un instante, buscando una palabra que resultara apropiada para describirlas—, volubles —agregó después—. Y no sé cómo podrían reaccionar. Es preferible que se pongan al corriente junto con los demás invitados en la fiesta de

mañana.

Evangeline sabía que su padre lo hacía por temor a la reacción de lady Sylvia. Su hermana solía enfadarse cuando el a tenía éxito en algo. Sylvia era una mujer de naturaleza envidiosa y, si sabía que el a se comprometería con Alexander, lo más probable era que intentaría sabotearlo. Aunque una vez que el compromiso fuera anunciado no le quedaría más remedio que aceptarlo.

Resultó sencillo ocultar el secreto.

Lady Sylvia y su madre habían salido de compras y a Alexander y a Evy únicamente los había visto Leopold. Lord Strafford le indicó al mayordomo que no dijera ni una palabra acerca de la visita del duque, y el hombre obedeció, por lo tanto, ese día no tuvieron que hacer frente a ningún tipo de complicaciones.

Por la tarde, tal como estaba programado, las tres damas visitaron a la modista para las últimas pruebas del vestido. Si bien a Evangeline no le gustaba todo aquello, en esa oportunidad le sintió un sabor diferente. En el fondo de su corazón ansiaba estar bella para Alexander y se esforzaría esa noche, pero sin dejar de ser natural. No dejaría de ser Evy... la que le gustaba a él.

Aquello que sí le resultó más dificultoso ocultar fue la felicidad que se le desbordaba del pecho. Se quedaba pensando en Alexander

y una sonrisa tonta y soñadora, se le dibujaba en los labios. De todas formas, fue capaz de inventar alguna excusa en cada ocasión que su

madre o su hermana le habían preguntado en qué pensaba.

A la mañana siguiente, Evangeline no salió a cabalgar dado que tuvo que ocupar buena parte del día en prepararse para la gran gala.

Le resultaba increíble cómo una sola persona, la persona que de un día para otro se había convertido en la más importante de su vida, había logrado transformar las expectativas que ella había

310

Nowevolution editorial.

tenido para esa noche. La noche que hubiese sido un infierno para ella, se había transformado en la noche más maravillosa de su vida, la que pondría de relieve cada uno de sus sueños.

En el agua de su baño habían agregado unas gotitas de aceite perfumado y, con eso, su piel y cabello olían a flores dulces. Su doncel a la ayudó a vestirse. Primero le colocó una finísima camisa

blanca transparente y sobre esta el corsé. Evy odiaba esa prenda que le cortaba la respiración, sin embargo dejó que Mary Rose le ajustara las cintas. Le siguieron las medias de seda, la ropa interior con lazos, varias enaguas, los bonitos zapatos... Evy frunció el ceño y

se preguntó si acaso habría quedado algo de ropa en el armario o si la tendría toda ella encima.

La última prenda que Mary Rose pasó sobre su cabeza fue el vestido de seda que, Evangeline debía reconocer, era maravilloso. Era una prenda en color blanco, de corte imperio, que destacaba su atractivo busto y su figura menuda. Evy había pedido que no se la recargara con volantes, pero sí le habían gustado unas piedrecitas diminutas y la modista las había bordado en el escote. En las orejas llevaba un par de pendientes de perlas en forma de lágrima.

La doncella peinó su cabello en un elaborado recogido sobre la coronilla, del que caían algunos rizos rojos sobre la frente y las orejas. Evy completaba el atuendo con una elegantísima capa blanca de terciopelo que se quitaría antes de acceder al salón.

Se sentía algo nerviosa, pero al pensar en Alexander su mente olvidó el resto. Olvidó que estaba en Londres, olvidó que no le gustaban la ciudad ni su fastuosidad sobrecargada, olvidó que descendía del coche y que iba rumbo a lo que era su, durante largo tiempo, detestado debut en sociedad y que cientos de ojos la estarían observando. Se olvidó de todo, excepto de él...

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y por eso esa noche las perspectivas para ella eran diferentes. Ella, que no había querido estar allí bajo ningún concepto, y que no había deseado un noble por novio, mucho menos por esposo, estaba a punto de

ingresar al gran salón para ser presentada en sociedad y para comprometerse públicamente con un duque. Estaría frente a la misma

311

Ganadora concurso Ali Nigro

sociedad que, después de que fuera anunciado su compromiso, se preguntaría una y mil veces cómo había hecho aquella niña salvaje para «pescar», esa era la odiosa palabra que seguramente utilizarían, a un duque. Mejor aún, ¡al duque! Al mejor partido de toda Inglaterra, según le había dicho su padre.

Ni ella sabía cómo había logrado enamorarlo, solo podía decir que sus ojos se habían encontrado, y un magnetismo y una sensación de reconocimiento había fluido entre ellos. Ella había sentido amor por él en ese mismo instante y, por alguna inexplicable razón, él había sentido lo mismo hacia ella.

Alexander era lo que ella siempre había soñado. Evangeline comprendía que podría haber pasado toda su vida esperando por él, pues no se hubiese conformado con ningún otro y no estaba hablando ni del título ni de la fortuna, sino de él, de su esencia. Bastaron solamente segundos para que ella se enamorara de ese

lord tan atípico, salvaje como el a, de espíritu libre y espontáneo. Y le bastó menos tiempo aún reconocer que ya nunca podría sentirse completa sin él a su lado.

312

Nowevolution editorial.

32

Después de ser anunciadas, las debutantes de esa temporada iban descendiendo por una imponente escalera alfombrada. Evangeline aguardaba su turno. Ella era la última de diez muchachas. Se oyó la voz del mayordomo y los golpes de bastón en el suelo retumbaron en su estómago.

—Lady Evangeline Wentworth.

Ya sin su abrigo, Evangeline respiró hondo, irguió su postura, tomó su falda y descendió las escaleras. Despacio. Pausado. *S*e repetía a sí misma que debía hacerlo bien.

Uno a uno fue dejando atrás cada escalón y con cada paso también se desprendió un poco del pánico que la atenazaba. Buscó entre la inmensa multitud a Alexander, igual que si él fuese su faro. Había tantas personas allí que no logró verlo. Cerró los ojos durante un brevísimo instante, entonces fue capaz de percibir su

presencia. En su corazón sintió que él le decía «Aquí estoy, estoy cerca de ti». Él era como un imán que la atraía, llamándola en silencio. Convocándola. Cuando volvió a abrir los párpados, Evangeline se encontró con los ojos de Alexander y se perdió en ellos. Nada más existió, únicamente ellos dos. Y sin poder evitarlo, le sonrió.

Quienes advirtieron el gesto de la muchacha siguieron la ruta de su mirada, y con sorpresa descubrieron al destinatario. Sin cortar el contacto visual con Evangeline, Alexander ya se abría paso entre las demás personas. Iba hacia el a.

Nadie podía ocultar su estupor.

El duque Alexander Sinclair vestía un elegantísimo traje de color negro riguroso, solo cortado por el blanco de una camisa impecable.

Llevaba el negro cabello perfectamente peinado y atado en una coleta en la nuca. Su aspecto era formidable. Todas las miradas

313

Ganadora concurso Ali Nigro

femeninas estaban sobre él, sin embargo, el duque solo tenía ojos para la muchacha por quien aguardaba al pie de la escalera.

Cuando Evangeline llegó al último escalón, Alexander se inclinó en una galante reverencia, tomó su mano enguantada y le besó

los nudillos. Todo aquello matizado con una dulce sonrisa en sus labios.

—Evangeline —susurró él con evidente admiración. Colocó la mano de ella sobre su antebrazo y la condujo hacia la pista para abrir oficialmente la temporada con el primer baile junto a las demás parejas.

Guardaban las reglas del decoro al mantener distancia entre sus cuerpos, pero allí donde se tocaban... La mano de él en su espalda, la de ella sobre el hombro de él, sus manos entrelazadas... Allí la piel les ardía.

—Eres hermosa, Evangeline. —Su voz era suave, aterciopelada cuando la halagó.

—Tú también estás muy guapo, Alexander —le dijo ella, sonrojándose, y él sonrió.

—Me gusta cuando te sonrojas —le confesó—. Me gustas demasiado —le dijo con ardor incontenible. Volvió a sonreír. Ella no solo le gustaba; ella lo conmovía... Él la amaba—. Te amo, muchachita. Te amo más que a nada en el mundo.

—Y yo te amo a ti, Sawny, con cada fibra de mi ser —musitó sin poder guardar sus sentimientos, ni el nombre, que había fluido de

manera natural entre sus labios.

Él sintió ese nombre tan conocido, tan propio, que su cuerpo entero vibró con el reconocimiento. Se inclinó hacia Evangeline hasta rozarle la oreja con sus labios.

—Evy... te necesito tanto que moriré si no te tengo — susurró —. Quiero amarte.

La pasión y el deseo entre ellos eran irrefrenables. No obstante, lo que sentían no se trataba solo de una simple atracción sexual, era mucho más que eso. Era magnetismo, era conexión, era amor...

Era la necesidad imperiosa de demostrarse el amor que, aunque ellos no lo supieran, había estado apaciguado en sus corazones y aletargado en sus almas, aguardando su encuentro.

314

Nowevolution editorial.

Eran años de búsqueda y años de espera, que ahora necesitaban ser liberados y expresados de todas las maneras posibles. Con el corazón, con el cuerpo, con la piel y con el alma. Cada parte de ellos ansiaba ese encuentro, esa unión. La sangre les bullía y la piel de sus cuerpos se estremecía con cada mínimo contacto.

La música se detuvo.

Alexander y Evangeline se miraron una vez más a los ojos. Evy

podía sentir en sus oídos el enloquecido ritmo de su corazón.

—Es hora —musitó Alexander, que no se sentía menos calmo que el a.

Evy asintió.

Lord Strafford estaba sobre una tarima junto a la orquesta para hacer un anuncio.

—Damas y caballeros, tened todos ustedes buenas noches.

Como ya sabéis, hoy es la presentación en sociedad de mi queridísima hija, lady Evangeline —dijo, a lo que la multitud asintió—.

Aunque también tengo un anuncio muy especial que haceros.

Los presentes se miraron unos a otros con intriga. No faltaron los cuchicheos y las especulaciones.

—Por favor, su gracia, hija, si sois tan amables... —invitó el

conde a la pareja a reunirse con él sobre la tarima. Cuando los tres tuvieron copas de champán en la mano, continuó—. Es para mí un

honor anunciaros el compromiso entre mi hija lady Evangeline

y su gracia, el duque Alexander Sinclair, y os invito a vosotros a compartir un brindis a la salud de la feliz pareja.

Los aplausos y los gestos de asombro abundaron en el salón.

Más de una jovencita, y otras mujeres no tan jóvenes, se sintieron decepcionadas. Y no faltó quien se preguntara cómo había logrado

esa muchachita pequeñita, nada fuera de lo común, y para colmo pelirroja (algo que estaba totalmente fuera de los cánones de belleza del momento), atrapar al *Inaccesible*.

Los novios se besaron castamente, luego volvieron a mezclarse con la multitud. Alexander le prometió a Evy que al día siguiente iría a visitarla y que prepararían los contratos de matrimonio. Ese mismo día él había comenzado a tramitar una licencia especial y, en cuanto les fuese concedida, se desposarían ante Dios. Al día

315

Ganadora concurso Ali Nigro

siguiente también comenzarían con todos los preparativos para la boda.

Lady Margareth estaba rebosante de alegría con la increíble noticia. Felicitó a los novios y no pudo evitar que alguna lágrima se resbalara por su mejil a. Evy sabía que la alegría de su madre no radicaba en el hecho de que el a había encontrado al amor de su vida, sino que era porque el a, de alguna manera aún incomprensible, había «atrapado» a un duque. Procuró no apenarse.

Lady Sylvia se acercó a la pareja. Con una sonrisa fingida felicitó al novio, luego se inclinó hacia su hermana y le habló al oído solo

para que el a la oyera.

—¿Cómo has hecho para pescarlo, perra? —le preguntó en voz muy suave, aunque con evidente odio.

Evy se sobresaltó con las palabras de su hermana. Procuró mantener la calma y replicó en voz baja.

—No he «pescado» a nadie, Sylvia. Nosotros nos amamos y queremos estar juntos. Nuestro sentimiento es mutuo.

—¡Pues olvídale! ¡No vas a tenerlo! —amenazó en el mismo tono suave de voz. Volvió a fingir una sonrisa para el novio, y después se alejó de la pareja.

El interior de Evy se sacudió, y adoptó un estado de alerta. Había perdido por completo el color de su rostro y las manos le temblaban.

Alexander de inmediato notó su palidez y su nerviosismo. Con preocupación la tomó por los hombros para mirarla a los ojos.

—¿Qué te ha dicho, mi amor? — le preguntó.

—Na... nada —murmuró y desvió la mirada hacia abajo.

—¡Evangeline, me mientes y no lo haces bien! —declaró él.

Ante esas palabras, el a lo miró.

—¿Por qué siento que ya me habías dicho eso alguna vez?

—Es extraño, yo también tengo esa sensación... — Se había

quedado pensativo, aunque no le prestó mayor atención —. Bueno, no importa, ahora dime la verdad.

Evy se sentía un poco más repuesta.

—No haré un drama de los celos de mi hermana y no empañaré mi felicidad con sus amenazas —dijo con decisión.

—¿Amenazas? —Él adoptó un estado de absoluta alerta.

316

Nowevolution editorial.

—Son solo palabras, Sawny. No le demos importancia. —Quiso tranquilizarlo. Trató de sonreírle, pero la sonrisa le salió algo triste.

—De acuerdo, lo dejaremos pasar por ahora —dijo no muy convencido y aceptando de mala gana que ella no quisiera seguir

hablando del tema, luego, ante la bonita y radiante sonrisa que ella le dedicó en agradecimiento, añadió—: Vamos a bailar el último

vals de la noche, cariño.

Nuevamente en la pista, Evangeline descartó su preocupación genuina por las palabras de lady Sylvia. Su hermana, más de una vez, había saboteado sus planes y hasta la había hecho víctima de «pequeños accidentes» a lo largo de su vida, pero esta vez ella no le permitiría que la perjudicara. ¡Nunca más!

—¿Crees que tu padre me permitirá llevarte en mi carruaje a la

residencia? —le preguntó Alexander.

—No lo creo, aún no estamos casados y según las reglas...

—Sí, sí —bufó—. Esas condenadas reglas del decoro.

Ella le sonrió. Las reglas la tenían tan harta como a él.

—¿Cuál es la ventana de tu cuarto? —La pregunta fue formulada junto a su oído.

—¿Eh? ¡Oh! —Exclamó. Al principio Evy no había comprendido el significado de la pregunta, pero después sí, y cuando le respondió, sabía a qué se atenía—. Segundo piso, tercera ventana, ala este —susurró muy suavemente y algo avergonzada.

—¿La dejarás sin cerrojo para mí? —le preguntó él con seriedad y con los ojos centel antes de esperanza.

Esos ojos que con tan solo mirarla lograban que sus piernas flaquearan, y que su cuerpo entero reaccionara a él. Alexander era su amor, su único y verdadero amor. Su destino. Y no dudaría ni un instante en dejar la ventana sin cerrojo para él.

—Sí —fue su única respuesta, tímida, y el corazón de él dio un vuelco al oír esa palabra.

—Gracias, mi amor —dijo con humildad. Se acercó más a el a para susurrarle—: Cuando se apaguen todas las luces de la casa, tre-

paré el muro para llegar a ti.

—Te estaré esperando —le prometió.

317

Ganadora concurso Ali Nigro

33

Hacía más de una hora que habían regresado a la casa y aún se oían algunos ruidos. Muerta de ansiedad, Evy supuso que su padre seguiría en el estudio o que tal vez Leopold hacía la última ronda.

Se acercó a la ventana. Ya había retirado el cerrojo. Volvió a es-

piar a través de la cortina. La calle se hallaba silenciosa, de tanto en tanto se oía a lo lejos el traqueteo de algún carruaje o el ladrido de un perro, sin embargo, no se veía ningún hombre vagando por allí.

Una suave bruma parecía flotar desde el suelo, y otorgaba un aspecto fantasmagórico a las figuras de los árboles de las aceras.

Evy caminó hacia la puerta de su dormitorio y volvió a corrobo-

rar que estuviese cerrado con llave. A ambos lados de su cuarto solo había habitaciones vacías. Una era la que solía utilizar tía Louise

cuando venía de visita a Londres, la otra habitación era el cuarto de huéspedes. Esa noche se encontraban desocupadas, así que nadie

podría escuchar sus voces o si hacían un poquito de ruido. Se sentía tan nerviosa, aunque no por eso arrepentida de haber tomado la

decisión de recibir a Alexander en su alcoba.

Apoyó el oído en la madera de la puerta, y así permaneció un

rato detectando ruidos en el corredor, hasta que la casa se sumió en un silencio absoluto. Solo oía su propia respiración y, al poco rato, en su interior supo que Alexander estaba cerca. Poco después, unos

fuertes brazos le rodearon la cintura y un cálido aliento le cosqui-

lleó en la oreja, confirmando sus percepciones. Aunque no lo había

oído entrar, aun así, antes de sentirlo junto a él ya había advertido su presencia allí. Él le besó la nuca, que permanecía despejada, con el cabello recogido, después dejó un reguero de besos en toda la

extensión de su cuello.

—Te amo, Evangeline, y te deseo con cada una de las fibras de

318

Nowevolution editorial.

mi ser. —Su voz sonaba sensual, excitada—. Te necesito... No te imaginas cuánto.

Alexander nunca, en sus veintiocho años, había sentido lo que esa pequeña mujercita lograba despertar en él. Evy era tan dulce y

tenía un enloquecedor aire de inocencia, la combinación perfecta

para su rostro angelical y ese cuerpo de infarto que él podía adivinar bajo el exquisito traje de fiesta. Desabrochó uno a uno los botones

del vestido. Mientras la desnudaba, la besó en la nuca, en el cuello y en los hombros.

Evy se agitó de expectación al sentir los labios tibios de Alexander sobre su piel, esa piel que jamás había sido besada por nadie. Su inocencia le impedía tener una idea clara de lo que sucedería entre el a y él, pero descubría que cada sensación que él despertaba en su cuerpo con sus besos y caricias, era maravillosa.

Sintió los dedos de Alexander retirar cuidadosamente cada perla de su ojal y, cuando llegó al final de la hilera, él empujó el bonito vestido hacia el suelo. Al vestido le siguieron también las enaguas y cada una de las prendas quitadas quedó en un charco de telas a sus pies. Él comenzó a aflojarle el corsé. Evy cerró los ojos. Si su madre supiera que el a se estaba dejando desnudar por su prometido antes de haberse desposado, con seguridad se horrorizaría y le diría

que estaba cometiendo un pecado. Pero ¿cómo podía ser un pecado algo tan sublime como entregarse al hombre que amaba, al hombre para quien había nacido?

—No puede ser pecado amar —dijo en un murmullo que él alcanzó a oír.

—Claro que no, amor mío —respondió, en el momento que dejaba caer la prenda rígida con el resto de la ropa. Observó con deleite las delicadas formas del cuerpo femenino: la elegante línea de la espalda, la cintura pequeña y las caderas redondeadas bajo la fina tela de la camisa transparente y las medias de seda que revelaban un precioso par de piernas bien torneadas.

La ventana del cuarto había quedado apenas entornada. Una repentina ráfaga de viento terminó de abrirla de par en par, y dejó

319

Ganadora concurso Ali Nigro

pasar una corriente de aire helado. La piel de Evy, casi desnuda, se enfrió de inmediato. Y fue el contraste del aire frío con el tacto

caliente de las manos de Sawny, lo que le erizó la piel, y la hizo estremecer con violencia.

Alexander giró a Evy hasta dejarla frente a él. Ella era una diosa, una ninfa de cuento de hadas y su sola visión lo enloquecía. Le acarició el rostro con ternura. No quería asustarla, tampoco quería que el a dudara. Si Evy quería que él se detuviera, lo haría.

—Evy, no es un pecado amar; pero si tú deseas que me detenga, dímelo, y te juro que pararé.

Evy volvió a estremecerse. Alzó los ojos hacia los de él, y supo que por nada del mundo deseaba que él se detuviera. Negó con la cabeza.

—Deseo que me ames, Alexander —dijo, y con toques inocentes sacó los faldones de la camisa de él fuera de la cinturil a del pantalón.

Alexander contuvo el aliento, luego inhaló una honda bocanada

de aire para serenarse. A esas alturas su pasión era arrolladora, pero debía ir despacio pues Evy era inocente.

Alzó las manos y le fue quitando las horquillas del cabello. Los separaba una distancia que de ínfima, podría haber sido inexistente.

Se miraban a los ojos mientras las horquillas caían una a una sobre el suelo del cuarto con un tintineo metálico. Una cascada de rizos rojos se derramó con la última horquilla, cubriéndola a ella como una capa de fuego sobre su espalda hasta la cintura.

—Eres muy hermosa, Evangeline... Eres perfecta —le dijo con voz enronquecida y admirándola con deseo. Recorrió sus brazos con una caricia prodigada con el dorso de sus dedos.

Evy vibraba con cada roce. Tenía la piel erizada y, con una nueva ráfaga de aire helado que entró por los postigos abiertos, volvió a agitarse con violencia.

Alexander se apartó de ella y caminó hacia la ventana, mientras

lo hacía, se quitó el frac y el chaleco. Cerró los postigos, pero dejó las cortinas descorridas para que se filtrara un débil haz de luz cada vez que la luna quedaba despejada de nubes. Volvió hacia Evangeline y

fue desabrochándose los botones de la camisa ante su atenta mirada. Deslizó la prenda por sus brazos y la dejó caer al suelo.

Nowevolution editorial.

Evy tragó saliva al encontrarse con el enorme pecho desnudo de Alexander muy cerca de él. Podía percibir el calor que emanaba a raudales de toda su anatomía. Se sentía hipnotizada, no podía quitar sus ojos de encima de él.

Ellos ahora se exploraban con la mirada, más tarde lo harían con sus manos.

Alexander era magnífico. Con su altura, que superaba por mucho el metro noventa, espalda y hombros amplios, su torso era impresionante. Los músculos marcados, el abdomen plano. No había mentido al decir que le gustaba el sol, su piel se veía morena, tal vez algo dorada.

A Evy le cosquilleaban las palmas por tocarlo, por sentir cada músculo cincelado bajo sus manos. El resto que completaba a ese hombre no era menos apabullante y él pudo comprobarlo cuando él se quitó las botas y los pantalones.

Él tenía piernas fuertes en las que se distinguía cada músculo bajo la piel. A Evy se le ocurrió que con esas piernas, él se vería estudiando vistiendo un kilt escocés, y en ese instante, una sucesión de imágenes que no supo de dónde provenían, cruzaron por su cabeza.

Él le sonreía con dulzura. Llevaba un plaid azul y negro enrollado

alrededor de la cintura y uno de los extremos cruzaba sobre su hombro, con una camisa rústica debajo. Lo vio blandiendo una espada y todavía vestido con esas ropas escocesas. Era él, era Alexander... Sawny, solo que en esas visiones se veía algo más joven.

Evy pestañeó para que las imágenes se alejaran y volvió a centrarse en el ahora. En su caballero inglés.

Alexander la tomó en sus brazos y la llevó a la cama.

La recostó sobre las sábanas frescas y después se arrodilló entre sus piernas para terminar de desvestirla. Le quitó la camisa haciéndola pasar sobre su cabeza y le acarició el torso cuando subió la prenda con pasmosa lentitud. Después se deshizo de sus medias de seda, entonces Evy sintió las manos masculinas recorrer sus piernas con caricias expertas. En descenso hasta dejarla completamente desnuda, después desde sus tobillos hacia arriba, desandando el camino hecho anteriormente. Sintió las enormes manos acariciar

321

Ganadora concurso Ali Nigro

sus muslos y pasar peligrosamente cerca del lugar más íntimo de su feminidad. Las sintió en sus caderas y deslizarse por su torso

hasta sus pechos, que reaccionaron tornándose más pesados, hormigueantes y con los pezones erguidos y rígidos como brotes de rosa. Evy se agitó de deseo. El frío que había sentido antes, ya se había esfumado por completo de su ser, y había dado paso a un calor lujurioso proveniente del lugar más secreto de su intimidad.

Impulsada por sus propios deseos, deslizó sus manos inexpertas en una caricia de pluma, sobre él. Palpó sus fuertes brazos musculosos y el pecho cubierto por una fina capa de vello oscuro que se enredó entre sus dedos. Con cada toque inocente, Evy llevó a Alexander hasta el límite del control. De un momento a otro, la temperatura en el cuarto parecía haberse elevado hasta escalas insospechadas.

Evy se animó un poquito más y le desató el cabello, que pronto cayó hacia adelante, y a él le ocultó las facciones endiabladamente atractivas. Le apartó el pelo del rostro con una caricia y echó los mechones hacia atrás. Descubrió que le gustaba sentir las finas hebras deslizarse como agua entre sus dedos y se dedicó un buen rato a ese placer.

Alexander apesó la boca femenina y pronto sus besos se tornaron profundos, puro fuego, y provocaron que torbellinos de pasión se arremolinaran en sus cuerpos. La besó en el cuello y le susurró al oído cuánto la amaba. Después, no quedó centímetro de piel sin tocar, sin ser saboreado o besado... y volvió a buscar sus labios en el

momento en el que sus cuerpos se unieron en uno.

Se internó en ella despacio, con sumo cuidado. Sabía que esa era la primera vez para Evy y quería provocarle el menor dolor posible. Entre caricias apasionadas la llevó hasta la locura, entonces embistió profundamente para atravesar la última barrera de su inocencia. Ella se tensó. Le clavó las uñas en la espalda y apretó los dientes. Sawny se detuvo. La besó en la frente y esperó a que el cuerpo femenino se acostumbrara a la invasión y a su tamaño. Buscó su boca y la besó con ternura al principio, pero pronto el beso se intensificó. Empezó a moverse despacio. Notó que ella

322

Nowevolution editorial.

empezaba a relajarse y que su cuerpo respondía otra vez con pasión. Alexander retomó el control e incrementó la cadencia de sus movimientos y la profundidad de sus embestidas... Entonces una tempestad empezó a gestarse dentro de sus cuerpos.

La boca de Alexander ahogó los gemidos de Evangeline y los suyos propios cuando alcanzaron la cima del éxtasis y juntos explotaron en salvajes convulsiones. Cada sensación se marcó a fuego en ellos y se les grabó en el alma para perdurar allí eternamente. La conexión que alcanzaron superó las barreras físicas y terrenales, y

fue superior a todo lo conocido, porque sus almas, igual que sus cuerpos, también se habían fusionado en una para siempre.

323

Ganadora concurso Ali Nigro

34

Por la mañana del día siguiente, Alexander Carroway, duque de Sinclair, tal y como había prometido, se presentó en la mansión del conde de Strafford junto con su abogado para preparar el contrato matrimonial. Lord Strafford también mandó a llamar a su hija al estudio y los papeles fueron correctamente firmados. En cuanto les fuera concedida la licencia especial, habría boda.

Una vez ultimado el protocolo legal, los novios salieron a dar un paseo a caballo. Evangeline montó sobre su yegua *Bella* y Alexander sobre *Shadow*, su espléndido semental negro, y se las ingeniaron para escabullirse sin escolta. Esta vez no eligieron Hyde

Park como lugar de paseo, en cambio tomaron una ruta hacia las afueras de Londres. A campo traviesa podrían tomar la velocidad que les viniera en gana.

Recorrieron las praderas contra el viento, con el cabello suelto

y sin preocupaciones. No pensaron en muros, mansiones, ni en la aristocracia; solo disfrutaron de la cálida caricia del sol de la mañana sobre ellos. Cuando los caballos estuvieron agotados, los jinetes detuvieron la marcha, se apearon y amarraron a los animales a un árbol cerca de un arroyo para que bebieran un poco de agua. Ellos continuaron un poco más con su paseo, pero a pie.

Durante horas conversaron, rieron y soñaron con el futuro.

También hicieron el amor refugiados detrás de unos arbustos y al amparo de las frondosas ramas de los árboles.

Alexander se tendió de espaldas sobre la hierba y acurrucó a Evangeline entre sus brazos y su amplio pecho.

—¡Por Dios, Evangeline! Quiero casarme contigo ahora mismo —le declaró con pasión—. No quiero volver a separarme de ti ni un instante. ¡Es tan fuerte este sentimiento! —clamó. Alzó la mano de

324

Nowevolution editorial.

el a, la puso palma con palma con la suya y enredó sus dedos—. Nos complementamos. Tú eres parte de mí y yo soy parte de ti.

Ella asintió a sus palabras.

—Cuando en la madrugada tuve que alejarme de ti, salir de tu cuarto y volver a descender el muro, con cada paso que daba sen-

tía que una parte de mi alma se quedaba allí contigo; pero cuando estoy a tu lado, entonces me siento completo.

—Yo también he tenido esa sensación. Algo en mi interior se desgarraba cuando te veía alejarte... pero cuando te he visto regresar en la mañana... —sonrió abiertamente para acompañar las palabras—, fue como si un rayo de luz se filtrara en mi alma.

—Somos uno, Evangeline —expuso con convencimiento. Le acarició el cabello y la besó en la nariz—. Desde ahora y para siempre. Ya jamás seremos los mismos. El uno sin el otro solo es una mitad.

Evangeline y Alexander compartieron cada día que le siguió a ese. Durante la mañana vagaban por las praderas, en donde el resto del mundo dejaba de existir. Al í buscaban conectarse con la tierra, con la naturaleza y con ellos mismos. Al í, bajo el cielo extenso se sentían realmente ellos... libres. Salvajes.

La pareja no volvió a ser vista en ningún baile o reunión social.

A ninguno de los dos le gustaba ese tipo de entretenimientos, entonces se encargaban de evitarlos. Cada noche, Alexander volvía a

trepas el muro para llegar hasta Evangeline. Hacían el amor, a veces con ternura, otras veces de manera desenfrenada. Cuando comenzaba a rayar el alba, él se escabullía por la ventana, pero solo para volver a las pocas horas en su busca por la puerta principal, y en

visita oficial para llevar a su prometida de paseo. Cada día y cada noche, los enamorados habían encontrado la manera de pasar juntos la mayor cantidad de tiempo posible.

Sin embargo, no todo había sido espléndido.

A lo largo de esas dos semanas, Evangeline había sido víctima de

325

Ganadora concurso Ali Nigro

algunos raros accidentes. En una oportunidad, en una salida para comprar el ajuar de bodas, un carruaje descontrolado casi la atropel

a en plena calle. El vehículo iba directamente hacia ella y, de no ser por un joven que paseaba cerca y que advirtió lo que ocurría, ella hubiese sido arrollada. El muchacho reaccionó de manera veloz y la

arrojó sobre la vereda. A Evy le quedaron algunos golpes y magulladuras debido a la caída, pero estaba con vida.

Otro de los raros episodios ocurrió cuando Evangeline cruzaba un puentecillo junto a su doncella, y un hombre por completo ebrio la empujó a las frías aguas del Támesis. De ese incidente guardaba un espantoso resfriado.

A causa de dichos accidentes, Alexander le había pedido, o más bien ordenado, que no saliera de la casa sin un escolta masculino.

Ella obedeció los mandatos, aun así, los hechos extraños no se detuvieron.

Evangeline deseaba comprar un presente de bodas para Sawny.

Caminaba por una concurrida calle de Londres y miraba los escaparates cuando un hombre le robó su bolso, y la habría apuñalado de no haber sido por Marcus. El ladrón no había advertido que unos metros por detrás de la joven estaba su escolta. Marcus acudió inmediatamente en su ayuda, pero al verlo, el vándalo corrió y se escabulló entre los transeúntes, para luego desaparecer en un callejón oscuro.

Cada uno de los incidentes resultaba demasiado extraño. Evy desconfiaba de su hermana, pues lady Sylvia, además, durante los últimos quince días, había procurado en vano conquistar a lord Sinclair para quitárselo a ella.

Sylvia había acorralado al duque en el jardín y se había lanzado a su cuello esperando que él la besara o intentara propasarse con ella dado que, si él manchaba su honor, se vería obligado a desposarse con la hermana mayor en vez de con la pequeña. El plan de Sylvia terminó en un completo fracaso y en una humillación para ella, pues su padre presenció de principio a fin la escena que la joven había montado. No conforme con los resultados, intentó otros pla-

nes igual de descabelados para atraer a Alexander, pero cada uno

326

Nowevolution editorial.

de sus intentos fue en vano porque Alexander no tenía ojos más que para Evangeline.

La furia y el odio de lady Sylvia por ser constantemente rechazada por el guapo duque se volvían hacia Evy, creciendo a pasos agigantados. A pesar de todo, Evangeline se negaba a creer que su hermana llegara al extremo de contratar gente para que la asesinara.

Se decía que solo debía de tratarse de infortunadas coincidencias.

Esa mañana, después de poco más de dos semanas de espera,

llegó la tan ansiada licencia especial. El sábado siguiente se llevaría a cabo la ceremonia. Solo faltaban dos días... Dos días para ser la

duquesa de Sinclair, como la llamaría toda la sociedad. Dos días

para ser la esposa de su gran y único amor, era como le gustaba

pensar a Evangeline en su futura condición.

La llegada del permiso se celebró con brindis, alegría, risas, besos y abrazos efusivos en medio del salón, a pesar de todas y cada una de las condenadas reglas del decoro.

Las mayores pertenencias de la futura duquesa fueron trasladadas en baúles repletos a la mansión Sinclair, y solo quedaron

para ser transportados en el último momento algunos vestidos y artículos de uso diario.

La ceremonia religiosa tendría lugar en la iglesia *Saint Martin in the Fields* y la recepción, una fiesta que a insistencia de lady Margareth sería por todo lo alto, se llevaría a cabo en la residencia que la familia ocupaba en Londres.

Al finalizar los festejos, los novios se trasladarían al hogar Sin-

clair para pasar allí la noche de bodas y por la mañana partirían de luna de miel a Escocia. Dentro de los planes de los futuros esposos

se encontraba el de comprar alguna propiedad en las Highlands

escocesas para pasar parte del año en ese lugar. Escocia les resul-

taba magnética, el porqué no lo sabían, pero esa tierra como un

imán los llamaba. Los convocaba. Los atraía.

327

Ganadora concurso Ali Nigro

35

Día de la boda

La mansión del conde y de la condesa de Strafford bullía de actividad. Se había contratado personal extra para la decoración de la casa, lacayos que vestían de manera impecable con librea roja

adornada con botones dorados y peluca empolvada y una cantidad exorbitante de cocineros, todos ellos poseedores de excelentes referencias y recomendaciones.

Desde la cocina salían los olores de las más deliciosas preparaciones, confirmando que sus hacedores eran profesionales experimentados y talentosos. En la recepción se servirían carnes de todo tipo, verduras, sopas, cremas y diferentes salsas. Seis variedades de postres y un inmenso pastel de bodas. Todo ello regado con finos vinos y el champán más exquisito.

También había sido contratada una orquesta, de las más grandes vistas en fiestas, que tocaría para los presentes. Para ellos se había dispuesto una tarima en una ubicación privilegiada del salón de baile.

Lady Margareth iba dando órdenes de un lado a otro. Según ella decía «sus hijas no contraían matrimonio con un duque todos los días», por lo tanto, nada podía salir mal. Todo debía ser perfecto, hasta el más mínimo de los detalles, y ella en persona se estaba ocupando de que así fuese.

A Jonathan Wentworth, igual que a su hija menor, no le importaba que la fiesta resultara despampanante; él solo quería que Evangeline fuese feliz. Y lo que enorgullecía a lord Strafford y hinchía su pecho de orgullo, no era ver a su pequeña con un duque, sino ver a su Evy con un hombre que se desvivía por ella, que hasta

un ciego podía notar cuánto la amaba.

328

Nowevolution editorial.

En contraste con el resto de la familia, lady Sylvia estaba de pésimo humor. Por momentos miraba a su hermana de manera especuladora y de repente lanzaba una estruendosa carcajada histérica. Era evidente que lady Sylvia no estaba bien de la cabeza.

—Escucha, Margareth, Sylvia está muy extraña —apuntó lord Strafford—. Temo que se comporte de forma escandalosa en la ceremonia. Tal vez tendríamos que encerrarla en su habitación hasta que los esposos se encuentren bien lejos —sugirió el conde cuando su hija mayor salió de la sala con una actitud bastante rara.

—¡Nada de eso, Jonathan! —expuso la condesa con horror—.

No sería correcto ni bien visto que la hermana de la novia no estuviese presente.

Margareth sirvió con fineza una taza de té y se la entregó a su esposo.

—No lo sé. Realmente no me gusta para nada cómo se comporta —acotó el conde muy preocupado, echando una ojeada hacia la puerta por la cual había desaparecido minutos antes su hija mayor—.

Sabes bien que Sylvia en varias ocasiones ha demostrado sus celos

hacia Evangeline y ahora, más que nunca, temo que en su corazón albergue ese sentimiento.

—Deja de preocuparte, Sylvia es totalmente inofensiva —dijo la mujer, restándole importancia al asunto—. Claro que debe sentir celos, no obstante ella es una correcta señorita y sabe comportarse como una dama en público.

—Espero con todo mi corazón que no te equivoques, Margareth —dijo él, aunque no estaba del todo convencido.

—Iré a prepararme, Jonathan y tú deberías hacer lo mismo —sugirió la condesa. Se puso en pie y se dirigió a su habitación.

A pesar del deseo de lord Strafford de no llevar con ellos a su hija mayor, toda la familia se preparaba para asistir a la ceremonia.

Se había decidido que lady Margareth y lady Sylvia llegarían primero a la parroquia en el coche cerrado de la familia. La novia y su padre lo harían momentos después en un carruaje especial, majestuoso, con el techo descubierta y con el escudo de armas de los Strafford a ambos lados. El coche estaría decorado con bellos lazos

329

Ganadora concurso Ali Nigro

blancos y sería tirado por cuatro caballos negros de largas crines,

con las correas en color rojo y vivos dorados en sintonía con los colores del escudo de armas de la familia.

Antes de partir, lady Sylvia se acercó a su hermana, a quien la doncel a le ajustaba el corsé, y le habló con voz melodiosa.

—Muy bonito —indicó mientras tomaba entre sus dedos uno de los rizos de Evangeline—. Todo esto es muy bonito... Qué pena que no vayas a disfrutarlo, hermanita —anunció con suavidad, su tono delicado contrastaba con el duro significado de sus palabras.

Evy abrió mucho los ojos y miró a su hermana con estupor.

—¡No vas a tenerlo! ¡No! ¡No! ¡No lo harás! —sentenció fríamente, luego salió de la habitación. Reía de manera histérica.

Evangeline temblaba como una hoja.

En ese momento confirmó que sin duda había sido su hermana la causante de cada uno de sus «lamentables accidentes». Su hermana la quería muerta y lejos de Alexander.

Intentó calmarse.

Inhaló y exhaló profundas bocanadas de aire mientras se persuadía de que su hermana no lograría empañar su felicidad. En menos

de una hora el a se convertiría en lady Sinclair. Sería la esposa de Alexander y esa loca no podría detenerlo. Y recobró la compostura

al convencerse de que Sylvia nada podría hacer delante de tantas

personas.

Permitió que su doncel a terminara de vestirla y, una vez lista, se dispuso a partir. Su padre, engalanado con un distinguido traje y con su bigote impecablemente recortado, la aguardaba de pie en el vestíbulo.

—Estás preciosa, hija. Mi pequeña princesa. —Le besó dulcemente la mejilla y antes de encaminarse a la puerta, le dijo—: Estoy muy orgulloso de ti, querida, y sabes que no te lo digo por el título de duquesa.

—Lo sé, padre. Sé que comparte genuinamente mi felicidad.

—Me haces sentir muy orgulloso, pequeña porque nunca has dejado de ser tú. No has dejado de respetar tus propias convicciones ni has sido una más de esas frías y calculadoras mujercitas.

330

Nowevolution editorial.

—¡No podría serlo ni aunque me esforzara, y madre puede dar fe de eso! —agregó Evy, sonriendo.

—¡Y le doy las gracias al cielo por ello, mi niña! Y también le doy gracias a nuestro Señor cada día porque lord Sinclair te ha elegido.

Sé que él te hará feliz y que no intentará cambiarte. Estoy convencido de que él te ama; creo que sería capaz hasta de dar su vida por ti.

—Le diré un secreto, padre —susurró Evy con picardía—.

¡Alexander es tan salvaje como yo y jamás me pediría que yo dejara de serlo! Y no se equivoca, él me ha dicho que me ama con todo su corazón.

—¡Oh, lo sé, mi pequeña! ¡Sí que lo sé!

—¿Sabe algo, padre? —La voz de ella se tornó seria y con aplomo, revelando que lo que pensaba y que estaba a punto de decir, no era algo que diría a la ligera.

—¿Qué, mi niña?

—Yo también sería capaz de dar mi vida por él.

—¡Rogaré al cielo entonces para que nunca sea necesario, mi dulce niña! — exclamó su padre, con evidente emoción. La besó en la frente y palmeó la mano que ella tenía en su brazo —. Ahora vamos, Evy. Tu futuro esposo te espera.

La iglesia *Saint Martin in the Fields* estaba atestada de gente.

Todos los distinguidos miembros de la sociedad estaban allí.

Evangeline hubiese preferido que no hubiese nadie. Podría haberse conformado con una boda sencilla en una capillita, solo con sus padres y con el hermano de Alexander como invitados, pero no le habían brindado la posibilidad de elegir. Su madre se había empeñado en invitar a toda la alta sociedad de Londres y Evy podía

jurar que no faltaba ni uno. Todos querían ver al «Inaccesible» y a «la muchachita que lo había atrapado».

—¡Me siento un fenómeno de circo! —susurró Evy a su padre.

—¡Evangeline, no digas eso! —la reprendió el conde, sin embargo no pudo evitar sonreír con las ocurrencias de su hija.

331

Ganadora concurso Ali Nigro

Evangeline estaba entrando en una iglesia repleta de personas, preciosa con su hermoso vestido blanco. Se trataba de un mode-

lo entallado hasta la cadera y de falda amplia con larga cola, con el torso bordado en cristales y piedras. Sobre el cabello lucía un rico tocado de tul y encaje. Un duque guapo y millonario la esperaba

en el altar... ¿Y ella se sentía un fenómeno de circo? *Esta es mi Evy*, pensó el conde. *Espontánea, sincera.*

—¡Papá, amo a ese hombre! —susurró Evy. Había visto a

Alexander y había olvidado todo lo demás. Sonrió y enfocó toda su

atención en su futuro esposo. Él la esperaba frente al altar junto a Sebastian Carroway, su hermano menor, quien había viajado desde

el norte especialmente para la boda.

El conde palmeó la mano que su hija tenía posada sobre su ante-

brazo y le sonrió; entonces ya nada más se dijeron entre ellos.

Todos los sentidos de Evangeline estaban posados sobre Alexander y esos sentidos se magnificaban cuando estaba en el mismo lugar que él. A medida que se acercaban sentía su mirada abrasadora sobre él, podía percibir su olor, su perfume. Hasta podía recordar en su boca su sabor. Su corazón latía desbocado; al mismo ritmo que latía el de él.

Alexander se veía muy apuesto. Llevaba el cabello prolijamente recogido en una coleta en la nuca y nunca había estado más impecable y sobrio que ese día. El negro de su frac en contraste con la camisa de un blanco impoluto, le sentaba maravillosamente bien.

La novia y su padre llegaron junto al altar y lord Strafford entregó orgulloso a lord Sinclair la mano de su hija ante todos los presentes.

Ya faltaba menos para obtener la bendición de Dios y el corazón de los novios tocaba a dúo una melodía enloquecida, que se saltaba de tanto en tanto alguna nota en el camino a causa de la inmensa emoción.

Alexander tomó la mano de Evangeline y la notó temblorosa. La retuvo entre sus manos para tranquilizarla y fue testigo de cómo ella se calmaba junto a él. Se miraron a los ojos y se sonrieron, con el corazón henchido de felicidad. Se sentían plenos, completos, como cada vez que estaban juntos. No podía haber dicha mayor a la que

Nowevolution editorial.

ellos sentían en ese momento, a solo un paso de ser bendecidos ante Dios.

El sacerdote recitó una misa algo extensa y después las plegarias.

Se acercaba el momento de los votos, cuando los novios recitarían sus promesas.

En la inmensa parroquia no se oía ni un solo sonido.

Alexander y Evangeline estaban uno frente al otro, tomados de las manos y perdidos cada uno en los ojos del otro. Antes de que Alexander empezara a recitar sus promesas se sonrieron y hasta el más ciego pudo advertir en ese instante cuánto se amaban ellos dos.

—Evangeline Wentworth —dijo Alexander—, yo te tomo como esposa y prometo amarte, respetarte y...

—¡Noo! —El grito estridente retumbó en toda la estancia.

La voz se coló en los oídos de Evy y tensó cada fibra de su cuerpo.

Cada uno de los presentes, incluidos los novios, se giró hacia el lugar de donde había provenido la voz femenina. Se encontraron

con la figura de lady Sylvia en el balconcillo. Tenía el rostro desen-cajado de furia y apuntaba con un mosquete directamente hacia la

novia.

—¡No vas a tenerlo, perra! ¡Esta vez no fallaré! —gritó lady Sylvia y después disparó el arma. El estallido la envolvió en una nube de humo y reverberó en las paredes del recinto.

La reacción de Alexander fue inmediata. Se adelantó e interpuso su cuerpo entre Evangeline y el disparo. El impacto le dio plenamente en el abdomen, lo hizo tambalear primero hacia atrás y después cayó de rodillas.

—¡No! Alexander —gritó Evangeline con voz desgarrada y arrojándose con desesperación hacia él.

Varios hombres, en su mayoría amigos o conocidos de Alexander que habían podido salir de su estupor antes de que los otros invitados lo hicieran, corrieron escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos en busca de la mujer desquiciada. Los hombres ascendieron a gran velocidad, sin embargo ninguno de ellos logró llegar a tiempo: Entre gritos de «¡No eras tú quien debía morir!», lady Sylvia disparó el otro mosquete que había transportado hasta el lugar, justo antes de ser atrapada.

333

Ganadora concurso Ali Nigro

El segundo estruendo hizo eco en las paredes y vibró en las co-

loridas vitrinas de los ventanales. Alexander intentó ponerse en pie y así volver a evitar que Evy resultara herida, pero esta vez no pudo lograrlo. Sus piernas no fueron capaces de sostenerlo y cayó al suelo.

El impacto, producto de un disparo certero, terminó en el centro del pecho de Evangeline.

La mayor de las hermanas Wentworth fue prontamente reducida, no obstante, el daño ya estaba hecho. Los novios habían sido heridos mortalmente.

La locura no tardó en desatarse. Un grupo de personas se acercó a los novios para auxiliarlos, pero en el resto del recinto, la situación se tornó confusa e incontrolable. Algunos corrieron despavoridos hacia la salida, otros se acercaron curiosos al altar para ver qué sucedía y muchas damas, incluida entre ellas lady Margareth, cayeron presas de un desvanecimiento a causa de la impresión.

Gritos de pánico, llantos y los gemidos de los heridos eran los sonidos que predominaban en la terrible escena.

Lord Strafford quiso asistir a su hija, que se había desplomado y ahora permanecía recostada sobre el suelo. Se quitó la chaqueta, hizo un bollo con la prenda y presionó sobre su pecho en un vano intento de detener la hemorragia.

—Alexan...der —murmuró Evy con esfuerzo. Pretendió incor-

porarse. Quería llegar hasta donde estaba él—. Alexander ¿Dónde...

dónde estás?

—Aquí estoy, Evy — la tranquilizó él —. ¡Ayúdame, Sebastian!

El duque Sinclair se arrastró hacia donde estaba Evangeline y pudo llegar gracias a la colaboración de su hermano menor.

—Cuánto lo siento... el no haber podido protegerte..., mi amor

— se lamentó Alexander. Abrazó el cuerpo estremecido de Evy, y la estrechó con fuerza contra su torso.

—No tenías que inter...ponerte, Sawny... ¿Por qué lo hi...

ciste? — Eyv le acarició el rostro y al hacerlo dejó un rastro de su sangre sobre su mejilla.

334

Nowevolution editorial.

Los novios no podían casi hablar. Les faltaba el aire. La sangre brotaba de sus cuerpos. El vestido de Evy se había teñido de rojo en casi toda la parte frontal. Era un milagro que ellos no hubieran muerto ya.

—¡Padre, cásenos! —pidió Alexander como pudo, abrazando más fuerte todavía el cuerpo tembloroso de Evangeline.

El sacerdote los observó. Era evidente que no les quedaba mucho tiempo de vida, no era justamente ese el sacramento que tenía

que darles... Dirigió una mirada dubitativa hacia lord Strafford. El conde asintió apesadumbrado, sabiendo que lo único que podía hacer en ese momento por su adorada pequeña era cumplir su último deseo.

—Está bien, milord —concedió el sacerdote, resignado.

El conde y otro invitado ayudaron a la novia a ponerse en pie frente al sacerdote. Ella se tambaleó. Las piernas le flaqueaban. Su padre quiso volver a depositarla sobre el suelo, no obstante, Evangeline no se lo permitió.

—Voy a hacerlo... padre —dijo, pero un ataque de tos la debilitó aún más. Cayó de rodillas, sin embargo, no se dio por vencida.

Sebastian se acuclilló y tomó al novio por debajo de los brazos.

Alexander se agitaba violentamente.

—Tranquilo, Alex —le susurró Sebastian mientras lo ayudaba a levantarse.

Alexander volvió a caer antes de poder siquiera sostenerse erguido sobre sus piernas. No se rindió. Volvió a arrodillarse y se sujetó de los hombros de su hermano para incorporarse.

—¿Alexander, por qué no permaneces sentado? —le sugirió Sebastian, al notar que al duque prácticamente no le restaban fuerzas en el cuerpo—. ¡No puedes estar en pie! No seas testarudo, por

favor. Estás muy débil, Alex.

—¡Me casaré con el a... y lo haré de pie! —dijo, apretando los dientes para hablar. El abdomen le ardía.

Alexander Sinclair sabía que le quedaban no más que unos instantes de vida y no dejaría pasar ese tiempo sin convertir a Evangeline en su esposa. Él no esperaría tendido en el suelo a la muerte, lamentándose por no haber concretado lo único que deseaba en el mundo.

335

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Por favor, alguien que nos ayude! —gritó Sebastian al no ser capaz de sostener a su hermano sin otra persona que colaborara con él. Pronto llegó la ayuda de manos de dos caballeros presentes y entre los tres levantaron y mantuvieron a lord Sinclair en pie, quien a pesar del intenso dolor de su estómago se mantenía erguido en todo su metro noventa y ocho de estatura.

Había sido el momento de los votos, donde antes había quedado suspendida la ceremonia religiosa. Los novios, ahora asistidos, volvieron a mirarse a los ojos y se tomaron de las manos. Les resultaba muy difícil hablar, pues la voz les fallaba, les salía entrecortada, interrumpida por toses feroces y por la falta de aire. La garganta les ardía, las heridas les quemaban, pero aun así, rodeados por una multitud acongojada y desconsolada, frente a ellos como testigos y ante Dios, se juraron amor eterno.

—Evangeline, te amaré por toda la eterni...dad... Te juro que nos encontra...remos en otra vida... Voy a amarte y a esperarte, aunque para tenerte una vez más tenga que aguardar cientos de años... Nunca lo olvides, yo te amo. Siem...pre te amaré...

Con palabras entrecortadas, casi silabeadas, Alexander pronunció sus votos. Ahora era el turno de Evangeline y parecía que no podría lograrlo.

A Evy se le nubló la vista. Solo era capaz de ver el rostro de Alexander, aunque de manera muy borrosa. El resto de su visión periférica ya estaba absolutamente anulada. Grandes gotas de sudor se acumulaban en su frente. El aire ya no ingresaba en sus pulmones. Se ahogaba. Ella sabía que se estaba muriendo, que esos eran sus últimos momentos y no se iría sin hacerle su promesa a él.

—Alex...ander... te amaré por... toda la eternidad... Te esperaré, y te buscaré en otra vi...da... Y te juro que te encon...traré, mi amor... donde sea, cuando sea... No me olvides, Sawny, te amo... —Esas últimas palabras no fueron más que un susurro, pero fue suficiente para que él las oyera.

El sacerdote se apresuró a declararlos marido y mujer. Alexander y Evangeline por fin estaban unidos ante Dios.

336

Nowevolution editorial.

Recostaron a Evy en el suelo. Su pecho se agitaba violentamente en busca de aire. Su sentido de la vista ya había sido anulado por completo. No veía nada, solo oscuridad.

Con la ayuda de Sebastian, Alexander se sentó a su lado y la sostuvo entre sus brazos para que la cabeza de Evy reposara sobre su pecho. Posó sus labios sobre los de su mujer en un último y casto beso. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas sin que pudieran ser contenidas. Solo un instante después, el cuerpo de Evangeline quedó laxo, inerte sobre él... Entonces Sawny, también se dejó ir.

337

Ganadora concurso Ali Nigro

36

Los Ángeles

Lunes, 7 de julio del año 2003

06:45 a. m.

Evangeline se despertó bañada en lágrimas.

Al conocer los hechos de esa segunda vida, podía comprender mejor su situación actual. El amor de ellos había sido y era poderoso. La conexión de sus almas explicaba los sueños con Alexander McKenna. No eran sueños, eran visiones. Ellos se buscaban, y en cierta forma, se comunicaban a través de esas visiones.

Esperaba de corazón, que ya no hubiese una tercera vida pasada. Ella quería vivir el ahora. Ese siglo, ese año. Deseaba encontrar a Sawny y no separarse nunca más de él. También deseaba, fervientemente, que ya no hubieran locos que se interpusieran en su camino. Al menos en la vida actual no tenía hermanas rematadamente locas, claro que sanas tampoco, ya que era hija única. Eso era un alivio. A su lista de mantenerse alejada de locos con armas blancas se recordó apuntar no relacionarse con parientes y evitar también las armas de fuego. ¡Solo esperaba no haber estado en Francia y haber terminado en la guillotina! O tal vez quemada en la hoguera... en la horca... A su pesar, sonrió, pues ahora se le daba por pensar en cuanta muerte pudiese haberle ocurrido. Sacudió la cabeza para alejar las locas ideas y los temores.

Bajó de la cama y buscó el teléfono para hablar con Kate. Esta vez le contó acerca de su período en Inglaterra a principios del siglo xix. A Kate ya nada relacionado con Evangeline y Alexander podía

sorprenderla.

—¡Demonios, Evangeline, es escalofriante! ¿Y ahora qué harás?

¿Corroborar los sucesos en Londres? —le preguntó su amiga.

338

Nowevolution editorial.

—¿Te parece que hace falta?

—¡Yo no perdería el tiempo en eso! ¡Toma ahora mismo un avión a Montana, amiga! ¡Vete ya!, ¡busca a ese hombre!

—En cuanto cuelgue, lo haré. Aún no tengo el pasaje, pero me quedaré en el aeropuerto hasta que haya una plaza disponible.

—Llámame para decirme que has llegado bien, Evy. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Kate... y gracias. Gracias por escucharme, por comprenderme y por no enviarme directa al loquero —dijo y sonrió de lado.

—¡Ni por un instante he pensado en hacer eso! ¡Bueno, anda, vete ahora, no pierdas más tiempo! ¡Sé feliz, Evy, tú te lo mereces más que nadie! —Estaba a punto de colgar, pero añadió—: Ah, Evy... ¿Necesitas que haga algo por ti? Digo, con el apartamento, con tus cosas, lo que sea —ofreció.

—Me llevaré solo lo necesario y dejaré el resto de mis pertenencias embaladas, que tampoco son demasiadas. Antes de ir al aeropuerto pasaré por tu casa para despedirme y te dejaré mi llave, si te parece bien. Así, dependiendo de cómo resulten los sucesos te pediré que me envíes las cosas a Montana o adonde sea que la vida me lleve. ¿Tú me harías ese favor? —preguntó a la mujer rubia que oía desde el otro lado de la línea atentamente sus planes.

—¡Desde luego que sí! Nos vemos en un momento entonces... Te quiero, Evy, con todo mi corazón. —Kate ya volvía a emocionarse.

—Y yo a ti, Kate. Nunca alcanzaré a darte las gracias por todo lo que has hecho por mí durante todos estos años.

—No debes agradecerme nada. ¡Y ahora, por Dios, cuelga el teléfono y vete! Que además estoy hecha un mar de lágrimas con este niño que me ha vuelto una completa llorica —bufó, luego se sonó la nariz con un estruendo.

Evy sonrió con ternura y se despidió.

No perdió tiempo en buscar información que corroborara su paso por Londres en el siglo xix, ya nada podía hacerle dudar de la veracidad de sus recuerdos. Pero, de haberlo hecho, en efecto

Ganadora concurso Ali Nigro

hubiese encontrado los registros: Su acta de nacimiento de 1795 a nombre de Evangeline Wentworth y la de Alexander Carroway, futuro duque de Sinclair, fechada en 1784. Y hubiese encontrado su acta de matrimonio y posteriormente sus actas de defunción.

Las tres fechadas el mismo día de 1812.

También hubiese encontrado algunos recortes de periódicos de la época en los que se relataban los trágicos hechos: Los disparos, la fuerza de voluntad de los novios por casarse ante Dios y sus tristes decesos... Hubiese encontrado todo aquello, pero no lo buscó.

Evangeline prefirió mirar hacia delante. Ya conocía todo lo que tenía que saber de su pasado, ahora solamente quería buscar su presente y con él, el futuro.

Evy guardó varias prendas y artículos personales en una maleta y en una mochila. Sus documentos, sus tarjetas de crédito y algo de dinero en efectivo, su teléfono móvil, su ordenador portátil y, sobre todo, sus mayores esperanzas. Y cargando todo aquello, partió.

•Cuarta parte•

Promesas cumplidas

341

Nowevolution editorial.

37

Escocia, Inverness

Lunes, 7 de julio del año 2003

10:05 a. m. hora escocesa

La campanil a del timbre ya se había hecho oír tres veces. El dueño de la casa avanzó por el salón con paso lento hasta el vestíbulo, qui-tó la llave y abrió la puerta. En el porche encontró a un hombre de mediana estatura, ojos grises y cabellos de color ceniza.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —respondió el visitante al saludo y alzó la vista para alcanzar los ojos de su interlocutor—. ¿Señor Duncan McGraeme? —preguntó.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Mi nombre es Michael MacKay. Soy historiador. Durante toda mi vida, especialmente en mi juventud, me dediqué a estudiar

a los clanes escoceses que habitaron la zona del Glen Affric, lugar en el que resido. Me gusta saber de su gente, sus leyendas... y verá, todo eso hoy me lleva directamente a usted.

—¿A mí? —preguntó McGraeme—. ¿Y a qué se debe eso?

—Verá usted, señor McGraeme, lo que tengo para decirle es bastante extenso... ¿Me permitiría pasar a su casa? Llevo viajando un buen rato y estoy agotado.

—Claro, hombre, pase usted y póngase cómodo. ¡Que no se diga que un escocés no ha sido hospitalario!

Duncan guió al hombre hasta su estudio y le señaló un confortable sillón tapizado de rojo para que tomara asiento. Él se acercó a la licorera de roble y vitrina de vidrio, y sirvió whisky en dos vasos anchos. Regresó junto a la visita.

—¿Y qué era eso que tenía que decirme? —preguntó, tendiéndole el vaso con el líquido de color ámbar.

343

Ganadora concurso Ali Nigro

MacKay agradeció la gentileza del dueño de casa, y bebió un largo trago antes de comenzar con su relato.

—El sábado recibí la inesperada llamada de una mujer ameri-

cana. Estaba muy interesada en corroborar algunos datos acerca de un joven de las Highlands, y he tenido que recurrir a unas investigaciones que había hecho en mi juventud para poder constatar la información que la mujer deseaba.

—Pero ¿y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó, todavía sin entender absolutamente nada de lo que le decía ese tal MacKay.

—Si me deja terminar de hablar, se lo explicaré —concluyó el historiador, con un marcado y gutural acento escocés.

—De acuerdo, hable, hombre. Soy todo oídos —dijo Duncan.

Rodeó el escritorio hasta su sillón de madera tallada y se sentó. Si MacKay tenía mucho que contar, mejor era tomar asiento, decidió

el hombre de unos noventa años, cabello cano y preciosos ojos verde claro. Acomodó su más de metro noventa de altura y anchos hombros, y se dispuso a escuchar.

—La joven que me ha llamado en realidad conocía hasta el más mínimo detalle de la historia de una familia de las Highlands y lo único que él quería era corroborar esos datos. Resulta que los miembros de aquella familia que habitó en una zona cercana al Glen Affric, a principios del siglo xviii, han sido antepasados suyos, señor McGraeme.

—¿Y qué es lo que quería saber la muchacha? —preguntó Dun-

can, con mucho interés.

—Quería constatar si habían existido el laird de McGraeme y sus tres hijos, Randolph, Duncan y Alexander, aunque el interés de ella se radicaba especialmente en el más joven de los hijos del laird.

Ella quería saber si el joven había sido asesinado en mil setecientos veinte por su padre y si con él también había muerto una mujer.

Duncan sintió que el aire se atascaba en sus pulmones. Podía jac-

tarse, a sus noventa años, de tener un corazón fuerte, pero lo que ese hombre le decía estaba a punto de hacerle sufrir un infarto.

—¿Afirma que ella conocía la historia?

—Hasta el más mínimo detalle, señor McGraeme. Y si no resul-

344

Nowevolution editorial.

tara imposible, hasta diría que esa chica sentía un odio profundo por el laird, tal como si lo hubiese conocido en persona. —Soltó una carcajada—. Claro que algo así es imposible, dado que estamos hablando de hechos que sucedieron hace exactamente doscientos ochenta y tres años.

Duncan permaneció en silencio.

—Y lo que más me llamó la atención, fue lo compungida que se notaba la muchacha cuando le confirmé que el joven Alexander

había muerto en mil setecientos veinte bajo la espada de su padre.

Era como si le estuviese diciendo que había muerto un ser querido

y cercano a él. ¿No le parece extraño? —preguntó MacKay.

—Sí —respondió Duncan, simplemente porque se le pedía una respuesta—. ¿Sabe usted algo más de la muchacha, MacKay?

—Su nombre es Evangeline.

Un estremecimiento recorrió salvajemente su espalda.

Definitivamente, Duncan tendría un infarto.

—¿Evangeline? —preguntó con voz temblorosa. No quería ilu-

sionarse, pero tenía que contemplar la posibilidad de que él fuese Evy, la mujer de Alexander.

—Sí, Evangeline, ese es su nombre. ¿Bellísimo, verdad? Parece música al pronunciarlo —dijo el historiador—. Pero, me va a disculpar, Duncan... ¿Puedo llamarlo, Duncan?

—Sí, sí puede.

—De acuerdo, entonces usted llámeme Michael. Le decía que

me tendrá que disculpar, pero me he ido por las ramas y aún no le he dicho de qué manera encaja usted en todo este asunto.

—Eso es verdad —asintió Duncan.

—Bueno —comenzó Michael—, hay una leyenda, de la cual se conoce poco y nada. No son más que rumores que se fueron

recogiendo con el tiempo, pero esa leyenda, la del Guardián de las Espadas, es la que me lleva directamente a usted. Según mis investigaciones, después de la muerte del joven Alexander y de su amante...

—Su mujer —corrigió Duncan—. Ella era su mujer.

—Eh, disculpe. Después de la muerte del joven y de su mujer,

345

Ganadora concurso Ali Nigro

el hermano del muchacho vengó sus muertes asesinando al laird...

Esa parte, la chica que llamó por teléfono no la sabía —acotó Michael.

—¿Qué parte? —preguntó Duncan.

—La de la muerte del laird. Me ofrecí a decírselo, pero él se negó, dijo que por el momento era suficiente.

—Ah... —Hizo un gesto afirmativo—. Por favor, continúe.

—Duncan McGraeme, homónimo suyo y antepasado, vengó la muerte de la pareja y además se proclamó guardián de sus espadas.

La leyenda cuenta que él le pasó el legado a su hijo, y así sucesivamente lo hizo cada primogénito, y eso me lleva a usted. Usted es el

último en la línea sucesoria de aquel Duncan McGraeme del siglo

xviii y también un primogénito. Ahora, hay algo que no entiendo y es por qué se guardan con tanto recelo esas armas.

—La pareja retornará a la tierra y el guardián deberá restituir las armas a sus dueños —explicó Duncan, mecánicamente—. Alexander y Evangeline se juraron amor eterno antes de morir. Yo, eh..., mi antepasado —corrigió abruptamente—, presencié la muerte y el juramento de la pareja, entonces hizo su propio juramento de honor a su hermano muerto... —Cuando Duncan recordaba ese momento, su cuerpo entero se tensaba—. Y prometió cuidar de las espadas hasta el regreso de ellos.

—Por lo tanto, usted debe ser el actual guardián de las espadas, ¿me equivoco?

—Tal vez sí, tal vez no.

Michael sonrió.

—¿No va a decírmelo, verdad?

—Tal vez sí, tal vez no —repitió Duncan.

—De acuerdo, McGraeme, usted gana. No me confirme nada, creo que ya sé la respuesta de todos modos. Pero escúcheme bien.

¿Las espadas son una grande y una más pequeña y liviana, tienen idénticos grabados en la empuñadura y la más pequeña tiene talla-

das dos iniciales entrelazadas, una «E» y una «S»?

—¿Quién le dijo que las armas podían ser así?

—Lo corrijo, no me han dicho que podrían ser así, me han afir-

346

Nowevolution editorial.

mado que son así, tal como se las he descrito, y ha sido la muchacha americana, Evangeline. Ella se puso muy feliz al saber que alguien

había custodiado esas armas.

—Dígale que quiero verla —pidió Duncan.

—¿Le dejará ver las espadas si el a viaja a Escocia para entrevistarse con usted? ¡Y no me venga con eso de tal vez sí, tal vez no!

—advirtió el historiador.

Ahora fue Duncan quien soltó una carcajada sonora.

—Me ha leído el pensamiento. Eso, era justamente lo que iba a decirle. Quiero ver a la muchacha, después decidiré qué hacer.

—De acuerdo. Hablaré con el a —prometió el historiador antes de despedirse de su nuevo amigo y emprender el camino de regreso a su casa.

Duncan acompañó a Michael MacKay hasta la puerta, después regresó a su estudio, pero no tomó asiento. Se quedó de pie en el centro de la estancia, observando a su alrededor.

La casa era de estilo rústico aunque elegante, con mucha madera oscura tallada en el mobiliario y en las molduras, los tapizados de pana roja en los sillones y en las sillas y las cortinas en color borgoña eran los que otorgaban el toque de elegancia.

La casa había sido comprada por su bisabuelo Simon McGraeme II cuando, en 1832, vendió el castillo de los McGraeme y se radicó definitivamente en Inverness para desposarse con una muchacha de esa ciudad.

La residencia de Duncan era una casa cómoda. Tenía un amplio salón, un comedor y una cocina bastante moderna, un estudio (lugar que Duncan frecuentaba la mayor parte del día), y varios cuartos que, en general, permanecían cerrados, dado que no había allí nadie para utilizarlos.

En la actualidad, Duncan no tenía familia. Sus padres y su hermana habían muerto hacía ya muchos años, y su esposa, hacía muy poco tiempo, y no habían tenido descendencia. Estaba solo en el mundo... aguardando.

Miró a través de la ventana.

El jardín del fondo necesitaba que se le quitaran algunas hierbas

Ganadora concurso Ali Nigro

salvajes que habían crecido en el último mes. Mientras Megan estuvo viva, mantuvo el jardín cuidado y perfecto, pero ahora que el a ya no estaba, los canteros se veían un poco descuidados. Pero era el a quien entendía de podas, de trasposos de plantas de un lado al otro en la época adecuada, o cuál necesitaba sol, cuál sombra, o la cantidad justa de agua para cada espécimen, no Duncan.

¡Cuánto extrañaba Duncan a su Megui! Pero esta vez no podía seguirla. Tenía que quedarse a cumplir con su juramento. Después sí se reuniría con el a.

Duncan se aproximó a un baúl muy antiguo de madera lustrada, inviolable, con un enorme candado en su frontal. La única llave que lo abría pendía de su cuello. Palpó la llave bajo su camisa, y rogó para que por fin el momento de cumplir con su promesa hubiese llegado. No podía ser una coincidencia. La muchacha americana tenía que ser Evy y si el a había vuelto, entonces, con seguridad, también lo habría hecho Sawny.

Llegó hasta la licorera y se sirvió un whisky doble, en ese momento lo necesitaba. Lo bebió en pocos tragos y volvió a servirse otro. Este lo disfrutó con más calma una vez que estuvo sentado en su enorme sillón favorito. Extendió las largas piernas, enfundadas

en pantalones oscuros, y se miró los pies. Tenía un par de zapatos de cuero negro de puntera cuadrada. Sin hebillas y sin adornos. Nunca

le habían gustado los zapatos que se habían usado en otro tiempo,

en su otra vida. Con hebillas y tacones, le parecían un artículo más femenino que masculino y había preferido las botas de piel

de ciervo. Esas sí que le gustaban. Pero estos modelos de zapatos

que llevaba ahora no estaban mal, así que se había acostumbrado

a llevarlos desde su juventud.

Duncan echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y recordó su

vida actual.

Su segunda vida...



348

Nowevolution editorial.

Duncan McGraeme II había nacido en Inverness, Escocia, el veintiséis de diciembre del año 1913. Hijo de Michael McGraeme, un prestigioso abogado, y de Madeleine Andrew, una bella inglesa radicada en Inverness desde su niñez.

Los McGraeme, después de la revolución de 1746, habían contado en su árbol genealógico con varios abogados y aquella tradición, por así llamarlo, había empezado con Kieran McGraeme, el hijo de

aquel Duncan del siglo xviii.

Durante muchos de sus años de escuela, Duncan II pensó en seguir distintas carreras: arquitectura, medicina, literatura, pero ninguna terminaba de satisfacerlo por completo. Finalmente, se decantó por seguir, él también, los pasos de su padre y de sus antepasados, y se inscribió en la escuela de leyes. Una vez que obtuvo su título, en los primeros meses de 1939, con veinticinco años cumplidos, empezó a trabajar en el mismo bufete que su padre.

Su niñez y su juventud transcurrieron de manera tranquila. Nacido en el seno de una familia de clase media, nunca le faltó nada, excepto que Duncan, desde pequeño, sintió la falta de su hermano.

De niño, repetía una y otra vez, que tenía un hermano llamado Alexander, de cabello negro, ojos verde oscuro y sonrisa dulce. Un muchacho guapo y bondadoso al que le gustaba luchar con espadas y cabalgar por la pradera contra el viento. Sus padres, bastante preocupados, habían insistido diciéndole que él no tenía hermanos, que

su única hermana era Flora, quien se había entregado desde muy niña a la vida religiosa en un convento de París. Al advertir que sus padres no lo comprendían, con el tiempo, Duncan aprendió a guardarse esos sentimientos para sí mismo.

Durante toda su vida, Duncan tuvo visiones de Alexander y de él mismo, pero en otra época; y al hacerse mayorcito comprendió

que esos hechos correspondían a otra vida, no a su vida actual. Al principio, las imágenes solo duraban escasos segundos, pero después aprendió a retener las escenas, a concentrarse en ellas y cada nueva visión había empezado a durar más tiempo. De esa manera, Duncan pudo reconstruir ese pasado lejano; lo bueno y lo malo. Recordó la muerte de los enamorados, el juramento de amor, y su

349

Ganadora concurso Ali Nigro

propio juramento de honor hecho a Alexander McGraeme, su hermano muerto.

Cuando en 1945 su padre, antes de morir, lo convocó en su lecho de muerte, Duncan ya sabía que sería para traspasarle el legado de las espadas. La vida le otorgaba una nueva oportunidad para cumplir él mismo con su promesa.

Y la vida también le había otorgado, en ese siglo, una nueva oportunidad para reencontrarse con Megan...

350

Nowevolution editorial.

Escocia, Inverness

Invierno, año 1947

Esa mañana había amanecido más fría que de costumbre y la molesta llovizna ya había hecho estragos sobre su sobretodo oscuro y su sombrero. Se levantó más el cuello del abrigo para cubrir su garganta y con la intención de evitar pescar un resfriado.

Duncan se había levantado a las siete y treinta, como de costumbre. Había tomado un copioso desayuno, se había duchado y vestido con su traje de color gris oscuro con finas rayitas en un tono más claro y, en vista del frío, se había puesto el abrigo y el sombrero. Hasta ahí, todo había transcurrido con normalidad, pero en cuanto pretendió encender el auto, su viejo Ford no quiso arrancar. Entonces, se percató, tarde ya, de que la noche anterior había olvidado cubrir el motor con alguna manta y el intenso frío lo había congelado.

Duncan bufó disgustado. Después de soltar una diatriba en contra del vehículo inutilizado y también hacia su propio descuido, salió resignado del automóvil, tomó su portafolio, que minutos antes había dejado en el asiento del acompañante y salió a la acera.

No le quedaba otra opción más que dejar a su Ford descansando y descongelándose en la cochera.

El clima frío estaba insoportable y desde el *loch Ness*³² se levantaba una molesta niebla que reducía un poco el campo de visión.

Había hecho ya unas diez o doce cuadras, cuando de repente, el cielo pareció despejarse. Echó una mirada a las espesas nubes oscuras que seguían allí, justo sobre su cabeza, y sonrió, porque era solo para él que había salido el sol.

32 - Lago alargado y estrecho en el norte de Escocia, que forma parte del canal de Caledonia.

351

Ganadora concurso Ali Nigro

Volvió su atención a la responsable de su felicidad repentina.

Una figura femenina, delicada, esbelta y de curvas redondeadas.

Ella llevaba un largo abrigo, aunque a través del reflejo en el cristal del escaparate, Duncan descubrió que, bajo el abrigo desabrochado,

ella vestía una falda azul marino que le llegaba justo por debajo de la rodilla y una chaquetita entallada del mismo color. Con los tacones, sus pantorrillas de porcelana se veían finamente esculpidas y esa

sola visión bastó para que Duncan enloqueciera de deseo.

No lo dudó ni un instante. Llegaría con bastante retraso a su oficina, pero en ese momento no había nada ni nadie que pudiera

lograr que él no se acercara a ella. Cruzó la calle a toda prisa, apenas mirando a uno y otro lado para asegurarse de que no se acercaba

ningún vehículo, y llegó junto a la muchacha en un par de largas zancadas.

Esta miraba unos sombreros exhibidos en maniqués.

—El azul con la cinta púrpura te quedaría muy bonito —le dijo.

La joven giró el rostro hacia él, pero no supo qué responder. La voz masculina y la figura imponente de ese hombre alto y guapo, la intimidaron por completo.

—¿No crees que el azul es el más bonito? —le preguntó él—.

Además es del mismo color de tus ojos... Azules, como el cielo.

—Eché una mirada hacia el firmamento y sonrió de lado—. Bueno, cuando el cielo está despejado —añadió, ampliando la sonrisa.

Ella se sentía en un sueño.

Él era el hombre más guapo que había visto en su vida. El abrigo caía desde la amplitud de sus hombros y le otorgaba un aspecto imponente y bajo el ala del sombrero se veía un rostro fuertemente masculino y magnífico. Su rasgo más destacado era un par de ojos verde claro, hipnotizadores; aunque el resto de sus facciones no dejaban de ser estupendas: la nariz recta que le otorgaba un porte aristocrático y los labios llenos y definidos que, con aquella sonrisa que

tenían dibujados, no podrían ser más bellos.

La miró fijamente. Ella lo miraba, pero no pronunciaba palabra.

— *You speak english?*³³ —le preguntó Duncan, alzando las cejas.

33 - ¿Tú hablas inglés?

352

Nowevolution editorial.

—Eh... Sí, sí señor, yo hablo inglés. Lo siento —dijo el a, sonrojándose hasta las orejas—. Es que estaba distraída —se justificó.

Distraída en sus hermosos ojos verdes, en su sonrisa, en su cabello castaño oscuro, asomando apenas del sombrero, en sus labios.... ¡Qué tentada se sentía de palparlos con las puntas de sus dedos para

comprobar si eran tan suaves como parecían!

—¿Lo comprarás? —le preguntó él, señalando con la cabeza el

escaparate en donde la figura sin color portaba la delicada pieza sobre su cabeza calva.

—¿El sombrero? No, solo miraba escaparates de camino a mi trabajo.

—¡Pues ese sombrero debería ser tuyo! —exclamó.

—Tal vez otro día... —Miró de reojo el artículo. Sí, era muy bonito y era el sombrero que había capturado su atención desde que se había apostado frente al expositor, pero también era una prenda de-

masiado costosa para sus ingresos de profesora. Ojeó su reloj, tenía quince minutos para llegar hasta el instituto privado en el que daba clases de francés —. Debo retirarme. Que tenga un buen día, señor.

—Espera... —Pidió Duncan y la tomó del brazo para detenerla, aunque de inmediato se arrepintió de haberlo hecho, al notar que el a se tensaba, y la soltó—. Lo siento. —Se disculpó—. ¿Puedo invitarte a tomar algo, un café o lo que tú prefieras?

Cuánto hubiese deseado Megan decirle que sí, pero no podía.

Desde poco antes de cumplir los dieciocho años, el a supo que su vida estaría vacía, tan vacía como el a... Y había tenido que resignar-se. No podría tener una familia y no podría tener un esposo, porque ¿qué hombre iba a querer a una mujer incompleta? «Ninguno», era la respuesta, y mucho menos un hombre como él.

Un nudo de angustia se instaló en su garganta. Alzó la barbilla con decisión y tomó aire, para que su voz fuese clara.

—No puedo aceptar su invitación —dijo con demasiada dureza—. Adiós —lo saludó con frialdad, después giró sobre sus talones y se alejó de él. Y a cada paso que daba se sentía más y más sola.

Duncan estaba dispuesto a no dejarla ir. Era ella. No sabía qué nombre tendría ahora porque no se lo había dicho, pero era su

Ganadora concurso Ali Nigro

Megan. Él la había reconocido, aunque al parecer ella no. No importaba, no se daría por vencido, lucharía por ella, contra todo cuanto tuviese que luchar. Sus ruegos habían sido oídos y ella también había regresado, y él se encargaría de que «su mujer», porque era «su mujer», volviera a amarlo.

Avanzó a una distancia prudente para no ser visto y la siguió hasta que él se detuvo, cinco o seis cuadras más adelante. La vio entrar en un edificio de dos plantas, de fachada lisa pintada de blanco, con ventanales cubiertos de rejas oscuras y una enorme puerta de madera. Conocía el lugar. Era un instituto en el que se enseñaban varios idiomas. Él mismo, durante sus años de adolescente, había recibido

allí algunas clases de francés y de italiano, aunque había resultado bastante duro para aprender otras lenguas y había desistido.

Pero Duncan había dicho que lucharía contra todo por Megan,

y eso, definitivamente, incluía los idiomas. No esperó más y accedió al enorme instituto. De no ser eso imposible, hubiese jurado que

hasta las paredes se reían de él y ese pensamiento tan descabellado

lo hizo sonreír.

Con esa sonrisa aún en sus labios, golpeó con los nudillos en la

puerta de la secretaría. Una voz de mujer, que le resultó familiar, lo invitó a pasar.

Duncan abrió la puerta y se encontró con miss Parker; una mujer más vieja que las pirámides. Todo su asombro se vio reflejado en sus ojos verde claro, abiertos de par en par. No podía creer que él a todavía viviera y mucho menos que aún no se hubiese jubilado.

¿Acaso todas las noches se pone en remojo en formol? Reprimió la risa ante el nuevo pensamiento descabelado.

—Yo a ti te conozco —espetó, mientras inspeccionaba al recién

llegado, la mujer de cabellos extremadamente blancos recogidos en un rodete en la nuca y múltiples arrugas en el rostro. Lucía tal como la recordaba Duncan de años atrás.

—Buenos días, miss Parker. Yo, eh... Puede ser que usted me recuerde de hace varios años, de cuando yo asistía al instituto.

—¿McGraeme? —preguntó la anciana, entornando los ojos.

Él asintió, sonriendo de lado—. ¿Es esto una broma? ¡De todas las

354

Nowevolution editorial.

personas que han pasado por esta academia, tú eres el último que esperaba que alguna vez volviera a cruzar el umbral!

—Estoy más mayorcito, miss Parker, tal vez ya no me resulten tan difíciles las pronunciaciones extranjeras.

La anciana soltó una carcajada tan estruendosa que debería de

haber despertado hasta a Nessi³⁴. Duncan alzó una ceja y la mujer le pidió disculpas, mientras se secaba los ojos con el dorso de las manos.

—Lo siento, muchacho, lo siento... Es que, ¡santo cielo! ¡Has sido la pesadilla de todos los profesores mientras has estado en el instituto y creo que terminaste sin poder pronunciar correctamente ni una sola palabra!

—Le prometo que en esta ocasión me esforzaré más, miss Parker.—¿Y a qué profesor torturarás ahora? Eh, digo, ¿qué idioma quieres aprender? —corrigió la mujer.

—Todavía no lo decido. ¿Me podría mostrar los programas?

—Veamos —dijo ella, alzándose de hombros con resignación y buscó las carpetas—. Puedes estudiar alemán con el profesor Joseph Hoffman...

Duncan frunció la nariz. Si no había podido con el italiano, no podía ni pensar en los estragos que haría en aquel idioma. Lo descartó de plano. Además, miss Parker había dicho profesor, no profesora, y él buscaba una profesora.

—Portugués con el profesor Ferrer, nativo de Portugal —siguió enumerando la mujer.

—No.

—¿Italiano con el profesor Francesco Bianco? —preguntó el a, mirándolo con la cabeza ladeada.

—Ya probé con el italiano hace un tiempo y no resultó. ¿Chino, japonés? —preguntó él, más que nada para bromear.

—Me temo que solo nos queda español con miss Susan Lyon, quien vivió en España durante varios años y tiene un acento perfecto, 34 - Criatura mítica que, se dice, habita en el loch Ness. Monstruo del lago Ness, apodado Nessi cariñosamente.

355

Ganadora concurso Ali Nigro

o francés con miss Megan Saint Agnes, pero si mal no recuerdo, con el francés ya lo intentaste...

—Francés, me apuntaré a las clases de francés —dijo con resolución y sin permitirle a el a continuar—. ¿Cuándo puedo empezar?

—Eh... —Ojeó las carpetas con los horarios—. Miss Saint Agnes está dando ahora mismo una clase, aunque es de nivel avanzado. ¡Y por nada del mundo te apuntaré en ella!

Duncan le respondió con una sonrisa pícaro.

—Mañana a las diez de la mañana hay una clase para princi-

piantes a la que podrías sumarte. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Duncan completó los papeles de inscripción y abonó la matrícula y la primera cuota correspondiente al mes. Esperaba que Megan Saint Agnes fuese «su Megan», la otra posibilidad era que fuese la señorita Susan Lyon. Si al día siguiente resultaba que Megan no era «su Megan», se apuntaría a la clase de español.

Salió del instituto y se dirigió hacia su oficina.

No pudo concentrarse en ningún expediente ni en ningún caso en todo el día, se sentía ansioso por volver a verla, por empezar a conquistarla. Aunque debería hacer un esfuerzo descomunal porque sus aptitudes para el francés eran horrendas y si no, él la terminaría echándolo de la clase a patadas, tal como había sucedido con anterioridad con aquellos profesores a quienes él había hecho perder

la paciencia en su juventud.

Por la tarde, Duncan regresó a su casa sin haber podido adelantar nada en su trabajo. Y las horas que transcurrieron hasta que se fue a dormir le parecieron eternas, interminables. Ni hablar de lo larga que puede resultar una noche cuando el sueño se niega a venir.

Cuando el despertador sonó a las siete y treinta, él permanecía

despierto, con los ojos abiertos de par en par, fijos en las molduras del techo. Salió de la cama de un salto y fue directo a la ducha para despejarse. No había

dormido nada y, para colmo, su cabeza no había parado de crear imágenes seductoras de la belleza de ojos azules, sin más ropa que su tersa piel. Estaba enloqueciendo. Apoyó las manos en la pared de azulejos celestes y dejó que el

356

Nowevolution editorial.

agua de la ducha cayera sobre su cabeza y se escurriera por su anatomía excelentemente trabajada.

Se frotó el cuerpo con una toalla blanca y luego el cabello cortísimo. Desde pequeño acostumbraba a llevarlo muy corto, sin respetar ningún grito de la moda ni ningún peinado en especial, simplemente corto.

Se vistió con un traje, como de costumbre, esta vez en color beis y se obligó a desayunar. El tubo digestivo parecía habersele cerrado con un nudo, pero de ninguna manera podía asistir a su encuentro con Megan y que el estómago le empezara a hacer ruidos desagradables. Recogió su portafolio y se dirigió al garaje. Puso las llaves en el encendido y esta vez el auto sí arrancó.

Eran las ocho y treinta. Todavía faltaba una hora y media para su clase de francés, por lo tanto decidió pasar un rato por la oficina y ver si podía leer algún expediente.

Quince minutos antes de las diez, y con los nervios a flor de

piel, dejó el bufete ante la mirada sorprendida de su secretaria y fue directamente hacia la academia de idiomas.

Ingresó al aula pintada de blanco. Era un salón amplio y luminoso, pues uno de los ventanales daba hacia el jardín trasero del instituto y permitía un buen ingreso de luz natural. Había una veintena de bancos individuales, de los cuales solamente diez estaban ocupados. Delante había un escritorio estrecho, una pizarra pintada de negro y un armario de dos puertas adosado a la pared. Sus compañeros de clase eran un grupo de lo más variado. Había un par de adolescentes y también algunos un poco más mayores. En ese último grupo, estaba él con sus treinta y cuatro años recién cumplidos.

Dos minutos antes de que el enorme reloj que pendía sobre la puerta del aula marcara las diez, miss Megan Saint Agnes, «su Megan», entró a impartir la clase.

Ella vestía el trajecito azul marino del día anterior, solo que esta vez, él podía apreciarlo y disfrutarlo sin la molesta barrera del abrigo, y lo que había adivinado antes, ahora se revelaba ante sus ojos y mucho más magnífico aún.

357

Ganadora concurso Ali Nigro

Su cuerpo era un sinfín de curvas seductoras que él deseaba recorrer con sus manos y con sus labios. Se permitió imaginarse desabrochando los botones de la chaqueta entallada y luego los de la camisa blanca con finas rayitas celestes. Se imaginó despojándola de esas prendas y bajando la cremallera de la falda. Esa gloriosa falda que le daba a su cuerpo esbelto el aspecto de una sirena...

— *Bon jour*³⁵—saludó miss Saint Agnes.

— *Bon jour* —respondieron los demás alumnos y Duncan intentó hacer lo mismo, pero su *bon jour* había sonado como para provocar dolor de estómago.

—Me han informado en secretaría que hoy contamos con un nuevo alumno —dijo el a, y Duncan agradeció que lo dijese en inglés, de lo contrario no hubiese entendido ni una letra—. ¿Por favor, podrías presentarte? —pidió el a, buscando con la mirada entre los presentes el rostro nuevo.

Las cosas ocurrieron en el mismo momento.

Ella dio con él cuando Duncan se ponía en pie y se quedó sin palabras, otra vez, tal como le había ocurrido el día anterior al ver esos hermosos ojos verde claro.

Megan no había podido quitarse de la cabeza esos ojos en todo

el día, ni en toda la noche. Cada hora había sido una tortura. Había pensado en él y había soñado con él. Y también había deseado verlo

de nuevo, a pesar de saber que si volvía a verlo sufriría todavía más, porque era consciente de que él estaba prohibido para el a. Y eso era lo que le sucedía ahora. Se sentía feliz y también tremendamente

triste y desolada. Sus sentimientos se habían tornado ambiguos.

No podía entender sus propias reacciones, porque sentía ganas

de correr hacia él, colgarse de su cuello y besarlo. Jamás en sus veintiocho años había sentido nada parecido por ningún hombre, pero

este, simplemente, desbarataba su mundo y lo ponía patas arriba.

Tampoco entendía qué hacía él en su clase.

Duncan debería haberse puesto en pie y, desde ese mismo lugar,

tal como acostumbraban hacer todos los alumnos para presentarse,

debería haber dicho su nombre a sus compañeros de clase; en cam-

bio, él avanzó hacia el a y le tendió la mano.

35 - Buenos días, en francés.

358

Nowevolution editorial.

—Duncan McGraeme... Y es un placer para mí verte de nuevo

—le dijo, la última frase solo para el a.

Al escuchar el nombre que él le decía, Megan sintió una extra-

ña sensación de reconocimiento, como si ellos ya se conocieran, y

no por el encuentro del día anterior. Era algo distinto, inexplicable, como si ellos estuviesen unidos desde hace mucho tiempo.

Descartó el tonto pensamiento de un plumazo y estrechó la mano masculina. Sintió un cosquilleo, como si hubiesen puesto dos cables de alta tensión en su mano y la corriente eléctrica ahora circulara por sus venas. Y el tacto de la palma de él, seca y cálida, comfortable, le hizo sentir que había llegado a casa.

—Duncan McGraeme —repitió el a, todavía sin soltarle la mano, y en ese instante, una miríada de imágenes llenó su cabeza.

Se vio junto a ese hombre, en medio de un castillo, rodeados por un montón de rostros desconocidos. Ella vestía un traje de terciopelo azul y él un plaid de esos que habían usado dos siglos atrás los highlanders. Se sonreían y se tomaban de las manos. Era una boda, la de ellos, y se veían radiantes y felices.

Su pecho empezó a subir y a bajar a un ritmo descontrolado, su corazón se agitó con violencia y el aire empezó a faltarle. Lo miró a los ojos y fue como mirar directamente dentro de su alma, y fue demasiado para el a. Una neblina oscura, primero cubrió su visión y después le quitó completamente el sentido.

Duncan alcanzó a sostenerla antes de que ella cayera al suelo.

La cargó en brazos y, muerto del susto, salió hacia la secretaría. Ni siquiera se detuvo a golpear la puerta, la abrió de golpe y entró dando órdenes.

—Traigan un doctor. ¡Es urgente!

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó miss Parker, mientras le hacía señas a uno de los alumnos, que había seguido a Duncan y a la profesora, para que fuera en busca de un médico.

—Se ha desmayado.

—¿Ya te ha escuchado hablar en francés? —preguntó la anciana.

—¡Miss Parker! ¡No es momento para bromas! —la reprendió Duncan, que estaba a punto de sufrir, él mismo, un infarto.

359

Ganadora concurso Ali Nigro

—Veamos —la mujer mayor se acercó a la muchacha con un vaso de agua y con una botella de alcohol.

Duncan se había sentado en una silla y tenía a Megan sentada en su regazo y recostada sobre su pecho. Con una de sus manos le acariciaba el rostro y lo despejaba de algunos cabellos que se le habían soltado del peinado y que caían sobre sus ojos cerrados.

—Por favor, Megan, despierta —le susurró con dulzura.

—Incorpórala un poco para que huelga el alcohol —pidió la anciana, a quien no le habían pasado desapercibidas las palabras de Duncan, ni la ternura o familiaridad con la que le había hablado a la profesora. Duncan obedeció.

Cuando los fuertes vapores se colaron en la nariz de Megan, ella empezó a recuperar el conocimiento poco a poco.

—Bebe esto —le dijo Duncan, acercándole a los labios el vaso de agua que le había facilitado miss Parker—. ¿Te sientes mejor? —le preguntó después de que ella bebiera dos tragos muy nimios y se volviera a recostar sobre su pecho.

Duncan se sentía en el paraíso. Así, cerca de su cuerpo, era como quería tenerla por el resto de su vida.

Llegó el médico y se vio obligado a examinar a la paciente en brazos de Duncan, porque él se negaba a dejarla. Alegó que ella no estaba bien todavía como para hacerla sentar en una silla. Nadie le preguntó a Megan qué opinaba, aunque la muchacha no se quejó en ningún momento por estar en aquel refugio cálido de músculos. El doctor llegó a la conclusión de que a miss Saint Agnes le había bajado la tensión y que eso había provocado el desmayo. Sugirió que se tomara un descanso durante el resto del día.

—Yo la llevaré a su casa —dictaminó Duncan.

—Puedo ir sola —dijo ella, en un hilo de voz.

—Nada de eso. Tengo el automóvil justo en la puerta, así que no hay nada más que decir. —Sin darle tiempo a más protestas, se

puso en pie con el a en brazos. Esperó a que les trajeran sus cosas y después salió al corredor.

—No se preocupe, miss Parker. Le prometo que nada malo le

360

Nowevolution editorial.

sucedará a miss Saint Agnes —dijo Duncan antes de abandonar el instituto.

Megan se preguntó si estar en el cielo se asemejaría, aunque sea un poquito, a lo que el a sentía en ese momento al estar entre los brazos de Duncan. Cerró los ojos. Sentía demasiadas ganas de llorar. Tal vez hubiese sido mejor que ellos nunca se conocieran.

Cuando Megan supo que ya no sería una mujer completa, juró que jamás se enamoraría. Estaba resuelta a nunca aceptar una cita con un hombre. Y en los últimos diez años no le había resultado difícil negarse a las invitaciones y a los cortejos, pero ahora comprendía que lo había logrado solo porque nunca había sentido absolutamente nada por ninguno de ellos.

Pero ahora era diferente, porque el a ansiaba todo con él.

Deseaba que él la besara, que la abrazara y que le hiciera el amor.

Anhelaba pasar el resto de su vida a su lado.

Pero no podía, no debía. *Cuando él sepa la verdad, no querrá estar conmigo.*

¿Acaso se resignará...? ¡No, claro que no lo hará! ¿Qué hombre lo haría? ¡Ninguno! ¡Y mucho menos un hombre como él! Él puede tener a cualquier mujer, puede tener todo lo que desee en la vida, ¿por qué va a resignarse con una mujer incompleta, una mujer que...?

Megan ya no quería pensar. Tendría que alejarse de él. Pero

¿cómo hacerlo cuando todo su ser quería lo contrario?

Duncan la acomodó en el asiento del acompañante. Cerró la portezuela y bordeó el vehículo hasta llegar al lugar del conductor.

—Estarás bien—le dijo él, quien supuso que la preocupación de ella era por el desmayo sufrido—. ¿Cuál es tu dirección?

De manera ausente, le indicó una dirección. En ese momento, su mente estaba en otro lado. Intentaba descifrar la extraña escena que había vislumbrado poco antes de perder la consciencia.

Duncan asintió y puso el coche en marcha. Pocos minutos después llegaron a la casita.

Duncan sonrió. El jardín cargado de flores y las cortinas con estampados coloridos y con volantes de puntal a gritaban a los cuatro vientos que había sido la mano de Megan la que había cuidado de todos los detalles.

—Llegamos —dijo él. Descendió del vehículo y fue a buscarla.

Megan se proponía bajar por sus propios medios, aunque él se lo impidió y volvió a tomarla en brazos.

—Asustaremos a mi abuela si me ve llegar de este modo —acotó Megan—. ¡Vamos, hombre! ¡Ya puedes bajarme! Te aseguro que estoy completamente recuperada. ¡Si hasta podría volver al instituto y dar la clase!

—Digamos que si yo estoy entre el alumnado, sufrirás varios de estos desmayos —bromeó—. Debo confesarte que soy un verdadero desastre con los idiomas.

—Hablando de eso... ¿Cómo es que te apareces de repente en la clase? No sabía que estuvieras inscrito.

—Eh, me inscribí ayer.

—¿Ayer?

—Sí, necesito aprender francés. Es probable que viaje a Francia en los próximos meses —mintió.

—¡Qué casualidad! —exclamó el a, un poco nerviosa.

—Me gustaría volver a verte.

—Nos veremos en las clases —le respondió el a con el corazón acelerado—. ¿Tomarás dos o tres clases semanales? —Su intención

era cambiar la dirección de la conversación.

—Tres. Pero no quiero verte en las clases. Es decir, sí quiero verte allí, pero también fuera del instituto. Una cita. Quiero invitarte a salir. Podemos ir a cenar o al cine. Creo que están proyectando

*Henry V*³⁶. Dicen que es muy buena y yo aún no la he visto.

Ella lo silenció apoyando las yemas de sus dedos sobre los labios de él. Los sintió tibios y suaves, tanto como había imaginado, y deseó sentirlos con sus propios labios y conocer su sabor. Pero apartó el pensamiento lo más rápido que pudo y también la mirada de los ojos de él, porque esos ojos lograban embrujarla.

—Mejor no —le dijo en cambio—. No me invites a ningún sitio.

—Por favor, Megan. No me rechaces —le suplicó él, estrechándola más cerca de su pecho.

36 - Película de 1946 basada en la obra homónima de Shakespeare. Producida, protagonizada y dirigida por Laurence Olivier.

362

Nowevolution editorial.

—¿Por qué insistes? ¿Qué es lo que quieres?

—Insisto porque me gustas y no pienso darme por vencido —le confesó de manera apasionada—. ¿Y qué quiero? Lo quiero todo.

Te quiero a ti, y te quiero a mi lado por el resto de mi vida.

Ella no pudo seguir con la mirada alejada de los ojos de él. Escucharlo hablar con tanta devoción y sus ojos... se sentía morir.

Se sentía morir, pero de amor.

¿Cómo era posible que ella sintiera todo eso que estaba experimentando? No tenía la más remota idea, solo estaba segura de una cosa y era que él había logrado entrar en su corazón sin pedir permiso, y ahora su corazón palpitaba desbocado debido a él.

Lo amaba.

¿Pero cómo puedo amarlo si ni siquiera lo conozco, si tan solo lo he visto dos veces? Y si es así, ¿por qué siento que sé de él desde siempre?

Lo amaba, y ahora, por haber sido tan tonta como para enamorarse, sufriría por el resto de su vida. Porque lo amaba y no podía condenarlo a una vida incompleta.

—¡Bájame! —le exigió con brusquedad—. Gracias por traerme a casa, pero ahora es mejor que te vayas.

—Megan, pero... —Él se había quedado desconcertado. La dejó en el suelo, tal como el a le pedía—. Yo solo tengo intenciones honorables contigo. Te juro que no pretendo nada fuera de lugar, ni tampoco quiero aprovecharme de ti. Yo..., yo te quiero.

Megan se giró para darle la espalda. No quería que él viese sus ojos llenos de lágrimas.

—No quiero saber nada de ti.

Megan buscó la cerradura, las manos le temblaban y, con los ojos nublados, tardó bastante hasta que pudo introducir la llave. Una vez logrado, la giró con rapidez y abrió la puerta. Sin despedirse desapareció dentro de la casita, y dejó a Duncan frente a la madera pintada de blanco y frente a un panorama absolutamente pintado de negro.

363

Ganadora concurso Ali Nigro

39

Duncan fue víctima, nuevamente, de una noche de insomnio. *¿Qué*

le sucede?, se había preguntado un millón de veces mientras daba vueltas en la cama, o mientras caminaba nerviosamente a lo largo

de la casa, yendo al estudio por un vaso de whisky, a la cocina por agua, al baño por una ducha... Y en la mañana, tampoco había hallado la respuesta.

No era capaz de entenderla. Había notado que ella no lo reco-

nocía y que no recordaba lo que había sucedido entre ellos en el

pasado. En un pasado ocurrido más de dos siglos atrás, en otra vida, pero en una vida en la que habían sido ellos mismos.

Sin embargo, también había notado que su presencia no le resultaba indiferente. No es que él se creyera un arrogante imposible de resistir, solo se basaba en la manera en la que Megan lo miraba o en lo nerviosa que se ponía cuando estaba junto a él. Pero aún así, él se empeñaba en alejarlo de su lado. *¿Acaso no siente que tenemos que estar juntos?* Antes de morir Megan había deseado volver a reencontrarse con él en otra vida, pero ahora eso no lo recordaba y a él le destrozaba los nervios, además de desgarrarle el corazón.

Duncan revisaba un expediente.

Las letras frente a él parecían burlarse en su cara. No podía concentrarse y miraba el reloj en su muñeca una y otra vez. El tiempo parecía no transcurrir. Nueve y cincuenta. Un rato después, para Duncan había transcurrido una eternidad, pero las agujas mostraban que eran las nueve y cincuenta y dos; solo habían pasado dos minutos.

Sabía que Megan salía de la academia a las doce en punto. Él se había encargado de apuntar eso en su memoria cuando miss Parker le había mostrado los registros de horarios para que él eligiera sus clases. Megan asistía al instituto de lunes a viernes, de nueve a doce.

364

Nowevolution editorial.

Se recostó en el respaldo de su silla directorio y se apretó el puente de la nariz. Un intenso dolor se le había instalado allí de

manera persistente desde el día anterior. Volvió a abrir los ojos. De repente, la pintura color beis de las paredes le parecía horrible. Todo le molestaba, hasta la estúpida vista que tenía desde la ventana de su oficina hacia una de las calles más transitadas de Inverness.

Se levantó de manera brusca, lanzando un montón de improperios en contra de sí mismo. Se estaba volviendo loco. Se sirvió un whisky y vació el vaso de un solo trago. Generalmente no bebía por la mañana, pero necesitaba relajarse. Notó que durante esos días había ingerido más alcohol que el que usualmente tomaba en una semana. Se dijo que tenía que calmarse, sino sus nervios acabarían destrozados.

Regresó al escritorio y se obligó a concentrarse en el caso de la fábrica textil. Tenía que trabajar, de lo contrario todos sus clientes lo dejarían por el bufete de los MacArthur, los de la competencia.

Las manecillas del odiado reloj marcaban las once y treinta y cuatro, pero para esas alturas, él ya había perdido la paciencia. Cerró el expediente y lo guardó en el archivo. Buscó las llaves de su automóvil, el maletín y cargó en una mano el abrigo y el sombrero. Hecho un torbellino, salió de su oficina y se despidió, sin muchas explicaciones, de su secretaria.

Once y cuarenta y ocho. Ya estaba apostado junto a la puerta del instituto de idiomas. Se apoyó contra la pared, se cruzó de brazos e intentó adoptar una postura relajada que no denotara su ansiedad.

Le duró exactamente cuarenta y cinco segundos.

Once y cincuenta y dos. Se mesó el cabello corto, no una vez, ¡decenas de veces!, mientras una de las puntas de las suelas de sus zapatos repiqueteaba en el pavimento. Volvió a mirar el reloj (se había tornado en un tic nervioso): once y cincuenta y cuatro.

En la acera varios padres y madres esperaban la salida de sus hijos, eran los más pequeños quienes tenían su clase de once a doce. La llegada de más personas logró distraerlo un poco y pronto llegaron las doce. Los niños comenzaron a salir y se retiraron con sus padres o sus tutores.

365

Ganadora concurso Ali Nigro

Doce y once minutos, y Megan no había salido aún.

Doce y catorce minutos con veintinueve segundos y, por fin, el a emergió a través de la enorme puerta doble de madera, entonces toda la ansiedad, los nervios y la angustia de la espera se esfumaron en un santiamén.

Megan alzó la vista y se encontró con Duncan delante de él, él le sonreía de oreja a oreja y se veía absolutamente adorable. Una punzada de dolor le aguijoneó el corazón al saber que estaba frente a lo que más anhelaba en la vida y, también, frente a alguien que le estaba prohibido.

—Hola, Megan —la saludó él, cortándole el paso.

—Duncan, ¿qué haces aquí? —preguntó con evidente nerviosismo. Era imposible que ese hombre le fuese indiferente y cada vez que lo veía se desestabilizaba por completo.

—Necesito hablar contigo.

—Si es alguna pregunta de francés, podemos hablarlo mañana en la clase.

—Lo que quiero hablar contigo no tiene nada que ver con la clase de francés. Es algo personal —expuso.

Megan retrocedió un paso.

—¿Personal? Nosotros dos no tenemos nada personal de qué hablar y será mejor que mantengamos las distancias adecuadas entre un alumno y un profesor.

—Por favor, Megan —suplicó—. Necesitamos hablar. Déjame llevarte a tu casa y conversaremos en el camino.

—Mejor no, Duncan. —Ella quiso alejarse. Duncan la sostuvo

con sutileza del antebrazo para detenerla, y un delicioso cosquilleo los recorrió a ambos, allí donde estaban en contacto.

—Por favor —volvió a suplicar.

Ella iba a negarse, pero en ese momento cometió el error de mi-

rarlo a los ojos, y fue un error porque, si quería decirle que no, jamás debería haberlo mirado. Asintió débilmente con la cabeza. Duncan

la condujo hasta el automóvil, estacionado en la acera de enfrente.

Una vez que estuvieron acomodados en los asientos, puso el auto en marcha.

366

Nowevolution editorial.

—No estamos yendo hacia mi casa —señaló Megan, al observar que Duncan había tomado la dirección contraria.

—Iremos al *loch* Ness para que podamos hablar con tranquilidad y después te llevaré a tu casa, te lo prometo.

Megan bufó disgustada, porque no era eso lo que él había dicho en un principio. Intentó relajarse, aunque le resultó imposible. Al tener a Duncan tan cerca, todo su cuerpo la traicionaba.

Se detuvieron cerca del lago.

Desde allí tenían una vista adorable de las aguas y del paisaje, pero ninguno de los dos lo observaba. Megan tenía la mirada fija en

sus manos, las cuales en ese momento retorcían el dobladillo de su chaqueta entallada de color celeste.

Duncan observó el perfecto perfil de la mujer que amaba con locura.

—Megan, yo ya no puedo estar alejado de ti —le confesó—.

Estoy hecho un completo idiota. Desde que te vi el otro día solo puedo pensar en ti, no hago otra cosa. Ya no puedo dormir, no puedo comer, no soy capaz de trabajar. Solo pienso en ti, día y noche. Te has instalado en mi cabeza... y en mi corazón.

—No —dijo él a en un susurro, negando también con la cabeza.

—¿Por qué me rechazas? ¿Estás comprometida?

Megan estuvo tentada de decirle que sí. Tal vez, de esa manera,

él se alejaría de él a, pero se dio cuenta de que no podía mentirle, entonces simplemente negó con la cabeza.

—¿Entonces, qué se interpone entre nosotros? ¿Acaso no sientes lo mismo que yo siento? —le preguntó con la voz quebrada—.

Porque cada vez que estoy cerca de ti, mi corazón salta enloquecido dentro de mi pecho...

No pudo seguir hablando. Para no responderle, Megan abrió la portezuela del auto y corrió hacia la orilla del lago.

—Demonios —masculló Duncan, y salió del automóvil a toda

prisa para seguirla.

Megan se detuvo junto a la orilla. Se abrazaba a sí misma con ambos brazos y se agitaba en un llanto silencioso. Duncan la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho. Acercó el rostro a la espesa cabellera de color azabache y aspiró su perfume.

367

Ganadora concurso Ali Nigro

—Sé parte de mi vida y permíteme ser parte de la tuya —le suplicó con voz apasionada—. Te amo, Megan, te amo con cada latido de mi corazón y con cada pedacito de mi alma.

—No puedo condenarte a estar conmigo —respondió él a con voz apenas audible—. Sería injusta si lo hiciera.

—Megui, amor mío, me condenas a una vida vacía y solitaria si no me permites estar a tu lado. Yo no puedo vivir sin ti.

Esas palabras hicieron eco dentro de Megan, muy profundo, justo en su alma, y se echó a llorar sin consuelo, ya sin poder contenerse ni reprimirse.

—¿Qué es lo que sucede, Megan? ¿Qué es eso tan terrible que crees se interpone entre nosotros? —le preguntó Duncan. La giró hacia él y la estrechó contra su pecho.

—Yo... —empezó el a, en medio del l anto—, hace diez años...

—Le costaba una inmensidad hablar de aquello, porque temía que cuando él lo supiera ya no querría estar a su lado. Inspiró profundamente, luego continuó—: Yo no tenía más que dieciocho años cuando descubrieron que tenía un tumor en el útero... Los médicos que me atendían por ese entonces decidieron que lo mejor sería hacerme una cirugía... —Negó con la cabeza. Las lágrimas rodaban por sus mejil as acompañando las palabras—. Pudieron salvarme, pero jamás podré tener hijos. Soy una mujer incompleta, Duncan, y yo no puedo condenarte a una vida sin descendencia.

—¡Oh, Megan! —exclamó él, y la besó en la frente—. Amor mío, si el destino no quiere que tengamos hijos, entonces aceptaremos ese designio. —Para sí, Duncan pensó que ellos ya habían tenido un hijo en su otra vida, y ese hijo había sido maravilloso. Estaba agradecido al cielo por haberle dado la oportunidad de tener a Kieran, pero si ahora esa felicidad les era negada, él lo aceptaba.

—Pero, Duncan... —protestó el a.

—Nada se interpondrá entre nosotros —le prometió. Le alzó la barbil a para mirarla a los ojos, que bril aban con lágrimas pegadas a las pestañas—. Te acepto, así, no importa nada más. Para mí eres la mujer más íntegra que conozco y no quiero volverte a oír decir

que estás incompleta. Tú completas mi vida y, si me lo permites, yo completaré la tuya.

368

Nowevolution editorial.

Megan sentía tanta felicidad que le parecía imposible que existiera alguna forma de demostrarla. ¡Él la aceptaba, a pesar de todo! Sonrió de manera débil, pero cuando Duncan le respondió con otra sonrisa, la de él se volvió enorme, entonces asintió con la cabeza.

—¿Sí? ¿Es eso un sí? ¿Me aceptas a tu lado?

—Sí. —No pudo pronunciar ninguna palabra más porque los labios de Duncan ya recorrían los suyos.

Megan recibió el beso de Duncan y con él llegó el reconocimiento de sus almas. El corazón saltó desbocado dentro de su pecho. Cerró los ojos y decenas de imágenes acudieron a su memoria, pero esta vez no se asustó. Dejó que cada escena se colara en su mente y se permitió revivir cada recuerdo.

Cortó el beso y lo miró a los ojos con emoción.

—¿Tú y yo, ya...? —quiso saber—. ¿Ya hemos estado juntos?

—Sí, amor mío, y hemos sido muy felices, y te prometo que lo volveremos a ser. Somos almas destinadas a estar juntas siempre,

unidas por la fuerza más poderosa: el amor.

Megan encerró entre sus manos el rostro de Duncan y se perdió

en esas profundidades verde claro que eran sus ojos. Sí, habían sido muy felices en otra vida, ahora lo sabía. Se habían amado tanto...

Todavía se amaban con esa intensidad. Sonrió, porque por fin sentía paz. Había hallado su destino, a su alma gemela. Había hallado su hogar...

—Te amo —le susurró, justo a mitad de una sonrisa y del llanto, pero esta vez sus lágrimas eran de alegría.

Cuando Duncan la escuchó declararle su amor, supo que nada más podía pedir para ser feliz. El cielo había sido muy generoso con él y le había devuelto a «su Megan».

369

Ganadora concurso Ali Nigro

40

Montana

Lunes, 7 de julio del año 2003

12:37 a.m.

Cuando Evangeline puso sus pies en Montana, en el aeropuerto in-

ternacional Great Falls, era pasado el mediodía. Con un buen ve-

hículo llegaría a Havre alrededor de las dos o tres de la tarde, pero antes de abordar el transporte, Evy sintió la necesidad de telefonar a Michael MacKay, el historiador.

—Buenos días, señor MacKay, soy Evangeline Jesper.

—Buenos días, muchacha. Me alegra que me hayas telefoneado, yo lo hubiese hecho de haber tenido tu número, pero no me lo has dado —le dijo el escocés—. Tengo novedades para ti.

—¿Novedades?

—Así es. He seguido la línea de descendencia de Duncan McGraeme —le contó entusiasmado—, el hermano del muchacho asesinado, y me he encontrado con el último de sus descendientes... Y digo último porque no ha tenido hijos y ya no creo que lo haga. ¡El viejo tiene noventa años! Es un hombre muy amable, ¿sabes? Nos hemos reunido en su casa de Inverness a beber un whisky y me ha hablado de las espadas, él las tiene. Él es el actual y, al parecer, el último guardián.

—¡Cielos! ¡No puedo creerlo!

—Escúchame, Evangeline, le he hablado de ti. Le he dicho que estabas interesada en la historia de Alexander McGraeme y en las armas, y me ha pedido especialmente que te diga que, si viajabas a

Escocia, fueras a verlo.

—¿De verdad, señor? ¿Podría visitarlo?

—¡Por supuesto! ¿Cuándo podrías venir?

370

Nowevolution editorial.

—Yo, eh... tengo que resolver un asunto primero, pero le prometo que lo antes posible iremos a verlos a usted y al señor McGraeme.

—Duncan. También su nombre es Duncan. Pero has dicho «iremos»... ¿Tú y quién más vendrían?

—Alexander y yo. Voy a encontrarlo. Justo ahora he descendido del avión en Montana para ir a su encuentro, luego le prometo que iremos juntos a Escocia. Volveremos a casa....

—Entiendo —dijo el historiador pensativo. Recordaba las palabras de Duncan. *Evangeline y Alexander... Tal vez el momento ha llegado...*

—¿Señor MacKay? ¿Está usted allí?

—Sí, aquí estoy, muchacha. ¿Y ya sabes dónde encontrar a Alexander?

—Creo saberlo. ¡Estoy segura de que lo encontraré! —exclamó con entusiasmo.

—¿Y cuándo se te ha perdido, muchacha? —le preguntó sonriente y más que atento a la respuesta.

—Eh... Es una larga historia, señor MacKay. Fue hace mucho tiempo... — dijo y se permitió sonreír —. En realidad, nunca lo perdí, solo tenemos que encontrarnos... No espero que usted lo entienda.

¡Puedo jurarle que a veces hasta a mí me resulta difícil de entender!

—Creo que lo entiendo — dijo convencido —. Los estaremos esperando y le diré a Duncan que vendrán los dos. Estoy seguro

de que a él esta noticia lo alegrará mucho —murmuró más para él mismo—. ¡Buena suerte en tu búsqueda, muchacha!

—Gracias, señor MacKay. Volveré a llamarle pronto.

Evangeline estaba muy emocionada. El señor Duncan McGraeme le permitiría ver las espadas. ¡La de Sawny y la que él había hecho forjar especialmente para el a! Agradecía que Duncan, el de 1720, hubiese encontrado y guardado esas armas. Esa era la única prueba material del paso de ellos por esa tierra. Además, guardaban un profundo significado para Sawny y para el a. Él se la había obsequiado como prueba de su profundo amor.

Sawny le había hablado muchas veces de Duncan, también le

Ganadora concurso Ali Nigro

había confesado que su hermano era el único a quien él le había hablado de su amor por el a. Ahora, muy pronto, se encontraría con Alexander y juntos irían a visitar al último descendiente de aquel honorable Duncan McGraeme.

Inverness, Escocia

Lunes, 7 de julio del año 2003

08:47 p. m., hora escocesa

—Hable.

—Buenos días, McGraeme. Habla Michael MacKay.

—Buenos días, Michael. ¿Cómo está usted?

—Muy bien y tengo que contarle algunas novedades que van a interesarle mucho.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata?

—¿Recuerda a la muchacha americana de la cual le hablé esta mañana?

—Sí, sí, claro que la recuerdo. Evangeline.

—He vuelto a hablar con el a y déjeme decirle que se ha puesto muy feliz, emocionada, sería la mejor manera de describirla, cuando le he dicho que usted tenía las espadas y que, si venía a Escocia, usted se las dejaría ver. Pero hay más, y aquí el dato que a usted le interesará. Me ha

prometido que vendrían. Cuando la escuché hablar en plural le he preguntado quiénes vendrían, y me ha respondido que el a y Alexander. Me parece que ese no es un dato menor.

—¿Alexander? —interrogó Duncan, con un nudo en la garganta—. ¿Él, eh..., él estaba con el a? —quiso saber. Sintió su corazón latir enloquecido ante la posibilidad de que se tratara de Alexander... de Sawny.

—Verá, Duncan, la chica me ha dicho que primero tenía que encontrarse con él. Me ha prometido que después vendrán juntos a Escocia.

—Tienen que ser ellos... —susurró Duncan.

—Yo pienso lo mismo... Alexander y Evangeline. Es increíble, ¿no es así? Los enamorados han regresado.

372

Nowevolution editorial.

—¡MacKay, usted no puede decir ni una palabra de esto! —advirtió Duncan, con bastante recelo.

—Puede quedarse tranquilo, Duncan, porque de mi boca no saldrá ni una letra con respecto a este tema. ¿Acaso cree que quiero que me encierren en un loquero? ¿Quién podría creer que semejante historia pudiese ser verdad?

—Por favor —suplicó ahora McGraeme—, si ellos son los enamorados, debemos mantener el secreto para que no corran ningún riesgo. Debe jurarme que jamás dirá nada del asunto.

—¡Cielo santo, McGraeme! ¡Ya le he dicho que no diré nada, se lo juro si eso lo deja más tranquilo!

—Gracias. Gracias por todo lo que ha hecho hasta ahora.

—No tiene nada que agradecer. En cuanto la muchacha vuelva a comunicarse conmigo, se lo informaré.

—Gracias.

Los dos hombres se despidieron. Duncan sentía mucha ansiedad y se formulaba un sinfín preguntas. *¿Realmente serán ellos? ¿Los reconoceré al verlos? ¿Qué dirá Alexander?*

No le quedaba más que esperar.

373

Ganadora concurso Ali Nigro

41

Montana

Lunes, 7 de julio del año 2003

02:30 p. m.

Evy llegó a la ciudad de Havre a las dos y media. Estaba famélica, pues con los nervios no había podido probar bocado en todo el día.

No quería perder más tiempo, pero de todos modos entró en un pequeño restaurante, dado que no podía presentarse ante el amor de su vida con el estómago rugiendo. Mientras disfrutaba de un almuerzo tardío, preguntó a los lugareños por el rancho McKenna o, como lo llamaba su actual dueño, The Little Highlands.

Las amables personas contaron a Evangeline que la propiedad de Alexander McKenna era una gran hacienda ganadera ubicada hacia el norte, en las afueras de Havre, cerca de las márgenes del río Milk. Se destacaba por la cría de vacunos, aunque al heredar, el joven McKenna también había introducido la cría de caballos. Se decía que tenía muy buenos ejemplares, veloces como pocos.

Evy también supo que Alexander McKenna vivía solo. El hombre tenía sus empleados, pero no familia. Con ese dato, él se alegró sobremanera, pues evitar parientes era un punto importante de su lista. McKenna no estaba casado ni se le conocía novia alguna. ¡Excelente! Esas eran más que buenas noticias.

Estaba cerca... Ya podía percibirlo.

Evangeline buscó un coche que la llevara hasta la hacienda. Después de unos quince minutos de trayecto, en el que a causa de los

nervios se había comido cada una de sus uñas, alrededor de las cuatro de la tarde, el vehículo se detuvo frente a una gran puerta. La puerta que una y otra vez él había visto en sus sueños o, mejor dicho, en sus visiones durante treinta años.

374

Nowevolution editorial.

Evy levantó la vista hacia el cartel puesto más recientemente. Ella sabía qué diría allí. Sabía cómo era la talla de cada letra, cada curva y cada ángulo que encontraría. Aun así, el impacto que le produjo ver el cartel fue enorme.

Por fin había llegado a The Little Highlands y Sawny estaría allí.

Cada fibra de su cuerpo empezó a temblar. Rebuscó la billetera en su mochila, tenía las manos temblorosas. Le costaba abrir el cierre. El conductor la observaba a través del espejo retrovisor. Fruncía el ceño.

—Señorita, ¿se siente bien? —le preguntó.

—Sí, señor, gracias. —Evy logró sacar un billete y le abonó al hombre la tarifa del viaje, entonces se dispuso a descender del auto.

—¿Está segura? Tal vez no debería quedarse sola aquí —sugirió él—. No sé, creo que usted no se siente bien.

—Me siento mejor que nunca. Quédese tranquilo, por favor.

Estoy un poco emocionada, pero estaré bien — lo calmó.

—Si usted lo dice... —Se alzó de hombros no muy convencido, pero finalmente se retiró, y pronto se perdió a lo lejos en el camino polvoriento.

Evangeline palpó la madera rústica sin haber podido detener el temblor de sus manos, y abrió el portón. Avanzó unos pasos y volvió a cerrarlo. Se detuvo allí algunos instantes. Respiró hondo e intentó hallar un poco de tranquilidad para el estado de ansiedad que la había asaltado de repente.

Ya había llegado. Unos pasos más y estaría junto a él.

Cargó la maleta en una mano y colgó la mochila en su espalda.

Recorrió casi mil metros de camino pedregoso y polvoriento antes de llegar a la puerta del rancho para el a tan conocido.

Era una casa grande, construida con madera, y se veía bien cuidada, como si su dueño no hiciese más que trabajar para mantenerla en buen estado. Por más que se buscara, no se encontraba ni una sola tabla descascarilada. Unos objetos de caña, llamadores de ángeles o de viento, pendían del alero pintado de rojo y emitían una dulce melodía al ser mecidos por la brisa.

Subió los tres escalones hasta la amplia galería. Allí había dos

Ganadora concurso Ali Nigro

sillas mecedoras y una pequeña mesita de hierro forjado en la que todavía descansaba, solitario, un jarro de cerámica con restos de café. Dejó su equipaje en el suelo, abrió la puerta mosquitera y, con los nudillos, golpeó la puerta de entrada... Aguardó un momento.

Nadie respondió a la llamada.

—¡Oh, Sawny! ¿No habrás salido justo ahora, verdad? —dijo

con voz suave y repitió los golpes en la puerta, esa vez un poco más fuerte. Aguardaba tamborileando ansiosa en el suelo con el pie.

Gesticuló una mueca. Era evidente que no había nadie en la casa.

Descendió los escalones y se encaminó hacia el lateral derecho

de la vivienda. Al í estaban los establos. Desde el interior provenían algunos relinchos. Se detuvo a algunos metros de la entrada y batió

palmas.

¡Por Dios! ¿Dónde se ha metido este hombre?

Oyó ruidos en el interior del cobertizo. Se acercó un poco más a

la entrada y volvió a dar palmas, ahora más fuerte. Esta vez su llamada de atención fue respondida.

Dos hombres, uno que tendría unos cuarenta años y el otro, algo

más de cincuenta y cinco, salieron del lugar. El último cargaba una

horquill a de esas que se utilizan para remover el heno y los dos portaban gesto serio y cara de pocos amigos.

—¿Sí? —preguntó el de la horquill a con sequedad.

—¿Y usted es...? —agregó el cuarentón en el mismo tono y le echó a Evy una mirada desde la cabeza a los pies.

Evy retrocedió un par de pasos.

¿Dónde han quedado los modales? ¿Estos salvajes nunca reciben visitas?, se preguntó con un poco de temor.

—Eh... Buenas tardes, señores, yo, eh... —empezó con nerviosismo, pero al cabo de un instante cambió su actitud, pues ella no había pasado por todo lo que le había tocado pasar para que esos dos tipos ahora la asustaran. Se irguió en todas su extensión, que con mucho esfuerzo llegaba al metro sesenta y seis, y habló con voz firme—. Necesito hablar con el señor Alexander McKenna.

¿Serían tan amables de llamarlo?, porque sé que él no es ninguno de ustedes.

376

Nowevolution editorial.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo puede asegurar, mujer, que yo no soy el amo de la hacienda? —la desafió el hombre más joven.

—Porque conozco más que bien a Alexander y usted, señor, sencillamente no es él —respondió el a cortante y se cruzó de brazos

en gesto de desafío.

—¡Así que la señora está muy segura de conocer al señor del rancho! ¡Cómo no! —soltó el cuarentón y ambos hombres estallaron en estruendosas carcajadas que a Evy le tensaron la espina dorsal.

¡Demonios! Estos dos deben de estar locos... ¡Más desquiciados no, por favor!

—Les he dicho la verdad —replicó el a, enfadada.

—¿Acaso puede usted describirlo, señorita? —preguntó el hombre de cabello encanecido y rostro de profundas arrugas.

—¡Desde luego!

—¡Me gustaría oírlo! —replicó el más joven con sorna.

Los hombres intercambiaron una sonrisa cómplice.

—Ese condenado casi no sale de estas tierras. Son muy pocos los que conocen su aspecto —aclaró el que portaba la horquill a.

—¡Yo creo que el a miente! — agregó el otro, desafiante.

—¡Pues siéntense y escuchen! Se me da muy bien esto de des-

cribirlo —dijo el a, y sonrió de lado. Lo conocía de memoria, podría hacerlo sin problema—. Metro noventa y ocho, moreno, piel bronceada por el sol, cabello muy negro, lacio y largo, un poco por debajo de los hombros — enumeró. Alzó una ceja en gesto desafiante.

Los ojos de los hombres se veían cada vez más asombrados.

Ella asintió satisfecha y continuó:

—Suele llevar el cabello atado, pero no siempre. Ojos verdes, profundos, del color de una pradera a la sombra —agregó, porque a eso le recordaba el color de los ojos de Sawny—. Nariz recta, pero con una pequeña protuberancia sobre el puente. —Tocó su propia nariz para demostrar el lugar exacto al cual se refería—. Labios definidos... —Pensó durante un momento—. ¡Ah, sí! Hombros amplios, cuerpo musculoso y fuerte. ¿Me he olvidado de algo, señores? Déjenme pensar... ¡Oh, claro! Alexander tiene una delgada línea blanca, como un hilo, que le cruza el pecho de

377

Ganadora concurso Ali Nigro

izquierda a derecha, de algo así como de unos treinta centímetros de largo.

Ella sabía qué era esa marca, pero no lo diría.

Esa marca que en las visiones había visto en Alexander McKenna, había llamado su atención y, en los días pasados, había investigado un poco en la red. Allí había averiguado que muchas personas, aunque parezca increíble, traen en el cuerpo marcas de heridas de otras vidas. Ciertamente, con Alexander había sucedi-

do eso. Su marca no tenía la apariencia de una cicatriz, sino que en esa zona, la piel no tenía color y permanecía más blanca.

—¿Me he olvidado de algo?

—¡No, señorita, no se ha olvidado de nada! ¡Usted sí que conoce al bueno de Alexander! —exclamó uno de los hombres y ambos se echaron a reír.

—Sentimos haber sido bruscos. ¡Si ni siquiera nos hemos presentado! Yo soy Tom —dijo el de la horquilla. Dejó la herramienta en el suelo y restregó su mano sudorosa contra el pantalón para luego extenderla hacia la mujer—, y él es Jack.

—Mucho gusto, señores, mi nombre es Evangeline —respondió ella, y estrechó las manos a los trabajadores.

—Verá, Evangeline, usted tendrá que perdonar nuestro comportamiento, pero es que al muchacho no le gustan mucho las visitas y nosotros no sabíamos que usted lo conocía. Le pedimos disculpas, señorita —aclaró Jack, arrepentido.

—Disculpas aceptadas. —Ella descartó el asunto—. Y ahora que todo ha quedado aclarado, ¿podrían llamarlo, por favor?

—Es que... él no está —dijo Tom, algo avergonzado.

—¿Cómo? ¿Me acaban de decir que él nunca sale de estas tierras y justo hoy sí lo ha hecho? —preguntó exasperada.

—Casi no sale de sus tierras, solo cuando es muy necesario —

corrigió—. Verá, señorita, Alex trabaja muy duro desde el alba hasta el atardecer —empezó a explicar Tom.

—¡Y a veces más que eso también! —interrumpió Jack.

—¡Sí, más también! Cuida de sus animales, repara las cercas...

En fin, hace todo lo que sea necesario.

378

Nowevolution editorial.

—¡Lo que se hace en un rancho! —volvió a interrumpir el más joven.

Tom dirigió una mirada de fastidio a su compañero con la que le indicaba que no lo volviera a interrumpir.

—Y verá —continuó—. Al muchacho le gusta salir a cabalgar por las praderas.

Jack estaba por abrir la boca, lo pensó mejor y la cerró.

—Alexander dice que cabalgar es su manera de despejarse —concluyó Tom.

—¡Y justito eso ha salido a hacer! —interrumpió Jack, ya sin poder contenerse—. ¡Ha salido a despejarse!

—Entiendo —dijo Evy, a punto ya de golpear a ese par para que fueran directamente al grano—. ¿Saben hacia dónde ha ido exacta-

mente?

—Tomó rumbo nordeste.

—¡Bien! —dijo Evy mirando hacia la caballeriza.

—¿Bien? ¿Qué quiere decir con eso? —preguntó uno de ellos.

—Necesito un caballo. ¡Iré en busca de Alexander!

Se oyó una nueva carcajada.

—¡Usted debe de estar bromeando!

—Miren, señores, he venido desde Los Ángeles para ver a Alexander McKenna, estoy cansada de viajar, estoy cansada de esperar. Iré en su busca y ustedes me prestarán un caballo. ¡Quiero el más veloz que tengan!

—¡Si yo le doy a usted a *Dubh* puedo asegurarle que por la noche estaré despedido! —declaró Jack.

—¿*Dubh*? —preguntó Evangeline con sorpresa.

—El semental más veloz que tiene el señor McKenna.

—¿Y por qué no ha salido él con ese caballo?

—Hoy está ejercitando a *Shadow*. Es muy rápido, pero no tanto como *Dubh*. ¡Ningún caballo supera a ese desgraciado!

—*Dubh, Shadow* —pronunció Evy con una sonrisa en los labios.

Les había puesto los mismos nombres que tenían sus caballos anteriores—. ¿Acaso no tendrá también dos yeguas llamadas *Sorcha* y *Bella*?

Ganadora concurso Ali Nigro

—¡Claro! ¡Sus consentidas! —Esta vez fue Tom quien habló.

Evy sonrió conmovida.

—¡Me llevaré a *Dubh*! —dijo con decisión.

—Señorita, no podemos —se disculpó Tom.

—Sé montar a caballo y lo devolveré sano y a salvo. ¡Es urgente!

De verdad que lo es y le prometo que Alexander no se enfadará. Por favor, señores, confíen en lo que les digo. —Su tono ya era desesperado.

—Usted es una desconocida, no puede llevarse a ningún caballo del patrón, y mucho menos a *Dubh*.

—Escúchenme bien, señores, allí en la puerta de entrada está mi equipaje. —Señaló hacia la galería—. Allí están todas mis pertenencias. Están mis documentos, mis tarjetas de crédito, mi ordenador portátil, mi móvil y algo de dinero. Dejaré todo como garantía de que volveré. Por favor —suplicó.

Los hombres dudaban. Se miraban entre ellos.

—¿Tú qué piensas, Tom? —le preguntó el más joven—. Yo creo

que dice la verdad y que volverá.

—Yo también siento que es sincera —respondió Thomas.

Evy ya estaba al borde de un ataque.

—¿Señores? —llamó Evy su atención. Ellos se quedaron mirándola, aún sin decidirse—. ¡Si seguimos perdiendo el tiempo, envejeceré aquí! —exclamó. Alzó los ojos al cielo y pateó el suelo.

—Está bien. Confiaremos en usted —concedió Tom, aunque sin mucho convencimiento.

Evy respiró con alivio cuando los hombres se pusieron manos a la obra. Jack la ayudó a llevar las maletas al interior de la casa, y Tom ensilló a *Dubh*.

Dubh era un caballo impresionante. De un color negro absoluto, de ahí su nombre, ya que *Dubh* significa «negro» en gaélico escocés.

Evangeline vestía un pantalón vaquero color gris, camiseta negra ceñida, un suéter oscuro y zapatillas. No había pensado en su aspecto hasta ese momento. Tal vez debería ponerse algo más bonito para su encuentro con Alexander, pero tampoco quería

380

Nowevolution editorial.

perder más tiempo. Se quitó la hebilla con la que había recogido sus cabellos durante el viaje, y alisó con sus dedos los rizos rojos que le

llegaban a mitad de la espalda. Se miró rápidamente en el espejo, y se alzó mentalmente de hombros. Esperaba que, aunque sencillo, a Alexander le agradara su aspecto.

Salió de la casa y descendió los escalones a la carrera. Les dio las gracias a los dos hombres, quienes no la perdieron de vista en ningún instante mientras le entregaban las riendas. Inspiró profundamente para infundirse valor, y montó sobre el gran semental sin ninguna dificultad. Espoleó a *Dubh* y al galope tomó rumbo hacia el nordeste... Rumbo a su destino.

381

Ganadora concurso Ali Nigro

42

Evangeline espoleó a *Dubh*, para que el caballo galopara a gran velocidad. Como un rayo atravesaba la pradera. Sentía la tierra

temblar bajo los cascos del animal, y sentía también, muy cercana, la presencia de Alexander.

Cerró los ojos y se dejó guiar por el instinto.

Galopó y galopó. Kilómetros de tierra iban quedando a su espalda y delante, se abría el presente. La ansiedad y la adrenalina, bullían en su

interior.

Volvió a abrir los ojos, y vio montañas y pradera. Miles de hectáreas de pradera... Era un paisaje que conocía de memoria. Era el lugar en el que había visto crecer a Sawny durante treinta años.

Vio a lo lejos la silueta de un jinete. Él llevaba el cabello suelto y un sombrero de vaquero, y vestía una camisa un poco más clara que el pantalón.

Evy lo vio, y su corazón ya no fue capaz de contenerse. Galopó al mismo ritmo que *Dubh*. Galopó desbocado y ansioso dentro de su pecho. Sintió una sacudida recorrer su anatomía entera, y durante un instante le resultó imposible respirar.

Era él... era Alexander, su Sawny.

Sentía deseos de reír, y también de llorar. Igual que en las vidas anteriores, ahora también podía reconocerlo.

Apuró un poco más el ritmo del animal.

Alexander también galopaba a gran velocidad, todavía con rumbo nordeste. Ella le seguía los pasos, avanzaba sobre las huellas que los cascos de *Shadow* marcaban sobre la tierra. Deseaba llamarlo, gritar y atraer su atención, pero la garganta se le había cerrado y no lograba emitir sonido alguno.

Alexander percibió una presencia a su espalda, y supo que se

Nowevolution editorial.

trataba de Evangeline. Tiró súbitamente de las riendas para que el caballo se detuviera, y una espesa nube de polvo se levantó a su alrededor. Viró el rumbo que llevaba. Cuando el polvo se asentó nuevamente, a lo lejos alcanzó a ver la figura de Evangeline sobre Dubh, y el corazón pareció expandirse dentro de su pecho. Le explotaría, seguro que su corazón explotaría. Espoleó a *Shadow* y, como una luz, se dirigió hacia ella.

Todavía los separaba una enorme distancia, aun así, pudieron distinguir con claridad el rostro amado del otro. El rostro que, noche tras noche, cada uno había visto en sus sueños.

El galope de ambos se hizo más feroz, más desesperado y solamente se apaciguó un poco cuando no faltaba más que un corto tramo para el encuentro.

—¡Una carrera, vaquero! —le gritó Evy, con lágrimas en los ojos y con la voz cargada de emoción.

Él le sonrió con ternura, pero ninguno de los dos participaría de ese desafío. No en ese momento.

Tiraron de las riendas, y los caballos se detuvieron.

Desmontaron de un solo salto y recorrieron a pie, con pasos vivos, la corta distancia que los separaba.

La sangre parecía agolparse en sus oídos, y sus corazones emulaban bombas de tiempo. La emoción que experimentaban era descomunal... descontrolada.

Se encontraron a mitad de camino.

Sin hablarse, sin decirse nada, cada uno se arrojó a los brazos del otro. Nada era más importante para ellos en ese instante.

Él la levantó en brazos. Ella enredó las piernas alrededor de su cintura. Se besaron con pasión, entrelazando sus lenguas en una danza enloquecida. Se devoraron, degustando el conocido sabor que siempre había permanecido en sus recuerdos.

Sin cortar el beso, Alexander avanzó un par de pasos y buscó apoyo en un árbol para sostener la espalda de Evangeline contra el tronco.

La pasión los desbordaba. Se hacía incontenible.

Él le quitó a ella el suéter y la camiseta por la cabeza, y ella le arrancó a él la camisa y, al hacerlo, le hizo saltar varios botones.

383

Ganadora concurso Ali Nigro

—Me encontraste, Evangeline —susurró él entre besos y con

voz apasionada—. Sabía que lo harías, *mo gràdh*.

Evangeline le quitó el sombrero y enredó sus dedos en el cabello de él. Lo besó en el cuello y en las orejas.

—Sawny, dime que nunca desististe de esperarme.

Alexander trazó un sendero de besos fogosos sobre el cuello de ella y descendió por su escote hasta atrapar sus pechos sobre la tela del sujetador. La prenda de algodón blanco, humedecida por su lengua, reveló un par de pezones enhiestos de color café que a él terminaron de enardecerlo, si es que algo así era posible. Una suave brisa hubiese hecho levantar llamas de esos cuerpos ya por demás ardientes.

—Jamás desistí, *mo adhar*, yo sabía que vendrías... Te he esperado toda la vida, y mi alma ha aguardado durante siglos por ti —le susurró sobre la piel.

Solo detuvieron su frenesí un instante para mirarse a los ojos con pasión, con deseo y con el más profundo amor, y decirse al unísono:

«Te amo».

Él la llevó al suelo y la sentó sobre la hierba. Le quitó los pantalones y las braguitas a la vez mientras ella le desabrochaba a él sus vaqueros. Se deshicieron del resto de las ropas salvajemente y se dejaron llevar por una miríada de sensaciones que habían permanecido aletargadas en ellos durante una eternidad.

Se acariciaron, y las caricias se tornaron feroces. Se besaron, y los besos se volvieron devoradores y desesperados. Evangeline se aferró hasta con las uñas a la espalda de él. La piel les ardía, el deseo los consumía. No podían ir más despacio, la urgencia por poseerse les resultaba abrumadora e imposible de contener. Más adelante ya habría tiempo para la ternura.

Alexander se unió a Evy con una sola embestida profunda y después fue el instinto el que les marcó el ritmo. El fuego se acumuló en sus entrañas, y comenzaron a elevarse. Ascendieron juntos, y ascendieron alto... muy alto... Alexander tomó el rostro de Evy entre sus manos y capturó su boca con la suya cuando el vuelo alcanzó un punto en el que ya no podían ascender más. Llegaron

384

Nowevolution editorial.

juntos a la cima, y cada uno gritó fuerte el nombre del otro, cuando en caída libre se sumergieron en los estertores de la pasión.

En ese instante sublime en el que cada una de las fibras de sus cuerpos se estremeció y cuando todavía se agitaban en espasmos convulsos de placer, miles de imágenes vinieron a ellos. Eran imágenes de las dos vidas anteriores y también de las visiones que cada uno de ellos había tenido del otro durante treinta años, en esa vida actual.

Era como un videoclip de sus almas. Una compaginación en cámara rápida de cada cosa que ellos habían sentido y vivido.

Vieron a Evangeline salir del castillo McGraeme montando a *Sorcha* y Sawny mirándola desde el parapeto.

A Sawny espiando a Evy en las salidas posteriores a ese día. Salvándole la vida cuando mató al jabalí que a punto había estado de atacarla... Sus miradas. Sus paseos a pie y a caballo. Esa cabalgada

especial que hicieron los dos a lomos de *Dubh*, donde él le hizo grabar en su memoria cada imagen, cada olor, cada sonido y cada

sensación de su tierra y del amor que cada uno sentía por el otro...

Se vieron jugando en el río, pescando. El día de la lluvia, el beso

bajo el tartán de él... Las imágenes les mostraron el momento en

el que Sawny le entregaba un obsequio especial a Evy: la espada

con sus iniciales. Las lecciones de esgrima y aquel trágico día...

El enfrentamiento con el laird, Sawny herido, la promesa de amor

eterno... Sawny muriendo en los brazos de ella, después Evan-

geline corriendo hacia una muerte segura bajo la espada del laird

McGraeme.

Las imágenes se sucedían unas tras otra sin detenerse.

La carrera por Hyde Park. El encuentro magnético entre Evange-

line Wentworth y el duque Alexander Sinclair... El reconocimiento,

la atracción. Las cabalgadas que le sucedieron a esa por las praderas inglesas. La presentación en sociedad de Evangeline. Alexander esperándola al pie de la escalera, conduciéndola a la pista, llevándola a bailar el vals... El anuncio del compromiso, el brindis, los preparativos de la boda.

Sin dejar de sucederse las escenas como en una película, llegó el

385

Ganadora concurso Ali Nigro

momento en el que Alexander trepaba a la ventana de la noche tras noche, para hacerle el amor. Le siguieron la felicidad de recibir la licencia especial. Los besos. Los abrazos eufóricos en medio del salón... La entrada de Evy a la iglesia del brazo de su padre. Alexander junto a su hermano esperándola en el altar. La misa, las bendiciones... Los gritos de lady Sylvia y el primer disparo... Alexander poniéndose delante de Evangeline para recibir el impacto. Él cayendo de rodillas. La desesperación del duque por no poder impedir que el segundo balazo impactara en el pecho de Evy. Los gritos. El llanto de la gente... El esfuerzo de ellos por ponerse en pie para recitar los votos cuando ya no les quedaba vida... La promesa renovada de amor eterno. El mismo juramento de volverse a encontrar... Las bendiciones del sacerdote declarándolos marido y mujer. El último beso casto en los labios. Evangeline muriendo en

los brazos de Alexander y después, siguiéndola él...

Otras imágenes también llegaron a ellos. De esa vida. Ella soñando con el hombre de los ojos verdes, él con la mujer de ojos color miel... Ellos esperándose. Buscándose. Amándose...

Tres vidas... Cientos de años... pero habían vuelto a encontrarse.

Y ya no habría más obstáculos, ni prejuicios, ni interferencias de los demás.

—Sawny, te amo —clamó él con las mejillas húmedas. Siguió

con su dedo índice la delgada línea blanca en el pecho de él, después apoyó sobre esa marca sus labios y él supo en ese instante que todo

dolor pasado había valido la pena.

—Y yo a ti, Evangeline. Te amo tanto, *mo adhar*, que no sé si me alcanzará una vida para demostrártelo.

386

Nowevolution editorial.

43

La tarde comenzó a caer sobre los picos de Montana, y el sol tiñó el cielo de anaranjado. La brisa se había vuelto fresca hacía rato.

Evangeline y Alexander montaron sobre *Dubh* y *Shadow* y emprendieron el regreso hacia el rancho. Llevaban un paso tranquilo que

les permitía ir uno junto al otro y les brindaba la posibilidad de

hablar, de mirarse y hasta de tomarse de la mano de vez en cuando.

Conversaban acerca de sus recuerdos.

Él le confesó que siempre había tenido plena conciencia de lo que a ellos les había ocurrido. En cambio el a le explicó que no lo había descubierto hasta hacia unos días atrás, pero que sí lo había

visto a él en el rancho, cada noche en sus sueños desde que el a era una niña. Y aunque ya los dos lo sabían, el a le contó que era veterinaria, él que era un vaquero, que criaba ganado y ahora también

caballos.

Hablaron acerca de la atracción que el a sentía por Escocia, en-

tonces él le confirmó que ese era el hogar de ellos dos, y que la tierra y las raíces, los llamaban.

Hablaron de los gustos que habían sido arrastrados vida tras

vida, y también de lo que sentían. Durante treinta años el a, treinta y tres él, se habían sentido incompletos. Desgarrados. Hoy volvían

a completarse, a ser uno. En realidad habían sido cientos de años de ser dos mitades buscando ser uno, pero solamente tenían conciencia de la sensación de soledad que los había acompañado desde que

habían vuelto al mundo en esa nueva vida. En esa nueva oportuni-

dad.—Les has puesto el nombre de nuestros otros caballos —le dijo

el a, señalando los animales—. Sé que también tienes una yegua l a-

mada *Sorcha* y otra con el nombre de *Bella*.

Ganadora concurso Ali Nigro

—Quería recuperar aunque fuera un poco de lo que teníamos

—le explicó, y él asintió.

—Me gustaba verte en mis sueños —le confesó Evy—. Me gustaba verte cabalgar por la pradera. Gritabas mi nombre al cielo... Te sentía cerca... Me parecía oír tu voz, no en mi cabeza, sino como llegando desde fuera. La sensación era tan real que cada fibra de mi ser se estremecía.

—A mí me gustaba verte caminar descalza por la playa... Recuerdo que una vez escribiste nuestros nombres en la arena, volviste a recorrer con tus dedos las letras y dijiste «Te amo» . Lo sentí aquí, Evy, justo en mi corazón.

—Recuerdo ese momento, fue hace dos años.

Él asintió con la cabeza.

—Cada vez que te oía decir que me amabas, o cuando me preguntabas dónde estaba, te juro que me atenazaba una sensación de ahogo tan fuerte, que parecía que se me desgarraba el pecho —dijo él y apretó los dientes para no echarse a llorar—. ¡Santo cielo! Quería decirte cómo llegar a mí, pero no sabía cómo hacerlo. Quería abrazarte, consolarte y no podía... Me sentía tan

frustrado.

—Te he encontrado gracias al cartel con el nombre que le has puesto al rancho —dijo el a y sonrió con dulzura—. Y ahora me tienes. Ahora nos tenemos el uno al otro para siempre.

—¡Y doy las gracias a Dios por ello! Y hablando de Dios... — Alexander hizo detener los caballos, desmontó, tomó a Evy de la cintura y la apeó de *Dubh*.

—¿Qué sucede? —preguntó Evy sin comprender.

Alexander encerró el rostro de el a entre sus enormes manos curtidas por el trabajo duro y la miró a los ojos, directamente hasta el alma, antes de hablar.

—¿Evangeline, quieres desposarte conmigo ante Dios? —re-
pitió la petición que otras dos veces le había hecho antes—. Te ofrezco lo que he sido y lo que soy ahora. He sido Alexander McGraeme, también el duque Alexander Sinclair y ahora soy Alexander McKenna y siempre seré tu Sawny.

388

Nowevolution editorial.

Las lágrimas, esta vez de profunda emoción, caían por las mejillas de Evangeline. Alexander las secó con su boca y la besó en la frente con ternura antes de proseguir.

—He sido todos ellos y cada uno de ellos es parte de quien soy ahora. Te he amado en el cuerpo de ellos y en este nuevo cuerpo te amo hoy. La promesa y el juramento que te hago es que siempre tendrás ese amor, porque ese amor es una marca grabada en mi alma y te pertenece solo a ti, mi Evangeline. ¿Me aceptas, *mo gràdh?*

Evy asintió con emoción.

—¡Sawny, claro que acepto ser tu esposa! Yo he amado a cada uno de ellos y te amo hoy. Te he amado siendo Evangeline McGraeme, y aun sabiendo que no debía hacerlo. Te he amado siendo Evangeline Wentworth y te amo ahora siendo Evangeline Jesper. Soy tu Evangeline, tu Evy. Siempre lo he sido y siempre lo seré. Solo tuya, Sawny. ¡Te amo, lleves el apellido que lleves, siempre que seas tú,

Alexander, mi Sawny!

Alexander acercó su rostro al de Evangeline, que todavía tenía entre sus manos, y se besaron dulcemente. Entre besos, rebosantes de dicha, se sonrieron y también lloraron juntos. Por todo lo que sabían de sus vidas pasadas y por todo lo desconocido que les deparaba el futuro.

Mientras se acercaban a la casa, acordaron que llevarían a cabo una boda íntima, a ser posible al día siguiente. Sin invitados, sin familiares y sobre todo, sin espadas o pistolas por ahí cerca.



Llegaron al rancho al caer la noche. Los empleados de Alexander se encontraban al borde de la locura, temiendo que algo malo le hubiese sucedido a *Dubh*.

—¡Alexander, por fin has vuelto! Lo siento, pero esta mujer ha insistido con que teníamos que prestarle a *Dubh* para ir a buscarte —se excusó Tom, quien temía un estallido por parte de su joven patrón y amigo.

—Lo siento, Alex. Hemos intentado negarnos, pero ella ha

389

Ganadora concurso Ali Nigro

insistido con que era urgente —se disculpó ahora Jack. Retorcía un par de guantes de trabajo entre sus manos.

—Todo está bien, muchachos —los tranquilizó Alexander, y desmontó de *Shadow*—. Ven, querida, vamos a presentarte como corresponde —dijo Sawny, y tomó a Evy de la cintura para ayudarla a apearse de su montura.

—Entonces, ¿tú la conoces, Alex? —preguntó Tom, extrañado.

—Sí. La conozco de toda la vida —declaró Alexander con una

amplia sonrisa dibujada en sus generosos labios—. Jack, Tom, dejen de mirarme como si tuviese monos en la cara —los reprendió—, y vengan aquí a conocer como es debido a Evangeline Jesper McKenna, mi mujer.

—¿Tu mujer? —preguntaron estupefactos los dos hombres al unísono.

Ante el gesto afirmativo de Alex, se quitaron los sombreros para saludarla.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Tom.

—¡Desde hace muchísimo tiempo! —respondió Alexander.

Entonces Evy y él rompieron a reír.



Mientras cenaban, Evangeline le contó a Alexander lo que había averiguado acerca de Duncan McGraeme, el de 1720. De las espadas y del actual Duncan McGraeme.

—¿Te das cuenta, Sawny? ¡Veremos al último descendiente directo de tu hermano! ¡Y no me pondré a pensar en el grado de parentesco que se supone que tienes con este hombre porque me resulta una tarea imposible después de todas las emociones por las que he atravesado en estos últimos días! —se excusó sonriente.

—¡Uf, créeme cuando te digo que para mí ha sido igual!

—Él quiere que lo visitemos en su casa de Inverness y tal vez nos permita ver las espadas... ¡Estoy tan ilusionada con esa idea!

Alexander miró a Evy por encima del borde del vaso que se había

llevado hasta los labios para beber un trago de agua. Volvió a dejarlo sobre la mesa.

390

Nowevolution editorial.

—Entonces, ¿cuándo quieres regresar a casa, Evangeline? —le preguntó. La idea de encontrarse con el descendiente de su hermano y volver a estar frente a las espadas, a él también lo movilizaba sobremanera.

—Cuando tú quieras —le respondió. Le acarició la mejil a y él sostuvo su mano en la suya.

—¿Estás dispuesta a abandonar tu vida aquí en América, tu trabajo, tus amigos? ¿Estás dispuesta, Evy, a alejarte de todo para venir conmigo a Escocia?

—Lo único importante que dejo aquí es mi amiga Kate, pero sé que no perderé el contacto con ella. ¡Escocia debe de ser un buen lugar para que ella vaya allí de vacaciones! —bromeó, después agregó más seriamente—. Mi vida eres tú, Sawny, y mi hogar es Escocia.

Ahora lo sé, creo que en realidad siempre lo supe.

—¿Te gustaría que viviéramos allí? —preguntó con ilusión, y besó la palma de la mano que aún tenía aferrada.

—¡Sí, quiero vivir en Escocia contigo, Sawny! —le respondió Evangeline, entrelazando sus dedos con los de él—. Tú y yo volveremos por fin a casa, mi amor.



Alexander y Evangeline se despertaron muy temprano a la mañana siguiente. Esa noche ninguno de los dos había soñado. Todo lo acontecido entre ellos había sido real y maravilloso. Aunque también era real una nueva sensación que se les había instalado en el pecho. Los dos sentían temor. Temor de volver a perderse.

Alexander besó a Evangeline en la frente, luego se incorporó en un codo y se puso de costado para mirarla. Recorrió el perfil de ella con sus dedos. Se notaba pensativo.

—¿Sabes, Evangeline? —le dijo—. Tendremos que aprender a vivir sin ese miedo constante a perdernos.

Evy asintió con la cabeza y lo miró a los ojos.

—Tienes razón. Pero te juro que estoy aterrada —le confesó—.

En nuestras vidas anteriores esa sensación no estaba presente, pero

Ganadora concurso Ali Nigro

en esta, después de saber que ya nos separaron dos veces, es casi inevitable no sentir temor.

—Hay que superarlo, mi amor. Hemos demostrado ser capaces de todo, no puede vencernos ahora el pánico. No más obstáculos, Evangeline. No más impedimentos, ni siquiera el miedo.

Evy asintió con la cabeza. Alexander se inclinó sobre ella y se besaron tiernamente, y con ese beso se transmitieron confianza, esperanza y fe, que como un rayo de sol, se abrieron paso entre las oscuras nubes de los miedos, hasta que el temor fue desterrado por completo, y solo hubo lugar para la dicha más absoluta.

Un largo rato más tarde salieron del cuarto. Se los veía radiantes.

Tomaron un rápido desayuno en la cocina sin demorarse más

de lo debido y, antes de las nueve, partieron con Tom y Jack hasta el registro civil. Viajaron en la camioneta todo terreno de Alexander.

Vestían de manera informal.

Alexander llevaba un pantalón vaquero de color azul con el que, tras una rápida mirada, Evy pudo confirmar sus sospechas: que ese trasero, que había tanteado el día anterior y que nunca había logrado ver en sus visiones, realmente era un trasero para

darle un mordisquito. Sonrió con picardía al recordar que le había prometido a Kate una fotografía, claro que no se la enviaría. Amplió el campo de visión. Sawny llevaba una camisa blanca con el botón superior desabrochado, una chaqueta holgada en color marrón, botas y un sombrero de *cowboy*, del mismo color que la chaqueta, sobre su cabello suelto. Se veía magnífico.

Evangeline llevaba un sencillo vestido de muselina en color manteca de corte entallado, largo hasta la rodilla a que, sin estar adherido a su piel, marcaba y resaltaba a la perfección sus adorables curvas redondeadas y su diminuta cintura. Su melena de rizos rojos, como una cascada de fuego, caía sobre su espalda. Llevaba una chaquetita celeste y zapatos con un poquito de tacón. A Alexander le pareció que ella se veía adorable.

El grupo llegó hasta las oficinas del registro civil y, después de que los novios «colaboraran» con una buena suma de dinero, el juez de paz accedió a casarlos aunque no tuvieran reserva.

392

Nowevolution editorial.

El primer paso había sido dado. La ceremonia civil resultó ser un trámite rápido. Pese a la generosa «dádiva», el juez no tenía muchas ganas de hacer horas extras, así que los había despachado con

un par de palabras a la ligera y un «los declaro marido y mujer».

Los novios salieron del despacho del juez de paz y, mientras volvían a besarse en la acera, Tom y Jack los recibieron con vítores y con unos cuantos puñados de arroz que arrojaron sobre sus cabezas.

Minutos después, los cuatro se pusieron en marcha hacia el segundo paso y el que para Evy y Sawny resultaba ser el más importante. De camino se detuvieron en una joyería en donde eligieron

un sencillo par de anillos: dos bandas de oro en las que hicieron grabar sus letras iniciales. La «E» de Evy y la «S» de Sawny. Finalmente se dirigieron hacia una sencilla capilla ubicada en las afueras de la ciudad.

El sacerdote se mostraba un poco más reacio de lo que había resultado el juez de paz, pero pudieron convencerlo de que se amaban con todo el corazón y el religioso al final celebró una sencilla misa para ellos.

Llegó el momento en el que el sacerdote bendijo los anillos y después ellos pronunciaron los votos. Los recitaron como lo hacen todas las parejas de novios, aunque sin la oración que dice «hasta que la muerte nos separe», ya que su amor iba más allá... Hasta la eternidad. Ellos se tomaban como esposos, prometiendo amarse, respetarse, ser fieles, cuidarse en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, «para siempre, por toda la eternidad».

—Es hasta que la muerte los separe —los corrigió el sacerdote.

—No, padre, no con nosotros... ¡Se lo puedo asegurar! —replicó Sawny. Entonces Evy y él se sonrieron, cómplices.

—En nombre de Dios, los declaro marido y mujer — declaró el religioso, resignado —. Puede besar a la novia.

Felices, los novios se besaron castamente en los labios. Después, Alexander le tomó el rostro a Evangeline y le sonrió.

—Nos hemos besado, nos hemos casado, y seguimos con vida...

Es buena señal, ¿no lo crees, Evy?

—Creo que sí, Sawny... Creo que sí —le respondió el a.

393

Ganadora concurso Ali Nigro

Y los novios volvieron a besarse, ahora con mayor intensidad, ante la mirada ruborizada del párroco y los aplausos de Tom y Jack, quienes aguardaban en el primer banco de la capilla como testigos y únicos invitados de la boda.

Alexander y Evangeline no se equivocaban. Esta vez todo iría bien.

394

Nowevolution editorial.

44

Alexander buscó a un agente inmobiliario para que efectuara la venta del rancho. Con el dinero de la transacción, Evy y él podrían comprar otra propiedad en Escocia. Una de las condiciones que se había estipulado en el contrato era que los compradores mantuvieran a los dos empleados por un tiempo hasta que Evangeline y él estuviesen asentados.

Tom y Jack siempre habían sido trabajadores eficientes y sobre todo grandes amigos y McKenna no quería que ellos se quedaran sin empleo ni siquiera por un tiempo. Ellos ya habían llegado a un acuerdo y cuando en Escocia todo estuviese arreglado, Alexander les enviaría un pasaje para que los dos hombres se reunieran con él y con Evy allí.

En la venta también se incluirían las cabezas de ganado actuales, pero no los caballos. A esos animales, Alexander había resuelto que los haría transportar vía marítima hasta Escocia.

El mismo día de la boda, Evangeline había telefoneado a Kate para contarle las novedades y para ponerla al tanto de sus planes. Su amiga había llorado de emoción durante toda la comunicación

y solo había detenido el llanto para recordarle a Evy que le debía la fotografía del trasero de Sawny, después había vuelto a sollozar de

alegría hasta el final de la conversación.

Evangeline le había pedido a Kate que le enviara las dos cajas que habían quedado en el apartamento con sus pertenencias. Más tarde habló con el agente inmobiliario y canceló el contrato de alquiler alegando que partiría del continente.

En menos de una semana llegó al rancho el paquete postal con el resto de sus cosas: el instrumental quirúrgico y demás herramientas

que utilizaba en la clínica, algo más de ropa, algunos libros y otros artículos personales. Junto con el paquete recibió una carta de su

395

Ganadora concurso Ali Nigro

amiga. Una carta repleta de buenos deseos que terminaba con un enorme «¡Sé feliz!».

Ese puñado de artículos era todo lo material que Evy tenía.

Además, claro, de los ahorros en su cuenta bancaria. Los padres de Evangeline nunca se habían dedicado a su hija. La habían dejado al cuidado de niñeras mientras recorrían el mundo. Cuando Evy era pequeña solían telefonar una vez a la semana para saber cómo

iban las cosas. Con el transcurso de los años, las llamadas se habían transformado en mensuales para pronto dar lugar a llamadas anuales. Cada año, con motivo de su cumpleaños, le depositaban una

suma de dinero en una cuenta bancaria y se comunicaban con el a.

Ese era el único día en el que ellos recordaban que tenían una hija

y únicamente lo hacían porque su secretaria lo tenía en su agenda y

les avisaba del «compromiso». Llamaban, le deseaban feliz cum-

pleaños y transferían el dinero. Cada año había sido igual desde que Evy había cumplido cinco años. Se había criado con niñeras y había

conocido a sus padres únicamente por fotografía. Ellos la habían

abandonado descaradamente.

Evy nunca había retirado ni un solo dólar de esa cuenta, aunque

ahora estaba dispuesta a utilizar hasta el último centavo. Pediría a Duncan McGraeme que le vendiera las espadas, y si él se rehusaba,

entonces invertiría ese dinero en la propiedad que compraría con

Sawny.

Alexander y Evangeline tuvieron que esperar dos semanas antes

de poder viajar a Escocia, dado que tenían que dejar en América to-

dos los asuntos concluidos. El rancho McKenna era una propiedad

que no carecía de interesados, por lo tanto, les llovieron las ofertas.

Después de estudiarlas detenidamente, la pareja eligió al compra-

dor que se atenía a las condiciones, y se efectuó la venta.

La tarde siguiente a la venta del rancho, Alexander despachó diez caballos hacia Escocia, incluidos *Dubh*, *Sorcha*, *Shadow* y *Bella*. Los animales serían transportados a través del océano Atlántico y del canal de Caledonia hasta Inverness. Una vez que los animales llegaran a destino, personal idóneo que Alexander había contratado vía internet, los mantendrían a buen resguardo en una guardería hasta que los McKenna los retiraran.

396

Nowevolution editorial.

Esos quince días de matrimonio habían sido maravillosos. Pudieron conocerse más profundamente y pronto descubrieron que podían quedarse horas manteniendo una agradable charla. Solían sentarse en los escalones del porche con una gran taza de café a mirar las estrellas y a conversar de todo un poco. O podían simplemente quedarse muy juntos, abrazados frente al televisor mirando una película, porque cada actividad que compartían la disfrutaban con la misma intensidad.

Alexander continuó atendiendo los asuntos del rancho hasta el día que el nuevo dueño se hizo cargo y muchas veces Evangeline lo acompañaba a recorrer el perímetro. En una oportunidad repararon

juntos un tramo corto de cerca que se había roto por las embestidas de un toro embravecido y en otra ocasión, cuando una de las reses tenía un parto complicado, Evangeline lo asistió a la perfección. Esa era su profesión después de todo y le gustaba, además, Alexander había sido un excelente ayudante y juntos habían logrado traer al mundo un ternero sano y fuerte.

Pasaron los días y llegó el momento de dejar el rancho. A modo de despedida, Evy y Sawny cabalgaron una última vez por las praderas antes de partir.

—¿Sawny, no extrañarás todo esto? —le preguntó Evy—. Después de todo, también ha sido tu hogar durante treinta y tres años.

—¡No tanto como he extrañado a Escocia! Siento que mi esencia viene de allí, Evy. Este lugar ha sido un leve consuelo a falta de aquel a tierra. ¡Dios sabe que no hubiese soportado ni dos días en un lugar como Los Ángeles! ¡No podría permanecer en una ciudad!

Estas montañas y estas praderas aliviaron un poco la falta, pero nunca han podido ser Escocia.

—Entiendo. — Ella le tomó la mano y le dijo —: Entonces estamos listos para partir, mi amor. Nadie nos retiene aquí.

—Volvamos a casa, Evy... juntos —le pidió apasionadamente.

Ella asintió con la cabeza, entonces viraron el rumbo, y se dirigieron hacia el rancho.

A todo galope dejaron atrás kilómetros de hierba y esas montañas que no pudieron sentir como propias. El futuro, incierto, se abría paso hacia adelante...

397

Ganadora concurso Ali Nigro

45

Escocia

26 de julio del año 2003

La azafata anunció que en pocos minutos el avión aterrizaría.

Evangeline y Alexander sintieron que la ansiedad era más fuerte

que ellos. Se acercaron a la ventanilla para mirar a través del cristal.

Al í debajo, entre la niebla, estaba su hogar. Ya podían distinguir los picos, el relieve irregular. Se tomaron de la mano con fuerza, el corazón les latía enardecido mientras aguardaban el descenso.

Antes de salir de América, Evy había llamado a Michael MacKay,

el historiador de setenta años, y habían acordado que los esperaba

en Inverness, la capital de las Highlands, para llevarlos a la residencia de Duncan McGraeme. La pareja alquiló un 4x4 para trasladarse con mayor comodidad.



MacKay había telefonado a Duncan para informarle que Evangeline y Alexander llegarían ese día. Duncan no podía más de los nervios. Sentía que si no se tranquilizaba, moriría de un paro cardíaco antes de poder cumplir con su promesa.

Cuando escuchó el timbre, el corazón saltó dentro de su pecho.

Tenía las manos sudorosas. Se las secó en el pantalón antes de abrir la puerta. Se había vestido con un pantalón gris oscuro y con una

camisa blanca a rayas. Megan le hubiese dicho que estaba muy gua-

po con el cabello corto, del color de la luna, y con todas esas arrugas que ahora, a sus noventa años, le cubrían el rostro. Se permitió sonreír al recordarla, el a siempre estaba junto a él.

Hacía poco tiempo que el a había partido, y qué felices habían

398

Nowevolution editorial.

sido durante todos esos años... A él le hubiese gustado acompañarla, adonde quiera que hubiese ido, pero esta vez él sabía que no podía, que debía quedarse en este mundo un tiempo más. Estaba convencido de que sería él quien, por fin, entregaría las espadas a sus dueños y que cumpliría de una vez por todas con su juramento de honor.

Tal vez el momento por fin había llegado.

Rogó al cielo para que así fuese.

Ya falta poco, amor mío, y estaremos juntos otra vez. Espérame, Megui, y pronto me uniré a ti, prometió Duncan, antes de abrir la puerta.

—Buenas tardes, Duncan. Ellos son Evangeline Jesper y Alexander McKenna —los presentó MacKay.

Duncan saludó a la pareja con la voz quebrada y con los ojos empañados. Habían transcurrido doscientos ochenta y tres años desde que él había hecho su juramento de honor a su hermano muerto.

Doscientos ochenta y tres años y vidas diferentes, pero podía reconocer en esa pareja a los enamorados. No creía estar equivocándose.

Los condujo hacia su estudio privado y los invitó a sentarse en un sillón de dos cuerpos. MacKay se sentó en un sillón individual y él en otro igual al que había ocupado Michael, justo enfrente de la pareja. Desde allí los observaba mientras les relataba a grandes rasgos cómo había sido la historia de su vida.

Evangeline estaba tan hermosa como lo había sido en otro tiempo y en aquella otra vida. Su cabello de fuego caía en rizos sobre sus hombros hasta mitad de la espalda (y no hasta la cadera, como él recordaba había sido antes). Vestía pantalones vaqueros y una camiseta de color azul que delineaba sus formas menudas aunque deliciosamente redondeadas. Lo miraba, expectante, con sus enormes ojos color miel, bordeados por pestañas largas y ar-

queadas.

Alexander, por su parte, parecía mayor. Tendría unos treinta y tres o treinta y cuatro años, calculó Duncan. Era todo un hombre. El hombre alto y robusto en el que se hubiese convertido en su otra vida si el laird no lo hubiese asesinado. Ahora no vestía plaid ni botas de piel de ciervo. Su atuendo se veía reemplazado

399

Ganadora concurso Ali Nigro

por pantalones vaqueros azules y una camiseta negra que marcaba cada músculo trabajado de su pecho y de sus brazos. Por debajo de los pantalones, llevaba botas tejanas de cuero marrón y, en la mano tenía un sombrero de vaquero, del mismo color que las botas, que se había quitado en el momento de ingresar a la casa. Su cabello, lacio y negro, caía suelto hasta sus hombros y sus ojos verde oscuro, de mirada profunda y penetrante, algo desconfiada, lo examinaban a él atentamente.

—Alexander y Evangeline —dijo Duncan, y volvió a mirarlos.

Asintió repetidas veces con la cabeza—. Sí, definitivamente lo son

—afirmó, ya sin temor a equivocarse.

—¿De qué habla, señor? —le preguntó Evangeline.

—Tú sabes, muchacha, de qué hablo —le respondió él, posando su mirada verde claro sobre sus ojos—. ¡Por fin el día ha llegado!

Ustedes dos han vuelto —declaró Duncan.

La pareja lo miró con extrañeza. Se encontraban impactados.

—¿Usted lo sabe? —preguntó Alexander, un poco en guardia.

—Tranquilízate, nadie les hará daño —se apresuró a decir Duncan—. Todo está bien, Sawny.

Solo dos personas llamaban así a Alexander, las dos personas

que él más había amado en la vida, o en las vidas, para ser más exactos... Una era Evangeline, la otra había sido su hermano Duncan.

Alexander miró al anciano a los ojos, y Duncan supo que él no

quería solamente mirar sus pupilas, quería ver más allá. Quería ver su alma misma.

—¿Duncan? —preguntó Alexander, dubitativo y temeroso

como si no fuese más que un niño pequeño.

Duncan sonrió. Sabía que Alexander no preguntaba su nombre.

No hacía falta, todos los allí presentes sabían que así lo llamaban, pero lo que Alexander preguntaba era otra cosa: si él era el mismo

Duncan McGraeme que había conocido en el siglo xviii.

—Sí, Sawny, soy Duncan... —confirmó él, pasándose una de

sus manos temblorosas por los ojos vidriosos para secarlos—. Soy tu hermano.

En cuanto Alexander oyó esas palabras, brincó de su asiento y

400

Nowevolution editorial.

estrechó el cuerpo, ahora frágil y cansado, de su hermano. El abrazo que se prodigaron fue increíblemente poderoso y fraternal.

—Sawny, mi hermano —susurró Duncan, ya sin poder contener la emoción que lo embargaba—. Nunca seré capaz de perdonarme el no haber podido salvarlos. —Necesitaba pedirle disculpas, había vivido con aquel peso en su alma durante mucho tiempo.

—No había nada que pudieras hacer, Duncan. Nada de lo que ocurrió aquella vez fue culpa tuya —lo consoló Alexander, mirando a su hermano a los ojos para que él comprendiera que no le guardaba rencor y que lo decía con sinceridad.

Para Duncan no era suficiente.

—No estaré en paz hasta escucharte decir que me perdonas, Sawny —insistió.

—Oh, Duncan, no hay nada que deba perdonarte, pero si eso te hace sentir mejor entonces te lo diré. Te perdono, hermano —le dijo Alexander y sus labios esbozaron una sincera sonrisa de felici-

dad.—Gracias, Sawny... Gracias.

Duncan volvió a secarse los ojos con las manos. Alexander regresó a su sillón y desde allí observó a su hermano.

—¡Cielos, no puedo creerlo! —dijo Alexander, y lo repitió una y otra vez. Se sentía inmensamente feliz. La vida le había devuelto a Evy y a Duncan.

—¿Aún te sorprendes? —preguntó Duncan, alzando una ceja y ese gesto lo hizo ver en extremo parecido a cuando Sawny lo había conocido en el siglo xviii—. Yo creo que en esta historia ya nada es descabellado y que todo es posible, muchacho.

—Tienes razón, Duncan, ¡pero santo Dios! —exclamó Sawny, eufórico. Evy lo tomó de la mano y se la estrechó con fuerza. Compartía con él su inmensa alegría y emoción—. Pero cuéntanos...

¿Cómo? ¿Cómo es que tú también estás aquí?

—Es una larga historia, Sawny —comenzó a relatar.

—¡Y espero que nos la cuentes desde la a hasta la zeta! —pidió el hermano menor.

—Lo haré, Sawny, lo haré —indicó. Inspiró profundo y habló.

401

Ganadora concurso Ali Nigro

Tenía que contarlo todo, desahogarse de una vez por todas—. El día que te enfrentaste al laird McGraeme...

—Nuestro padre —agregó Alexander con una punzada de dolor.

Duncan levantó la mirada y sus ojos estaban llenos de ira.

—Dejé de llamarlo así desde ese día —espetó cortante.

Alexander asintió con la cabeza.

Evangeline sintió el mismo odio que Duncan al oír ese nombre y se tensó como una vara. Alexander, al notarlo, le masajeó los hombros para que se relajara y eso logró tranquilizarla.

—Supe que él había descubierto tus encuentros con Evangeline y que había ido a buscarte —dijo con voz gutural—. Lo seguí con mi caballo, pero el animal se lastimó una pata y me vi obligado a continuar a pie. Corrí... Corrí tan rápido como pude, pero no logré llegar a tiempo. Desde lejos oí el grito de Evy cuando el laird te hirió de muerte, y ya más cerca, aunque aún a distancia, alcancé a ver cuando él la asesinó a ella —espetó con rabia y apretando con impotencia los puños.

—No lo sabía —susurró Alexander.

—¡Cuánta impotencia sentí, Sawny! Corrí... pero no pude llegar a tiempo —repitió Duncan sin ocultar nada en la mirada—.

Mientras ascendía por la colina te vi en el suelo, y a Evangeline a tu lado. El

viento trajo hasta mis oídos las promesas que se hicieron y supe que realmente volverían en otra vida. —Tragó saliva, la garganta se le había secado—. Y después el a corrió hacia el laird espada

en mano, y no tuvo ni la más mínima posibilidad ante el golpe mortal... —expuso apesadumbrado—. ¿Entiendes por qué me siento tan culpable? Si hubiese llegado a tiempo... —Su voz sonó desolada y cargada de culpa—. He vivido esa vida y esta otra también, sin poder perdonarme...

—Nada de lo sucedido ha sido culpa tuya, Duncan —le dijo Sawny—. ¿Cómo se te ocurre pensar que Evy o yo podríamos culparte por algo que nunca estuvo en tus manos?

Duncan negó con la cabeza. Cuando habló, parecía ausente.

—No pude salvarlos, pero vengué sus muertes...

Alexander se puso en pie y se acercó a su hermano.

402

Nowevolution editorial.

—¿Duncan? ¿Tú lo mataste? —preguntó Alexander.

El anciano apretaba en puños sus manos arrugadas y temblorosas. Alzó los ojos hacia los de Sawny, y asintió con la cabeza.

—Cobardemente, pero sí, lo maté... —confesó—. No enfrenté al laird, sino que fui por su espalda. No podía permitir que él si-

guiera con vida. No temía que él me asesinara, sino que no podía arriesgarme a fracasar... No tuvo tiempo de reaccionar. Le corté la garganta.

—¡Oh! —exclamó Evangeline, llevándose las manos unidas al pecho.

—Si lo hubiese encarado tal vez me hubiese matado a mí también y sus muertes hubiesen quedado sin ser vengadas... Sé que me comporté como un cobarde, pero en ese momento no me importaba perder el honor. Solo quería verlo muerto por lo que les había hecho a ustedes.

—Nunca podrías perder tu honor, Duncan. —Alexander se arrodilló frente a su hermano, le tomó las manos y se las besó—.

Hiciste bien en no arriesgar tu vida y te estoy agradecido.

Duncan lo tomó de los hombros.

—Encontré las espadas —susurró.

—Lo sé. Michael MacKay se lo ha contado a Evy cuando conversaron por teléfono —dijo Alexander, aún arrodillado en el suelo.

Con una palmada en la espalda, Duncan lo instó a que volviera a su asiento.

—Yo sabía que tú habías mandado forjar esa réplica de la tuya

especialmente para Evy —continuó Duncan, ahora mirando a Evangeline.

—En efecto, era una réplica, pero más liviana y pequeña que la suya y tenía nuestras letras grabadas en la empuñadura. Una «E» y una «S» —completó Evy.

—¡Exactamente! —exclamó McGraeme—. Las he guardado con sus fundas de cuero. Sabía que ustedes volverían y yo quería que las tuvieran —explicó—. Cuando mi hijo fue mayor y yo me encontraba al borde de la muerte, le entregué las espadas y le conté la leyenda. Le dije que esas eran las espadas de los enamorados y 403

Ganadora concurso Ali Nigro

que ellos algún día volverían a esta tierra a buscarlas. Aunque incrédulo, mi hijo prometió pasar el legado y así sucedió, generación tras generación, con cada primogénito. Yo fallecí en mil setecientos setenta, pero por esas cosas del destino, aquí estoy... —Se alzó de hombros—. Regresé en mil novecientos trece, entonces comprendí que era el momento. Que sería yo mismo quien restituiría las armas a sus verdaderos dueños... Y no me he equivocado, han regresado. ¡Aquí están!

—Sí, hermano, aquí estamos los tres —concluyó Alexander.

Duncan se levantó de su sillón y, con paso lento, se dirigió hasta el viejo arcón de madera pulida y herrajes pintados con barniz de color negro. Se quitó por la cabeza la cadena de plata que llevaba al cuello y de la que pendía la llave. Con manos temblorosas la introdujo en el enorme cerrojo y la hizo girar hasta oír un sonoro *clic*. Levantó la tapa y sacó el paquete envuelto en una tela a cuadros. Duncan volvió junto a la pareja y depositó el paquete en las manos de Alexander. Ellos quedaron sorprendidos y muy impactados al comprobar que la tela era el tartán azul y negro de los McGraeme. El querido y conocido plaid de Sawny, que había sido lavado y conservado junto con las armas.

Alexander desplegó la tela. Dentro del tartán estaban las fundas de cuero que contenían las espadas. Ahora también eran las manos de la pareja las que temblaban a causa de la emoción profunda que les causaba recuperar ese pedacito de su historia.

Sawny le entregó la espada más pequeña a Evangeline y él se quedó con la otra. Entonces, Duncan McGraeme sonrió satisfecho.

—Desde hace doscientos ochenta y tres años, cuando comenzó esta historia, noventa en esta nueva vida, he sabido que vendrían. He cumplido mi promesa... Ahora podré irme tranquilo y en paz

—dijo antes de acomodarse nuevamente en su sillón.

—Has cumplido tu promesa, hermano, y te estaré eternamente agradecido por ello —le respondió Alexander.

Evangeline se acercó a Duncan y lo abrazó con gran afecto.

—Gracias, Duncan. Muchas gracias. Estas espadas son muy importantes para nosotros. Lo han sido en aquel otro tiempo y lo son

404

Nowevolution editorial.

ahora también y, gracias a ti, gracias a que te convertiste en su guardián, hoy las tenemos. Estamos en deuda contigo.

—No, muchacha, digamos que por fin estamos en paz.

Ella asintió con la cabeza, y él la besó en la frente.

Alexander y Evangeline volvieron a tomar asiento. Durante bastante tiempo más, conversaron con Duncan y con MacKay. Así supo Duncan que la pareja deseaba comprar alguna propiedad en las Highlands, en la zona cercana al Glen Affric, donde estaban los ríos y los picos que ellos tanto habían amado. Entonces, les prometió ponerlos en contacto con los McMilan, quienes querían vender una propiedad justo en esa zona.

Se hizo tarde y Michael se retiró a su hogar. Alexander y Evangeline fueron invitados por el anfitrión a permanecer en la casa todo el tiempo

que ellos quisieran. Después de cenar, mientras bebían un café, miraron un álbum de fotografías que mostraba retacitos de lo que había sido la vida de Duncan en el siglo xx. A través de aquellas fotos, los enamorados pudieron conocer a la bella Megan, la adorada mujer de Duncan. Unas fotografías reflejaban lo que había sido la boda, ocurrida poco tiempo después del reencuentro de la pareja en 1947. Ella lucía un adorable vestido de novia de color blanco y un tocado de tules y flores pequeñas. Duncan llevaba con prestancia un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris. En todas las fotografías, la pareja se sonreía y se miraba con un amor infinito, un amor que había quedado plasmado en aquellos pedacitos de cartulina en blanco y negro.

Había otras fotografías de Megan, que la mostraban arrodillada en el jardín, trasplantando plantas o sacando hierbajos en unas, y en otras leyendo algún libro en el banco de madera que, ahora solitario, descansaba bajo el alerce. Otras imágenes eran de ellos dos, juntos, en distintos viajes o excursiones. En el puente de la ciudad de Inverness, en un paseo por Londres, y junto a la torre Eiffel en París.

No importaba en qué lugar hubiesen sido tomadas las fotografías, la pareja, en cada una de las tomas, se había adorado con la mirada y esos instantes mágicos aún permanecían allí, recordándole a Duncan cuán felices habían sido.

Ganadora concurso Ali Nigro

46

Glen Affric, Escocia

Unos meses después

En efecto, los McMil an tenían una enorme extensión de tierras con una hacienda para vender. Si bien la propiedad necesitaba algunas reparaciones, su estado general era bueno. Se acordó un precio favorable para ambas partes y se cerró el trato, y así Evangeline y Alexander McKenna se convirtieron en los nuevos dueños del lugar.

Durante algunos meses trabajaron duro con las refacciones de la casa, con la construcción de establos, de cobertizos y la huerta.

Pronto los caballos estuvieron bien ubicados y cuando los corrales estuvieron listos, la pareja realizó una enorme inversión de dinero en cabezas de ganado. En esa parte de Escocia, el mejor ganado para criar y el que los McKenna habían decidido tener en mayor cantidad, era el ovino, aunque adquirieron también algo de ganado vacuno y porcino para contar con una gran variedad.

Para esa altura del año, también se habían terminado de construir los gallineros, los cuales estaban repletos de gallinas que cada día les

proporcionaba una buena cantidad de huevos. Habían sido meses de arduo trabajo y de mucho esfuerzo, pero por fin la granja de los McKenna estaba en funcionamiento y no les iba para nada mal.



—¡Vamos, Evangeline, por favor! ¿Ese es el mejor golpe que puedes dar? ¡Pensé que había sido un buen maestro! —soltó Alexander entre divertido y desafiante.

406

Nowevolution editorial.

Habían decidido pasar la tarde pescando junto al río y, como acostumbraban a hacer cada día, en ese momento practicaban un poco de esgrima.

—¡Cierra la boca, Sawny! —clamó Evangeline. Avanzó hacia él y lanzó un golpe de derecha a izquierda.

Él adoraba hacerla enfadar cuando competían.

—¡Qué bonita te pones cuando te enfadas! —dijo Alexander, y sonrió de lado.

Evy, que en realidad no estaba enojada sino que le seguía el jue-

go, hizo un rápido giro de aquellos que él le había enseñado y, con la parte plana de la hoja, le asentó una *nalgada* a él en el trasero.

—¿Quién se enfada ahora y se pone bonito? —rió el a.

—¡Esos golpes no son válidos, Evy! —contestó él, frotándose la zona aporreada.

—¡Todo vale, mi amor! —replicó el a, con voz sensual—. ¡En guardia, McKenna! —indicó Evy con la mayor seriedad que pudo.

Evangeline avanzó. Blandió la espada con tres embestidas que Alexander detuvo rápidamente al tiempo que retrocedía un par de pasos. Chocaron las hojas. Él bloqueó primero de derecha, después de izquierda y después se vio obligado a parar un golpe descendente a la altura de su cabeza.

—¡Esos estuvieron muy bien, *mo adhar!* —exclamó—. ¡Veamos ahora cómo tú detienes estos! —le dijo, entonces avanzó él.

Con un golpe certero, Alexander hizo volar la espada de Evy por los aires. Entre sonrisas tentadoras, con un movimiento sutil, suave para no hierla, deslizó la hoja sobre la ropa de el a para desgarrar la tela.

—¡Alexander McKenna! ¡Esa era mi camiseta favorita! —chilló Evy.—¡Mmm, preciosa! ¡Te aseguro que así está mucho mejor! —ronroneó él.

Dejó caer su espada al suelo y caminó a su encuentro. Se detuvo frente a el a. Recorrió con su dedo índice, muy sensualmente, el lugar que había quedado al descubierto desde el hueco de la garganta

de Evangeline hasta la cintura. Aferró la cinturil a del pantalón de 407

Ganadora concurso Ali Nigro

el a a la altura del botón y, con un seco tirón, la atrajo hacia él. Sus cuerpos se tocaron, e instantáneamente el fuego ardió entre ellos.

Ella tomó el cuello de la camisa de él con ambas manos y forcejeó para abrirla, con la firme intención de rasgarla.

—Mmm, Evangeline, ya es la segunda camisa a la que le haces saltar los botones.

—Estamos a la par entonces —replicó el a con dulzura.

Sawny echó una mirada provocativa al escote femenino. Sonrió lobunamente.

—Aún no, *eudail* —le dijo él, entonces terminó de separar algunas hilachas que todavía quedaban unidas del sostén de Evy—. Tal

vez ahora sí.

Alexander tomó el rostro de Evangeline entre sus manos y se perdió en sus ojos. La mirada fue eléctrica. Magnética... Inigualable.

—Evangeline. Mi Evy, mi alma... — le susurró con voz sensual y cargada de emoción—. Te llevo grabada a fuego dentro de mí.

Evy podría haberle contestado, y lo hubiese hecho con palabras

que surgían desde lo más profundo de su ser, que él era su alma y la única razón de su existencia... le hubiese dicho también que solo

vivía por él, pero Sawny ya se había apropiado de sus labios en un beso profundo que hizo que se olvidara hasta de su propio nombre.



Mediados de enero del año 2004

Dubh, el semental negro, avanzaba velozmente por las praderas con Evangeline y Alexander sobre su lomo. El retumbar de sus cascos producía una vibración en los cuerpos de los jinetes y espesas

nubes de polvo se levantaban a su paso. Las montañas nevadas, como atentos vigilantes, eran testigos silenciosos de su galope.

Sobre sus cabezas, el cielo cubierto de nubes oscuras anunciaba una pronta tormenta y un águila real cruzaba el firmamento encapotado en un vuelo majestuoso.

408

Nowevolution editorial.

El viento agitaba sus cabellos y les golpeaba en la cara, les traía el olor del hielo, el olor de la hierba y del brezo. Les traía el aroma de la tierra... ¡De su tierra!

Podían sentirse... El calor de sus cuerpo estrechamente cerca, el

latido agitado de sus corazones, el bullir de su sangre en las venas, y el frenético ritmo de su respiración... Estaban en casa y estaban

juntos.

Alexander rodeó más fuerte a Evangeline. Entrelazaron sus de-

dos y juntos descansaron sus manos sobre el abdomen de el a, en donde se gestaba la prueba más maravillosa del intenso amor que ellos se profesaban.

El de ellos era un amor mayor que cualquier fuerza imaginable.

Un amor capaz de superar todas las barreras, de abrirse paso a través de los obstáculos. Un amor que hizo posible el milagro y que fue capaz de sobrevivir a través del tiempo...

Ellos eran almas gemelas, almas destinadas, y su amor sería eterno.



Pasaban cinco minutos de la medianoche. Finalmente la tormenta había pasado sin que cayera una gota, aunque el clima estaba helado y ventoso. Alexander y Evangeline habían visto una película, y ahora bebían una taza de café en la salita de estar de la casa arrebujados cerca del fuego de la estufa a leña cuando sonó el teléfono.

Evy frunció el ceño. Era extraño que alguien los llamara a esa hora de la noche. Alexander respondió a la llamada telefónica con el regusto amargo del mal presentimiento.

—Hola.

—¿Alexander McKenna?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Michael MacKay. Lo siento, McKenna, pero me temo

que no tengo buenas noticias —dijo el anciano, al otro lado de la línea y con consternación evidente en la voz.

Las siguientes palabras a Alexander le llegaron desde lejos, irreal. Su mente solo fue capaz de retener tres palabras: «Duncan ha muerto». El resto le resultó difuso.

409

Ganadora concurso Ali Nigro

Evangeline tomó el auricular de las manos temblorosas de su esposo y escuchó el relato de todo lo que había sucedido.

Inverness había sufrido un corte de luz y, al parecer, Duncan McGraeme había encendido alguna vela para iluminar la estancia. El

fuego, según las pericias, se había iniciado en el estudio, en donde habían sido hallados los restos del anciano con lo que parecía un

álbum de fotografías en las manos. Los peritos, hasta el momento, coincidían con la teoría de que debía de haberse quedado dormido y que la vela se habría caído e iniciado el incendio, reduciendo a cenizas y ruinas inservibles toda la propiedad.

—Gracias por avisarnos, Michael. Iremos para allá inmediatamente —dijo Evy. Colgó el auricular y se acercó a su esposo para reconfortarlo.

—Lo siento tanto, mi amor.

—Evy... hubiese deseado poder tener más tiempo para estar junto a él —susurró Sawny, aferrándose a su mujer.

—Lo sé. —Ella le acarició el cabello con ternura—. Sawny, sé cómo te sientes, pero piensa que Duncan ahora podrá estar nuevamente con Megan. ¿Acaso no es eso lo que él deseaba?

Alexander asintió con la cabeza, con resignación, aunque con muchísimo dolor en el corazón. En ese momento se sentía un poco egoísta y, aunque sabía que su hermano deseaba ir con Megan, él lo hubiese querido retener un tiempo más a su lado, pero las cosas eran así y ahora él debía aceptar el destino tal y como venía.



Septiembre. Año 2004

—¡Empuja, Evy! Vamos, amor, solo un poco más —alentó Sawny a su mujer. La rodeó por los hombros y la ayudó a incorporarse un poco para que pudiese hacer más fuerza.

—¡No puedo más! —gruñó el a, y apretó los dientes. Estaba

410

Nowevolution editorial.

roja por el esfuerzo. Las contracciones eran dolorosamente intensas

y seguidas, pero la criatura todavía no había nacido.

—Un poco más, señora —la alentó la asistente del obstetra.

La pareja habían convencido a su médico particular para que le permitiera tener el parto en su casa y, después de varias negociaciones, el hombre había accedido.

Estaban en el cuarto del matrimonio. Era un lugar luminoso y se había acondicionado a la perfección para que durante el parto como a la llegada del bebé ninguno sufriera inconvenientes. En cuanto las contracciones habían empezado a no ser tan espaciadas, Sawny había telefoneado al facultativo y el hombre y su asistente no habían tardado mucho en llegar. De eso hacía casi dos horas.

—¡Vamos, amor! ¡Ya viene, Evy, nuestro hijo ya viene!

Y por fin llegó.

Primero asomó una cabecita cubierta de cabello castaño oscuro, la matrona ayudó a girarlo un poco y, con un esfuerzo más de la madre, la criatura salió por completo.

El médico cortó el cordón umbilical y la asistente, después de que el bebé berreara, lo envolvió en una sábana limpia y lo acercó a los padres para mostrárselo.

—Es un varón —dijo la mujer con una sonrisa, antes de apartarlo hacia un rincón del cuarto para poder limpiarlo.

Poco después, ya limpio y envuelto en una manta, el pequeño

fue devuelto a sus padres. Evy lo acomodó junto a su pecho, mientras se debatía mirando a su pequeño hijo y a su esposo, quien sonreía embobado al observar a la criatura.

—Es hermoso —susurró él.

—Mmm, se parece a su padre —respondió el a. Tomó la mano de Sawny y la llevó con cuidado sobre uno de los bracitos del niño para que él lo acariciara.

—Parece tan frágil... Pero mira, Evy, es perfecto. Mira sus deditos.

—Sí, mi amor, es perfecto —susurró con voz emocionada—.

¿Qué nombre le pondremos a este muchachito? —preguntó, siguiendo con la punta de su dedo índice el filo de la diminuta narizcita recta.

411

El pequeño abrió un poco sus ojitos, apenas un instante, pero Evangeline y Sawny, debajo de los párpados entrecerrados, lograron atisbar un hermoso destello verde claro.

Se miraron y se sonrieron. Habían encontrado el nombre apropiado para su hijo.

Nowevolution editorial.

•Epílogo•

Mayo. Año 2011

Los cálidos rayos del sol caían sobre ellos como una bendición. El verde de la pradera y el arrullo del río era un pedacito de paraíso en la Tierra para la familia que disfrutaba de una merienda debajo de un álamo plateado.

Evangeline y su pequeña hija Nadine, de cinco años, preparaban unos sándwiches para los dos hombres que jugaban a luchar con un par de espadas de madera. Eran Alexander y su hijo Duncan, de seis años, quienes muy cerca de la manta se enfrascaban en una amena batalla.

—¡Ey, muchachito haragán! —lo reprendió el padre con ternura y con una sonrisa de oreja a oreja—. No bajas la guardia.

De inmediato, el jovencito se irguió con un porte digno de admirar y atacó con unas estocadas certeras.

—¡Muy bien! Esas estuvieron de maravilla —lo felicitó Sawnny con orgullo. Rodeó a su hijo por la cintura y después lo cargó sobre sus hombros—. Te has ganado el premio mayor, un beso de tu hermana y de tu madre.

El pequeño Duncan sonrió.

Padre e hijo se sentaron en la manta a cuadros que Evy había

extendido sobre la hierba y recibieron, agradecidos, los vasos de re-fresco que les ofrecían. Mientras degustaban los sándwiches, Evy

notó que su hijo sacaba algo del bolsillo del pantalón y que después lo recorría con los dedos con devoción.

—¿Qué tienes ahí, querido?

—Es un dibujo —respondió él, sonrojándose un poco.

—¿Un dibujo? ¿Y lo has hecho tú? —le preguntó Sawny con mucha curiosidad.

413

Ganadora concurso Ali Nigro

Duncan negó con la cabeza.

—Es un regalo.

—¿De tu novia? —intervino la pequeña Nadine.

—¿Novia? —interrogaron los padres a la vez.

—¡Sí! ¡Todos en la escuela dicen que Duncan y la chica nueva son novios! ¡Desde que él llegó a la escuela está todo el tiempo con él y hasta se sientan juntos! —acotó la niña, entrometiéndose y ganándose una mirada de reproche por parte de su hermano.

—Ella... me gusta mucho... —confesó él finalmente.

—¿Ah, sí? —preguntó la madre para alentarlo a hablar.

Evy y Sawny lo miraban con absoluta ternura.

Duncan se estaba convirtiendo en un jovencito muy guapo, con su cabello castaño oscuro, que él se empeñaba en llevar muy corto y con esos ojos verde claro tan luminosos. Ya se veía, desde muy temprana edad, que su altura estaría muy por encima de la media normal, era altísimo para sus escasos seis años. Además era adorable y con un sentido del honor y de la palabra impropios en una criatura.

—¿Podría invitarla a jugar? —quiso saber el niño, luego acotó—: Ella vive en la finca de al lado.

—¿Es una de las hijas de los vecinos nuevos?

Hacía poco más de dos meses, una familia procedente del norte había comprado la propiedad que lindaba con la de ellos. Alexander y Evangeline habían comprobado que los padres eran personas muy agradables, aunque no habían conocido todavía a todos los niños y las niñas, ya que siempre estaban en la escuela.

—Si, además es mi compañera de clase y mi mejor amiga... La quiero muchísimo —concluyó el pequeño. Entonces abrió el di-

bujo y lo mostró a sus padres. En la ilustración se veía a una pareja tomada de las manos. Ella llevaba un largo velo sobre el cabello

oscuro, tenía ojos azules y el joven, ojos verdes claro—. Cuando

seamos mayores, nos casaremos.

—Puedes invitarla a casa cuando quieras —le concedió permiso Alexander, retomando la pregunta del niño—. Y si quieres, ahora mismo podemos ir a invitarla a merendar con nosotros.

—¿Sí? ¿Podemos? —preguntó Duncan, con los ojos brillando de expectación y botando sobre la hierba.

414

Nowevolution editorial.

—¡Claro! ¿No has dicho que viven aquí al lado?

—Ajá —asintió el pequeño.

—Yo te acompañaré.

Padre e hijo se pusieron en pie para ir en busca de la amiguita de Duncan.

Evangeline miraba la pintura que la niña le había regalado al niño. La pareja se sonreía y se miraba a los ojos con amor. Era un dibujo hermoso.

—Duncan —llamó Evy a su hijo—. No nos has dicho cómo se ama tu amiguita. —No podía dejar de mirar el dibujo, ni los enormes ojos azules que tenía pintados la figura femenina.

Duncan se giró hacia su madre y, con una sonrisa que abarcaba

todo su rostro, le respondió:

—Megan. Su nombre es Megan.

FIN

415

Ganadora concurso Ali Nigro

Agradecimientos

Quiero hacer llegar mi agradecimiento, principalmente a mi familia, lectores y amigas, que son mi apoyo constante. Sin ustedes, sin sus palabras cariñosas y de aliento, seguramente no hubiese llegado hasta aquí.

A David, que cuando en 2009 nació la idea de esta novela, me ayudó con las coreografías de las luchas de espadas... esas prácticas, son momentos maravillosos que voy a atesorar en mi corazón por siempre.

¡Gracias, campeón!

A Brian, porque sé que siempre puedo contar con vos.

A mis lectoras de prueba y “enloquecidas fans” de esta historia, entre las que mi hermana Rita va a la cabeza, sin duda. ¡Gracias por todo, chicas!

Y a la editorial Nowevolution y a mi editor Rubén, por

apostar por mí y por Juramentos de sangre, y permitirnos que esta historia vea la luz. Es un sueño cumplido.

A todos, infinitas gracias.

- Facebook -

www.facebook.com/JuramentosdeSangre

www.facebook.com/briannacallum

416

Nowevolution editorial.

Sobre la autora

Brianna Callum es un seudónimo utilizado por Karina Costa Ferreyra. Nació el 20 de marzo de 1975 en Capital Federal, Argentina, y, aunque vivió casi toda su vida en Buenos Aires, desde principios del año 2006 ella y su familia eligieron Capil a del Monte, Córdoba, Argentina, como su hogar permanente.

Desarrolló una temprana afición por la lectura que, con el correr de los años se fue incrementando, igual que su fascinación por la escritura. Ya en edad escolar demostró facilidad para crear historias cortas o narraciones, y en el segundo año de secundaria ganó un segundo puesto en un

concurso escolar de poesía.

Siempre fue poseedora de una gran imaginación, aunque tuvieron que pasar varios años para que se decidiera a plasmar en papel aquellos personajes, historias y situaciones que durante años habían habitado dentro de su cabeza.

Es una autora de novela romántica contemporánea, también de época y romance escocés (histórica de ficción).

Uno de los mayores atributos de sus creaciones es la manera en la que logra plasmar las emociones y los sentimientos de los personajes, haciéndolos palpables para el lector.

Resultó entre los ganadores en varios certámenes literarios. Actualmente cuenta con varios libros publicados en papel y en formato electrónico.

- Blog oficial -

novelasromanticasdebriannacallum.blogspot.com

417

Nowevolution editorial.

TÍTULO PUBLICADO.

• Fantasía:

Crónicas de la Magia Selada.

Issa Nobunaga.

Pompeya, comienza la aventura.

Tres profecías. / Saga Íroas, Hijos de los dioses vol.1

Éter. / Saga Íroas, Hijos de los dioses vol.2

El corazón del tiempo. / Saga Bellenuit vol.1

La Octava punta de la estrella. / Saga Bellenuit vol.2

• Ciencia ficción:

Los últimos libres.

La Tierra estuvo enferma.

• Crítica social:

El resurgir de la esvástica.

La Evacuación.

• Thriller:

El amargo despertar.

El diario del hachís.

El matarratas.

• Romántica:

Ácido Fólico.

Ángeles desterrados.

Juramentos de Sangre.

Me enamoré mientras dormía.

Philip Moonfark. / Saga El diario oscuro vol.1

Un amor inesperado.

Tras los besos perdidos.

• Relatos Cortos:

Fuego enemigo.

419



¡VISITaNoS!